

N.o 29 (6 wov.)

Para todos

Es propiedad

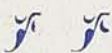
\$ 1.20

HECHO EN CHILE POR
UNION

CUERPOS SANOS Y ROBUSTOS

proporciona el consumo diario del "porridge" de

Avena Gavilla



Grandes y chicos toman este
alimento, de agradable sabor
y de efectos fortificantes ex-
traordinarios. Consúmalo
usted diariamente.





PARA TODOS

Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo
REVISTA QUINCENAL
AÑO II No 29
Santiago de Chile, 6 de Noviembre de 1929



RONALD COLMAN Y LILY DAMITA, NOS CUENTAN SU VIDA Y SUS COMIENZOS (ESPECIAL PARA "PARA TODOS"). — Por CARLOS F. BORCOSQUE

Durante la filmación de "El rescate", producción de Sam Goldwyn para Artistas Unidos.

La cubierta de un viejo barco, desmantelado, por donde marchan con paso inseguro algunos lobos de mar, viejos, callosos, los suelos objetos abandonados, como si

na, Herbert Brenon, el inolvidable director de "Beau Geste" y de "Sorrell y su hijo". Es ahora un trozo pequeño, de poca dificultad para la pareja. Sin embargo, se le repite tres veces,

hubiese habido un naufragio. A nuestra espalda tenemos un espectáculo espeluznante: tres o cuatro cuerpos amartajados integralmente como es costumbre hacer a bordo con los que mueren, para arrojarlos por la borda. Un hombre no muy joven, de pantalón blanco, en camisa y con gorra de marino, empapada de agua la ropa, pasa a nuestro lado acompañando a una muchacha rubia y bonita, con un traje de fiesta chorreando agua. Se detienen frente a una escotilla, él deja allí su chaqueta mojada y su gorra, y abriendo la puerta que lleva hacia los camarotes, desaparece con ella.

La escena tiene algo trágico, doloroso. ¿Ocurre en algún barco, en alguna lejana costa, junto a alguna isla desierta? Si... y no. El trozo de cubierta, aunque de una realidad obsoluta, ha sido fabricado dentro de un "stage", en los estudios de Artistas Unidos. La escena "se supone" que ocurre a bordo, en los mares de Nueva Zelanda, en un viejo barco que ha recogido a los naufragos de un yate. El capitán ha ayudado al salvamento y lleva ahora a la joven hacia los camarotes. Pero no son otros que Ronald Colman y Lily Damita.



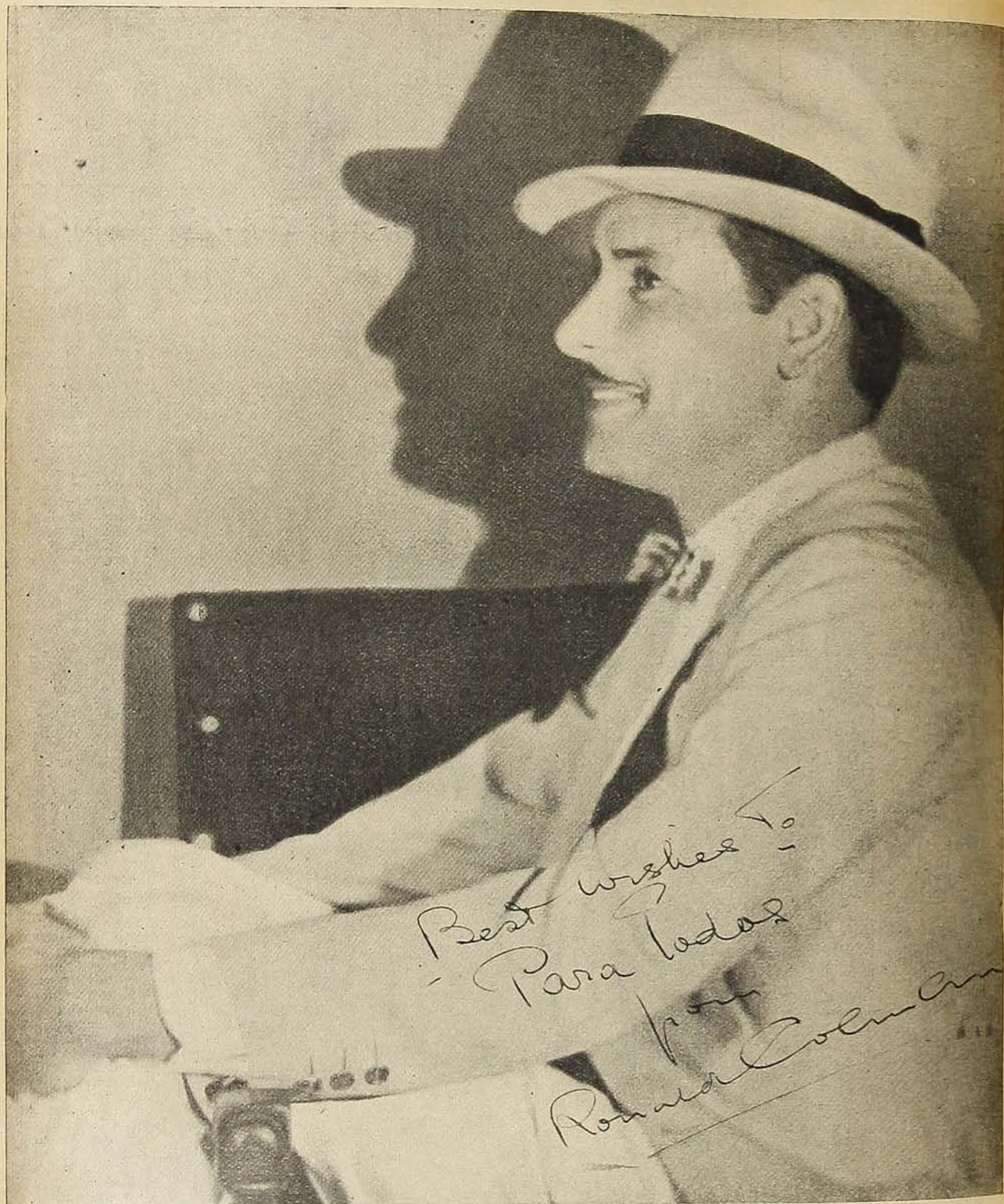
y en seguida Lily Damita marcha apresuradamente al camarín portátil que está a corta distancia, a cambiar su traje húmedo por otro seco. Un momento después, su camarera viene a decirnos que está lista para chalar con nosotros.

La estrella francesa es una mujer encantadora. Agradable tarea es, para un periodista, esta de entrevistar artistas tan bonitas como Lily Damita, y pasarse una hora conversando junto a ella. Agradable y desazonadora... aunque todo lo hace la costumbre, y llega uno, de tanto toparse con luminarias, a tomar la frialdad y la austeridad con que el astrónomo observa una noche detenidamente a Venus y a la siguiente escudriña a Saturno.

Lily Damita ha sido considerada mucho tiempo la mujer más bonita de Europa, y hay razón para dársele al que lo afirmó. Y a más de eso, tiene una simpatía de "midgette" o de chulapa española que se le sale por los ojos y por la boca. Habla seis idiomas, los mezcla, hace sus observaciones agregándoles interjecciones en francés y en español, y distrae y encanta.

Desde que la conocimos a su llegada a Hollywood, tenemos una curiosidad: Lily Damita nos

Una escena de amor entre esta pareja ya célebre: la expresión varonil de Ronald Colman junto a la belleza insinuante y provocadora de Lily Damita. La escena pertenece a "El Rescate", película de Sam Goldwyn, para Artistas Unidos, dirigida por Herbert Brenon.



Best wishes to
 Para todos
 from
 Ronald Colman

He aquí un autógrafo de Ronald Colman, lo que es un triunfo, pues el célebre actor inglés rara vez los concede: "Best wishes to 'Para Todos' from Ronald Colman". Los mejores deseos para "Para Todos", de Ronald Colman.

dijo aquella vez que la razón por la cual usaba ese seudónimo, era un secreto incontable. Volvemos a insistir esta vez, y ella nos promete ahora premiar nuestra insistencia contándonos la historia. Y lo hace en su pintoresco español, tuteándonos con esa afectuosidad de que son culpables la sangre española que corre por sus venas y la original manera como los extranjeros traducen el español.

—Fué en Biarritz, — nos dice, — allá por 1920, hace ocho años, — cuando yo era mocosita que pretendía parecer mujer... Yo estaba allí con mi madre, y nadie me conocía. Entonces si qué era bonita, — agrega riendo con malicia, — no

ahora... Nos tapa la boca con la mano, pues pretendemos desmentirla, y sigue:

—Me hice de amigos, o mejor dicho de admiradores, porque para bañarme usaba una cortísima y estrecha malla roja, y una boina de igual color. Lucía demasiada carne para aquellos tiempos, y levanté escándalo en Biarritz... Si he de ser franca, escándalo y envidia... sobre todo entre las señoras, cuyas hijas no tenían tanta popularidad. Pero hubo timoratas que protestaron de mi traje, pretendieron imoedirme que me bañara, mandaron sueltos a los diarios. Felizmente, un buen amigo, Romanones, que sabía que yo era solamente una



El autógrafo de Lily Damita, escrito por ella en español, dice: "Que "Para Todos" dé al público de Chile mis más afectuosos saludos.—Lily Damita.

chiquilla inocente, me defendió. Pero la cosa había hecho tanto escándalo, que el Rey Alfonso, que estaba en Biarritz, preguntó por mí, le dió curiosidad lo de la malla roja... y al siguiente día se apareció en la playa. Yo no estaba aquel día allí, y el Rey preguntaba a todos, dónde se hallaba aquella famosa "damita",—pues yo soy francesa,—pues, él deseaba verla. Le dijeron que me había ido y el Rey no me vió, ni yo conocí entonces al Rey, lo que me hubiera vuelto loca de gusto, siendo,

como era, una chiquilla. Al día siguiente volví yo por última vez a la playa, pues acababan de proponerme mi primer contrato teatral para París, como bailarina, y todos me contaron que el Rey había estado preguntando por la damita... Y de allí, a que a mí se me ocurriese usar en mi contrato el nombre de Damita, agregándole el mío de Lily, hay poco más que contar. Lily Damita hace recuerdos. Nació en París el 10 de julio



Exclusividad Max
Güicksmann



¿Cuál alhaja prefiere? Ronald Colman eligiendo para Lily Damita algunas alhajas, de entre las muchas que hay sobre la mesa, para las escenas de "El Rescate", en los estudios de Artistas Unidos. La cinta es producción especial de Samuel Goldwyn.

de 1907. Su padre la hizo viajar por toda Europa. Recorrieron Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Inglaterra, Grecia y Portugal. En Lisboa se detuvieron, y allí completó Lily su educación. Luego vino la guerra, y el padre murió en la batalla de "Chemin des Dames", después de haber peleado gloriosamente en Verdun, en el año 1915.

Lily Damita se interesó por el baile desde pequeña. Su mejor maestro, fué el maestro de bailes de la Gran Opera; allí fué donde hizo su primera aparición teatral regresando por Biarritz. Permaneció en el ballet durante dos años y medio, y luego pasó al Casino de París, con Mlle. Mistinguett. Pero su éxito fué tan grande, que Lily Damita formó su propia compañía, "Follies du minuit", y dió una triunfal vuelta por España, Italia, Inglaterra, Austria, Hungría y Alemania.

En Viena, el conde Sascha Kolowrath, el famoso propietario de la "Sascha Film", pretendió contratarla, pero ella rehusó. A París vino Sascha tras ella, hasta lograr convencerla. Lily Damita hizo su primer film en Viena, bajo la dirección de Michael Curtiz, — actualmente también en Hollywood con Warner Brothers, — actuando luego en la casa "Fellner" de Berlín, junto a Henry Kraus, Nils Asther y otros. Fué de allí que la trajo a Hollywood Mr. Sam Goldwyn.

Lily Damita nos cuenta todo esto rápidamente, haciendo memoria con facilidad. Y luego nos agrega enfáticamente:

—Y aquí estoy, lista a hacer cuanta película me digan, pues aunque vine contratada para una sola, parece que voy a permanecer aquí mayor tiempo. Yo quiero emociones en la vida, y por eso me gusta el cine, porque las ofrece a montones.

—¿Cuál ha sido su mejor película?

—¡Ninguna! Hasta la fecha no he tenido el rol que deseo tener, tan fuerte, tan violento, tan terrible como lo desearía... Algún día será.

—¿Y cuál es, a su juicio, el mejor de los galanes que la han acompañado?

Hubo una pausa, y a nuestra espalda resonó una voz masculina:

—Un servidor de Uds., sin duda alguna...

Ronald Colman estaba afirmado en la puerta, sonriendo alegremente. Hubo una presentación rápida, y Lily Damita aprobó la declaración.

—Iba a decirlo, Ronald, y Ud. me lo quitó de la boca...

Nosotros aprovechamos para lanzar una pregunta difícil.

—Y ya que está aquí el galán... ¿besan mejor en Europa o aquí?

Lily Damita nos mira con un enojo infantil.

—Aún no me he besado aquí...

—...¿En la escena? — interrumpimos...

—Ni en ninguna parte, hombre mal intencionado... Pero tenemos que darnos con Ronald unos besos colosales, y verá él lo que es besar a una francesa...

Ronald Colman suelta una carcajada, y luego, queda y compungidamente, agrega con el tono más modesto posible.

—Quiero saberlo, porque yo nunca he besado a una francesa en una película.

La charla se hace general. Hablamos de matrimonio, y el tema es interesante, pues estamos frente a dos solteros, uno de ellos, Ronald Colman, empedernido y disputado por muchas hollywoodenses.

—Pues yo no pienso casarme todavía, — dice Lily, — tengo mucho tiempo por delante, y además necesito encontrar "mi hombre"...

Ronald Colman viene en nuestra ayuda.

—¿Y cuál es tu ideal masculino? ¿Otra vez yo?

Lily Damita le dice un "cumplido" en "slang" americano.

—Quita allá, hijo. Tu eres feo, pero mi ideal es más feo todavía... Yo busco un cerebro, un hombre inteligente...

—...no vé Ud., — nos dice Colman, interrumpiéndola socarronamente, — ¡mi retrato exacto!...

—...un hombre inteligente, con cerebro, y en el cine, por desgracia, los galanes solo tienen la cara. Yo quiero un hombre muy difícil de hallar, y me preocuparé poco de su cara. Mientras más hermosa es una persona, más tonta es...

—¿Y entonces tú?... — dice Ronald Colman, tratando de ponerse serio.

—¡Oh, no se puede conversar con este individuo! — responde Lily Damita.

Pero no cabe duda de que Lily Damita es una excepción, pues su belleza fascinante va cubriendo un cerebro privilegiado de viveza y de talento. Cultísima, habla de todo, y en todo tiene una opinión interesante.

Volvemos a recordar los tiempos pasados, cuando estaba en Alemania, cuando sus primeros pasos en el cine, después del teatro.

—¿Pasó Ud. algún susto muy grande?

Lily Damita hace recuerdos gravemente.

—Jamás. Yo no recuerdo haber pasado sustos en mi vida, porque he sido siempre muy valiente, muy audaz, casi insolente con las gentes, porque así se triunfa. Yo me llevo todo por delante... sin molestar a nadie.

—No hay mejor parachoques que una cara bonita, — agrega sentenciosamente Ronald Colman.

En aquel momento golpean al camarín. Mr. Brenon le cesa a la actriz. Ella sale corriendo, prometiendo volver, y entonces nos volvemos con nuestras armas contra Ronald Colman. Que nos cuente algo, que haga recuerdos de su vida pasada, el que tiene fama de ser tan parco con los periodistas.

—Mi vida se conoce, — nos dice, — porque se ha contado muchas veces, y no tiene nada muy extraordinario. Entré al teatro por una coincidencia, en los mismos días en que debí cambiar de profesión. Esto quizás no se ha contado jamás.

—¿Ud. quería ser actor?

—Ni mucho menos. Estaba ensayando de buscar una posición comercial, y aunque yo deseaba algo más, me habían ofrecido algo, pero sólo "algo" mucho menos de lo que un hombre joven con ciertas pretensiones, desea y aspira. Yo estaba indeciso. Para distraerme, un amigo me llevó a ver una compañía teatral, y en el entreacto, entramos al escenario a ver unas amigas. Pero como las amigas tenían demasiada pintura y poco cerebro, me aburrí con ellas y me fui a charlar con el director de escena. Discutimos sobre teatro, y yo, — que tenía mis ideas artísticas, — hablé media hora con mucho calor. Mi interlocutor no me interrumpía. Pero al final, me dió una sola cosa:

—Ud. tiene una mímica excelente... ¿porqué no trabaja aquí?

Yo estaba deseando que pasase cualquiera cosa, aunque fuese un cataclismo, para no aceptar el modesto puesto comercial que se me ofrecía. Y dije que sí, sin pensarlo, dándole.

dome de este modo un rumbo definitivo en la vida...

—Ud. era muy joven entonces.

—No mucho, pues de esto no hace tantos años. Yo nací el 9 de febrero de 1891, en Richmond, Surrey, Inglaterra. Tengo por lo tanto 37 años, y tenía 25 cuando me dediqué al teatro; venía saliendo licenciado, por heridas, de la guerra europea, y tuve que soportar batallas terribles con un tío mío, reverendo sacerdote, quien se indignó con la profesión que iba a abrazar, recordándome, con clásico orgullo, que yo había tenido dos antepasados poetas, pero ningún cómico...

—Y Ud. triunfó...

—¿Yo triunfar, entonces? Ni mucho menos... Después de una jira me sentía tan desilusionado, ganaba tan poco dinero que abominé de la carrera teatral. Pero si he de ser franco, la verdad era simplemente que yo resultaba apenas un actor muy mediocre, entonces pensé en el cine. Ensayé en Inglaterra. Muchos creen que mi primera irrupción en la pantalla fue "La Monjita", pero es un error. Hice varias, entre otras "Mercadería averiada", y gané dos libras al día. Pero mi contrato me obligó a abandonar el teatro, y el cine inglés daba poco dinero. Y con el poco que tenía, me embarqué para América...

—¡Lista! — gritó en la puerta la voz juvenil de Lily Damita, haciendo irrupción. Nada más hoy por la mañana: ya se van todos al lunch.

Nos paramos para despedirnos, pero nos detienen.

—Ni yo ni este gentil caballero tomamos almuerzo cuando estamos actuando. De modo que pasamos el tiempo charlando, y la charla es mejor entre cuatro.

—Bueno, — agrega Colman, — poco faltaba ya de mi vida... En New York pasé muchas hambres, trabajé un poco en el teatro, allí me descubrió Henry King, llevándome a Italia para hacer "La Monjita". Eso es todo, y de entonces acá, incluyendo la que hacemos ahora, van diez y seis películas en América.

—¿Y cuál considera Ud. la mejor?

—¡Todas! — responde Lily con entusiasmo.

—Quizás alguna, — nos dice Ronald Colman con sinceridad. "La Monjita" es una buena obra, luego "Stella Dallas". Pero como recuerdo inolvidable, ninguna como "Beau Geste". No creo haber sentido más emociones de patriotismo, de nobleza, de pureza, que a través del trabajo en esa cinta. Esa es una joya... ¡aunque yo trabajé allí!

—Bueno, mi querido amigo, — nos agrega Lily Damita, — ahora está bueno que este caballero declare también cuál es su ideal femenino...

—¡Con mucho gusto, compañerita de naufragio! Mi ideal femenino es una mujercita así... ni gorda ni delgada... ni alta ni baja... ni rubia ni morena... que hable poco... que piense mucho... que moleste menos... que no me gaste el dinero... que no me domine... que no me engañe... que me soporte... ¡Bueno! Si he de ser franco, mi ideal femenino no existe. De modo que permaneceré soltero por "in sécula seculorum..."

—¡Qué barbaridad! Hay que casarse, tarde es cierto, pero casarse.

—Y a propósito de casamiento, — le interrumpimos, — la hemos visto mucho a Ud. en bailes, hoteles y "premieres" del brazo de Charlie Chaplin...

—¡Oh! y dicen que esto es sospechoso. Pues no señor. Simplemente que Charlie es mi mejor amigo, un amigo encantador, como hay muy pocos en el cine americano, porque Chaplin es un genio, un hombre aparte, por encima de todos, y nada hay más agradable que conversar con un cerebro como el suyo. Eso es todo. Admiración por su talento, por su simpatía...

—Si lo sigue Ud. Elogiando...

—¡Hombre terrible!

—Pero Charlie Chaplin, le interesa a Ud...

—¡Si yo tengo novio, mi amigo!

—¿Aquí?

—No, en Europa, y si me guardas silencio, te cuento la historia. No es larga. Simplemente que un muchacho joven, el Príncipe Luis Ferdinando, segundo hijo del Kromprinz y nieto del Kaiser, se enamoró de mí cuando yo estaba con la casa "Fellner" en Berlín; me presentó a su familia, y me invitaron a su castillo de Postdam. El Kromprinz parecía aceptar el amor de su hijo, y en cierta ocasión charló conmigo y me preguntó si no pensaba abandonar el teatro, porque esa sería la única manera de aceptarme.

—¿Y Ud. no optó por el principado?

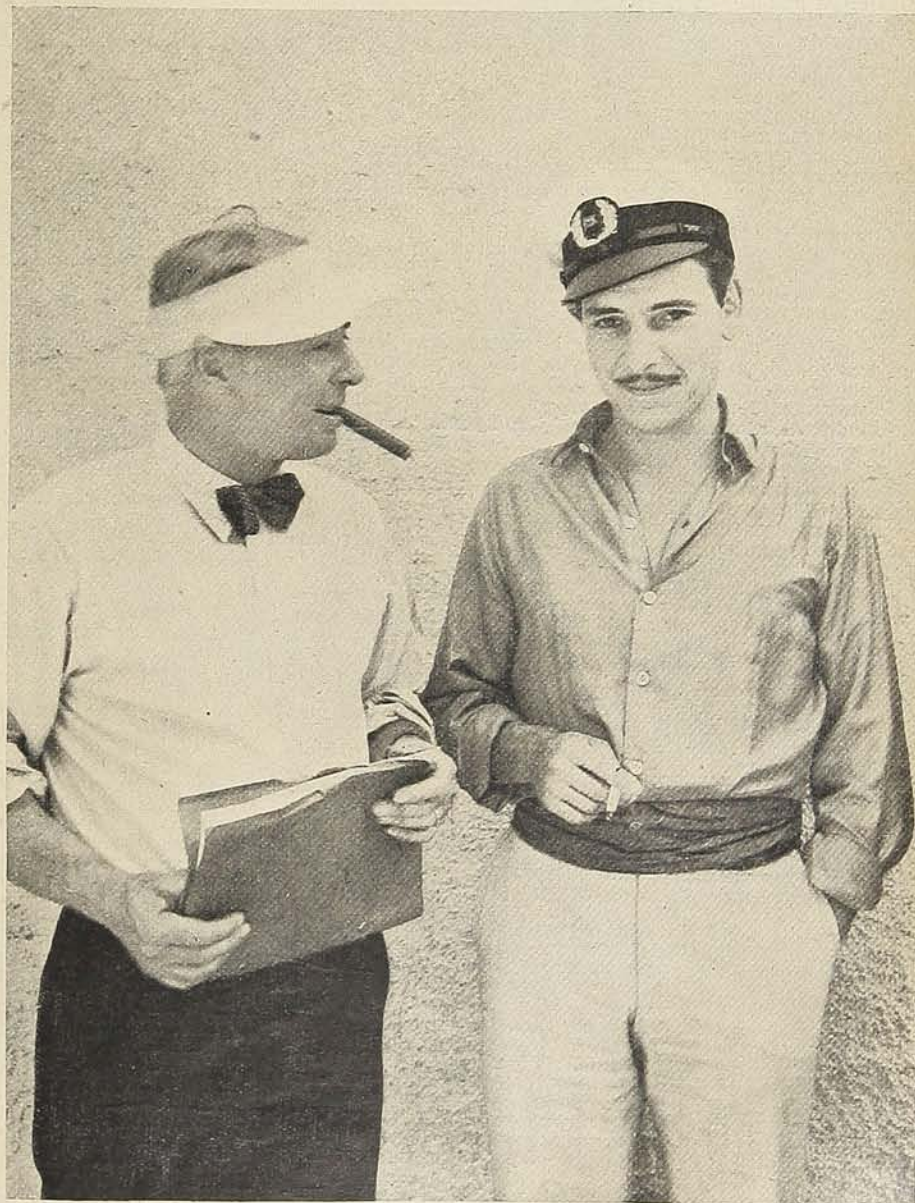
—¡No hombre!... me gusta mucho mi profesión, y además, no quería al muchacho, a pesar de que el pobrecito parece que me quiere tanto, que aún ahora, recibo cartas de él, muy cariñosas. Está en cama, pues es muy enfermizo.

—¡Voy a llorar! — declaró solemnemente Ronald Colman.

—¡No cuento nada más! — dijo Lily Damita en son de risa... — ¡Me toman el pelo por todo! Y ahora, el reportero va a ser Ud. Dígame, ¿me conocen en Chile?

—Ya lo creo, y la quieren, sobre todo desde "El Juguete de París".

(Continúa en la pág. 81)



Dos ingleses en Hollywood: Ronald Colman vestido para interpretar escenas de su actual película "El Rescate", y su director Herbert Brenon, el famoso autor de "Beau Geste".

I

N O había nadie en cubierta. Una inmensa paz, majestuosa e imponente como el océano, lo circundaba y envolvía todo, haciendo de la noche un profundo y oscuro abismo sin vestigio de vida.

Acodado en la borda, Adrián se sentía dominado por una extraña emoción que comunicaba a sus poderosos músculos cierta flojedad femenina. Aplastada la nariz, prominente la mandíbula inferior, gruesos los labios, perdidos los ojillos en la profundidad de las cuencas carnosas, aquel hombre tenía el sello inconfundible de lo que era: un emperador del puñetazo.

Leñador en una aldea gallega, desde los comienzos de su juventud se distinguió por la fortaleza de sus músculos. A los quince años era ya el rey de los derribadores de árboles gigantes; a los dieciséis, no había en toda la región quien le disputara la soberanía muscular.

Fué en esta época cuando aconteció lo que había de desviar el rumbo de su vida.

En la plaza principal del pueblo había levantado su tinglado una pequeña compañía de circo. El último número, el último artista, era un muchacho de blancas carnes y cuerpo ligero que, después de hacer una exhibición pugilística con uno de sus colegas, lanzaba un reto al público: uno a uno, podían subir todos los espectadores, cualquiera que fuese su estatura y su peso, para contender con él a puñetazos.

El día de la presentación de la compañía, Adrián formaba parte del público, pero no tomó en cuenta el presuntuoso desafío del boxeador. Estaba seguro que de un solo golpe convertiría en un pingajo a aquel muñeco de carne blanca y piernas de bailarín.

Sin embargo, cuando vio que sus más fuertes camaradas, los que podrían discutirle el título de rey de la fuerza si él no existiese, sucumbían fácil y rápidamente a los golpes certeros y rotundos del púgil, cambió de opinión.

A la noche siguiente, cuando el jovencuelo lanzó el reto acostumbrado, la figura de Adrián destacó de la masa de espectadores y escaló el tosco ring. En la sala se produjo un murmullo de sensación y acto seguido un gran silencio. Cuando Adrián se enfrentó con el forastero, éste comprendiendo sin duda a lo que se exponía si la mano del hércules alcanzaba su rostro, le propinó en el acto el uno dos que otras veces se complacía en retardar...

Al llegar a este punto, las reflexiones de Adrián adquirían un especial perfume de nostalgia. Cuando recibió los dos golpes definitivos, los sesos le bailaron, un sordo fragor envolvió sus tímpanos y perdió en absoluto la noción de las cosas.

Al recobrar el conocimiento se encontró en un oscuro recinto y sobre un duro lecho, que reconoció en seguida como propio. Su madre estaba a los pies del camastro, y a su diestra...

—Adrián, mi Adrián — oyó que le decía una voz inconfundible. — ¿Por qué riñes? Es que no quieres a tu Marichu? ¿Es que no sabes que tu Marichu va a morir en uno de estos sobresaltos? Adrián, no riñas — suplicó dolorosamente.

Y exclamó en un arrebatado de coraje: — ¡Maldita fuerza!... ¡Ojalá Dios te la quitara!... Adrián sonrió tristemente. ¡Pobre Marichu! ¡Qué inocente y medrosa era!... A buen seguro que ahora, mientras él se dirigía a América con los puños en ristre y los músculos en tensión para conquistar gloria y dinero, ella no cesaría de orar, de pedir a Dios que le quitara aquella fuerza que era la principal causa de sus inquietudes... ¡Pobre Marichu!

Cerró esta especie de paréntesis mental y volvió a verse tendido en el lecho, humillado, vencido por el muñeco saltarín de piel blanca.

Apenas se dio cuenta de lo que sucedía, saltó del camastro y, desoyendo los consejos de su madre y las súplicas de la novia, encaminóse al cafetín donde sabía había de



Por José Baeza

hallar a su vencedor.

No iba en son de guerra. En el fondo, tenía el convencimiento de que, a pesar de todo, era superior al luchador profesional. Iba sencillamente para saber, para averiguar el misterio de su derrota.

Cuando se enteró de que para contender hacía falta algo más que fuerza, le acometió un vivo deseo de aprender aquello que desconocía.

Su mismo vencedor le dio las primeras lecciones. Después marchó a Barcelona, y como nada era ni nada tenía, se vio precisado a pedir protección en un cen-

tro pugilístico. Sus futuros compañeros, con esa generosidad que tan frecuentemente se da en hombres de esta especie, le prestaron una franca y eficaz ayuda. Un año después, Adrián estaba en condiciones de contender en público.

Su primer combate fué un rápido y clamoroso éxito. Tras los breves tanteos preliminares, el adversario no sólo fué a parar fuera de las cuerdas, sino que el preciso golpe de Adrián le dejó sin sentido por algunas horas.

Los combates sucesivos tuvieron un resultado semejante, y algunos meses después Adrián no tenía rival en España. En Francia, continuaron los éxitos.

Finalmente, un famoso manager se había encargado de sus asuntos pugilísticos y, después de convertirlo en el campeón de Europa, se lo llevaba a América en busca del campeonato mundial.

II

Cuando transcurrieron los segundos reglamentarios sin que el enemigo diera señales de vida, Adrián no pudo contener su alegría y dió un cómico salto.

En la gradería de "Madison Square Garden" estalló una ovación atronadora.

Adrián acababa de pisar el último escalón de su carrera: era campeón del mundo.

* * *

Leía el correo, muellemente acomodado en una poltrona frailuna, cuando un criado le interrumpió para entregarle una tarjeta.

NORMA ALVENIZ

La alegría del nombre evitó el gesto de indiferencia que ya iba siendo habitual en el idolo. Pensó en su manager, en la prevención que éste tenía contra las mujeres, pero se sentía demasiado feliz para cometer la grosería de no recibir a una mujer de nombre tan sugeridor.

—Que pase — dijo al fin Adrián decidiéndose. Momentos después una dama rubia, gentil, fastuosamente bella y deslumbradoramente ataviada, le tendía la mano, sonriendo.

No se extrañe de mi conducta el campeón. Yo, aunque española, siento y llevo dentro de mi esta educación americana cuyo lema es: sinceridad, libertad y honradez. Yo, señor, le admiro a usted, y le admiro porque, aparte de la opinión de los escritores cursis, creo que es usted la más genuina representación de nuestra raza de héroes. Admiro su fuerza, su valentía, su acometividad. Acaso porque soy una mujer muy mujer me gustan los hombres muy hombres.

Adrián, aturrido, sin saber qué contestar al caluroso discurso, desvió la mirada hacia el velador donde se amontonaba el correo.

El perfume mareante de aquella mujer saturábase las fauces y el olfato. En los ojos tenía también huellas de la fascinación que ejercían aquellos otros ojos profundos, perversos, dominantes.

Todo cuanto pudo hacer fué construir una torpe frase de gratitud.

Sin embargo, ello fué suficiente para que el hielo se rompiera, y cuando Norma y Adrián se separaban eran ya dos buenos amigos, dos íntimos amigos.

El manager lo cogió del brazo y lo sacudió violentamente. Es preciso, ¿me oyes?, es preciso que dejes a esa mujer. He podido evitar el combate con el negro, pero al inglés no hay medio de detenerle. Está dispuesto a luchar contigo aunque sea gratis. Tex Rickard me acosa, la Federación se nos echa encima.

—Combatiré con el inglés — le interrumpió Adrián sin alterarse.

—Te vencerá en el primer cambio de golpes.

—Mejor; no me importa. Mi época ha pasado ya. Debo ir pensando en otra vida.

El manager se irguió en una convulsión.

—¿En otra vida, ... en otra vida!... — remedó con tono de rabia y reproche. — Esa mujer te ha sorbido el seso. ¡Maldita mujer, malditas mujeres!...

—Esa mujer será mi esposa cuando el inglés me derrote — replicó secamente Adrián. — De modo que ya puedes ir buscando otro boxeador que aguante tus impertinencias.

El manager dejó caer los brazos con desaliento.

—Está bien. ¿Aceptamos el combate?

—Por supuesto.

....

Muellemente acomodado en la poltrona fralluna, esta vez no examinaba correo ninguno, sino que fumaba plácidamente.

La noche pasada, el inglés había arrebatado con dos limpios *crochets* el título de campeón mundial. La derrota, en otras circunstancias, hubiera constituido para Adrián una tremenda humillación. El gong que suena, los boxeadores que se enfrentan y Adrián que se encoge al recibir el primer golpe de tanteo. El inglés sonríe y espera. Aprovechando el primer descubierto, se lanza a fondo y le aplica los dos formidables *crochets* que hacen rodar a Adrián por la alfombra. Un aplauso unánime y frenético para el nuevo campeón; una silbatina general y ensordecedora para el vencido...

Hoy, Adrián no ha recibido correo ninguno. Perdida la soberanía de su puño, lo ha perdido todo. En su espíritu nebuloso y en su cuerpo semi bestial no había otra cosa notable que este imperio del músculo, esta insuperable fiera para el ataque.

Sin embargo, el titán vencido, la fiera domesticada, fuma impasible en su poltrona fralluna. ¿Qué le importa el gran fracaso profesional? Dentro de media hora, como todas las tardes, Norma estará a su lado. Tomarán el té juntos; ultimarán los proyectos matrimoniales... Norma, una casita llena de flores en el extra radio, un cómodo Packard, un hijito tal vez... ¿Qué puede importarle la tremenda, la suprema derrota profesional?

Sin embargo, transcurre media hora y Norma no llega. El espíritu de Adrián es acometido por una desazonante aprensión... Transcurren otros diez minutos... Al fin golpean la puerta del cuarto y entra una doncella con una carta...

"Adrián, mi pobre héroe — dice el papel, — tu dolor debe haberme contagiado: me siento tan mal, que voy a acosarme. Como comprenderás, esta tarde no nos veremos."

Adrián se pone en pie de un salto. Nerviosamente, poseído de una insensata sospecha, coge el sombrero y corre hacia casa de Norma... Sube, llama. Sale a abrirle una doncella.

—¿La señora? No vino hoy a comer. Salí de casa esta mañana, a las once, y todavía no ha regresado.

Adrián lo comprende todo. Baja a saltos las escaleras y, ya en la calle, emprende una carrera impropia de sus años. Cuando irrumpe en el despacho del empresario Rickard, ve que está allí su ingrato manager. Lo aparta de un manotazo y se encara con el promotor.

—Quiero combatir con el inglés — le dice.

El empresario lo queda mirando sorprendido.

—Como en el término de un mes no me encuentre con ese bandido — precisa Adrián con terrible resolución, — recibirá usted todos los puñetazos que deseo darle a él.

Media hora más tarde, Adrián reanudaba su interrumptido entrenamiento.

III

Estalla una ovación ensordecedora: es que el inglés ha subido al ring. Cuando aparece Adrián, le reciben el silencio y algunos silbidos. Pero a Adrián no le afecta esta mala predisposición del público. El va dispuesto a vencer y esto es lo único importante.

Apenas suena el gong, se va hacia el enemigo y, sin cubrirse, sin perder el tiempo en tanteos inútiles, le propina un formidable directo que le hace rodar por el tapiz. El inglés logra levantarse, pero Adrián vuelve a abalanzarse sobre él y, durante

un momento, los brazos del ex-campeón semejan una diabólica máquina de descargar golpes. El campeón, partida una ceja, sangrando por la nariz, se refugia en una guardia impenetrable. Suena el gong señalando el final del primer round.

Durante el breve descanso, Adrián se revuelve en su rincón con impaciencia. Desea vencer pronta y violentamente. Si el round hubiese durado un medio minuto más, el inglés habría oído ya la cuenta de segundos reglamentaria.

Cuando vuelve a sonar el gong, se pone en pie en una convulsión y se va hacia el contrincante con el pecho y rostro descubiertos. Recibe un fuerte golpe en el estómago, pero responde con otro en el mentón que envía al enemigo a las cuerdas. Vuelve a esperar. El inglés se repone y regresa al centro del ring recelosamente. Adrián comprende que para conseguir el golpe definitivo ha de dejarse pegar. Por eso conserva una guardia baja que sólo le protege el estómago.

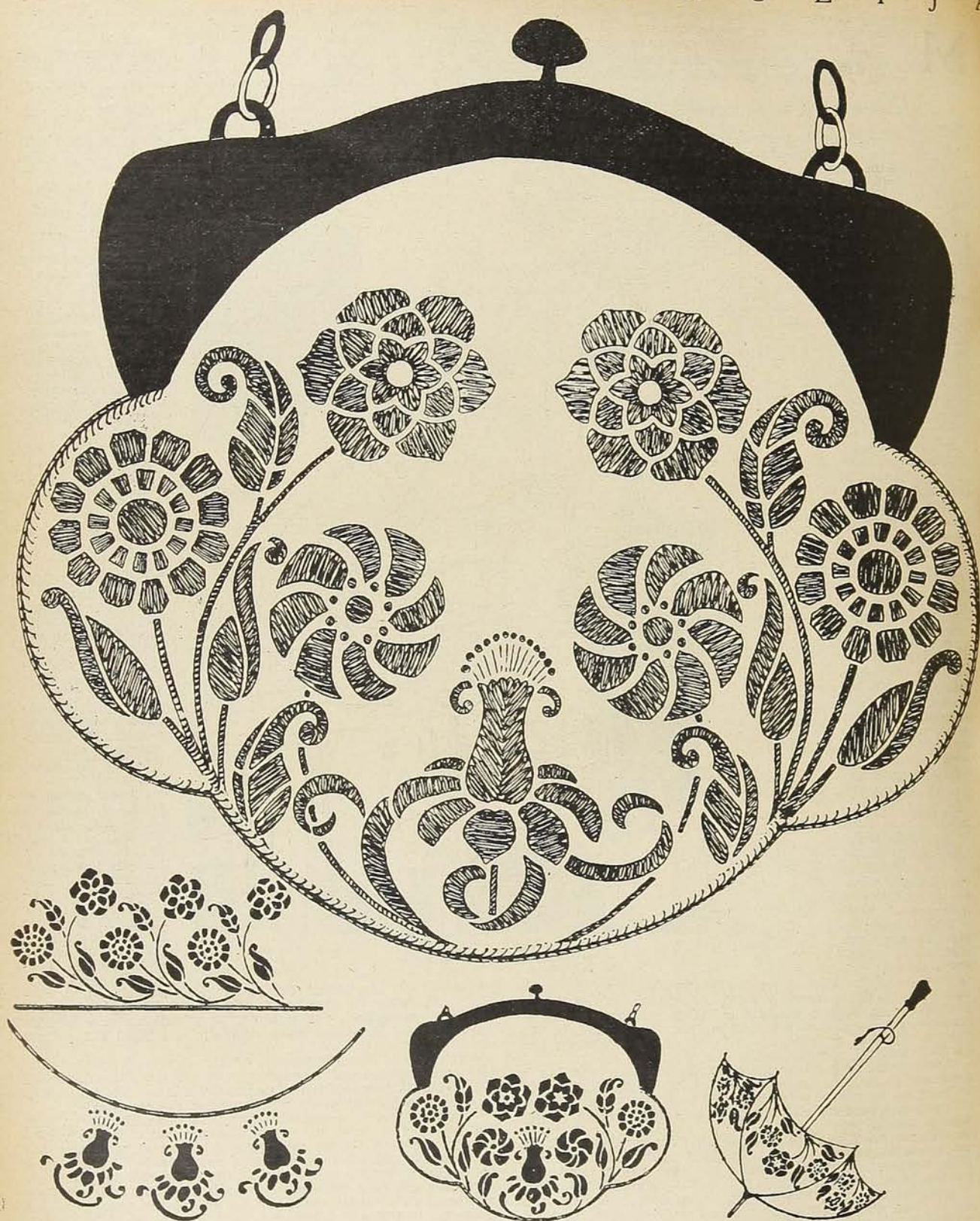
El inglés, comprendiéndolo, no se atreve a iniciar el cambio de golpes.

Al fin se lanza a fondo y aplica un clásico uno dos que obliga a Adrián a cubrirse. Aprovechando el momento de ventaja, el inglés envía el puño rectamente sobre el corazón de Adrián. Pero Adrián está ya repuesto, y ladeándose, con

(Continúa en la pág. 82)



...le tendía la mano, sonriendo



La mujer prolija puede por sus propias manos hacer una cantidad de labores primorosas que le sirvan para realzar sus encantos. Todos esos pequeños detalles que la frivolidad de la Moda impone y que en las tiendas, por gracia de la novedad, cuestan un disparate, pueden ser hechos por ellas a poco costo y tan bellamente como aquéllas.

Las carteras bordadas con rafia vuelven a usarse en la forma bolsa, con cierre de concha rubia que imite lo más posible a las preciosas cerraduras de carey legítimo.

El modelo que damos es de tela de seda—piel de seda, por ejemplo—y va bordada sencillamente con puntadas largas, al pasado, con rafia de colores o con rafia de un sólo color. Un quitasol hecho en la misma forma y en los mismos materiales y colores resultaría un complemento de suma elegancia que la más chic de las mujeres usaría ufana-mente.

M A D R E P O R I. Serrano Alvarez

I

En mi despacho tengo un cuadro, bajo cuyo cristal hay un delantal blanco. ¿Queréis saber por qué está allí?

Fui educado con cariño, pero con firmeza, por una madre viuda, que consiguió salvarme de todos los peligros de mi juventud y hacerme llegar felizmente a mi doctorado, objeto y fin de su ambición y de la mía.

Para conseguir esto, que dicho parece tan sencillo y tan vulgar, nadie puede imaginarse las amarguras que pasamos. Hubo que renunciar a toda diversión y a toda comodidad, por pequeña que fuese.

Descendía mi madre, por la rama materna, de raza que siempre miró a la adversidad cara a cara, sin desfallecer ante el sacrificio personal si era preciso, y no desmintió nunca su origen.

Joven aún, cuando fué herida por la muerte de mi padre y la ruina, renunció a toda coquetería en su tocado, rompió con todas sus amistades para dedicarse exclusivamente a su hijo, a su educación, a su porvenir, luchando, sufriendo sin tregua, perdiendo su frescura y su juventud en trabajos agotadores de copista, adaptándose a los menesteres más groseros para economizar la mísera soldada de una doméstica, pero sin perder jamás su dignidad natural, que alejaba toda familiaridad e imponía respeto a todos, a mí el primero.

Aun la veo con sus bandós bien alisados, su traje de merino, que nunca variaba de color ni de corte, y su delantal negro, de seda, su única elegancia, afirmación de su categoría, de su casta, y que ni siquiera en el misterio de su cocina hubiese jamás consentido en cambiar.

Sus facciones rígidas reflejaban su carácter, encarnación del deber en toda su austeridad: aquel carácter que yo hubiese deseado más confiado y más dulce. Pero mi madre pertenecía a la escuela que consideraba el respeto como la clave de la familia y del Estado; no admitía ciertas libertades de lenguaje y conducta, ni aun en la intimidad; yo no la tuteaba y no la besaba más que dos veces: al levantarme y al acostarme, sin esas efusiones, esas mimosidades pueriles tan comunes y que hubieran temblado algo aquella existencia espartana. En pocas palabras: me cuidaba inmejorablemente, pero no me mimaba.

—Una madre no debe ser la criada de sus hijos—decía claramente al contemplar ciertas abdicaciones maternas.

Y, naturalmente, yo me daba por enterado.

Por la mañana, antes de ir al colegio, yo me limpiaba el calzado, me cepillaba mi ropita y hacía mi cama. Y al volver por la tarde a casa, hacía los recados, cosa que mortificaba sobremanera mi vanidad juvenil.

A medida que el tiempo pasaba, se me hacía cada vez más duro y antipático aquel régimen.

Estudiaba constantemente, con afán enorme, casi con rabia, ya que no podía hacer otra cosa...

Esto no obstante, envidiaba a los compañeros más favorecidos que podían alternar el estudio con la tertulia del café, las emociones del juego y el amor más o menos fácil; cosas todas que yo pensaba que eran necesarias para la completa educación de un estudiante.

Pero mi madre opinaba de un modo diametralmente opuesto.

—Es preciso amoldar las distracciones a la bolsa—me decía.

Y de cuando en cuando me hacía el espléndido regalo de un par de duros.

Si mi madre me hubiese oído pedirle un billete de diez duros me hubiera creído camino del presidio.

A pesar de mi sorda rebeldía, nunca tuve la loca temeridad de sublevarme, ni aun de reclamar, contra régimen tan duro; pero en el fondo de mi corazón guardaba algo de rencor a mi madre por imponérmelo y llegaba hasta desconocer los sacrificios que la pobre arrojaba.

—Después de todo — pensaba yo, — no son tan grandes. ¿Que mi madre gusta poco de la sociedad, de componerse, del teatro? Todo eso es porque su carácter es así y porque la estusiasma reducirse a su papel casero de burguesa timorata, mientras que para mí, muchacho joven, de espíritu amplio, de ideas y manos abiertas, era un verdadero suplicio semejante vida.

Y naturalmente, me creía una víctima de la tiranía materna y me compadecía a mí mismo de todo corazón.

Como todo llega en este mundo, llegó el final de mi carrera, y terminados los exámenes, se presentó el problema de ejercer la profesión con tantas fatigas alcanzada, y entonces, por primera vez en mi vida, me puse mi madre al corriente de nuestra situación, y frente a frente de nuestro menguado presupuesto, me quedé helado.

¿Cómo con tan míseros recursos iba a ser posible atender a los gastos impresionables de instalación, instrumental, etcétera, por modestísimos que fuesen?

—Como sabía que este momento tenía que llegar — dijo mi madre sencillamente, — he economizado durante tu carrera todo lo posible, privándonos, como sabes, a veces hasta de lo necesario, pero tendrás, gracias a esta previsión, una consulta decente.

En efecto, en esta ocasión mi madre no economizó nada; amueblamos tres habitaciones muy monas: sala de espera, despacho y gabinete de consulta, que daban a un pasillo algo oscuro que terminaba en el recibimiento, del cual se hallaba separado por un tapiz recogido. El mobiliario era sobrio y elegante: algunas plantas de salón, una o dos reproducciones en yeso de estatuas clásicas y lindas vidrieras en las puertas y balcones daban una nota alegre, artística y moderna; las butacas eran sobremediana confortables.

—El señor me lo tiene terminantemente prohibido.

Mi madre, de toda la casa, sólo se había reservado un cuarto interior, contiguo a la cocina y comedor, y allí trabajaba en sus copias esperando que llamasen los clientes.

Porque, desgraciadamente, era siempre mi madre quien salía a abrir, y esto era bastante para amargar mi alegría.

No es que fuese (lo confieso avergonzado) un sentimiento de amor filial, sino más bien de bien parecer, de respeto humano; me tenía humillado el carácter de un botones o una niziopreta doncellita, como tenían mis colegas más modestos, y había agotado mis razonamientos para convencer a mi madre de esta absoluta necesidad, sin éxito alguno.

—Es un gasto que no podemos hacer, al menos por ahora — me decía siempre que trataba del asunto.

Insiné que podríamos alquilar al lacayo del vecino del segundo solamente para mis horas de consulta.

—¿Para que toda la casa se ría de nosotros? No: más vale que todo quede como está.

Y como con mi madre no quería decir no, tuve que resignarme, de malísima gana, eso sí, algo consolado por la idea mezquina y baja de que, dado el carácter de mi madre, tenía que sufrir más que yo con nuestras escaseces.

Poco a poco iba acudiendo la clientela, casi toda enviada por mi querido profesor Costezal..., una clientela bien, como ahora se



—El señor me lo tiene terminantemente prohibido.

dice... Clientes que no pagaban adelantado y a los que hubiera sido de un efecto desastroso enviarles la nota de honorarios. No tuve más remedio que reconocer la prudencia maternal... ¿Cómo hubiéramos podido mantener y pagar a una doncella, cuando apenas nos llegaba la sal al agua?

—Ya te desquitarás en los banquetes cuando seas académico— decía mi madre, filosóficamente.

Yo hubiera preferido algún anticipo a cuenta.

Una tarde cierta condesita deliciosa, viva, alegre, espiritual, que tenía la conquetería de creer que todas las enfermedades la elegían para agradable residencia y a quien molestaba en grado sumo tener que esperar, me dijo, riéndose, con su risa fresca cristalina:

—Enhorabuena, doctor: tiene usted un legítimo cancerbero... ¡Y, además, insobornable!... He querido deslizar un billete de cinco duros en la mano de su doncella para que me saltase el turno... No se ofenda usted; es cosa que en todas partes se hace sin que choque a nadie... Y me ha contestado, muy digna: "Es imposible, señora condesa; el señor me lo tiene terminantemente prohibido y estoy muy contenta en la casa."

¡¡Mi doncella!! Abrió la boca para protestar, para decir que estaba equivocada, que yo no tenía doncella, pero algo me detuvo, que por esta vez no era una falsa vergüenza, y al terminar la consulta, en lugar de limitarme, como de costumbre, a abrir la puerta de mi gabinete, acompañé a mi linda cliente hasta la mitad del pasillo y quedé oculto en la penumbra.

Al oír el timbre, apareció con un delantal blanco, impecable... mi madre.

—He contado a su señor el rasgo que ha tenido usted hace poco, y me figuro que lo tendrá muy en cuenta para recompensarla — dijo la condesa.

Mi madre ni siquiera pestañó, pero cerrada la puerta, me vi delante de ella, tan trastornado, tan emocionado, que no pude articular palabra.

Más que su larga abnegación, más que sus diarios sacrificios, esta humillación voluntaria me daba la medida de su inmensa ternura.

Por mí había enterrado su indomable orgullo y seguramente nada debió de serle más doloroso.



SECCION ESPECIAL AJUARES PARA NOVIAS CONFECCIONES SOBRE MEDIDA

El Ramasso & Cia

CLARA/270 /SANTIAGO

FABRICANTES EN
LENCERIA FINA
MANTELERIA
ROPA DE CAMA

Sintiendo que las lágrimas abrasaban mis ojos, le cogí ambas manos, y cayendo de rodillas ante ella se las besé, murmurando:

—¡Perdón, mamá!

Hasta este momento siempre la había llamado madre.

Comprendió inmediatamente lo que dentro de mí pasaba.

—¿No creías tú que te quería tanto?... — dijo dulcemente, pero con un ligero reproche en la voz.

Y no sabiendo qué decir, escondí, como cuando era niño, mi rostro en su regazo.

LA CAMARA DE LAS TORTURAS

El ministerio inglés de la Higiene Pública ha creado en Londres un Museo denominado la "Cámara de las torturas", porque allí pueden verse todos los instrumentos de tormento que la moda ha impuesto a las mujeres al través de los tiempos.

Al dar esta noticia Jean Lecoq, en *Le Petit Journal* dice a las mujeres francesas lo siguiente, que con ligerísimas variantes puede decirse y aplicarse a las de todos los países:

"No sufrieron, en efecto, una manera de tortura las mujeres del tiempo de Francisco I, que llevaban el *vertugadin*; las mujeres del siglo XVIII, que se ponían enormes *paniers* en las caderas; las mujeres del Segundo Imperio,

que sobrecargaban su cuerpo con la crinolina de círculos de acero? ¿Y aquellas nobles personas del tiempo de Henri II que, por imitar a algunas princesas atacadas de paperas y deseosas de ocultar su enfermedad, pusieron de moda las golas tubulares, plegadas y almidonadas, que les encerraban el cuello como con una argolla?

¿Y las elegantes del tiempo de Isabeau de Baviera, cuya frente soportaba el peso abrumador de un tocado gigantesco, del que pendía todo un velamen de navío?

¿Y las que, en diversas épocas, se colgaban de los riñones aquellas *tournures*, aquellos postizos ridículos que daban a sus asentaderas unas proporciones de las que se hubiera sentido celosa la Venus hotentote?

¿Y las mujeres de la época del Directorio que, presas de una verdadera pasión por la antigüedad, se paseaban medio desnudas bajo un ligero "peplum" y se exponían a una pulmonía cada vez que salían a la calle?

¿Y todas las que, desde el siglo XIV al XX, han tenido el espantoso valor de aprisionar en rígidos corsés con ballenas o con laminillas de hierro lo que la Naturaleza creó en ellas de más delicado, de más frágil y de más encantador?

Y ustedes irán, señoras mías, a ver todo eso en la "Cámara de las torturas" y se reirán ustedes de sus abuelitas...

Y luego, cuando se invente algún nuevo instrumento de tortura para hacerlas a ustedes engordar o adelgazar, siguiendo la estética del momento, aunque entonces estén ustedes "enteramente manumitidas" y sean electoras elegibles se inclinarán, señoras mías, y sufrirán lo que sea preciso sufrir, porque la moda lo exigirá y porque, ante ella, ustedes no serán jamás sino unas lastimosas esclavas sin fuerza y sin voluntad".



La Hipertriosis (vello superfluo) es una verdadera y fea enfermedad, que puede Ud. curar con la maravillosa

AGUA DIXOR

M. R.

de PARIS

el mejor depilatorio, inofensivo y de olor agradable.

Cada frasco va acompañado de una muestra de

"VELOUTY" y de "DIXORASE"

SALAZAR & NEY

Casilla 1034 - SANTIAGO

y en las Boticas, Perfumerías e Institutos de belleza bien surtidos.

MANIQUÉS

El legítimo, el auténtico maniquí es el de cera; el falso, el de imitación, es el de carne, que copia servilmente al de cera en sus actitudes, en su gesto, en su belleza... y en su vida.

Nada tiene que temer el maniquí de cera de la competencia, recientemente establecida, del de carne; éste no tendrá nunca su acabada perfección, ni los ojos tan grandes, ni tan largas las pestañas, ni tan bien dibujado el arco de la boca, ni tan delicado el cutis, ni tan finas las manos, ni tan afectados los gestos; y, sobre todo, no tendrá nunca su docilidad.

Al querer comparar uno a otro, sale perdiendo el de carne y ganando el de cera; de éste se dice con admiración: "Parece una mujer"; de aquél se dice con desdén: "Parece una muñeca".

En fin, el maniquí de cera posee la belle-

La fabricación de un maniquí se lleva unos tres o cuatro meses de trabajo, en el cual intervienen buen número de operarios; mejor dicho, de artistas.

La primera operación consiste en el modelado de una verdadera estatua de barro; esta estatua se hace con modelo humano y, en más de una ocasión, el artista se divierte en dar a su creación la semejanza de una persona conocida.

• •

Así, puede verse, en los almacenes del Madrid-Paris, una mujercita de cera que recuerda con pasmosa perfección aquella otra bella

muñeca que fué la famosa actriz. Gaby Deslys, muerta en plena juventud, hace pocos años.

Esta operación de modelado suele confiarse, en las grandes fábricas de París, a artifices italianos.

Hecha la estatua de barro, se saca de ella un molde de yeso, en el cual se verterá la cera que ha de constituir el maniquí.

Desde este momento, empieza otra serie de operaciones de una delicadísima trascendencia de detalle, y que consiste en pulir el rostro y el cuerpo, suavizando las asperezas dejadas en la cera por el yeso.

Viene luego la iluminación por un proce-



Claro que a veces, algunas, muy pocas, el maniquí de cera tiene que envidiar al de carne la falta de pelo.

za suprema, que es la de la inmovilidad. El poeta francés que ha dicho:

"Odo el movimiento que desplaza la línea", puesto a elegir entre el maniquí de cera, bellamente quieto, y el de carne, insoportablemente movido, hubiera elegido, sin duda, el de cera...; por lo menos, para presentar un modelo de vestido.

COMO SE FABRICAN LOS MANIQUES

Los maniqués de cera (semejantes, en esto también, a los de carne), suelen venir de París.

El nacimiento del maniquí de cera no data arriba de unos treinta años. Antes eran de madera o de cartón; toscos en su ejecución, rígidos de gesto.

La cera tiene la ventaja de poderse confundir con la carne humana, no sólo por su plasticidad, sino porque en ella pueden reproducirse con perfección las porosidades de la piel y los más delicados matices del cutis.



La prueba del pañuelo convence a cualquiera

TOME un pañuelo. Eche en él veinte gotas de Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA". Eche, al lado, otras veinte gotas de cualquier tintura química, restaurador o preparación, y déjelo secar.

Observe, luego, cómo el restaurador o la tintura dejan en el pañuelo una mancha indeleble, negra o marrón, mientras que "LA CARMELA" no deja absolutamente ningún rastro.

Después de esta demostración concluyente, ¿preferirá usted seguir manchando químicamente su cabeza y sus ropas, cuando puede lograr que sus CANAS desaparezcan usando un producto limpio, higiénico e inofensivo como es el Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA"?

En venta en todas las farmacias y perfumerías.

Precio del frasco: \$ 13.- m/l.

DROGUERIA del PACIFICO S. A., Suc. de DAUBE & Cia.
SANTIAGO - VALPARAISO - CONCEPCION - ANTOFAGASTA

EXIJA LA LEGITIMA AGUA DE COLONIA HIGIENICA

"La Carmela"



Esta jovencita es de las que incitan a decir a los jóvenes que pasan ante el escaparate en que ella se exhibe: "¡Si pes-tañeara!..."



Esta figura, que parece la de una mujer de verdad, es la de un maniquí que no envidia a sus imitadoras la belleza ni la elegancia.

dimiento de coloración adecuado, no sin reproducir previamente las porosidades de la piel humana, merced a un cepillo especial con el cual se golpea la cera para trazar en ella las huellas oportunas.

De todas las operaciones sucesivas de que se compone la fabricación del maniquí, la más difícil es, quizá, la de la "capilarización"; o sea, la colocación de la cabellera; cada mechón de pelo ha de ser incrustado en la cabeza de cera por separado; esta operación, que requiere varios días de paciencia minuciosa, es encomendada a mujeres.

Queda aún la colocación de los ojos, de cejas y pestañas, de los dientes y de las uñas.

Y, por último, entra en escena el peluquero de señoras, quien, con sus tenacillas, dará a la dama de cera el peinado de moda que acabará de hacer de ella la rival triunfadora de la más bonita mujer del mundo.

EL PRECIO DE UN MANIQUI

El precio de los maniqués varía según la persona; quiero decir, según la muñeca. Algunos, muy modestos, pueden adquirirse por quinientos francos; pero un maniquí de cera, que se respeta, de los que se utilizan en los grandes almacenes de las grandes ciudades y de todas las capitales, no cuesta menos



Sobre la cera, el artista modela la figura del maniquí destinado a lucir los vestidos más bellos en los escaparates de los grandes almacenes.

de cuatro o cinco mil francos, comprado en fábrica.

Añadamos los gastos de porte y de aduana, que son elevadísimo, y consideraremos con cierto respeto a esas señoras que vemos en los escaparates, anudándose las cintas del corsé y atrayendo a los transeúntes con una, algo equivocada, sonrisa profesional.

LOS MANIQUES QUE PUEBLAN EL MUNDO

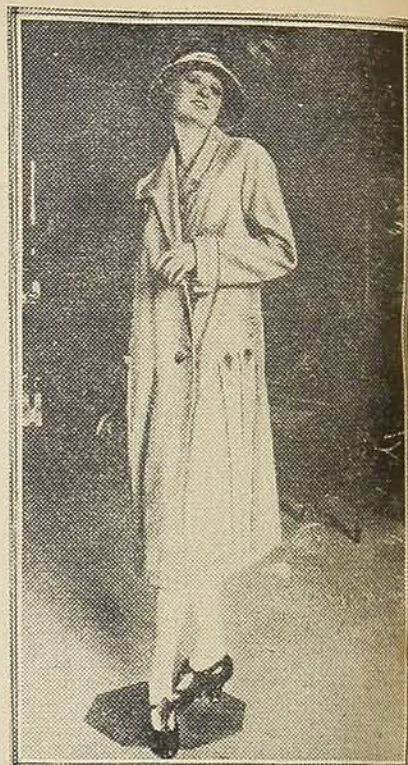
No todos los maniqués son "mujeres"; ciertamente; también hay hombres y niños; pero esos apenas merecen el nombre de maniqués; a lo sumo, son muñecos.

Además, el número de maniqués femeninos supera en más de diez veces al de los masculinos e infantiles.

Y es considerable; de un sólo establecimiento de París—cierto que es la fábrica más grande e importante de todas las existentes—salen anualmente doscientos cincuenta mil maniqués, que se esparcen por el mundo, y van a aumentar la población de todos los países.

Digo bien, de todos los países, pues no hay uno sólo en que no se adquieran maniqués de cera, incluyendo la China y el Japón, la India y hasta el África Central.

(Continúa en la pág. 80)



En cuanto a ésta, ¡hay que ver su gesto, su porte, su aire entre desdenoso y coquetón! Dan ganas de declararsele.



Y esta otra es un peligro para los hombres casados: sus esposas, al verla, creen que a ellas les sentaría mejor el traje del maniquí.

LA CENA DE LUISA SANZ

Por PEDRO MATA

I

CON la barra de carmin en los dedos, los labios a medio pintar, se quedó un momento indecisa, sin saber qué decir.

El insistió:

—Bueno, ¿en qué quedamos?

—Chico, la verdad..., no sé qué hacer... ¿Quiénes vais?

—Cuatro o cinco amigos y otras tantas amigas. Pocos, pero bien avenidos. Ellos, todos gentes "bien"; ellas, como tú, muchachas de teatro: las hermanas Lorente, la Amelia Ruiz, la...

No pudo continuar, porque se abrió la puerta y entró un acomodador.

—Señorita Sanz: esta carta que acaban de traer.

Luisita rasgó el sobre, la leyó rápidamente y se la dio a él.

—Toma; entérate.

El leyó en voz alta:

"Mañana, para solemnizar la Nochebuena, nos reuniremos unos cuantos amigos a cenar. Contamos contigo como elemento indispensable de preciosidad y alegría. Si por cualquier motivo no pudieras acompañarnos, haz el favor de avisarme antes de las ocho al Casino".

—¡Otra invitación!

—La tercera.

—¡Qué solicitada estás!

—¡Suerte que tiene una!

—Bueno; pero, en resumen, concretemos: ¿Por quién te decides? ¿Contamos contigo, sí o no?

—Chico, es una cosa muy seria para resolverla así, de sopetón. Necesito pensar. Mañana te contestaré.

—¿Por qué no ahora?

—Porque necesito pensar.

El fué a insistir, pero la entrada del avisador interrumpió la charla.

—Señorita Sanz, a escena.

II

A pesar de sus excelentes propósitos, aquella noche no pensó nada. Durmió como una tonta, se levantó a las once de la mañana y almorzó, como todos los días.

Sólo después de comer, y ya vestida, cayó en la cuenta de que era víspera de Navidad y no había ensayo. Pero como estaba ya vestida y el día era bueno, decidió salir a la calle.

—Pepa — dijo a la criada — esta noche no ceno en casa.

—¡Anda! ¡Y yo que tenía ya preparada la cena! ¡Qué lástima! ¿Por qué no me lo dijo antes la señorita?

—Porque no me he acordado hasta este momento.

—¡Vaya por Dios!

—Me lo dijeron anoche, pero se me pasó.

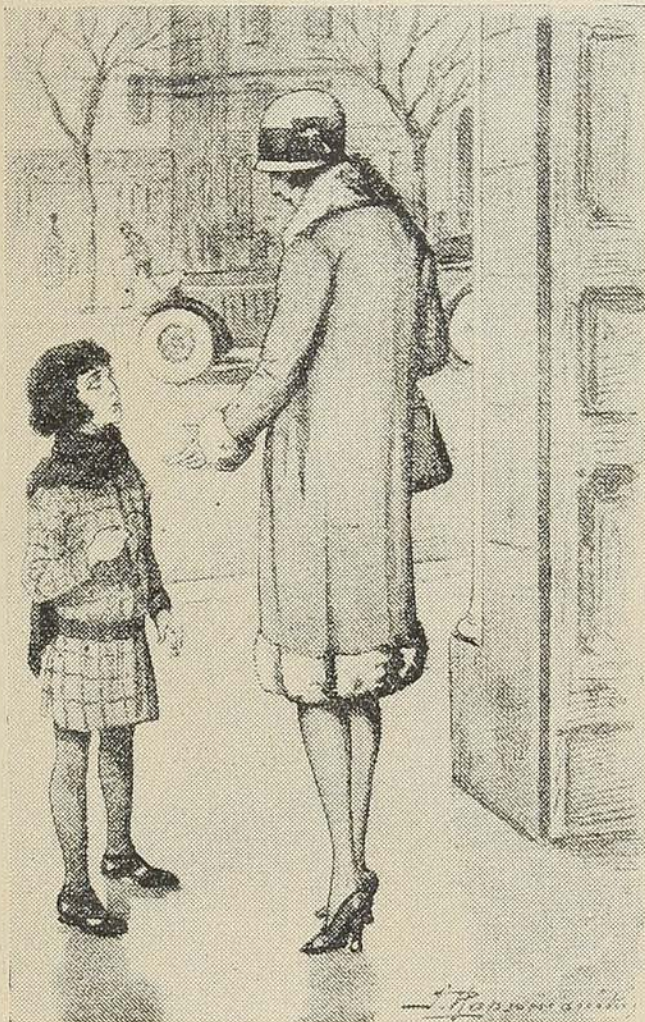
—¿De modo que está convidada la señorita?

—Sí, hija: tres invitaciones por falta de una. No sé todavía por cuál me decidire; pero como por alguna he de decidirme, no me espere.

En el portal se encontró a una chiquilla de la vecindad.

—Vaya usted con Dios, señorita Luisa. Qué guapísima y qué elegante que va usted.

Le hizo tal gracia el desparpajo de la criatura, que se detuvo para darle un beso.



—No, rica; es nochebuena

Era hija de un pintor que vivía en la guardilla; una niña de unos nueve años, menuda, paliducha, muy linda, con los ojos muy grandes, muy azules.

Conque me encuentras guapa, ¿eh?

—Usted es siempre muy guapa y muy elegante, y tiene usted una voz muy bonita. Y a mí me gusta mucho verla a usted en el teatro. ¿Cuándo me va usted a volver a dar entradas?

—¡Ay, rica! Cuando tú quieras.

—Esta noche.

—Esta noche no puede ser porque no hay teatro.

—¿No hay teatro?

—No, rica; es Nochebuena.

—¡Ah!...

—Esta noche es noche de estar en casita, con papá y mamá y con los hermanitos para jugar a los Nacimientos y comer turrón. En tu casa tendréis turrón.

—No, señora.

—¿Cómo! ¿No tenéis turrón?

—No, señorita; no tenemos turrón. Dice mamá que todo está muy malo.

—¿Conque no tenéis turrón? ¿Ni figuritas de Nacimiento? ¿Ni mazapán?... ¡Oh!... Nada, nada, nada; esto no puede ser. Anda, llama a tus hermanos y venid todos conmigo. Vámonos todos a la plaza Mayor.

III

Cuando a las cinco de la tarde la Pepa abrió la puerta, escandalizada ante el estrepitoso repiqueo del timbre, se quedó estupefacta en medio del pasillo al ver a su señorita rodeada de una legión de chiquillos llenos de

cestas, envoltorios, paquetes, panderetas, tambores y zambombas.

Los dos chicos mayores del pintor de la guardilla traían un gran cesto de mimbre, del que empezaron a sacar provisiones.

—¿Pero qué es esto?

—Esto es que vas a hacer la cena para todos.

—¿Para todos? Pero ¿quién viene?—preguntó, aterrada, la Pepa.

—No te asustes. Toda es gente menuda, y supongo que muy poco exigente. La chiquillería de la vecindad. Las chicas de la portera, las de la guardilla, los del sotabanco, los del verdulero. ¿Hay alguno más? Que vengan, que vengan todos.

—¡Pero, señorita!...

—Déjalo, mujer. Un día es un día.

—¿De manera que la señorita ya no va convidada?

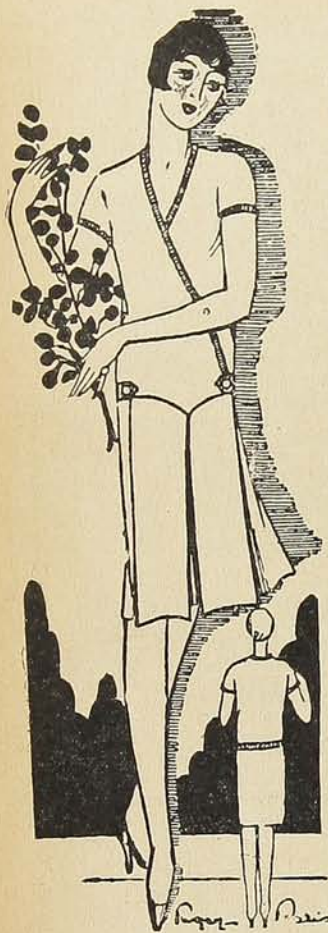
—¡Jesús!... ¡Es verdad!... ¡Qué cabeza la mía!... ¡Ya no me acordaba!... A ver, tres de vosotros..., que hay que llevar en seguida unas cartas.

Se sentó ante la mesa y escribió unos pliegos con lápiz:

"Me es absolutamente imposible ir a comer con vosotros esta noche.

Ceno en familia'.

HABLA UN FAMOSO MODISTO



Modelo en crepe de Chine amarillo con borde naranja.

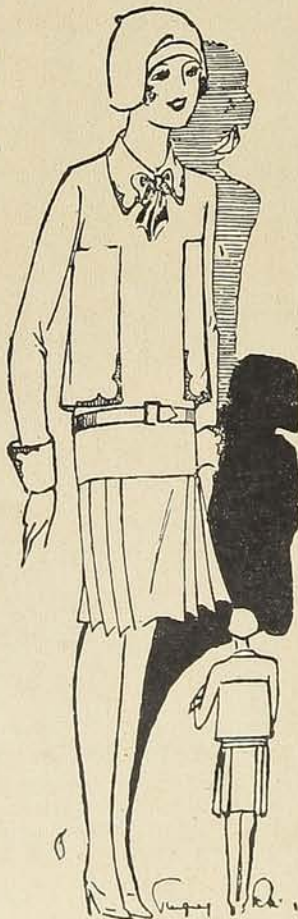
En una entrevista con M. Jean Charles Worth, decano de la alta costura parisense, éste nos manifestó que la silueta será una continuación de lo que se ha visto hasta el presente. En la colección de invierno llamarán la atención modelos de aspecto de verano. La razón de ellos es que los compradores extranjeros, que desean siempre llevar lo más nuevo, así lo exigen. En la primera colección que se exhibirá se verán chiffons "imprimés" para la noche; más adelante ocuparán su lugar otras telas del mismo tipo "imprimés", especialmente el terciopelo.

Hay una demanda enorme de tul; ninguna otra tela da la impresión de vaporosa fragilidad, combinada con una cierta "tiesura" que el aspecto de la moda exige, pues se impone para ruedos tan amplios como los que ahora se usan. Las telas más flexibles son demasiado caídas. Cortando al hilo recto como se hace ahora, en vez del sesgo, se

necesitan telas con más cuerpo. Por esa razón usaráse "soufflé" o "fleur de sole", porque produce mejores efectos que los otros chiffons más tenues. "Tal vez crearé—dice—algunos modelos en "point d'esprit" para dar cierta variante al tul liso.

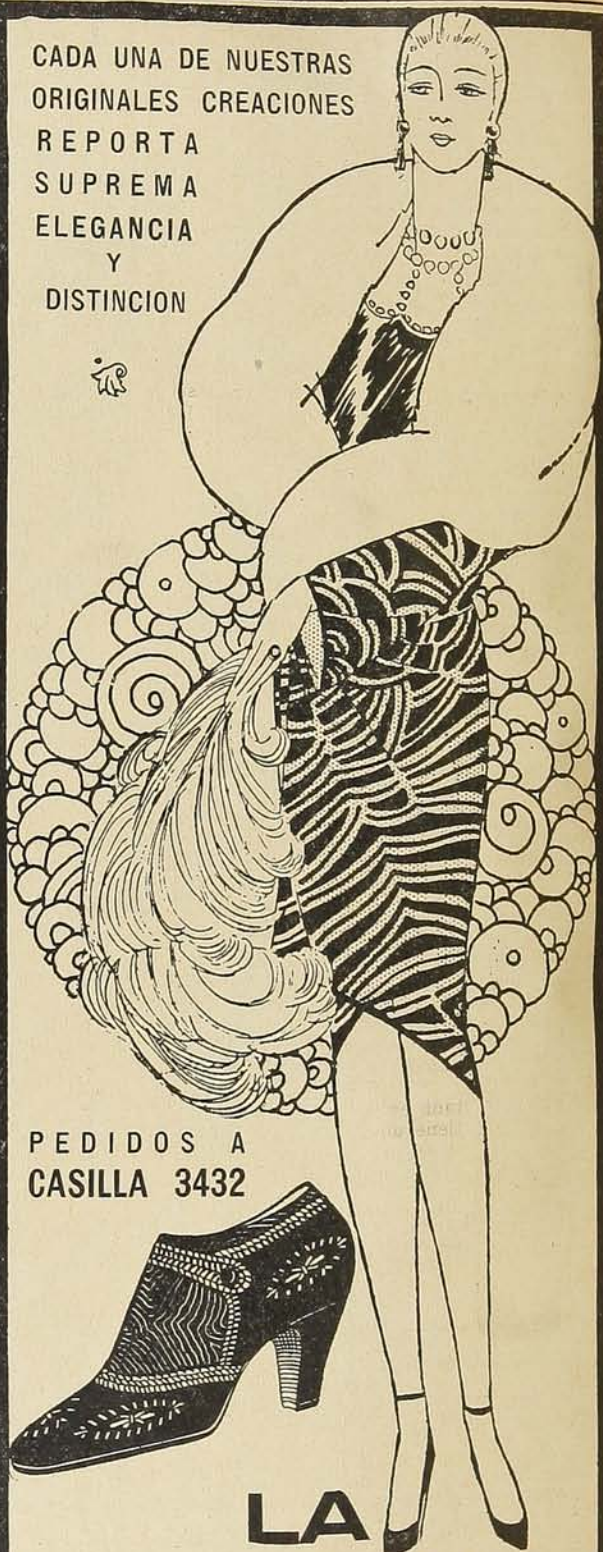
"La amplitud prohíbe el uso del bordado en la profusión del traje camisa. Los terciopelos y satines se usarán en la misma forma. En mi opinión los lamés no entran en la nueva tendencia. Trataré de resucitar los "brocados" de seda, pero por ahora eso no es más que una aspiración. Seguiré empleando el taffetas e "imprimé", pues mi modelo llamado "Rosario" en esa tela tuvo tanto éxito que pienso repetirlo aunque tal vez algo menos exagerado".

Pidió entonces M. Worth un nuevo taffetas de sorprendente belleza; en fondo negro, con un dibujo chino en rosa, amarillo y verde. Se empleará para la falda,



Modelo en marocain de lana azul con cuello y puños blancos, con bordado azul, corbata azul y blanco.

CADA UNA DE NUESTRAS
ORIGINALES CREACIONES
REPORTA
SUPREMA
ELEGANCIA
Y
DISTINCION



PEDIDOS A
CASILLA 3432

LA
FLORIDA
PUENTE
502 • 506

que será muy importante, y el cuerpo en el mismo taffetas con una flor minúscula alternando con una mariposa chinesca, para alejar el dibujo grande de la parte superior del cuerpo.

"Por mucha belleza que tengan estas telas—añade—he observado que la boga del taffetas es de corta duración, como se ha visto cada vez que se ha puesto de moda.

"Emplearé muchos encajes y mi deseo es volver a los antiguos, los "Alencons y Chantillys". La dificultad estriba en la variedad de tonos que se piden ahora, y como para estos encajes se tiñe el hilo, su producción resulta muy lenta. Me gustaría poder ofrecer a mis clientas todos los tonos rojos, verdes y amarillos en "Chantilly", pero me temo que eso no será posible por el tiempo que demanda su ejecución.

"No tengo la intención de crear modelos relucientes ni dorados. Las joyas ocuparán su lugar. Tengo un sencillo modelo en satén rosa drapeado, cuyo único adorno son las "bretelles" de brillantes y esmeraldas, tan maravillosas, que su precio es de diez mil francos, a pesar de ser imitación, pues si fuesen verdaderas valdría cada una tres millones de francos. Si los joyeros pudieran trabajar con la misma rapidez que los "modistos", venderíamos modelos con piedras verdaderas. A mi parecer ha pasado la moda de los brillantes, substituyéndolos las piedras de color, las esmeraldas y sobre todo los rubies y zafiros como más nuevos. La dificultad es que estas piedras se imitan

mucho más perfectamente que las esmeraldas.

"Esta preferencia por las piedras de color trae como consecuencia la moda del blanco y el gris para trajes de noche, como fondo apropiado para ellas. Pienso continuar haciendo modelos de noche marrones, pues los considero muy distinguidos. También he hecho fabricar algunas telas violetas, pues es un color que se llevará bastante.

"Para el día, he terminado con los kashas, empleo en su lugar lanas suaves, las "zibelines" como las denominan y los paños que pueden usarse sin dobladillo, terminadas con su orilla. Los dobladillos en las faldas amplias quedan demasiado gruesos y poco proljos.

"En los trajes de sport no haré ningún cambio; seguiré confeccionando trajecitos de jumpers y cardigans, pero los haré especialmente combinando blanco y negro, algunos azules, tal vez algunos grises, negro y gris, pero ninguno beige; en vez usaré mezclas marrones y blancas, tonos tostados y color de pieles. Pienso emplear muchas lanas en blanco y negro, haciendo efecto gris, en telas tipo "tweed", como las usadas para trajes de hombre sin ser masculino, y con ellas haré modelos de tres piezas confeccionando los sacos de paño o terciopelo negro con trajes y reversos de la tela mezclada; no haré ningún jumper. Estos trajes serán también en jersey de lana lo mismo que los reversos de los sacos, aún siendo de terciopelo, para hacerlos más abrigados.



La Que Triunfa

Esta distinción perfecta que emana de su persona; este encanto que subyuga al mas insensible, ella no los debe sólo a su belleza. Este milagro lo consigue con

La Velouty de Dixor-París

M. R.

que sabe dar a su rostro, a su escote, a sus brazos y a sus manos ese maravilloso aterciopelado que ningún otro producto es capaz de producir.

La Velouty se vende en blanco, rosado y marfil.

Representantes: SALAZAR & NEY — A. Prat, N.º 219, SANTIAGO

CONCURSO DE ELEGANCIA EN MILAN

El Premio del R. A. C. otorgado a la Fiat

En un cuadro lleno de la exquisita elegancia del gran mundo, se ha celebrado en el Paseo de las Naciones de la Feria de Milán, el Concurso Internacional de Automóviles promovido por el Real Automovil Club de Milán y la Asociación Nacional de Automovilistas Retirados.

El concurso ha sido grandioso por la cantidad y calidad de los participantes.

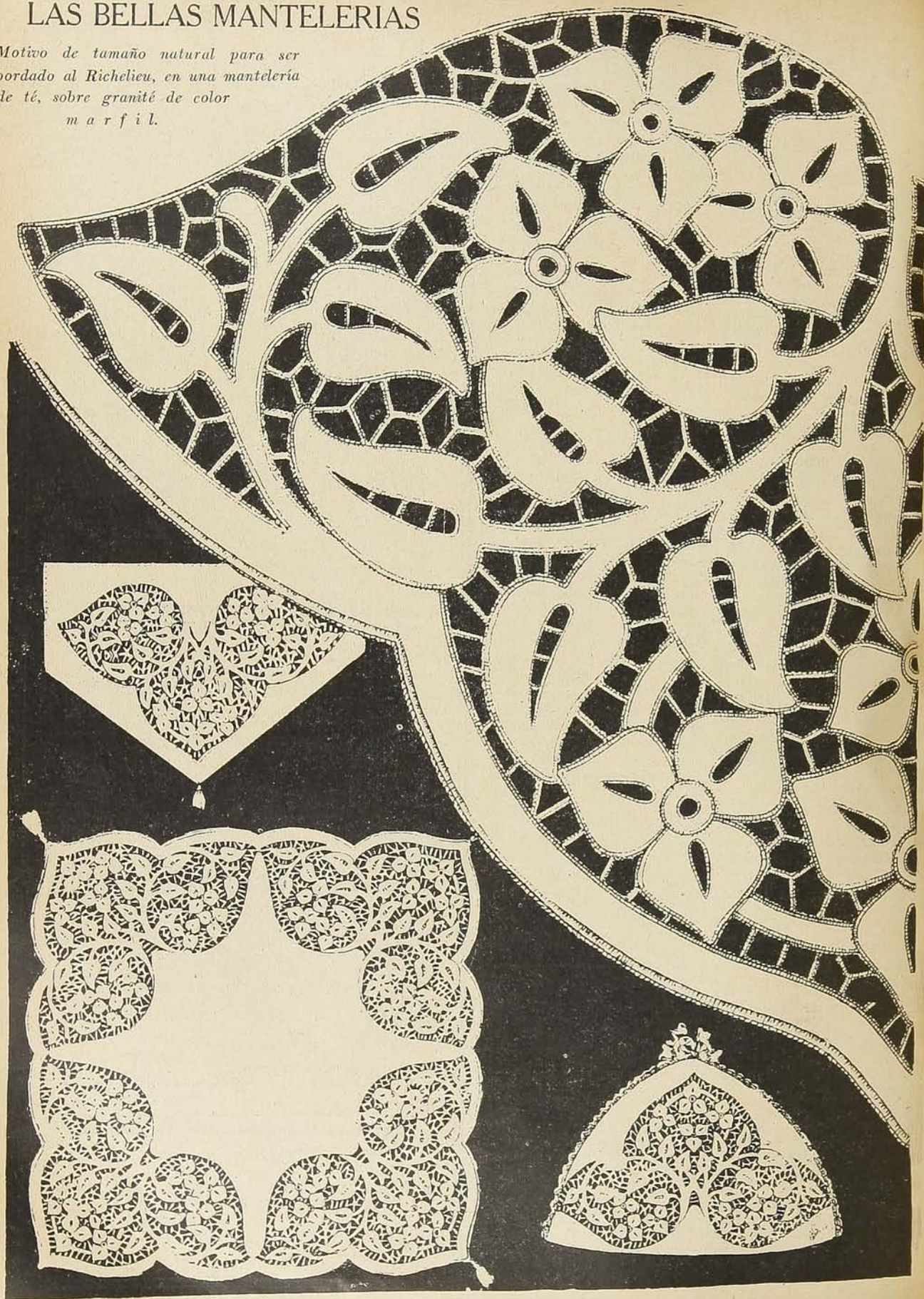
Un hermoso día de primavera llenó de luz y de color la reunión en la que se dieron cita los huéspedes más distinguidos de Milán. Bajo este marco radiante de luminosidad y de belleza desfilaron los coches concursantes. Fue una deliciosa sucesión de magníficos poemas de armoniosísimas líneas y colores, en los cuales el arte de la carrocería entró en liza con sus más refinadas y originales calidades.

El Gran Premio del R. A. C. de Milán para el mejor coche de serie, fué adjudicado a un Fiat 525.

En la categoría "coches transformables de más de 3,000 cmc." la clasificación señaló el primer puesto a otro Fiat 525. El segundo premio a un Marmon, el tercero a un Packard.

LAS BELLAS MANTELERIAS

Motivo de tamaño natural para ser
bordado al Richelieu, en una mantelería
de té, sobre granité de color
marfil.



EL ABANICO DE ENCAJE

Por - PAUL BOURGET

I

HABIA entrado aquella tarde en el Hotel Drouot, creyendo asistir a la venta de una biblioteca en la cual figuraba un volumen que buscaba hacia tiempo: un volumen muy modesto que no tiene nada que ver con los Aldos y los Elzevires de las grandes colecciones. Se trataba simplemente del La Fontaine en un solo tomo impreso por Rignoux en 1826 y que lleva en el reverso de la guarda esta inscripción: *H. Balzac, éditeur-propriétaire, rue des Marais-Saint-Germain, núm. 17. Era el primer libro publicado por el novelista cuando intentó establecerse.*

Me había equivocado del día. Pero estaba decretado que mi devoción por el gran Honorato fuera recompensada de un modo en el que mi amigo, M. de Lovénjoul — el Ferragus de los balzacianos — no hubiese vacilado en reconocer una misteriosa influencia del maestro. ¿Cómo explicarse, si no, que habiendo ido a aquella cita de todas las ruinas para buscar una reliquia de las más humildes, recogiera allí una de esas anécdotas de las que gustaban a Balzac, con algo parisien y algo de piedad, de fantasía y de humanidad, y un poco también de esa dulce alma femenina que adoraba el autor de *Honorina*? No faltó si quiera ese punto de ironía que la vida se complace en colocar al margen de todos nuestros delicados recuerdos. He aquí la historia:

Una vez que supe el error de fecha que hacia inútil mi ida, me dirigí a la escalera. Detenido un momento por la multitud que se agolpaba en la puerta de una de las salas, tuve la curiosidad de preguntar a un ujier que venta atraía tanta gente.

—La de Manon Lescaut — me contestó aquel hombre.

En efecto, recordé haber visto anunciada en los periódicos la muerte de la mujer galante que había osado tomar aquel sorprendente pseudónimo. Como no la había conocido más que de nombre no tenía ningún motivo para penetrar en aquella sala donde se subastaba su ajuar.

Un maquinal instinto de imitación me llevó, no obstante, a mezclarme a los papanatas que estaban a punto de asfixiarse allí, y unos minutos después me veía empujado por el remolino en un rincón desde donde podía ver distintamente los lótes de la subasta y a los compradores.

¿Quién no conoce semejante espectáculo? Es siempre la misma exhibición de trajes llamativos y de ropa blanca equi-

voca, de muebles chillones, de objetos de arte dudosos, de joyas de reclamo, y alrededor de estos restos de un lujo, a la vez triunfal y despreciado ¡qué comentarios y qué público! Innoables tenderos de ropa, mujerzuelas envidiosas y socarronas, chamarileros ávidos, rastacueros fatigados...

Así, pues, ¿no había de extrañarme hasta la estupefacción el reconocer en la primera fila de aquella balumba una de las mujeres más distinguidas, de las más "gratin", como dirían los maldicientes, de este París que todavía, gracias a Dios, cuenta con algunas "damas" dignas de este nombre: la condesa de Mégret-Fajac? Ya era bastante extraordinario que la señora de Mégret hubiese entrado allí sabiendo los despojos que se vendían; pero el que ella siguiese la subasta de aquellas infames elegancias con un interés no disimulado, era algo increíble para los que conocen su carácter y su susceptibilidad de sensitiva. Todo su ser lo revela: la fineza de su fisonomía delicada y como espiritualizada, su silueta esbelta, sus gestos finisimos y la gracia de sus manos y de sus pies.

Desde los diez años que van a hacer que me dispensó el honor de admitirme en su intimidad — ya he referido en otra parte a consecuencia de qué encuentro — ¡he visto siempre en ella tal reserva en sus modales, tal repulsión, c a s i morbosa, ante la menor palabra un poco fuerte, un dominio tan absoluto de sus gestos y de su lenguaje...

Si, era prodigioso verla sentada en una silla junto a la barra, siguiendo las idas y venidas del martillo que dispersaba los tesoros falsos de una impura c e l e b r e. ¡Y más todavía que disputase ella misma, ¡y a qué concurrentes!, uno de los objetos que habían pertenecido a aquella mujer!

Y, no obstante, eso fué lo que hizo ella y lo que yo vi que me hizo quedar

como atontado. El comisario había sacado a subasta un abanico antiguo con varillaje de marfil y encaje de Alençon.

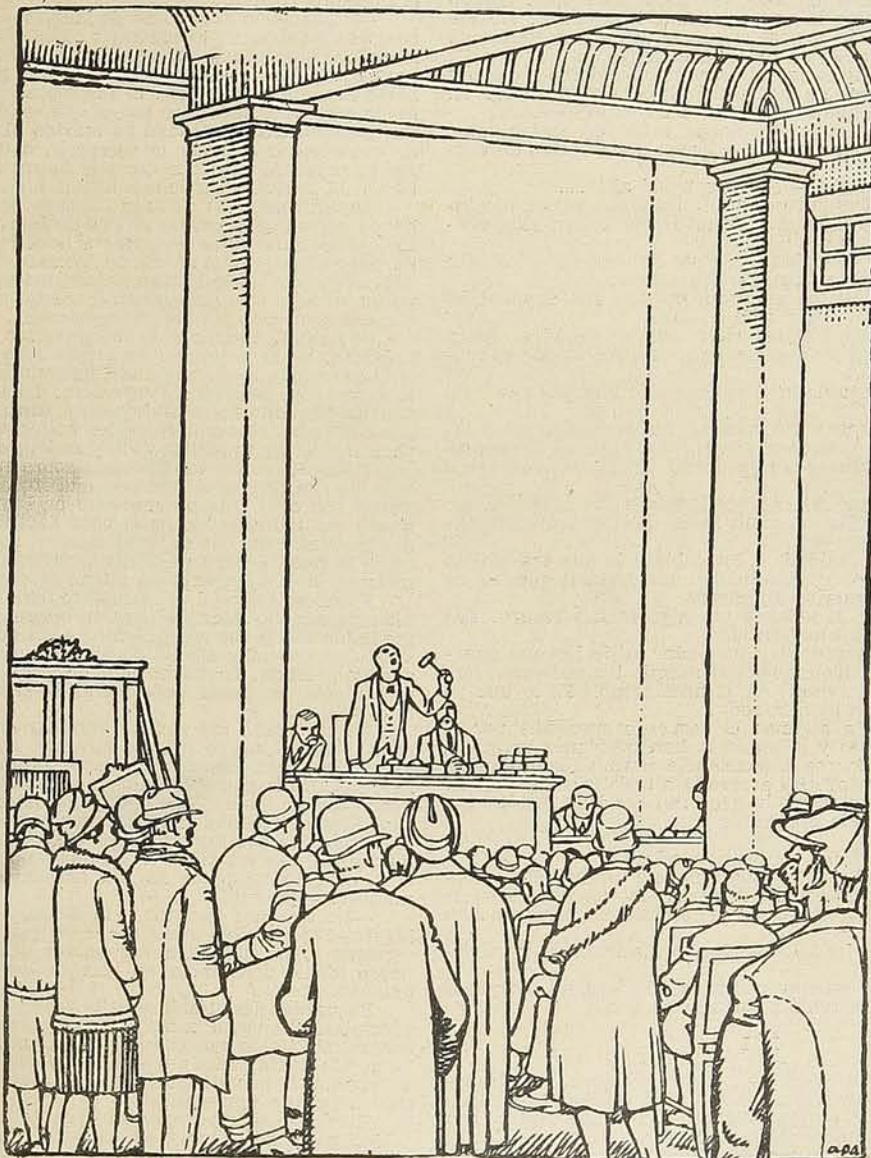
—Cincuenta francos—había chillado él.—¿Hay comprador por cincuenta francos?

—Sesenta francos—había respondido una voz casi imperceptible, la de Alicia de Mégret-Fajac.

La excentricidad de la acción que se atrevía a cometer le sacudía el corazón hasta el punto de privarla casi de aliento.

—Setenta—había replicado una voz de hombre que, ¡cosa singular!, yo creí reconocer también, aunque sin poderla identificar.

Trataba de ver el rostro del que disputaba a la delicada



—Cincuenta francos. ¿Hay comprador por cincuenta francos?

condesa aquella bagatela deshonrada por su procedencia, pero un muro de hombros y de cabezas me impidió percibir al competidor, cuya oferta había ya sobrepasado la señora de Mègret-Fajac.

—Cien francos—había dicho ésta con el tono de quien aumenta súbitamente la subasta para terminar.

—Ciento veinte—había replicado la voz.

Y había seguido la lucha entre aquellos dos encaprichados.

—Doscientos francos...

—Doscientos cincuenta...

Hasta que la condesa Alicia dejó caer, con un tono que se había ido haciendo más firme, la cifra de mil francos, enorme para tan insignificante fruslería.

La puja no subió más. El martillo del comisario cayó, adjudicando el abanico de la cortesana a la gran señora.

Apenas el tiempo necesario para entregar un billete de mil francos a quien debía entregarse y para esconder el abanico en su manguito y ya se había levantado la compradora.

Como si no hubiera ido más que para aquello, se deslizó entre la multitud, hacia la puerta, donde la alcanzó. No me había visto ella y quizás tuviese sus razones para preferir que no hubiese sido advertida su extraña compra.

Pero pudo en mí más que el escrúpulo, el deseo de poner en claro un enigma que no podía comprender y la abordé en el instante mismo en que se disponía a bajar la escalera.

—Tengo que confesarle que acaba usted de asombrarme —le dije, después de las dos o tres frases obligatorias de cortesía corriente.

—¡Ah!—respondió ella.—¿Estaba usted ahí?...

Sus pálidas mejillas enrojecieron. Bajamos varios escalones en silencio: yo, avergonzado de mi indiscreción; ella, visiblemente turbada.

Después, alzando la cabeza con un gracioso movimiento algo altanero que tiene a veces, me preguntó:

—¿Y puede usted decirme si ha encontrado una explicación a lo que me ha visto hacer y cuál es ella?

—Conociéndola—replicó—y si se tratase de otra venta que no fuese la de una Manon Lescaut, aseguraría que se trataba de una caridad...

—No puede estar más equivocado—interrumpió ella, con encantadora sonrisa.

Ciertas mujeres como la condesa, desgraciadísimas y viviendo siempre en la honradez, tienen esas ráfagas de alegría infantil que revelan una gran juventud del alma, tras de su habitual melancolía.

No fué más que un relámpago; luego, grave otra vez, me mostró la estrecha cajita de satén raído que contenía el abanico y continuó:

—Habla usted de caridad... Pues, bien: lo que este objeto representa para mí, es precisamente una caridad que no he hecho... Por eso he querido adquirirlo.

Volvió a callarse. El enigma era algo menos oscuro. Las últimas palabras tenían un sentido.

Esa condesa encantadora y delicada, es de las que guardan a través de las frivolidades del mundo los ardientes fervores de una piedad rayana en el misticismo. Es lo que yo llamo el cilicio llevado bajo la seda.

No me cabía duda alguna: el recuerdo suscitado por el abanico le era doloroso y ella quería hacérselo más presente, más real, para martirizarse la conciencia con un remordimiento. ¿Qué remordimiento? ¿Me atrevería a insistir para saberlo?

Ella me evitó esta nueva y peor indelicadeza. Estábamos al pie de la escalera. Me preguntó:

—¿Dónde va usted?

Y una vez que le hube contestado, añadió:

—Le dejaré allí al pasar. Tengo ahí mi automóvil... Y se lo contaré todo—agrego con su dulce ironía—no para proporcionarle un tema de novela como los anónimos corresponsales de los escritores...

Y grave de nuevo tras de aquella broma inocente y traviesa, concluyó:

—...sino porque esta aventura es una lección que puede servirle como me ha servido y me servirá a mí.

I I

—Hace de esto quince años—comenzó diciendo, mientras el coche marchaba, tan pronto lanzado a toda velocidad como parado casi bruscamente, aunque siempre demasiado rápido para mi deseo, porque aquella rapidez me media las confianzas de aquella alma hermosa, tan verdaderamente digna de su rango por la aristocracia de su sensibilidad.—Pasaba el invierno en Cannes. La temporada era brillantísima debido a la presencia de varios príncipes extranjeros. Aun los habituales de la Croisette se quejaban de que había allí demasiadas altezas imperiales y reales. Fígrese usted el número...

La casualidad quiso que en uno de los bailes dados por una de aquellas altezas en la mansión de la señora de Carlsberg, la esposa morganática del archiduque Enrique-Francisco, me encontrase sentada al lado de una joven que me llamó inmediatamente la atención. Era muy joven, muy linda y estaba vestida con suma sencillez, casi con una pobreza que contrastaba impresionantemente con el lujo de las "toilettes" exhibidas en torno nuestro por las americanas y las rusas que llenaban los salones.

Aquella modestia de su atavío le daba un encanto de rusti-

cidad que aumentaba aún la expresión adusta de sus ojos. Se veía que no conocía a nadie en aquella reunión.

Encogida y como paralizada en un ángulo de la banqueta, miraba los bailes sucediéndose unos a otros, sin que ninguno de aquellos apuestos jóvenes que iban y venían entre los grupos—la flor y nata de Niza y Monte Carlo—se dignase sacarla a bailar ni una sola vez.

Había en aquel semblante de veinte años, una mezcla ingenua de decepción y de tentación, de ironía y de timidez. La enervante música de los tziganes le enardecía las pupilas. Se la notaba devorada por el deseo, tan natural a su edad, de ser también una de las que disfrutasen en la fiesta. Al mismo tiempo se la veía humilde, empujándose ella misma en su pobre vestido de muselina para pasar inadvertida. En fin, me interesé de tal manera que me puse a buscar a la señora de Carlsberg. La encontré, le pregunté quién era aquella desconocida y le rogué que nos presentara.

—¿Tan equivocado anduve antes?—interrumpí yo.—¿No era eso una caridad?

—No—replicó la condesa de Mègret.—Una curiosidad... lo cual es casi siempre lo contrario. Déjeme continuar. La señora de Carlsberg tuvo que preguntar al secretario de su marido para contestarme. Acabé por saber que mi desconocida se llamaba la señora Journault. Era la esposa de un oficial de la Armada y apenas hacía dos meses que estaba casada. Ocho días antes había sido destinado su marido al servicio del príncipe, en cuyo honor se daba la recepción aquella noche. Ese azar fué la causa de que su mujer y él figurasen en la lista de invitados. El se sintió enfermo a última hora y ella había ido sola.

Algunos de estos detalles los supe por la señora de Carlsberg y otros por la misma señora de Journault, una vez que me fué presentada y que comencé a hacerla hablar. Todavía me parece verla en aquel momento, primero recelosa, más confiada después, levantando hacia mí sus grandes ojos oscuros, donde yo podía leer el reconocimiento conmovedor de una criatura que encontró una protectora inesperada.

Se animó. Algunos caballeros que me conocían fueron a saludarme. Se la presentó. Su gracia algo primitiva y tosca, en la que ninguno había reparado, les sedujo cuando la vieron hablar con una persona de su esfera. La invitan a bailar; advierten que baila maravillosamente, con una flexibilidad exquisita. A cada intervalo entre los bailes, viene a mi lado como para ofrecermelo su satisfacción y su triunfo.

Y empiezan las confianzas sobre su niñez, pasada por completo en Brignoles, una pequeña ciudad de las montañas del Var, y sobre su vida de convento en Marsella. No hacía seis meses que había salido de él para casarse. Acaba por hablarme de su marido, que es "muy bueno", me dice ella, "muy bueno". Al repetir estas palabras tenía en la mirada un dejo de melancolía que despertó en mí un mayor interés.

Entonces forjó mi pensamiento toda una novela: la de una niña demasiado delicada para su esfera, sin padre ni madre—me había dicho que era huérfana—y a quien sus parientes, deseados de desembarazarse de ella, casan precipitadamente, de cualquier modo. La única nota discordante fué el recuerdo de una abuela que había sido—me dijo—una dama noble antes de la Revolución.

En su acento me pareció adivinar en mi amiga un poco de vanidad, ¡pero era tan infantil! Adiviné también un peligroso despertar de su imaginación en lo que me confió de sus lecturas. No le gustaban más que las novelas y aún de éstas—decía—había leído pocas. ¿Querrá usted creerlo? La novela cuya lectura acababa de terminar y de la cual me habló con entusiasmo, fué esa inmoral obra del abate Prébost, de la cual, más tarde, una vez caída, había de tomar su nombre de guerra...

—¿De manera que Manon Lescaut y la señora de Journault?—pregunté.

—No son más que una y la misma—contestó la señora de Mègret-Fajac.—Vea usted ahora de qué conmovedor y desconcertante modo supe la metamorfosis de la ingenua esposa del pobre oficial de marina, en una de las princesas del mundo galante.

Pocos días después de aquella velada, tuve que dejar Cannes precipitadamente, a causa de una grave enfermedad de mi suegra, sin haber vuelto a ver a mi protegida del baile Carlsberg. Me había dicho que el barco de su esposo acantonaba en Villefranche; por eso no me extrañó que no hubiese ido a visitarme al día siguiente.

Había pensado regresar tan pronto como mi suegra se restableciera; más su indisposición se prolongó y no volví a Cannes en aquella temporada. Las circunstancias quisieron que pasaran tres inviernos sin volver a la Costa Azul y sin tener noticia alguna de la señora Journault.

Sin embargo, no la olvidé; pero en vano había preguntado a personas que figuraban en la Armada. "¿Journault?", me había contestado un Almirante, "¿Journault?... Espere. No sé más sino que es un excelente oficial y que está en China". Y otro: "¿Journault? Espere. Está en Terranova". "¿Journault?", me había dicho un tercero. "Me parece recordar que hay un Journault en Brest. Ya me informaré". Siempre había insistido para saber también algo de la mujer. Nadie la conocía. Fígrese, pues, mi emoción al encontrar aquella huella perdida, ¡y de qué manera!

Era exactamente el cuarto invierno después de aquel en que había tenido lugar la escena del baile. Estaba yo en Niza, hospedada durante unas semanas en casa de unos amigos. Un pri-

mo mío que usted ha conocido, Jaime de Brèves, fué a visitarme. Nos había olvidado mucho a mi marido y a mí; pero eso no bastaba a justificar la turbación que advertí en él desde el principio de nuestra entrevista.

De pronto, y como un hombre que hace un gran esfuerzo sobre sí mismo, me dijo: "Alicia, prométame que no se ofenderá... Estoy encargado de una comisión bien extraña". "¿Cuál?", pregunté yo, asombrada ante su actitud, pero a mil leguas de sospechar la menor relación entre aquel preámbulo violento y la antigua pensionista del convento de Marsella. "Repítame", insistió, "que me promete no darse por ofendida". "Se lo prometo", dije, riendo. "¿Es tan grave, pues?" "Muy grave, no; pero, ¡es tan raro!... En fin, cometí la torpeza de empeñar mi palabra, y yo soy de la opinión de aquel que decía: hay que mantener la palabra aún con los ladrones... Y además tengo cierto interés en saber si se me ha dicho la verdad... ¿No me reñirá usted por lo que voy a referirle?... Ayer estuve cenando con una mujer muy hermosa, conocida en el mundo galante con el nombre de Manon Lescaut. ¿Sorprendió alguna frase cambiada entre alguno de los comensales y yo, en que yo dijese que estaba usted en Niza? ¿Se ha informado de otro modo? El caso es que me llevó aparte un momento para preguntarme: "¿Es usted primo de la condesa de Mégret-Fajac?" "Sí", contesté. "¿La ve usted a menudo?" insistió ella. "No tanto como debería y quisiera", le dije. "Pero, en fin, usted puede verla... Entonces deme palabra de cumplir un encargo que yo le dé, que a usted no le comprometa a nada y que para mí será un gran favor..." "Ya sé que hice mal, prima", continuó Jaime. "Fui débil. Prometi". Manon me dijo entonces: "Yo no he sido siempre lo que soy. Yo he estado casada. He sido presentada en el gran mundo. Me llamaba la señora de Journault. Es un secreto que confío a su caballerosidad. Entonces, y en cierto momento que la señora de Mégret-Fajac recordará si le dice usted mi verdadero nombre, fué ella muy buena para mí, muy buena. Nunca le he dado las gracias... Quisiera que como recuerdo de aquella

simpatía que me mostró una noche, me permitiese ofrecerle un objeto del que no puedo servirme ahora, siendo la que soy. No tiene gran valor. Es un abanico de marfil con punto de Alencon, que procede de mi abuela. Ella sabe... Le hablé de ella... En fin, supliquesla usted, ya que tuvo compasión una noche de la pobre abandonada en aquel baile que ella recordará, que acepte y conserve esta reliquia de lo que yo fui y de lo que no seré ya nunca..."

—Naturalmente—exclamé yo:—usted rechazó ese regalo y eso es lo que usted se reprochaba al hablarme de una caridad que no había hecho. Lo que es inaudito es que de Brèves se atreviese siquiera a presentarse a usted con aquel encargo de una mujer así.

—Estaba apasionadamente interesado por ella—respondió la señora de Mégret.—Como me había dicho, quería saber si le había engañado. La historia de la caída de la señora de Journault, que después supe, era muy sencilla. Encantadora como era, coqueta, habitando en las cercanías de Niza y de Monte Carlo, se había dejado hacer la corte por uno de esos innumerables grandes señores extranjeros que van a distraerse a la Costa, desde diciembre hasta mayo. Como tantas otras, había sucumbido a los atractivos del lujo. Había sido seducida y abandonada después. En una palabra, era entonces una mujer sostenida por amantes, pero que conservaba una angustiosa nostalgia del honor perdido.

Hubiera debido comprenderlo y comprender que la loca idea de ofrecerme este abanico, a mí que había sido buena con ella, significaba eso: una súplica para que la compadeciese, un ruego para que le guardase en mi memoria un lugar,

una afirmación y de que no todo estaba muerto en ella y de que ella valía más que su vida. No lo comprendí. Rechacé el abanico, no sin remordimiento, porque en aquel paso dado por mediación de otro, había una invocación de mujer a mujer, que, a pesar de todo, me había conmovido. Sin embargo, lo rechazé. Y escuche la consecuencia.

Algunos días después, estaba invitada a comer con mi marido y un matrimonio amigo en una de las salas de un gran restaurante de Monte Carlo. A dos pasos de la nuestra, estaba dispuesta una mesa con seis cubiertos. Veo llegar, acompañada de dos mujeres y tres hombres, entre ellos mi primo de Brèves, a la que yo había conocido como la señora Journault. La mujercita tímida y modesta que tanto me había interesado en el baile Carlsberg, se había convertido en lo que usted puede figurarse.

Atrozmente maquillada, atrevida la mirada, provocativa la boca, con uno de esos vestidos audaces que son como un cartel, se sienta a la mesa. Mira en torno suyo. Me ve... Después de tantos años, no he olvidado la impresión de malestar que me infligió su amarga sonrisa. Sus pupilas reflejaron odio y desafío, una especie de arrogancia insultante y una cólera apenas reprimida.

Inmediatamente empieza a reír y a hablar tan alto, que

todo el mundo se vuelve. Siempre la oíré interpelar al camarero que había llevado un plato que no fué de su gusto: "Vaya a decir al *maitre d'hôtel*, que si nos sirve así, Manon Lescaut va a *refregarle* el plato por los *morros*". Esas palabras no figuraban en su léxico. Y continuaba mirándome fijamente. Era como si me hubiese gritado con su voz, con sus gestos, con el porte de su cabeza: "Usted no ve en mí más que una mujercita, como me lo ha demostrado al rechazar mi abanico... Pues bien, si soy una mujercita y como tal me conduzco". Lo que había de penoso en aquella actitud y en aquel caso, era la presencia de mi primo al lado de ella.

Ya sabe usted que desgraciadamente ese codeamiento del gran mundo y del mundo galante, es la regla en esa abominable caravana-

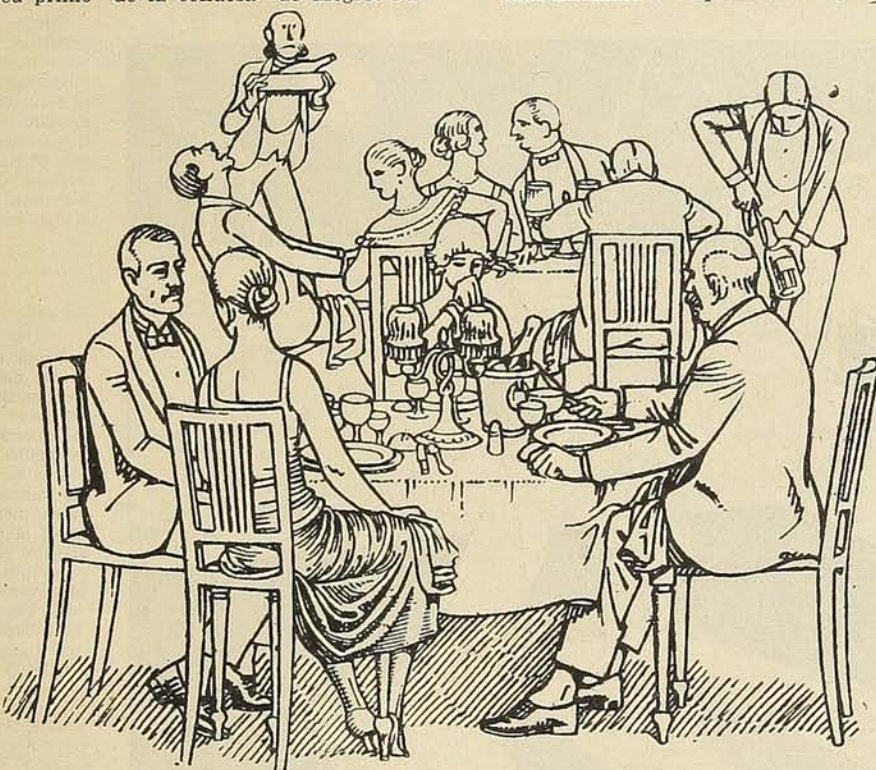
ra del vicio cosmopolita. Yo tuve la debilidad de ir allá llevada por mi esposo, es verdad, y porque no conviene hacer notar demasiado a los amigos y a las amigas que no hacen bien en vivir cierta vida. Pero bien castigada estuve con aquella vecindad.

Mi primo luchaba (¡cuánto se ha disculpado después!), entre la vergüenza del escándalo y la pasión que empezaba a sentir por aquella criatura. No era aquella mujer su amante: lo era de uno de los hombres que cenaban con ellos. ¿Creyó la infortunada que tomando a Jaime por amante iba a mortificar a mí? ¿Fue para empañar más la ominosa idea que había tenido, por lo que arrastró con ella a su fango al que había sido su poco afortunado mensajero?

Ello es que la misma noche regresaba a Monte Carlo, acompañada por Jaime, después de haber roto abiertamente con el otro. El resultado fué un duelo a pistola al día siguiente, entre aquel joven y de Brèves, sin que, afortunadamente, resultara herido ninguno, y lo que ya no fué tanta fortuna, unas relaciones de mi pobre pariente y de aquella mujer, durante las cuales ella le explotó con frialdad, sistemáticamente, con terrible obstinación.

La condesa Alicia, después de un silencio, continuó:

Pues, bien: siempre he creído que si hubiese hecho la caridad de aceptar aquel abanico de encaje de Alencon, que la señora Journault me había ofrecido, en primer lugar no hubiera hecho a mi primo el mal que le hizo, y después quizá no se lo hubiera hecho a sí misma... Cuando leí su muerte y el anuncio de la venta en los periódicos me procuré el catálogo, y habiéndome cerciorado de que se encontraba allí el abanico,



Sus pupilas reflejaron odio y desafío.

he querido comprarlo para conservarlo siempre y recordar con él que jamás hay que rechazar ningún impulso delicado de un alma. Siempre puede ayudarse a los buenos a hacerse todavía mejores, y a los malos a no ser peores.

I I I

Al decir esto, la encantadora mujer sacaba de su estuche y me alargaba el abanico que estaba unido para ella a aquel sentimiento delicado y noble de una caridad rehusada.

Abri el frágil varillaje de marfil, donde se veían pagodas y pájaros de sutil estilo chino de tiempos de Luis XV. Las flores de encaje se abrían dulcemente sobre el país de tul amarillento. Un fino aroma de viejo perfume emanaba de él.

Devolví aquella reliquia a la condesa de Mégret-Fajac, con una emoción de la que no puedo sonreír, aún después del epilogo que el azar puso a esta confidencia y que voy a referir con toda su brutalidad.

No hacía una hora que había descendido del automóvil de la condesa Alicia, cuando recibí un continental firmado con un nombre que me hizo reconocer retrospectivamente la voz cuyo timbre me había impresionado en el Hotel de Ventas. Era el competidor de la señora de Mégret en su paradógica puja, el cual me pedía una entrevista para el día siguiente.

Paso por alto los detalles para referir simplemente lo que me dijo aquel visitante, un oficial de marina retirado, a quien había conocido en el círculo.

—Le vi salir ayer con la condesa de Mégret-Fajac del Hotel de Ventas... ¿La conoce usted bastante para decirle que un pobre diablo, antiguo teniente de navío, le suplica humildemente que le ceda, si es que no tiene razones para guardarlo, el abanico de encaje que compró en la subasta de Manon Lescaut?... Unas palabras se lo dirán todo: Manon se llamaba Journault, de verdadero nombre. Yo fui entonces su amante; creo que el primero. Yo le había dado ese abanico y quería conservarle como recuerdo de Manon... No pude pujar más, pero estoy dispuesto a dar a la condesa el precio que ella ha pagado. ¡Si supiera usted qué linda era!...

¿Necesitaré decir que inventé un pretexto para declinar esa misión y que jamás he dicho a la señora de Mégret-Fajac nada que le pudiera hacer comprender que su protegida del baile Carlsberg era una comedianta como no podía serlo más? Y sin embargo, ¿quién sabe? Al contar aquella historia de una reliquia legada por su abuela y que ella no quería profanar, quizá no mintió la pobre Manon Lescaut, más que en los hechos. Quizá había creído ella en el papel que representaba al tiempo de representarle. Eso explicaría su cólera en el restaurante. Quizá no quiso otra cosa que atraer más a Jaime de Brèves.

Como quiera que sea, la condesa no tuvo nada que ver en ello y no había para qué empañarle el pensamiento con el relato de una villanía. ¿Para qué profanar el santuario de ilusión en que guarda la imagen de aquella falsa Magdalena, la cual, quizá, engañándola, le rindió homenaje a su modo?

NOCTURNOS

Inquietud metafísica,
verso decadente
que se insinúa
apenas
al anochecer;
un grillo cansado
alarga su queja
la misma cadencia
quizá menos vieja,
igual el motivo
distinto el querer.

Lectura
cien veces leída:
cien veces destila
la misma dulzura
por toda la herida.
Lejano
el cantar del hermano
que un día
ahuecó la mano
para que cayeran
nuestras penas grises de melancolía

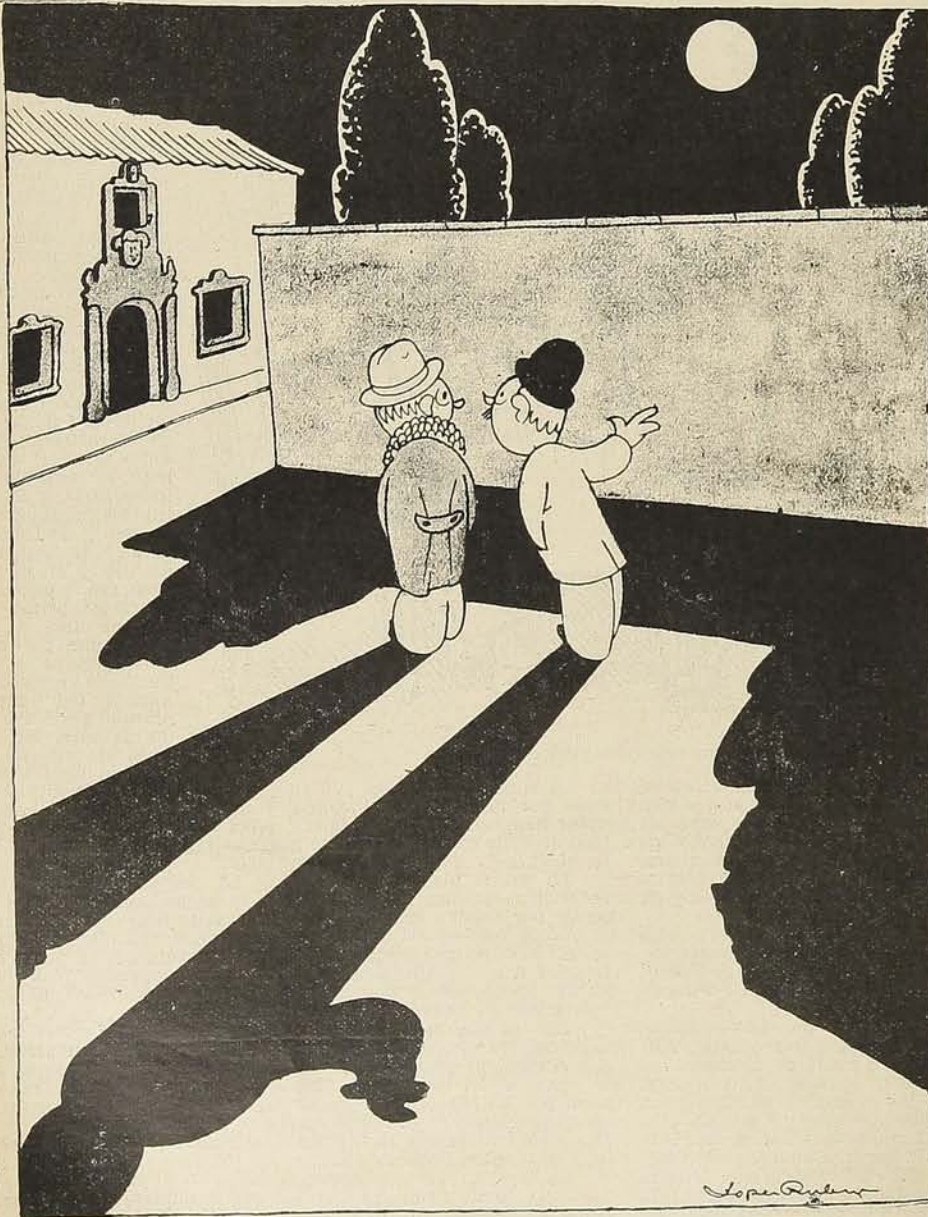
Verso decadente
que apenas se siente
al anochecer;
la misma cadencia
de lírica esencia
para otra mujer.

Florido de luna se alarga el camino

florido de luna;
¡Oh, pobre destino
soñar sin fortuna!
Tan largo
y amargo
el sentir
que nunca,
jamás una estrella logremos así.

Loca
de oraciones
tenemos la boca;
¡los pobres alciones
sus alas destrozan
si dan con la roca!

Señor
el dolor
tú lo hiciste
para hacer la vida
mucho menos triste?



—Y yo, ciego de ira, saqué un revólver y le disparé cinco tiros, que no le dieron. Entonces él me despidió del teatro, diciendo que no sabía mi oficio.

—¿Tu oficio?

—Sí. Apuntador.

Correo de Hollywood de "Para Todos"

Por Carlos F. Borcosque

SI UD. DESEA SABER ALGUN DATO RELACIONADO CON HOLLYWOOD Y SUS "ESTRELLAS", ESCRIBA A NUESTRO CORRESPONSAL, Sr. CARLOS F. BORCOSQUE, 1609 1/2 MICHELTORNA ST., HOLLYWOOD, CAL., U. S. A. LAS RESPUESTAS APARECERAN EN "PARA TODOS"

Mary O'Hara.— Edmund Lowe es norteamericano; nació en San José, estado de California, hace cuarenta años. Es de carácter alegre, aunque un poco grave con los extraños. Es de tipo rubio-colorin, de aspecto más bien alemán. Ha trabajado en el teatro años atrás. Actualmente está bajo contrato con Fox, pero ha estado actuando arrendado en películas de First National. Acaba de terminar en Fox dos buenas cintas, la primera "Listo para matar", con Mary Astor, y la segunda "Haciéndose sitio" con Lois Moran. Es casado, y muy feliz, con Lilyan Tashman, considerada la mejor "vampira" rubia del cine americano.

Si quiere usted escribirle, dirijase a Fox Studios, 1401 Western Avenue, Hollywood, California.

Hardy von Rosen.— Conrad Nagel, a pesar de su tipo alemán, es americano, nacido en Iowa, y es hijo del célebre pianista Dr. Frank Nagel, alemán. Conrad Nagel es uno de los actores jóvenes más queridos y más cultos de Hollywood. Su porte distinguido y su magnífica dicción para hablar son la causa de que sea el "maestro de ceremonias" en cuanta fiesta importante se realiza aquí. Ha hecho últimamente numerosas películas parlantes con la casa Warner Brothers, donde está contratado. Antes de dedicarse al cine estudió arquitectura, y se casó en 1919 con Ruth Helms, con quien vive actualmente.

Las direcciones privadas de los artistas, no se dan por especial pedido de ellos, pero escribale a WARNER Brothers Studios, 5842 Sunset Boulevard, Hollywood, California.

Catita.— Lamento mucho no poderle dar datos, pero Harry Liedtke es actor alemán y está bajo contrato con la casa UFA, en Berlín, Alemania. Usted puede escribirle a esa dirección. Hágalo en cualquier idioma. Con respecto a Ramón Novarro, no se ha casado ni piensa hacerlo en mucho tiempo. Vive dedicado a sus películas y a estudiar música y canto preparando un programa de exhibiciones teatrales que hará próximamente por EE. UU. y Europa. Es bajito, de ojos muy vivos, pelo negro, y muy culto y agradable en su trato. Tiene una magnífica voz de barítono. Puede escribirle en español a Metro-Goldwyn-Mayer Studios, Culver City, California, U. S. A. Para las direcciones de los artistas en general, escribales al estudio en que están contratados.

Rosa Elvira Riquelme.— No hay condiciones determinadas para ser actriz de cine. En general se necesita una cara de facciones muy regulares, y sobre todo un cuerpo esbelto y modales distinguidos. No debe tener más de 1.62 de estatura ni más de 60 kilos de peso. Pero todo esto de nada vale estando en Chile. Es necesario venir a Hollywood, hablar inglés correctamente, y traer dinero para un año de vida por lo menos, a razón de

100 dolares mensuales, y comenzar recorriéndose diariamente los estudios hasta obtener experiencia como "extra". Todas las grandes estrellas han comenzado de igual manera.

Una chica preguntona.— Su carta llegó tarde: Pola Negri está en Europa, y justamente hoy anuncian los diarios que ha sufrido un accidente andando a caballo por el Bois de Boulogne. Por lo demás, no se ilusione: está muy lejos de ser como usted piensa. Es de carácter frío y autoritario, a tal extremo que han respirado de felicidad cuando la vieron irse de Hollywood los actores que trabajaban con ella y los que la dirigían. Tenía también la costumbre de beber pequeños sorbos de licor entre cada escena, asegurando que sólo de este modo podía trabajar bien. Era popular en Hollywood el sistema de Pola Negri de revisar todas las escenas filmadas, y suprimir de sus cintas aquellas en que apareciesen demasiado lucidos los demás actores o actrices que actuaban con ella, para no correr el riesgo de ver disminuido su prestigio. Se anuncia ahora que Pola Negri es probable que regrese a Hollywood contratada por la casa Fox, pues, como actriz, sus cintas dejan mucho dinero en Europa. En EE. UU. se exhiben apenas, pues el público no la quiere en absoluto.

Jovencita.— Todas las actrices de Hollywood arreglan sus pestañas para actuar ante el lente, usando una cera especial que se calienta para colocarse en ellas y que al enfriarse las engruesa y las alarga notablemente. Dolores del Río, Lupe Velez, Maria Corda, Billie Dove y Magde Bellamy son famosas por su maestría para arreglarlas. Hay otras como Betty Compson que se pegan sobre el párpado un pequeño tafetán con pestañas postizas, dando un resultado perfectamente natural.

H. Z.— No hay estudios en Nueva York: solamente están allí las oficinas para venta de copias que representan a cada empresa productora de Hollywood. Si usted desea retratos de artistas, lo más seguro es que se dirija a los estudios en esta última ciudad. Todos envían fotografías.

Admiradora de Gloria.— Hay un error en lo que usted cree: Gloria Swanson está en situación difícil, a tal extremo que ha cerrado su casa del lujoso barrio de Beverly Hills. Artistas Unidos se negó a facilitarle capital para hacer una nueva cinta, en vista del poco éxito pecuniario de sus anteriores producciones, y después de perder medio año en diligencias acaba de obtener ella capitales de Joseph P. Kennedy, para hacer una nueva cinta que se llamará "El pantano" en los estudios de F. B. O. Escribale a estos talleres, 780 Gower St., Hollywood, California.

Ha Quedado Resuelto el Caso Jackie Coogan

Como recordarán nuestros lectores, la señora de Bernstein, esposa del "manager" del pequeño Coogan, demandó hace pocos meses, a su esposo y a la mamá del astro infantil.

Pretendía divorciarse del primero y recibir de la segunda cerca de un millón de dólares por haberle robado el afecto de aquél.

El señor Bernstein presentó en seguida una contrademanda también de divorcio.

Desde entonces, el señor y la señora Coogan y el "manager" Bernstein han andado juntos por todas partes, y las tres citadas demandas han estado desenvolviéndose perezosamente. Se supone que, al mismo tiempo, se desarrollarían negociaciones encaminadas a resolver el caso en la forma pacífica y sencilla que ahora se nos ha dado a conocer.

La causa relativa a la indemnización de 750,000 dólares quedó abandonada por desistimiento de la quejosa. La parte contraria se limita a jurar ante el juez que no había mediado dinero para llevar a cabo la transacción.

En cuanto al juicio del divorcio, como la señora de Bernstein no compareció a responder de lo concerniente a

su propia queja, el juez dictó el fallo relativo a la contrarequerella del esposo, a quien concedió el divorcio que había sido primero pedido por la mujer.

Bernstein lo había pedido acusando a su esposa de crueldad. En una ocasión, hallándose él enfermo en un sanatorio, ella no tuvo corazón para ir a visitarlo. En vez de cumplir con tan sagrado deber, prefería ella andar por los "clubes nocturnos", a pesar de todas las súplicas que él la dirigió más de una vez. Tampoco quería preparar la comida para el hogar común, ni atender a los demás quehaceres domésticos.

El señor y la señora Coogan, en su carácter de testigos, confirmaron todos los cargos que su "manager" pronunció en contra de tan terrible mujer.

Esta, por su parte, aceptó resignadamente el papel silencioso que se le asignaría, probablemente, en el reparto encaminado a resolver el conflicto sin escándalo. En las negociaciones correspondientes, su esposo se había comprometido a darle los muebles de la casa, 250 dólares mensuales y una cierta cantidad de alhajas, bastante importante para persuadirla a que depusiera su actitud vocinglera.

Una charla con Ramon Novarro

Cuando invitamos a Ramón Novarro a almorzar en el "Montmartre Café", de Hollywood, que es uno de los lugares adonde más concurren los forasteros para ver a las "estrellas", y de donde más suelen alejarse muchos "astros" para no codearse con los forasteros, no nos imaginábamos que fuese tan grande el sacrificio que el más popular de los mexicanos tenía que hacer para aceptar nuestra invitación.

A pesar de lo retraído que vive generalmente, creíamos que acudiría de vez en cuando a aquel lugar de cita de la gente pelicular, y que, por ende, le resultaría relativamente fácil el salirse de sus rodadas habituales para ir a comer entre sus colegas por primera vez desde su regreso de Europa.

Pero, apenas nos sentamos en torno a la redonda mesa del Montmartre, sospechamos que habíamos cometido el delito de sacar de sus casillas a un buen muchacho que jamás nos diera motivos para ocasionarle daño alguno.

—Hacia cinco años que no entraba en este restaurant — nos dice Ramón Novarro, inspeccionando la

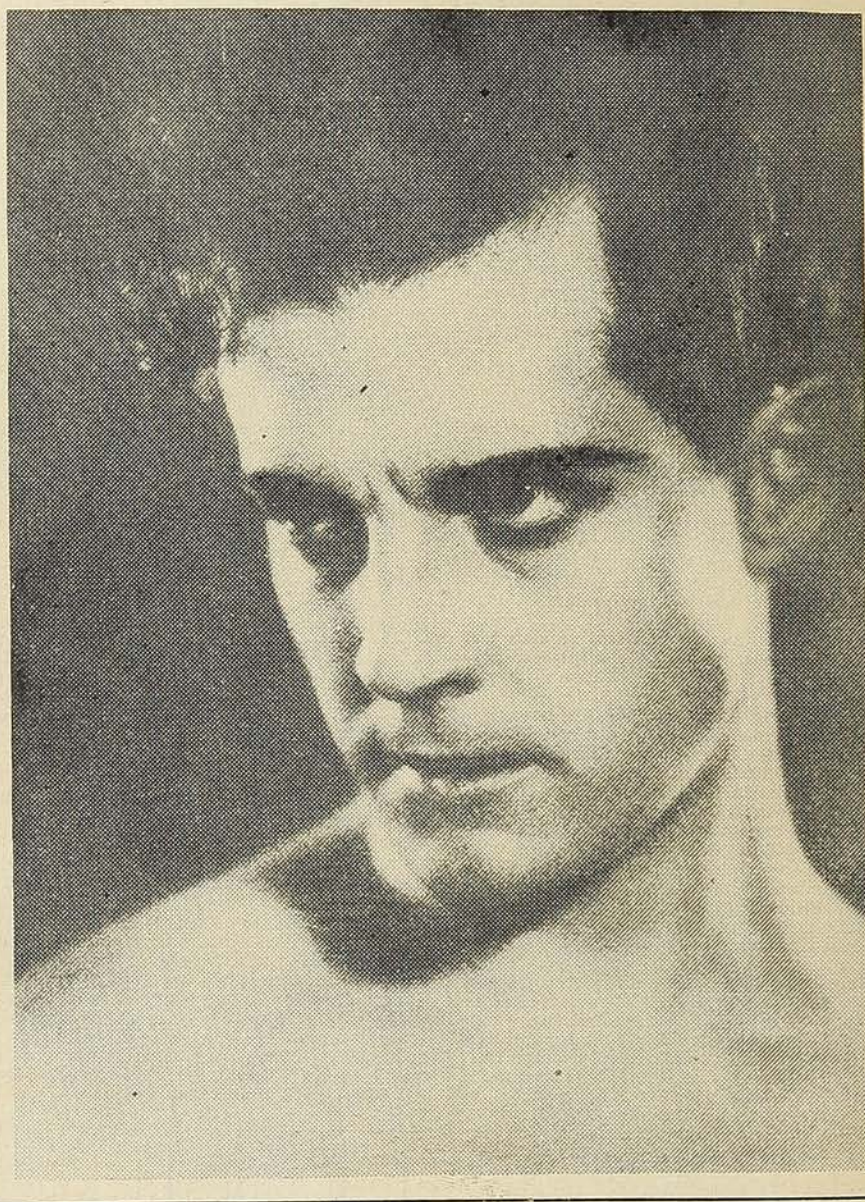
pletórica sala con la expresión de curiosidad de quien observa algo que no tiene costumbre de ver.

—¡Cinco años! — exclamamos.

—¡La última vez vine con Bárbara la Marr... Cuando estábamos haciendo "Tu nombre es mujer..."

"Tu nombre es mujer..." Una casa en el monte. Una hermosa hembra, rebosante como un ama de cría, en los brazos de un carabinero adolescente, que parecía más bien un príncipe... Bárbara La Marr... Un cadáver de mujer, que parece de cera, vestido como una virgen y rodeado de flores, ante el cual desfilamos curiosos con lágrimas en los párpados... Un nicho en el cementerio de Hollywood — en el mismo panteón donde yace Rodolfo Valentino — con dos búcaros en que fenecen dos manojillos de flores... Sinopsis de la gloria hollywoodense.

Ramón reparte sonrisas hacia todos los vientos, porque de todas partes le llegan saludos de amigos, de colegas, de admiradores.



¿Es Ramón Novarro el hombre ideal? Así lo afirma una encuesta reciente hecha en Alemania entre las mujeres.

Predominan las mujeres en el salón. Sólo en torno de las mesas hay lo menos una docena. En otra, donde se agasaja al alcalde de Nueva York, hay cerca de veinte. Pero allá, por entre las flores de tantos sombreros, blanquea la ola del cabello de Chaplin, a quien todavía quedan ganas de andar entre mujeres.

Comenzamos a tranquilizarnos al ver que Novarro no tiene trazas de estar a disgusto en el Montmartre. Es más: hasta llegamos a creer que lo está disfrutando más que nosotros mismos. Y eso que tiene enfrente al caricaturista Javier Cugat, tras de cuya sonrisa de prestamista hebreo se agazapa el designio de destrozarle el rostro al bello durangués.

Se nos ocurre pensar que acaso no frecuente Ramón el Montmartre, porque prefiera algún otro establecimiento. Pero no; no va a ninguno. En Hollywood, al menos.

—¿Y en París?

—¡Ah! En París, sí... Y en Nueva York...

De manera que Ramón Novarro se parece a la mayoría de los jóvenes que se portan bien. No gusta de

echar canas al aire, sino cuando se halla lejos del hogar.

Ramón ha traído muchas canciones de Europa. Porque, hay que advertir que, así como para otros películeros el Viejo Continente es principalmente un campo de diversión, para Ramón Novarro es un vivero de arte, donde él espiga preferentemente canciones populares.

Para lo cual ha tenido que viajar de incógnito, desfigurando su cara, tan conocida, con un bigotillo y unos lentos ahumados.

De tal modo logró destruir así su personalidad pelicular, que aliándose en Alemania con su íntimo amigo Francisco von Mendelssohn — en cuyo palacio posó — y con un director de la Ufa, que andaba muy preocupado en busca de un galán para su próxima película, el nieto del gran compositor le preguntó al director qué le parecía su amigo para el papel, y el interrogado, después de recorrer con su mirada experta las facciones de aquel joven de bigotillo escaso y anteojos de color, repuso:

Si Vd sufre
de dolor de cabeza...

Si la jaqueca machaca su cerebro...

Si un dolor de muelas lo vuelve loco...

Si la gripe lo acecha...

Si el reumatismo lo martiriza...

Si la fiebre lo agobia...

No VACILE:

con 1 o 2 Comprimidos de **ASCÉINE M.R.**

(Acido acetil salicilico, acet para fenetidina, cafeina)

sanará radicalmente en algunos minutos todo dolor

Tolerancia perfecta. Ninguna accion nociva sobre el estomago ni el corazon.



De venta en todas las farmacias
Tubos de 20 comprimidos
y sobrecitos de 1 y 2 comprimidos

Concesionario para Chile:
Am. Ferraris - Casilla 29 D - Santiago

El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene intima

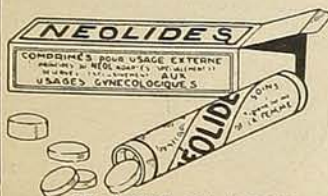


NEOLIDES

M.R.

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

—No. No es el tipo que busco.

—Pero, hombre, fíjese usted...

Y el guasón de von Mendelssohn mencionó, uno por uno, los rasgos fisonómicos y las demás cualidades que hacen del joven mejicano un galán ideal.

—Francamente — respondió el director de la Ufa, después de otra más detenida inspección, — no le veo a su amigo personalidad para la pantalla.

Luego, cuando Ramón se quitó los anteojos, y el director se enteró de la plancha que se acababa de tirar, una tempestad de sonidos guturales bastó para dar idea de la rabia con que había recibido la demostración de la superficialidad con que aun los directores pelicularos de la Ufa suelen proceder.

Sólo en España fué reconocido Ramón Novarro; y eso tal vez porque llamaban demasiado la atención los mismos anteojos con que se quiso desfigurar. En un medio donde soplan vientos de fronda, y donde, encima, se supone que tratan de avivarlos misteriosos agentes venidos de otros países, no podía menos de llamar la atención aquel joven apuesto que incurria en la rareza de menoscabar su hermosura, en vez de realzarla, como suelen hacerlo, en general, las gentes de su edad y condición.

—Pero la próxima vez he de ir con barba — nos dice el artista, relamiéndose de gusto ante la perspectiva de tener mejor éxito la próxima vez que vaya a Madrid.

A cada momento, la expresión con que el rostro acentúa las palabras, pone de manifiesto el aire de adolescencia que caracteriza al artista mejicano. Y quien conozca un poco siquiera de la vida que este gran artista lleva detrás de la pantalla, no podrá menos de notar el enorme contraste que constantemente se manifiesta entre aquel aspecto juvenil y el sedoso criterio que gobierna los actos de Novarro, ya sea en sus negocios, ya en sus relaciones con su familia y con los extraños, ya en el sistemático desenvolvimiento de su brillante personalidad artística. Quien le lleva unos cuantos lustros de ventaja — ¿de ventaja? — en la ruta de la vida, se sentirá inclinado a darle consejos al notar aquel aire de inexperta adolescencia. Pero después, al percatarse de lo mucho que Ramón se debe a sí mismo, más bien sentiría deseos de pedirselos. Y es fácil explicarse la circunspección del joven artista. Antes de llegar a los triunfos que hoy le dan tanta dicha, tuvo que sufrir muchas derrotas que le enseñaron a pensar.

Pero ¿por qué viajó Novarro de incógnito en vez de anunciarse con bombo y platillos a la manera de otros artistas hollywoodenses?

—Le diré — nos contesta el artista interpelado. — Confieso que me agradan los aplausos cuando hago algo plausible. Pero cuando han pasado dos o tres años, cuando tal vez yo mismo he olvidado aquello que un público lejano puede recordar al verme, se me figura que los aplausos están ahora fuera de lugar.

Por supuesto en lo privado si se dió a conocer dondequiera que tenía que tratar de negocios relacionados con sus diversas actividades artísticas. Sobre todo, con el canto, que es a lo que dedica más atención.

En Alemania se le hicieron ofertas para que fuese el año que viene a cantar en dos óperas. El, sin embargo, prefiere comenzar con sus conciertos. Pero no aceptará ninguna oferta de empresarios mientras no haya él mismo sondeado bien el terreno. Después de dar algunos conciertos más en su Teatro Intimo, se irá a dar uno en algún teatro cercano a Los Angeles, presentándose como un desconocido, para ver cómo recibe su arte un público que no sepa que tiene ante sí al "astro" Ramón Novarro. Luego, si esta primera prueba resultare satisfactoria, según su propio juicio, que es algo más severo que el del prójimo, se irá a Nueva York, donde se presentará ya sin disfraz, pero por cuenta propia, a fin de hacerse cargo de lo que el público pueda pagar por oír su canto. Y una vez que haya determinado así su verdadero valer artístico y el precio correspondiente en el mercado teatral, entonces si estará dispuesto a entenderse con empresarios.

¿Cuándo debutará en esa profesión que le atrae más que la de la pantalla? En abril vencerá el contrato que le liga a la Metro; y cuando tenga que firmar el próximo compromiso, tendrá buen cuidado de reservarse el derecho de dedicar una buena parte del año a algo más suyo que el trabajo pelicularo: a dar conciertos, a viajar, a continuar sus estudios musicales.

—Y ¿qué nos dice usted de las películas habladas, que tanto se han desarrollado durante su breve ausencia?

Teníamos muchos deseos de conocer la opinión de Novarro no sólo por el valor que ella tiene en sí, sino también porque deseamos aprovechar cuanta ocasión se nos presente para constatar una deducción que hemos sacado de nuestras diversas charlas acerca de las cintas parlantes. Según nuestra observación, los artistas hollywoodenses que no hablan bien el inglés, o que carecen de voz adecuada para la nueva modalidad de la pantalla, no ven en la película hablada

(Continúa en la pág. 68)

PARA LA BUENA COCINA

SESOS DE TERNERA A LA BRETONA

Se ponen los sesos a remojar una hora en agua con vinagre o jugo de limón. Se escurren y se saca la membrana que los cubre. Se ponen a cocer en caldo hirviendo o agua en que habrá hervido un pedazo de cebolla, zanahoria y un ramo de hierbas. Cocinense a fuego lento durante cinco minutos, se sacan, se escurren, se ponen a blanquear en agua fría y se cortan en dos. Se ponen 150 gramos de manteca en una cacerola con 150 gramos de hongos picados — si son frescos queda más rico — se doran los sesos y se sirven sobre tostadas recién hechas; a la manteca que queda en la cacerola se añade una cucharada grande de harina y una taza y media de caldo o agua, se revuelve hasta que esté espeso y suave, se añade media cucharadita de sal, un poco de paprika, una cucharadita de salsa Worcestershire, dos cucharadas de catchup y tres huevos duros cortados; se vierte todo sobre los sesos y los hongos.

FLOR DE NARANJA

Se cortan las naranjas en seis cascos, abriéndolas como una flor, se sacan las semillas y se rellenan con ananás, bananas, nueces y almendras picadas que se humedecerán con una salsa hecha con un cuarto de taza de azúcar, dos cucharaditas de harina, el jugo de uno o dos limones según el tamaño y un huevo batido, y se cocina al baño de María; cuando se enfria se le agrega crema muy batida hasta que esté dura; se pone una cereza al maraschino en el medio de cada una.

PUNTOS ESENCIALES EN LA FABRICACION DE TORTAS

Una de las causas por las cuales no salen bien las tortas es la falta de cuidado al mezclar los ingredientes. Deben batirse las yemas con la manteca que ya se haya batido como crema primero y luego agregando la mitad de la cantidad de azúcar y vuelto a batir. Se sigue agregando todo lo demás, menos la otra mitad de azúcar que se añadirá a las claras batidas a nieve, que se mezclan "sin batir" con el resto. Nunca debe batirse y revolverse la torta después de mezclar las claras. Se debe poner en el centro del horno y no

moverlo hasta que se haya levantado completamente. El tiempo depende de los ingredientes.

TORTA DE NUEZ

Se trabaja un tercio de taza de manteca hasta que esté cremoso, se añade media taza de azúcar y se bate hasta que esté liviano. Se añaden las yemas de tres huevos, se bate hasta que tome color de limón y espese. Se mezclan 1 $\frac{3}{4}$ de taza de harina, 2 $\frac{3}{4}$ cucharaditas de royal baking powder y media cucharadita de sal fina y se va añadiendo a la mezcla, alternando con media taza de leche. Se agregan tres cuartos de taza de nueces cortadas en pedazos y se bate bien. Se baten a nieve las claras y se agrega media taza de azúcar. Se corta con el cuchillo la mezcla y se van añadiendo las claras como envolviéndolas en la mezcla. Se pone en una tortera de tuvo, forrando el fondo con papel enmantecado, y se deja cuarenta y cinco minutos en un horno moderado. Se retira cuando esté a punto y se cubre con un baño preparado con tres claras, tres cuartos de taza de azúcar, un cuarto de taza de agua, dos cucharadas de azúcar en terrones, media cucharadita de royal baking powder y una cucharadita de esencia de vainilla. Se revuelven el agua y azúcar hasta disolverse, y se deja hervir hasta que tome punto de hebra, se saca del fuego y se agrega poco a poco a las claras batidas a nieve, se añade la vainilla y el royal baking powder, se bate hasta que se endurezca y se cubre la torta.



¡esto

CAFIASPIRINA

20 tabletas Bayer

...o vaya a otra parte!



Jabón de Reuter

El Embellecedor Tradicional del Cutis

DE una a otra generación, el incomparable Jabón-Reuter ha tenido por misión embellecer el cutis al sin número de personas que lo usan diariamente en el tocador.

Hoy como ayer, se puede decir que, el Jabón de Reuter, es uno de los mejores protectores del cutis, debido a la absoluta pureza y bondad de sus ingredientes. Esto lo comprueba el hecho de que después de usarlo con toda regularidad por algún tiempo, el cutis adquiere la tersura y lozanía de la juventud.

Otra de las cualidades que han distinguido siempre al Jabón Reuter, es su trascendente y delicado perfume, que es verdaderamente fascinador.

Dura tanto que

resulta económico.



M. R.

SI en un sitio no quieren, o no pueden darle la CAFIASPIRINA verdadera y legítima en su empaque original, no cometa la imprudencia de recibir "cualquier cosa." ¡VAYA A OTRA PARTE! El pequeño esfuerzo que ello le exige queda mil veces compensado, pues la enorme fama de la CAFIASPIRINA ha dado origen a muy peligrosas imitaciones.

No suelte su dinero hasta que no se cerciore positivamente de que el empaque (Tubo de 20, o "Sobrecito" de una dosis) tiene la palabra "CAFIASPIRINA" con todas sus letras y lleva la auténtica CRUZ BAYER. Sólo así se evita el ser víctima de un engaño que puede resultar muy grave para su salud, o para la de su familia.

La CAFIASPIRINA es lo mejor que existe para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo; consecuencias de los abusos alcohólicos, etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y no afecta el corazón ni los riñones.



PERO HAY QUE TOMAR LA LEGÍTIMA!

Cafiaspirina. M. R. a base de éter compuesto etílico del ácido orto-oxibenzico con 0.06 gr. Cafeína

"P A R A T O D O S"

AUTOMOVILISMO

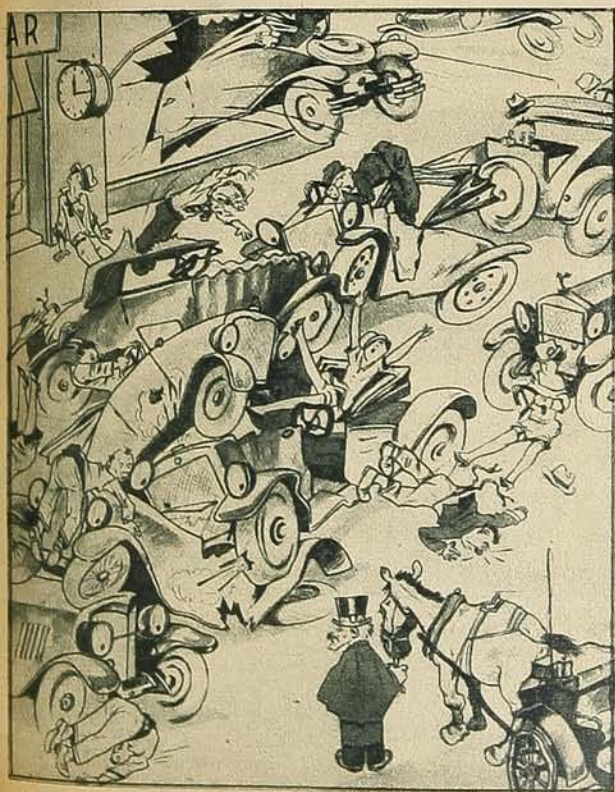
LOS INCONVENIENTES DE LA PINTURA ROJA...

E X P E R I E N C I A S

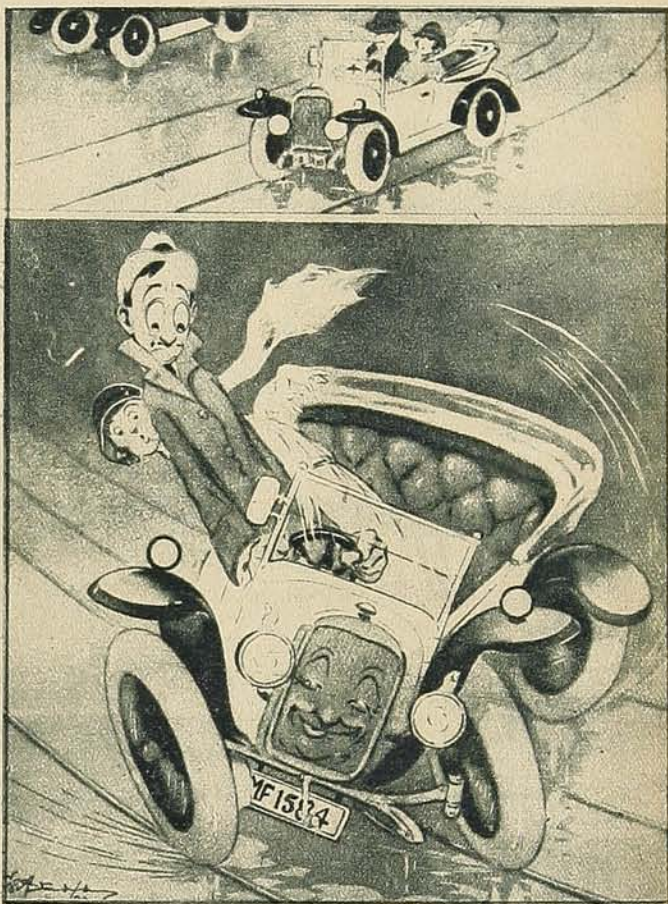


LOS GUARDIANES. — No hay duda, se trata de un asesinato feroz...

P R E G U N T A S

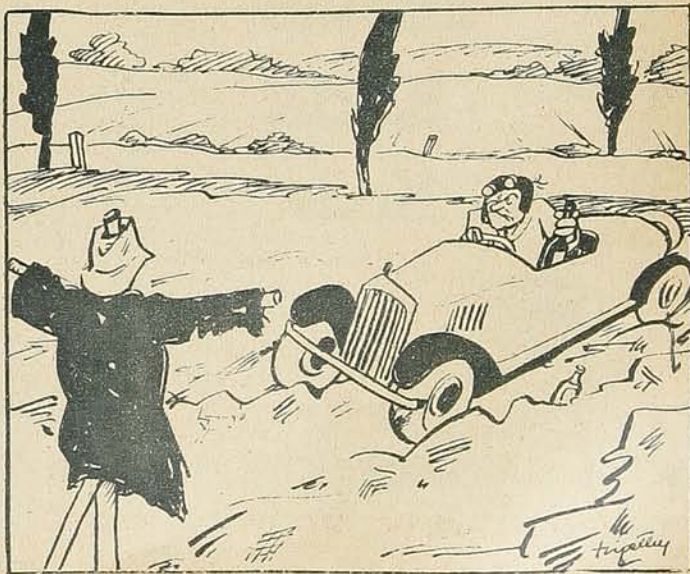


¿Tiene algún inconveniente la velocidad en el automovilismo?



CUADRO 1.º — Por los rieles se va con más suavidad.

CUADRO 2.º — Pero, hay que tener cuidado con las patinadas...



EL BORRACHO. — ¡Caramba! ¡Hasta en el campo, lejos del camino, un guardián!...

CONOZCA SU AUTOMOVIL

Durante el ciclo de cuatro tiempos de un motor de explosión, que son: aspiración, compresión, explosión y escape, solamente uno de ellos, el tiempo de explosión, es el que nos facilita fuerza. De aquí la necesidad de usar un pesado volante para mantener el motor en movimiento durante los otros tres tiempos.

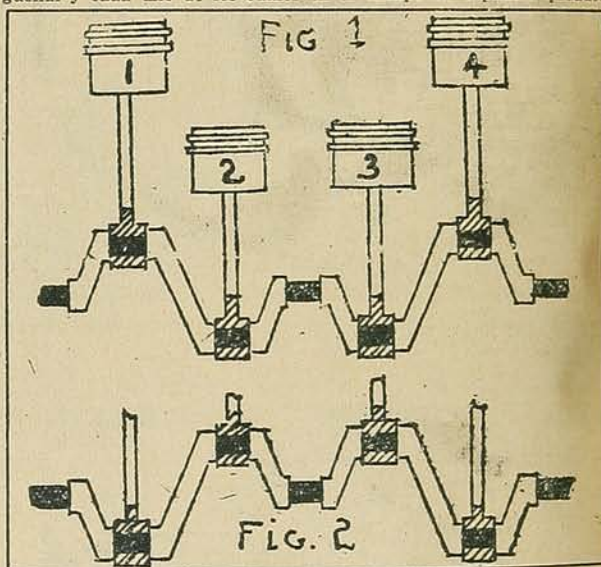
El motor de un sólo cilindro resulta inadecuado para ser usado en los automóviles debido a su gran trepidación, es por esto que los fabricantes concibieron la idea de unir cuatro motores de un cilindro cada uno combinándolos de manera que mientras uno de ellos al producirse la explosión transmita fuerza, otro se halle en el tiempo de aspiración, otro en el de compresión y finalmente el cuarto se encuentre en el tiempo de escape.

Una vez concebida la idea de utilizar cuatro motores de un cilindro cada uno había que buscar el medio de combinarlos para unificar la fuerza que produjesen con el fin de utilizarla para la tracción en los automóviles.

Esto lo resolvieron conectando las cuatro bielas a un mismo cigüeñal y utilizando un sólo árbol de levas para todas las válvulas de los cuatro motores, conservando cada pistón su propio cilindro. Así nació el motor que hoy se conoce con el nombre motor de cuatro cilindros.

No se debe confundir el motor de cuatro cilindros con el ciclo de cuatro tiempos de un motor. El ciclo de cuatro tiempos se verifica lo mismo en un motor de un cilindro que en uno de cuatro, seis u ocho cilindros. En los motores de los automóviles cualquiera que sea el número de sus cilindros cada pistón verifica un ciclo de cuatro tiempos que son: aspiración, compresión, explosión y escape.

Teniendo ahora cuatro cilindros montados sobre un mismo cigüeñal y cada uno de los cuales en el tiempo de explosión produce



fuerza, ¿en qué orden deben verificarse esas explosiones? Deben acaso verificarse en el orden de colocación de los cilindros o sea 1-2-3-4, considerando como número uno el que está en la parte delantera del motor?

Si observamos la construcción especial de un cigüeñal en un motor de cuatro cilindros comprenderemos que este orden de fuego es imposible. Las dos únicas formas en que puede trabajar un motor de cuatro cilindros son: 1-2-4-3 o 1-3-4-2.

Todos los cigüeñales de los motores de cuatro cilindros son contruidos en la misma forma del que aparece en el grabado, y si usted, se fija los dos asientos de las bielas 1 y 4 están en una misma línea, de modo que estarán arriba o abajo siempre al mismo tiempo. De la misma manera los asientos de biela 2 y 3 están también en una misma línea y de igual modo estarán arriba o abajo conjuntamente.

Pero veamos por qué el orden de fuego no puede verificarse de acuerdo con el orden numérico de colocación de los cilindros o sea 1-2-3-4.

Fijémonos en el cigüeñal que aparece en la figura 1. El asiento de biela número uno está ahora hacia arriba, por tanto el pistón número uno estará también hacia arriba, supongamos en el tiempo de explosión: En este caso podemos hacer que se produzca la chispa en la bujía del cilindro número uno y el pistón uno bajará al efecto de la explosión, obligando a su compañero el número cuatro a realizar la misma operación o sea descender y como consecuencia necesaria subirán los pistones número 2 y 3, quedando el cigüeñal en la posición que aparece en la figura (2).

Entonces nos encontramos que podemos hacer que se verifique la explosión en el cilindro número dos y en su consecuencia los pistones 2 y 3 bajarán quedando de nuevo el cigüeñal en la posición de la figura (1).

Ahora surge la dificultad, el pistón tres está abajo y por tanto no podemos hacer que se produzca la explosión en este cilindro para que baje el pistón, viéndonos obligados a utilizar el número cuatro que es el que se encuentra arriba. Luego hasta ahora hemos



Zapatillas
para
todo Sport

Keds
K1

Keds
K2

Keds
K3

Keds
K4

Keds

EN VENTA EN TODAS LAS ZAPATERIAS

POR MAYOR:

UNITED STATES RUBBER EXPORT Co. Ltd.

CASILLA 2467

SANTIAGO

Una simplificación en el cambio de marchas, facilitaría el manejo

Para conseguirlo trabajan con interés los técnicos de las principales fábricas de automóviles.

Desde hace varios años se viene luchando en la industria automovilística por conseguir una simplificación en el manejo de los coches y se han inventado de cuando en cuando aparatos destinados a resolver el problema. Se justifican tales intentos porque el manejo actual de las palancas para el cambio de velocidades es bastante delicado, sobre todo si se trata de novicios en cuestiones de automovilismo. "Algunos fabricantes—escribe E. H. Weiss en la revista parisiense "Automobilista"—escogen una solución más radical y aplican a sus chasis combinaciones más o menos complejas con el fin de que la transformación de la fuerza del motor en propulsión sobre las ruedas se haga automáticamente, de acuerdo con el esfuerzo que tenga que realizar el motor. Otros, en cambio, han ideado órganos de maniobra más simple que la palanca actual, y el mecanismo hace intervenir algunas veces a una especie de "combinador". Este, dicho sea de paso, no ha dado los resultados que sus inventores esperaban de él.

Continuando la lucha, se ha llegado a nuevos positivos. Un dispositivo recientemente patentado en Francia parece ser lo suficientemente ingenioso como para que M. Weiss le dedique un comentario en la mencionada revista. Se trata de un invento del ingeniero mecánico M. Jouons, cuya finalidad sería múltiple: en primer lugar facilitaría el embrague y en segundo lugar—lo que no es menos importante—evitaría los riesgos de fractura de piezas y deterioro, como asimismo facilitaría la maniobra de inclinación de la palanca hacia uno u otro lado, todo ello gracias a un aparato fijado inmediatamente debajo del volante de dirección.

"El principio—añade Weiss—consiste en proveer uno de los árboles con piñones fijos y el otro con piñones libres cuando el motor está desembragado. Estos últimos son solidarios con los primeros cuando se pone una marcha porque tienen ciertos órganos que funcionan con el árbol principal y embragan la rueda libre. Dichos órganos de embrague pueden ir fijos sobre su árbol correspondiente o deslizarse para ocupar su sitio, mientras que los elementos libres pueden tener un eje propio o formar parte del otro árbol. De todos modos, tiene que encajar antes de que el motor haya sido embragado. En principio, las ruedas o piñones locos llevan sobre una o ambas caras una parte excavada o resaltada y los órganos de embrague tienen a su vez las piezas correspondientes para el ensamblaje. El hecho de poner en contacto los piñones antes de embragar suprime los riesgos de deterioro en los engranajes y disminuye la

resistencia al embrague, ocasionada por la diferencia de velocidad tangencial de los dos piñones que se trata de hacer coincidir para la marcha del coche.

"Los conos de embrague—tallados especialmente—tienen por fin suprimir los golpes y ruidos desagradables, sea cual fuere el lado de los engranajes que entre en acción (para aumentar o disminuir velocidades.)"

Otra particularidad del aparato es el manejo de los órganos a embragarse, lo cual se hace por medio de una manija única. Esta tiene un mecanismo un tanto complejo, cuya descripción no consideramos oportuna en estas líneas. De todos modos, diremos que es un dispositivo que reemplaza eficazmente a la palanca de comando: facilita desde luego, la conducción de los automóviles y evita los ruidos desagradables de los engranajes. El hecho de tener en la proximidad del volante una manija de "control" de la caja de velocidades da al conductor mucha mayor libertad de movimientos; se distrae menos que con el sistema de cambio de marchas por palanca directa, como ocurre actualmente. Claro está que dicho dispositivo no es óbice para que la caja de velocidades pueda ser regida también mediante palanca directa.

"Como todo el mundo puede darse cuenta—termina el artículo de "Automobilista"—por todas partes se vienen haciendo grandes esfuerzos para simplificar la conducción del coche. El automóvil ha mejorado en forma apreciable gracias a la ausencia casi total de "pannes" del motor. Es, por lo tanto, perfectamente lógico que en nuestros días nos tomemos máximo interés por los órganos mecánicos y que nos esforcemos por mejorarlos. Todos los inventos hechos en ese sentido están llamados a tener el más halagüeño de los éxitos, porque es menester que pensemos que el número de conductoras de automóviles aumenta de día en día, y que la mujer es, por regla general, más exigente que el hombre en todo cuanto se refiere a comodidad en la conducción de un coche."

CONOZCA SU AUTOMOVIL (Continuación de la página 26)

podido verificar el orden de fuego en la forma de 1-2 y al encontrarnos con la dificultad expresada tenemos que usar el número cuatro que al bajar por efecto de la explosión nos permitirá usar el número tres, quedando por tanto el orden de fuego establecido en este caso en la forma de 1-2-4-3.

Usando el mismo raciocinio, veremos que la única otra forma de establecer el orden de fuego de los cilindros es: 1-3-4-2.

El orden de fuego de su motor usted debe conocerlos para el caso de que tenga que cambiar por cualquier motivo los cables del encendido y al quitarlos no se fije en el orden en que estaban colocados.

Muchos fabricantes suelen colocar esculpido en el block del motor el orden de fuego del mismo y casi todos lo indican en el libro de instrucciones del carro.

la
Siroline
"ROCHE" M.R.

es el regenerador de los pulmones
cura radicalmente

Catarros
Resfriados
Bronquitis

Tos
Asma

Precaución la **Tuberculosis.**



DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

SAL DIGESTIVA
Bémece

M. R.

Bicarbonato de Sosa, Magnesita, Carbonato de Cal

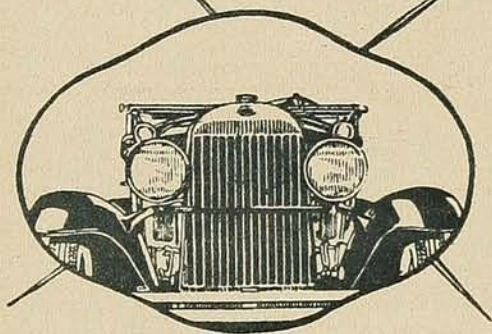
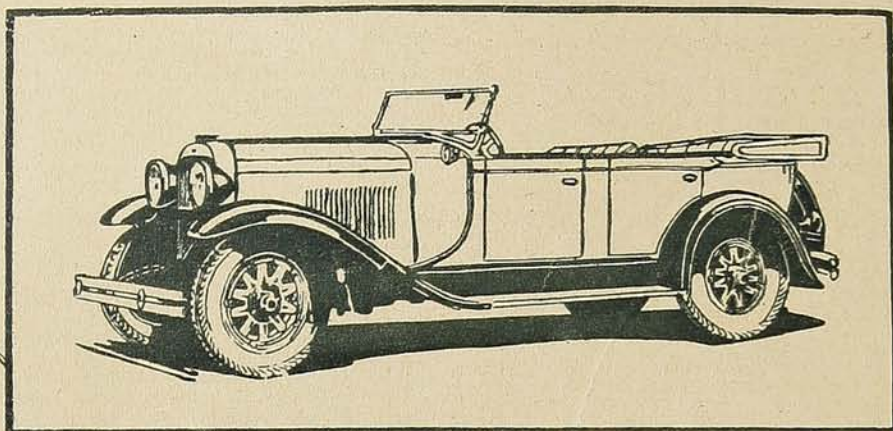
ESPECIFICO DE LAS
ENFERMEDADES
del ESTOMAGO

Ardores y Dolores de ESTOMAGO
Acideces — Flatulencias — Bostezos
Pesadez o Hinchazon de ESTOMAGO
Bochornos — Rojez del Rostro y
Somnolencia despues de las comidas
Dispepsias, Gastritis, Hiperacidéz, etc.

DOSIS Una cucharadita despues de cada comida

de Venta en todas las Farmacias

Un hermoso coche a precio moderado



Debido a la solidez de su construcción, a la elegancia de sus líneas, y a la potencia de su motor, el

“OLDSMOBILE”

es el automóvil llamado a triunfar en todas partes. No olvide usted que puede comprar un coche más caro, pero no uno mejor.



AGENTES PARA LA ZONA CENTRAL:

MORRISON & Cía.

VALPARAISO

SANTIAGO



OLDSMOBILE SEIS

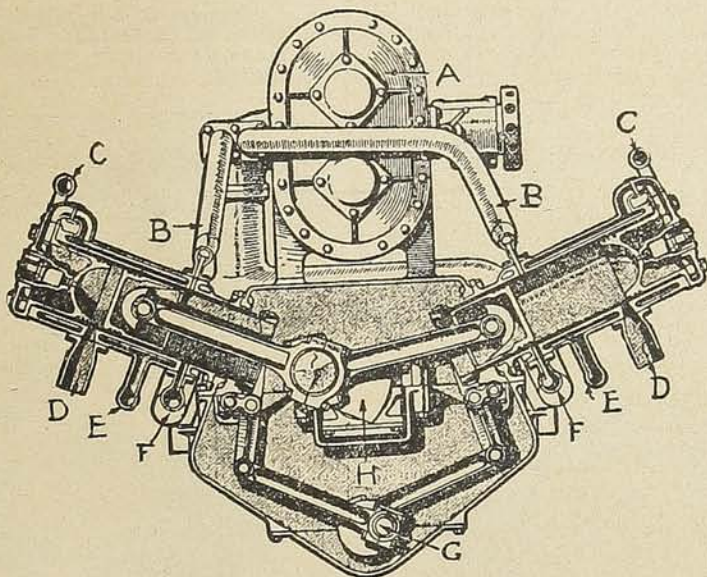
Algunas Invenciones Inglesas Relativas a los Automóviles

DOS CIGÜEÑALES

REPRODUCIMOS un corte seccional del motor, que muestra un par de cilindros opuestos, y en el cual puede verse que las bielas trabajan sobre un perno cigüeñal común. Debajo del cigüeñal principal hay un cigüeñal que gira a igual velocidad, impulsado por el primero mediante engranaje, y que es empleado para alternar los manguitos por medio de un sistema de varillas y palancas.

Cada manguito tiene una carrera total igual, aproximadamente, a la mitad de recorrido del émbolo y está provisto de portas adecuadas que coinciden, cuando se requiere, con anillos de portas cortados en las paredes del cilindro. La impulsión se efectúa de tal manera que cada manguito se mueve en la misma dirección que el émbolo que encierra, excepto cerca de los dos puntos muertos. En otras palabras, la distribución está ligeramente avanzada de modo que, por ejemplo, en el momento en que el émbolo llega al pie de su carrera, el manguito ha comenzado ya su movimiento hacia arriba.

Las portas de agotamiento y del múltiple están colocadas al tope en cada cilindro y en el pie de éste existe un arreglo similar para la admisión de aire bajo presión de un soplador. Justamente sobre las portas de aire hay un tercer equipo de portas para la admisión de una mezcla muy rica de aire-nafta de un segundo soplador. La sucesión de las operaciones es como sigue: Comenzando en el encendido de la mezcla o cerca del punto muerto superior, el émbolo y el manguito se mueven hacia abajo, viajando el primero más rápido que el último. Cuando el cigüeñal alcanza una posición como de 70 grados del punto muerto del pie son descubiertas por el manguito las portas al tope y comienza la expulsión de los gases. Después de otros 35 grados de giro del cigüeñal quedan en línea y son descubiertas por el émbolo las portas de aire en el manguito y en el cilindro, y el aire que entra a pre-



Vista en corte seccional del motor, mostrando un par de cilindros opuestos, con válvulas de manguito recíprocas impulsadas por un cigüeñal auxiliar. El motor tiene dos sopladores, uno para la mezcla y otro para aire. A, soplador; B, B, entrada de la mezcla; C, C, agua; D, D, gases agotados; E, E, agua; F, F, entrada de aire; G, G, cigüeñal que opera los manguitos; H, cigüeñal principal.

sión por la parte inferior obliga a los gases agotados restantes a salir por las portas del tope. De esta manera se obtienen un desalojamiento y un enfriamiento interno completos.

MONTAJE DE INSTRUMENTOS

Otra invención de reciente fecha es la patentada por sir Herbert Austin, en la que se sugiere que instrumentos esenciales, como el amperímetro y el medidor de presión de aceite, no deben estar montados sobre el tablero usual, donde no pueden ser inspeccionados sin perder de vista el camino, sino que deben colocarse en el tope del radiador, en donde en todo momento estarán a la vista del conductor cuando mire hacia adelante. Nos parece que este arreglo sería particularmente indicado para coches pequeños con capots cortos, en los que el tope del radiador está razonablemente cerca del conductor.

Uno de los arreglos sugeridos por el inventor es situar un amperímetro y un indicador de presión de aceite en una

caja junto a la boca de llenado del radiador, la que, a su vez, lleva también un dispositivo marcador de la temperatura. La caja contiene también una lámpara eléctrica, que puede emplearse para iluminar los instrumentos.

ENGRANAJE DE IMPULSION PARA LAS VALVULAS DE MANGUITO

Para estos manguitos se ha diseñado una forma sencilla de engranaje de impulsión, consistente en un par de palancas, que descansan sobre un eslabón que balancea, y que trabajan sobre lóbulos que se proyectan, opuestos uno a otro, en la base del manguito.

Los inventores proponen el empleo de dos bancadas de ocho cilindros cada una; dependiendo el ángulo que forman las bancadas de cilindros de los ángulos del cigüeñal y del orden del encendido. Por supuesto, sería posible arreglar el motor con un número de cilindros menor. Para el diseño de 16 cilindros se sugieren dos arreglos. En uno de ellos los cilindros queman alternativamente, dando 16 impulsos igualmente espaciados por cada revolución del cigüeñal, y para obtener este resultado, el ángulo entre las bancadas debe ser de 157½ grados y los cigüeñales están establecidos a 45 grados. Desde este punto de vista, se obtiene un mejor arreglo de equilibrio colocando los cigüeñales a 90 grados y arreglándolos simétricamente como en un motor de ocho-en-línea; entonces, el ángulo formado por las bancadas de los cilindros deberá ser de 135 grados y dos cilindros quemarán simultáneamente, dando un total de ocho impulsos del cigüeñal por cada revolución.

Este muy interesante diseño de motor parece adecuado para la propulsión de un automóvil o de un aeroplano, y aunque el empleo de válvulas de cualquier clase implica un sacrificio de la sencillez característica del principio de dos tiempos, el tipo de manguito sugerido, con el sistema operatorio neto y robusto descrito, ha de poder dar un excelente servicio libre de difultades.

LAS TORRES DEL SILENCIO

"No profanarás a los muertos", es una de las más importantes máximas de Zoroastro, de acuerdo con la cual ningún parsis es sepultado bajo tierra. Para cementerio de los fieles adoradores de Ormuz existen en las afueras de Bombay seis "Torres del Silencio". En ellas se coloca a los cadáveres de los parsis. Cinco de estas torres están construidas una junto a otra y la sexta separada de las anteriores. En ésta se colocan los cadáveres de los criminales, para que estén eternamente separados de los buenos que han merecido la bendición del cielo.

Estas "torres" tienen cerca de cuatrocientos cincuenta pies de diámetro y dieciocho de elevación. Están construidas de bloques de granito recubierto de cemento blanco. Una zanja poco profunda y seca rodea cada torre, cruzada por un estrecho puente a través del cual son conducidos los cadáve-

res al lugar de su último reposo. La parte superior del edificio está cubierta por una plataforma en la que se colocan los cadáveres, y en el parapeto que los oculta a las miradas se ven posados numerosos buitres que esperan su presa.

Esta plataforma está dispuesta en tres círculos concéntricos de poco profundos receptáculos para los cuerpos. Representan las tres máximas de Zoroastro: "Buenas obras, buenas palabras y buenos pensamientos". El círculo exterior es para los hombres, "buenas palabras"; el próximo para las mujeres, "buenas palabras"; y el interior para los niños, "buenos pensamientos".

Sólo los necróforos, oficialmente designados para el transporte de los muertos, pueden penetrar en los lúgubres recintos. Los fieles y hasta los sacerdotes no pueden acercarse a ellos más allá de diez varas de distancia.

"Cuatro Hijos", la producción suprema de la temporada

SERA ESTRENADA POR LA FOX

Mañana en el Teatro Victoria.—El enorme significado artístico y emocional de este film.— El argumento y los escenarios.— La interpretación a cargo de un selecto elenco Fox, a la cabeza del cual están el Archiduque Leopoldo de Austria, Margaret Mann, June Collyer y James Hall.— La guerra tratada según un concepto fraternal y humano.— El estreno y la sincronización musical.

La Fox Film, Compañía que en la temporada ha conquistado el mayor número de triunfos, se apresta para efectuar mañana, en el elegante Teatro Victoria, el estreno de una cinta que seguramente conmovirá en forma inusitada a nuestro público, dejando un gratísimo recuerdo en todos los corazones. Sus condiciones innumerables de emoción y humanidad la acreditan en este sentido, y es seguro que nuestro público, culto y refinado, sabrá apreciarlas en toda su intensidad. Nos referimos a CUATRO HIJOS.

¿Qué hay más noble en el mundo, más grande, más sublime, que el amor maternal? Nada, sin duda alguna. Es este el tema que con tanto acierto aborda la cinta mencionada. Su argumento está basado en una historia triste y llena de arraigamiento humano. La acción, iniciada en Baviera, tierra que intervino en la gran guerra, formando parte de los ejércitos germanos. Sus personajes, aunque son humildes campesinos de este fértil país, llevan en sus corazones latente la llama del amor.

Una madre, a quien el monstruo de la guerra le roba sus cuatro hijos, sus cuatro retoños, pedazos de su corazón, dejándola sola en la vida. Alrededor de este tema doloroso y cruel, gira el argumento de CUATRO HIJOS, la cinta que conmovirá y hará latir precipitadamente todos los corazones.

EL ARRAIGAMIENTO HUMANO DE "CUATRO HIJOS"

CUATRO HIJOS, en cuanto a argumento, a tema, a sentimiento, a fondo y a interpretación, nada tiene de artificial ni falso, como tanta película corriente. Estractado todo de la realidad latente de la vida, de la realidad cotidiana y universal, encuentra profundos ecos en todos los corazones, y es así como en ningún momento, en ningún pasaje de la obra, el espectador encuentra cosas desagradables, inverosímiles y fuera de lugar. La guerra, con su visión terrible y sangrienta, está abordada en grado mínimo. Sólo algunos pasajes presentan la acción bélica y son ellos tan bien facturados, tan oportunos y emocionantes, que causan verdadero asombro. Tanto se ha abusado de la guerra en las producciones cinematográficas, que ya el público está cansado de este tema.

Pues bien, como decimos, en CUATRO HIJOS, ella está tomada en grado mínimo y sólo para dar idea de lo monstruoso que significa, sobre todo dentro del argumento de la cinta, en que hay dos hermanos luchando en ejércitos enemigos.

Todo es, pues, profundamente natural y humano. La humanidad es la cualidad predominante en este film, de manera que resulta natural la acción, y aunque es dolorosa en su grado, nunca traspasa los límites de lo verosímil.



La adorable y anciana actriz Margaret Mann y los jóvenes actores James Hall, Charles Morton, Francis X. Bushmann (hijo) y George Meeker, en una escena de "Cuatro Hijos"

LA INTERPRETACIÓN

John Ford, el ilustre director de los talleres Fox, que tantas buenas producciones nos ha presentado, ha tenido a su cargo la dirección de CUATRO HIJOS. Sabedor de los valores que aportan a una buena cinta los actores, se ha preocupado especialmente de buscar artistas que respondan a la calidad de los personajes que interpretan. Trabajo ha gastado en esta tarea, pero su éxito ha sido tal, que ahora nos presenta un film completísimo en este sentido.

En primer lugar, debemos mencionar a un actor que, aunque es primera vez que actúa en el cine, da muestras de un talento excepcional y de superiores cualidades interpretativas. Es él uno de los personajes principales de la Casa Real de Austria: El Archiduque Leopoldo, que habiendo firmado un contrato por cinco años con la casa Fox, se presenta por primera vez a los públicos del mundo. En un rol protagónico, sus cualidades quedan de manifiesto y lo muestran como una de las esperanzas cinematográficas de mañana. Margaret Mann, anciana y adorable actriz, que ya ha cumplido los sesenta años y que en su rol de madre afligida está genial, pues nos arranca lágrimas a cada instante, es otra de las figuras primordiales del elenco interpretativo. Los demás personajes son jóvenes actores de la Fox, que han causado sensación en cintas anteriores y que en CUATRO HIJOS superan sus actuaciones: Earle Foxe, galán que se ha especializado en roles odiosos al público; June Collyer, bellísima y escultural muchacha; James Hall, Francis X. Bushmann (hijo), George Meeker y Charles Morton, completan el reparto.

Todos ellos saben dar a sus papeles la fuerza de humanidad necesaria para producir las emociones buscadas y, realmente, las consiguen con creces.

EL ESTRENO DE "CUATRO HIJOS"

El estreno de CUATRO HIJOS, la atracción suprema de la temporada, la cinta que ha provocado en el extranjero los mayores elogios, será hecho mañana en las funciones vespertina y nocturna del Teatro Victoria, elegante sala, donde concurre nuestro público más culto y distinguido.

La orquesta de este acreditado teatro ha preparado un bellísimo programa de música sincrónica, que realizará notablemente los valores de la cinta. A la hora en que nuestra revista sale a la circulación, las localidades para este estreno están casi agotadas, lo que hace presagiar un justo triunfo para esta bella película, triunfo que, por otra parte, CUATRO HIJOS se merece.

Los que hemos tenido ocasión de ver en privado la principal producción Fox de 1928, podemos responder de sus infinitos valores gustativos, que la harán triunfar en Chile, de la misma manera que ha triunfado en Europa, Estados Unidos y Buenos Aires.

CUATRO HIJOS

LA ATRACCION SUPREMA DE LA TEMPORADA

La cinta más hermosa y humana que se ha filmado. Producción Fox, que reúne méritos exquisitos de emoción, dulzura y belleza. La quinta esencia de lo sutil, lo fino, lo que encanta por su naturalidad y profundidad psicológica.

Creación de un seleccionado elenco FOX, a la cabeza del cual figuran

EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO DE AUSTRIA, MARGARET MANN, JUNE COLLYER,
EARLE FOXE, JAMES HALL, GEORGE MEKEER Y CHARLES MORTON.

EL NUEVO TRIUNFO DE LA FOX



LA EXHALACION DEL AMOR MATERNAL

LA SUPREMA
FELICIDAD DE UNA
MADRE..... EL VERSE
RODEADA DE SUS
HIJOS.

No deje de ver la historia emocionante de una madre a quien la guerra sacrificó
en la cruz de las humanas ambiciones.

**MAÑANA en el
TEATRO**

VICTORIA

SOLO PARA MAYORES DE 15 AÑOS

"LA LEGION DE LOS CONDENADOS"

ES UNA PELICULA DE ARTE



Personajes al estilo de Claude Farrer, extraños y embellecidos por la aureola de un pasado misterioso, tiene "La Legión de los condenados". Hasta ella llegan en busca de una muerte gloriosa. Con un desdén natural miran el peligro y lo desean. Para qué vivir, dice el que apuró ya todos los placeres, o el que una noche de juego perdió los millones que heredaría, o el asesino, o el abúlico o bien el que tuvo un amor desgraciado.

El que está en este último caso es el protagonista, mozo vehementemente que creyó ver en su amada a una impura Mesalina. Anhelaba realizar una proeza mortal y la ocasión presentósele: debía llevar en aeroplano a un espía a cierta base enemiga. Cuando llegó el momento de efectuar el viaje, se quedó petrificado. El espía era nada menos que su amada. Pronto la mujer lo puso ante la verdad de lo que había ocurrido. No era mala. En aquella ocasión en que la sorprendió en brazos de unos diplomáticos alemanes, ejercía el oficio de espía, por su patria. El joven vio claro y se arrojó en sus brazos. La vida le sonreía de nuevo; ya no quería morir. Sin embargo, condujo su preciosa carga al sitio del peligro y se vio obligado a dejarla en él, a merced

del destino. Por fortuna, una buena estrella la protegió, y los enamorados volvieron los ojos al mundo, sedientos de amor, más afe-rrados que nunca a la existencia...

Esta película está bien trazada, encierra tanta emoción y un in-

terés tan hon-do, que no trepidamos en considerarla como una obra de arte, joya preciada del cinematógrafo americano. La interpretan genialmente Fay Wray y Gary Cooper.

Exija
películas
de esta
marca



Con las
mejores
del
mundo



El suceso máximo del mes lo
provocará la PARAMOUNT con

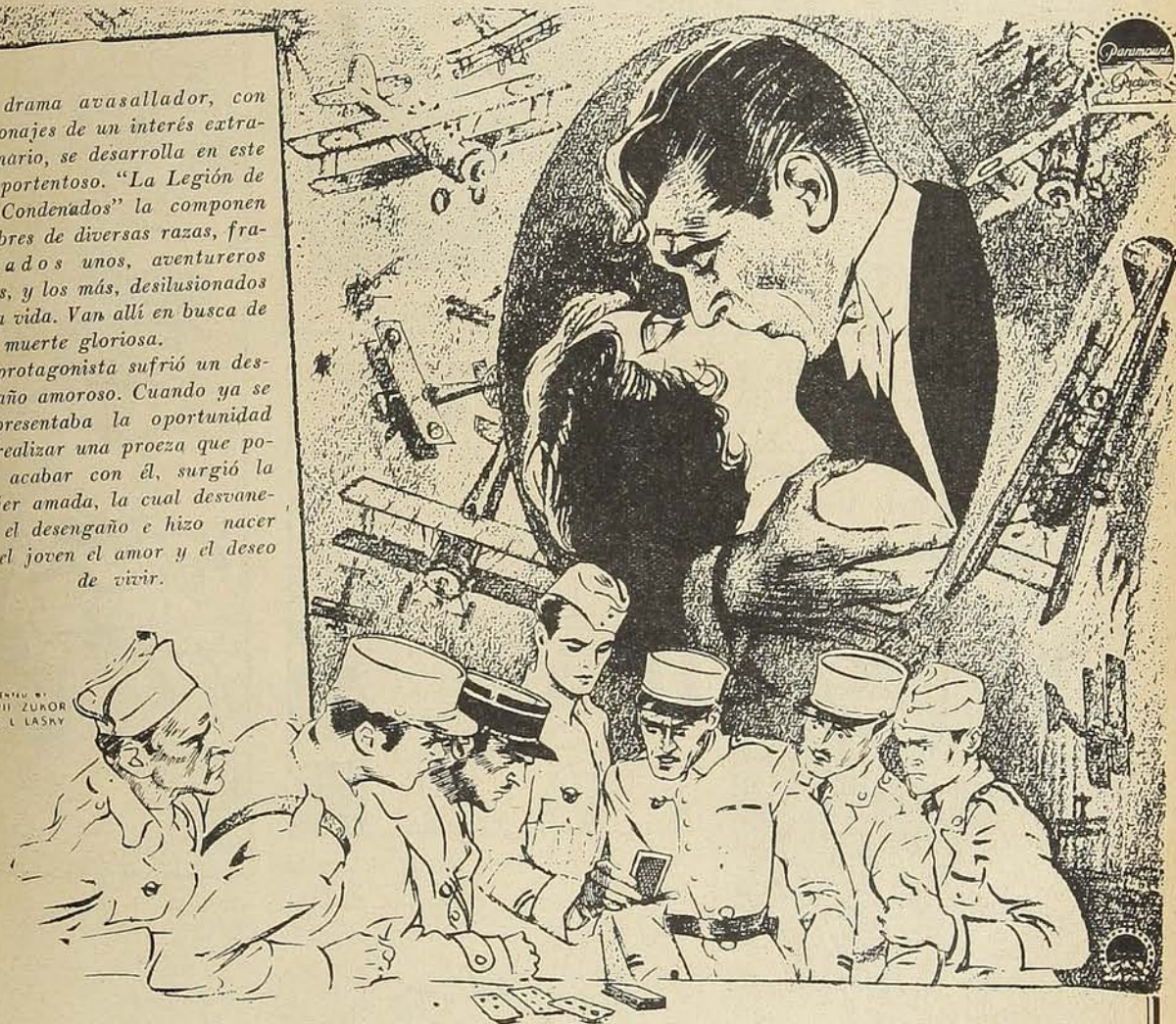


La LEGION de los CONDENADOS

Un drama avasallador, con personajes de un interés extraordinario, se desarrolla en este film portentoso. "La Legión de los Condenados" la componen hombres de diversas razas, frías, a todos unos, aventureros otros, y los más, desilusionados de la vida. Van allí en busca de una muerte gloriosa.

El protagonista sufrió un desengaño amoroso. Cuando ya se le presentaba la oportunidad de realizar una proeza que podía acabar con él, surgió la mujer amada, la cual desvaneció el desengaño e hizo nacer en el joven el amor y el deseo de vivir.

PRESENTED BY
ADOLPH ZUKOR
JESSE L. LASKY



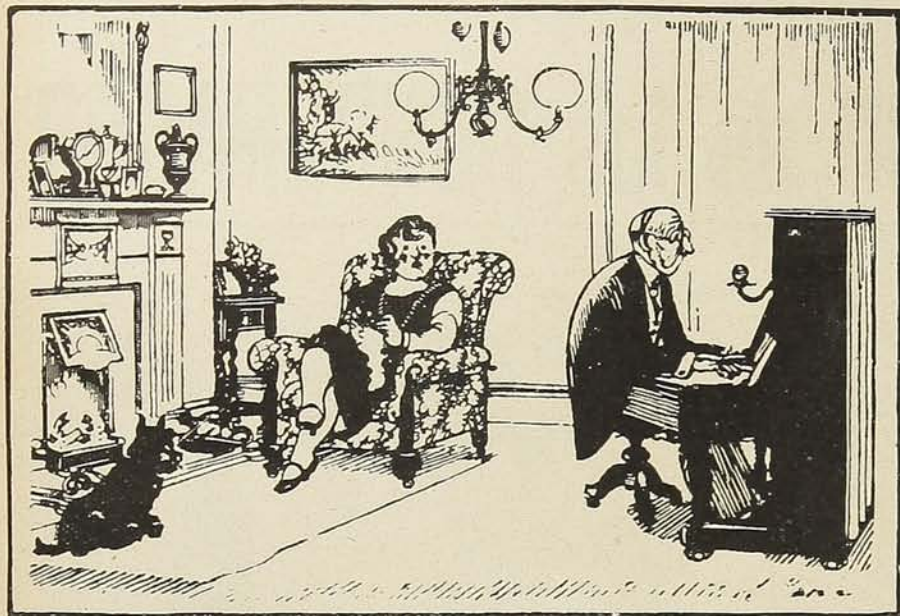
EN LOS TEATROS
SPLENDID e IMPERIO



INTERPRETES: Fay Wray y Gary Cooper



H U M O R I S M O

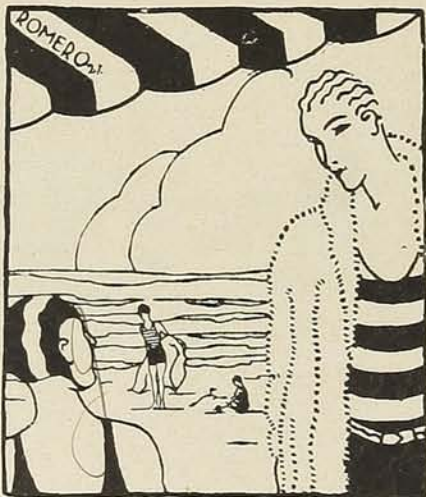


—¡Pero, hijo!... ¡Hace veinte años que no tocas más que el "Vals de las Olas".
—¿Quieres que lo deje, ahora que ya lo toco bastante bien?

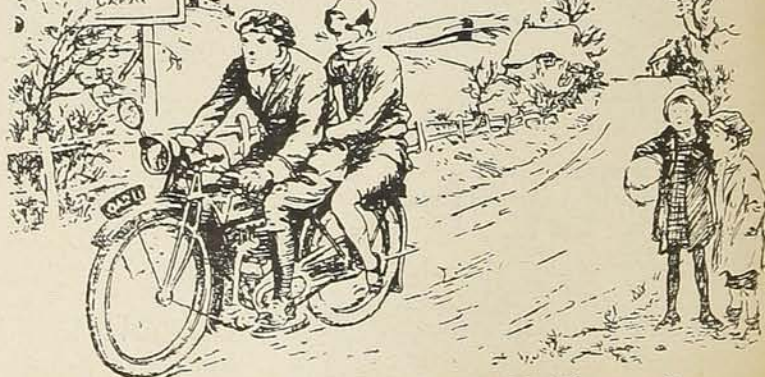
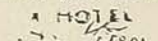


—Acabo de leer que continúan los disturbios en Tien-Tsin.
—A mí eso, me "Tien-Tsin" cuidado.

En otra, un capitán pregunta qué hora es a un voluntario joven que luce una pomposa cadena de reloj, pero sin reloj. El soldado dice tranquilamente:
—Mi capitán: siempre es la hora de morir por la patria.



—¿En qué conoces la edad de un ave?
—En los dientes.
—Pero si las aves no tienen dientes...
—No; pero los tengo yo.



—¿Por qué llevan los motoristas un espejo delante?
—Hombre, porque si no lo llevaran nunca le verían la cara a la novia.^s



EL REO.—¡Atiza! ¡Yo que vine a Toledo a ver el Tajo!

UN BUEN ALMUERZO

Ostras de imitación. (Receta alemana)

Sobre unas conchas de ostras muy limpias se pone un poco de mantequilla, que se espolvorea con pan rallado; sobre esto, unos pedazos de sesos de ternera bien sazonados de sal, que también se habrán envuelto en pan rallado de antemano y un poquito de nuez moscada.

Estando todas las conchas preparadas se meten al horno y una vez asadas se sirven con rodajitas de limón.

Budín de verduras

La verdura que quiera emplearse se cuece con sal, se saca, se exprime bien y se pasa por la máquina, se pica muy finita, se frie en mantequilla y cuando esté fría se le ponen cuatro huevos batidos, perejil picado, pimienta blanca y una cucharada de pan rallado. Hecho esto, se pone la pasta en un molde liso, untado con mantequilla y pan rallado y se tiene en el horno hasta que se despegue del molde.

Para servirlo se acompaña de una salsa blanca.

Cordero guisado

Se pone el cordero a freír, después de haberlo lavado y secado con un paño, cuando esté doradito se le pone sal, tomate, pimienta y azafrán, alcachofas y arvejas, se le dan unas vueltas y se le agrega agua hirviendo para que se cueza. Cuando esté medio cocido se le pone perejil, apio y miga de pan, todo bien

machacado, se deshace con agua caliente, echándolo a la cacerola para que con ello se acabe de cocer la carne, sirviéndola cuando la salsa esté espesa.

Pudding de manzanas

Se hace un dulce de manzanas con poco almibar, se mezcla con bizcochitos, deshaciéndolos bien y agregándoles dos yemas de huevo batidas con una clara; se une bien todo y se echa en un molde untado con mantequilla y se cuece al baño de María. Se bate la clara sobrante con una cucharada de azúcar hasta que esté muy dura y con ella se adorna el pudding haciéndole dibujitos.

Sopa de flan

Con dos tazas de caldo, cuatro yemas de huevo, una cucharada de chuño, sal y un poco de pimienta blanca se hace un flan al baño de María, en un molde untado de manteca. Se pone en la sopera un huevo batido, se corta el flan en pedacitos, cuando esté frío, y se le agrega un buen caldo.

Pescado a la chilena

El pescado, de cualquier clase que sea, se guisa del modo siguiente: Se frie tomate con cebolla picada a la pluma; aparte se frien unas rebanadas de papas muy delgaditas. Con una parte de esto, se arregla una fuente que resista el fuego, encima se le pone pan rallado, se coloca el pescado y se tapa con el res-

to; encima de todo, queso y pan rallado por partes iguales y una taza de caldo, se pone a fuego lento y no se revuelve sino que se mueve la fuente de un lado a otro.

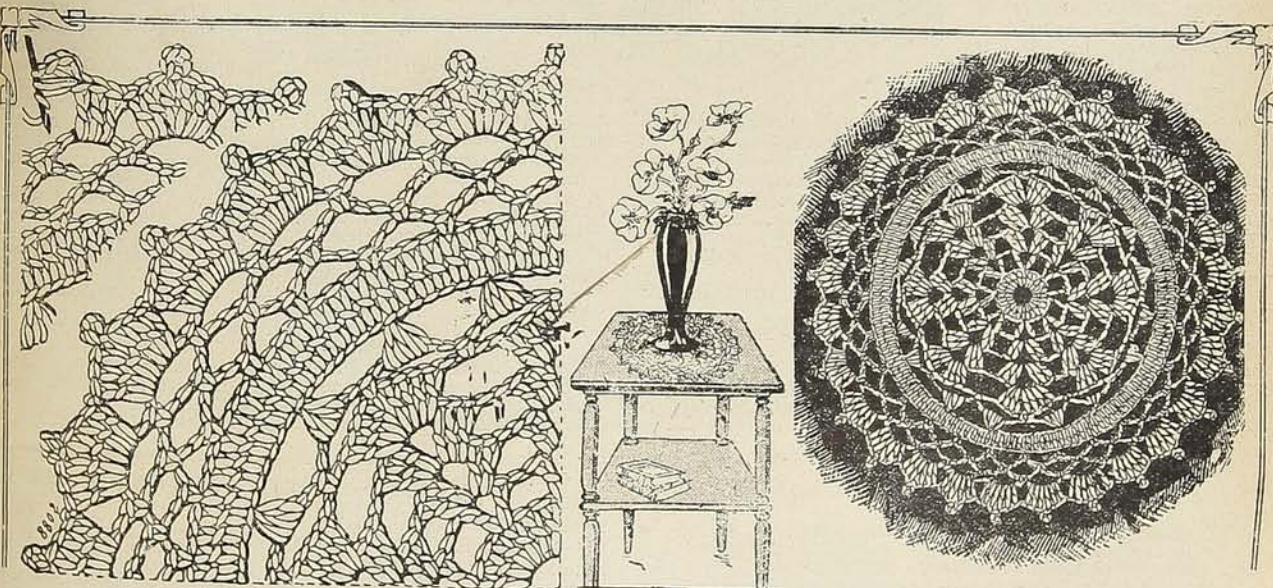
Salchichas con coles

Primeramente se cuecen las coles con un pedazo de tocino hasta que estén tiernas, pero no cocidas del todo; entonces se sacan y después de haberlas dejado escurrir, se envuelve en cada hoja de col un pedacito de salchicha y otro pedacito del tocino cocido y luego se amarran con un hilo grueso. Cuando estén todas preparadas, se pasan por harina y se frien en manteca colocándolas luego en una cazuela con cuidado de que no se deshagan. En la salsa sobrante de freír las salchichas, se medio frie un pedazo de pan, perejil y cebolla, que se aparta luego y se machaca en el mortero agregándolo a las salchichas con un poco de agua y la manteca que haya quedado, media taza de vino blanco y un poco de pimienta blanca, se deja cocer a fuego lento y se sirve guarnecido de pequeños coles de Bruselas cocidas primero y después salteadas.

Solomillo con miga de pan

Se abre el solomillo por un lado y se rellena con un picadillo de ternera, jamón, tocino, huevo duro y miga de pan; se ata con un cáñamo y se pone al horno con un poco de manteca por encima.

C R O C H E T



He aquí una encantadora utilización, el tejido a crochet en el amoblamiento de la casa. Sobre una pequeña mesa se coloca, como motivo decorativo, un vaso de cristal con flores. Para evitar que el barniz de la mesa se deteriore con la humedad que pueda a veces guardar el pie del florero, se coloca un pañito tejido a crochet, hecho en hilo mercerizado de color marfil. El modelo que damos es de gran facilidad en la ejecución y nuestras lectoras podrán copiarlo sin necesidad de mayores explicaciones.

PARA LAS COQUETAS

Los cabellos durante la noche.— Si es usted una de esas personas privilegiadas que poseen los cabellos naturalmente ondulados, o que, de llevarlos lisos, les quedan muy bien así, no vale la pena que se incomode usted en leer, lo que va a continuación, pero si por desgracia tiene usted necesidad de acudir a casa del peluquero cada 8 días o cada quince, y necesita empeñarse mientras tanto, para que la hermosa ondulación hecha por Figaro, no se desvanezca al segundo día, es para usted muy cómodo, permitir que le de a usted los siguientes consejos:

Como ustedes saben es sumamente difícil que la ondulación dure en caso de humedad del aire porque la señora, ama de casa cuidadosa suele permanecer algún tiempo en la cocina, donde el vapor del agua hirviendo es fatal para sus cabellos. Puede tratarse también del vapor del baño o de otra humedad cualquiera del aire: especialmente durante las vacaciones si se permanece junto al mar, o se viaja en vapor. Para evitar en parte este daño, hay que tomar especialísimas precauciones, cuando uno se mete en cama, y entonces, antes de entregarse al reposo, es preciso hacer lo siguiente:

Peinar y escobillar los cabellos con cuidado. Restablecer un perfecto orden en los cabellos que se han desordenado durante el día, ya sea a causa de las ocupaciones diversas, ya sea debido a otra causa cualquiera.

Sobre este peinado impecable se coloca una fina ceñida malla y se humedece el todo con agua de Colonia. A la mañana siguiente nos levantaremos peinadas, que es una maravilla. Nuestros cabellos escapan así, al desorden de la almohada y aguardarán con mucho más paciencia la intervención del peluquero.

Interesante para las nerviosas.— La práctica del deporte no ejerce siempre un efecto calmante sobre los nervios. Por el contrario, muchas veces, resulta para ellos dañoso en extremo. Si después de haber empleado con exceso la raqueta, ahora, que se acercan las vacaciones, o después de haber nadado largo tiempo en las playas o en las diferentes piscinas, nos sentimos rendidas y nos echamos a dormir así, es seguro que a la mañana siguiente vamos a amanecer con dolor de cabeza, y más feas que...

Pues hay que evitarlo, y para ello, he aquí un sencillo consejo:

Calmemos nuestros nervios sobreexcitados con la ayuda de un baño especial, que tomaremos a las siete de la tarde, una hora antes de acostarnos.

En un saco de muselina pondremos cien gramos de tilo; cien gramos de valeriana y cien gramos de afrecho. Deposi-

tamos este saco en una cacerola grande con agua, la que haremos hervir un rato. Nosotros echaremos en seguida el todo, agua y saco en un baño tibio.

Es esta una excelente manera de reposar nuestros nervios, cualquiera que sea su grado de excitabilidad.

Agua para la piel.— El agua de toilette tiene muchas virtudes. La primera de ellas, es el hacer agradables las abluciones, de perfumarlas, perfumar la epidermis y mejorar la tez, a condición, naturalmente, de que esta agua, esté sabiamente compuesta: no es raro que una agua de toilette blanquee y endulce la piel. Los ingleses, que sienten horror por el maquillaje, usan casi todos una buena loción. Y sabe Dios que su maravillosa tez es célebre en el mundo. Puede usted comprarse esta agua donde un buen perfumista, con la casi certidumbre que su uso le será favorable. Pero una agua que pueda fabricar usted misma, tendrá la ventaja que conocerá usted exactamente el material de que se haya compuesta.

Esta agua, de benjuí, por ejemplo, de la cual le cedo a usted la fórmula, usted sabe que contiene elementos para aclarar la tez, cerrar los poros y pulirla.

Procúrese usted 200 gramos de agua de Colonia de muy buena calidad. Mézclela con 20 gramos de tintura de iris y 10 gramos de tintura de benjuí. Agréguele usted 10 gotas de ácido acético y 2 gramos de tintura de bergamota.

Utilícela, ya sea pura sobre un algodón hidrófilo, ya sea en el agua de sus abluciones, mañana y tarde.

Si camina usted mucho.— Llega el tiempo de los bellos paseos y las largas caminatas. En el campo, la montaña o el mar, las señoras y niñas se entregan con voluptuosidad a larguísimo paseos, que a veces irritan sus delicados pies, a causa

de la rudeza de los zapatos de excursión, o a causa también de la delgadez de ciertas suelas que no los defienden bastante de las piedrecillas que abundan en los caminos rudos del campo.

Para evitar los inconvenientes que a veces suelen retener inmóvil a la paciente durante algunos días es preciso, ante todo calzar racionalmente, pero si a pesar de ello se lloran las plantas de nuestros pies de esas molestas ampollas, curémoslas con la pomada siguiente:

Jabón blanco...	40 gramos
Sebo...	40 "
Alcohol alcanforado...	20 "
Vinagre alcanforado...	20 "

Disolvamos jabón y sebo al baño María y después añádmole los líquidos. Untemos suavemente las ampollas con esta pomada y sanarán con gran rapidez.

LA MUJER DEBE PREOCUPARSE POR DORMIR EN FORMA DEBIDA

Una de las cosas más fáciles del mundo es dormir, y, sin embargo, cuántas dificultades pasan algunas mujeres para adquirir un poco de descanso por medio del sueño. Hay personas que tan luego como han puesto la cabeza en la almohada empiezan a dormir tranquilamente, y deben considerarse felices; pero, en cambio, hay otras que ocupan su imaginación con asuntos triviales, que repasan o corrigen continuamente, dando por resultado que transcurren muchas horas sin dormir, y la imaginación se convierte en un verdadero kaleidoscopio de pensamientos pesimistas, cuando el asunto en que se ha pensado es molesto. Se apuran por los quehaceres de la casa, por el esposo, por la familia, por lo que habrá de servirle al día siguiente y por otras mil cosas que les impide obtener un poco de sueño tranquilo; y

hasta el cerebro se fatiga completamente empiezan a dormir con inquietudes, por lo que el sueño no les satisface y al día siguiente sienten en todo el cuerpo una sensación molesta de agotamiento y cansancio.

SU MARCA FAVORITA ES

Metro-Goldwyn-Mayer

Exija al Empresario de su barrio que exhiba estas películas.



Cómo se ve el mundo... después de firmado el último pacto pacifista europeo

6



La última conferencia europea para abolir la guerra terminó con la revelación de un pacto armamentista entre Francia e Inglaterra. Por eso el dibujante ha interpretado muy bien lo que es y será la paz... futura.

Caras
conocidas



*Busque a sus
favoritos... y
los encontrará.
Aquí están to-
dos los que son
y son todos los
que están.*

De Todas Partes



25.000 dólares vale este vestido, confeccionado con anillos de oro y plata que tejen un encaje sutil de alguna semejanza, sin embargo, con una cola de mallas.



Mlle. Yolande Laffon, con el traje de Jenny—encaje "rubio" bordado en oro y cubierto por tul rubio—que le valió el primer premio de elegancia.



He aquí la más vieja plaza de Londres, que va a desaparecer ahora.

Este chico es el encargado de cuidar del pequeño cocodrilo, como si fuera un perrito, mientras el hijo rompe el cascarón.





En los parques londinenses los rapaces pueden holgar a su antojo durante el verano, siempre que no se encuentren con una guardiana tan brava como ésta.



Recientemente han realizado un viaje por Europa el Maharadsha de Nampara con su esposa, soberanos cuya riqueza es archifabulosa.

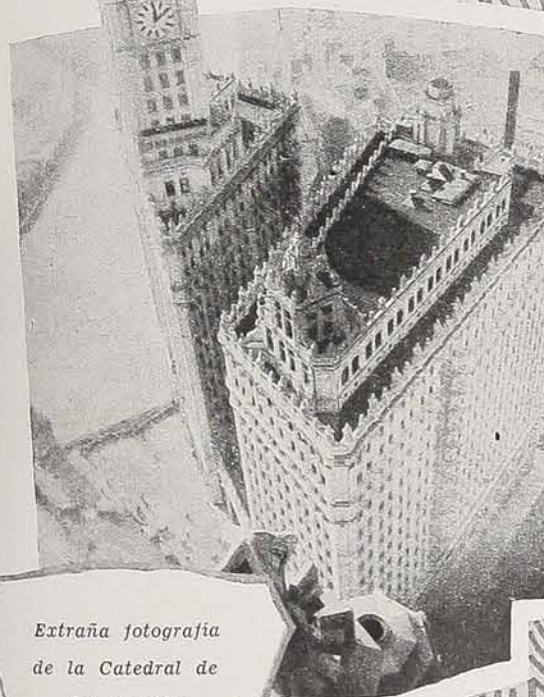
(Abajo) He aquí dos somalíes felices, que se acaban de casar en Berlín. El colmo de la felicidad ella...



Anita Loos, la autora del libro "Las prefieren rubias",



Cómo se deja crecer las uñas un fakir



Extraña fotografía de la Catedral de los negocios



Un salto sensacional de dos nadadores, que han resuelto la más arriesgada prueba

Jurgis Skinders es el hombre más viejo que haya emprendido un viaje por mar. A los ciento cuatro años ha dejado su país natal, Lituania, para visitar a su hijo que reside en América. Jurgis representa tener cuarenta años, no usa lentes ni ha estado jamás enfermo y hasta intenta explicar a los demás viajeros cómo son los bailes de su país. Mírenlo ustedes danzando a bordo del barco.



Curiosidades



Tres virtuosas del pedal dando una representación de propaganda en las calles de Berlín, antes de debutar en el Wintergarten (Jardín de Invierno).



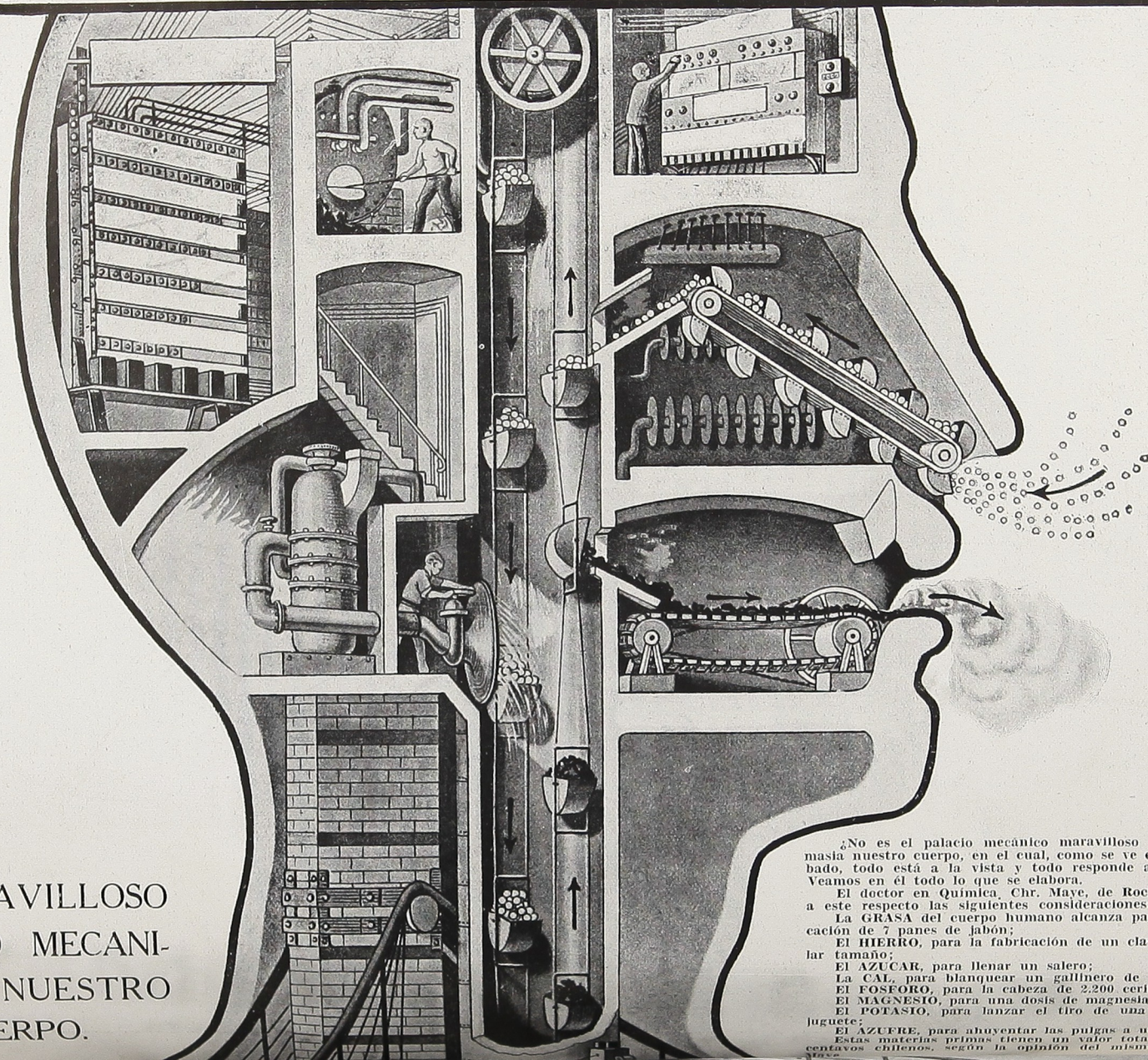
Un precioso skye-terrier que ha sido premiado en París

TRES BONITOS TRAJES

S E N C I L L O S,
V E R A N I E G O S,
A G R A D A B L E S



EL MARAVILLOSO PALACIO MECANI- CO DE NUESTRO CUERPO.



¿No es el palacio mecánico maravilloso por autonomía nuestro cuerpo, en el cual, como se ve en este grabado, todo está a la vista y todo responde a su orden? Veamos en él todo lo que se elabora.

El doctor en Química, Chr. Maye, de Rochester, hace a este respecto las siguientes consideraciones:

La GRASA del cuerpo humano alcanza para la fabricación de 7 panes de jabón;

El HIERRO, para la fabricación de un clavo de regular tamaño;

El AZÚCAR, para llenar un salero;

La CAL, para blanquear un gallinero de pollitos;

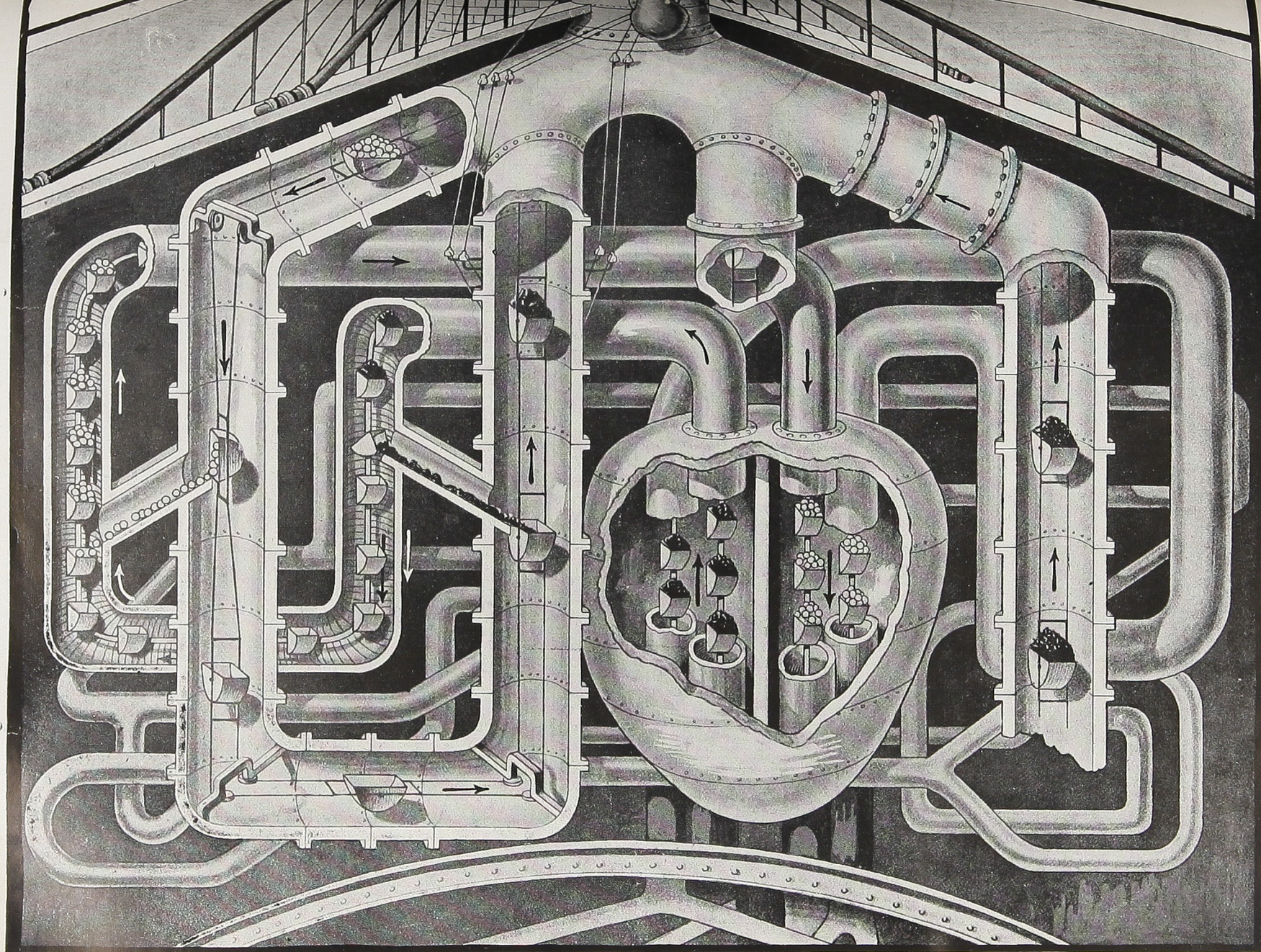
El FOSFORO, para la cabeza de 2.200 cerillas;

El MAGNESIO, para una dosis de magnesia;

El POTASIO, para lanzar el tiro de una pistola de juguete;

El AZUFRE, para ahuyentar las pulgas a un perro.

Estas materias primas tienen un valor total de \$ 8.35 centavos chilenos, según la opinión del mismo Dr. Chr.



LA MODA
AL DIA:
Tres Bonitos
Modelos



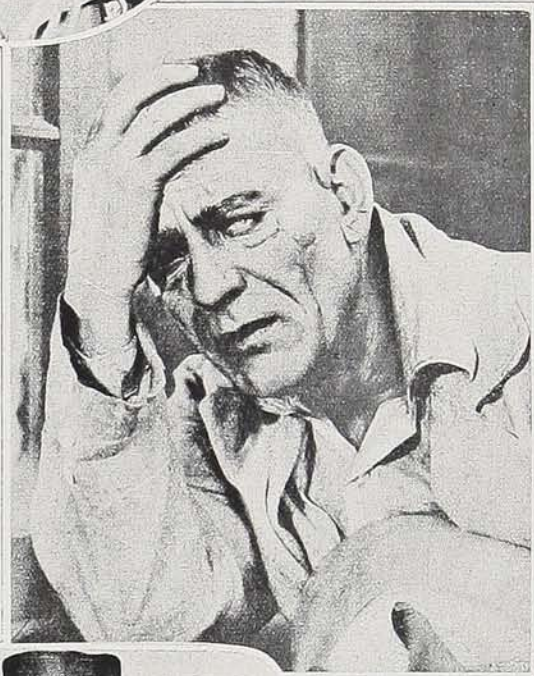
Traje rayado con smoking



Traje completo de crespón claro.



Chaleco sin mangas hecho con varios colores, de seda o de lana.



El hombre de las mil expresiones, tal es León Chaney, que ha encarnado los tipos más dramáticos y terroríficos del cine, según puede verse en esta información gráfica.



El Hombre de las Mil EXPRESIONES

GRETA GARBO

la Encantadora





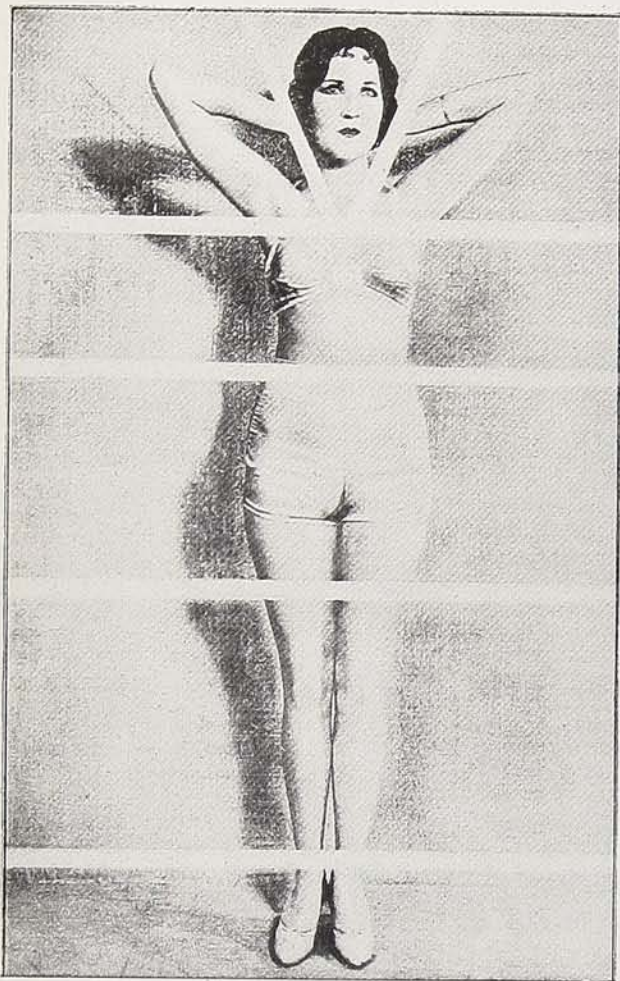
"La Calle
del Pecado"

Por

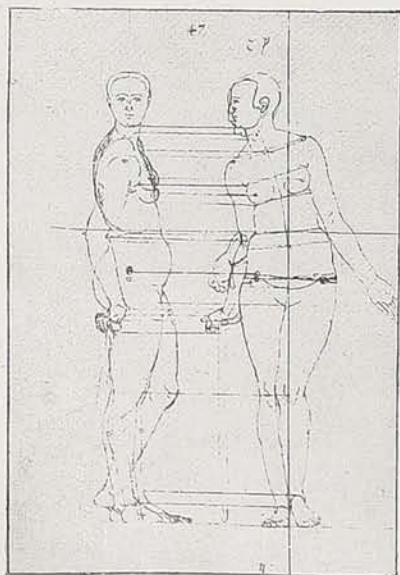
Emil Jannigs

657-B

LA BELLEZA PERFECTA



Esta es la proporción corporal de la mujer ideal, según los maestros y estetas



He aquí un gráfico de Alberto Durero sobre las proporciones perfectas del cuerpo humano

El ansia de perfección es uno de los instintos más nobles del hombre. He aquí la búsqueda de la belleza perfecta. Estados Unidos, que posee sin duda las mujeres de líneas más correctas, es el país que está más cerca de esta perfección. El constante deporte a que sus mujeres se dedican, la perenne atención e interés que sienten desde pequeñas, en adquirir bajo el influjo de gimnasias inteligentes, las proporciones más correctas, procuran a sus cuerpos la admirable hermosura que exhibe esta mujer, maravillosamente encuadrada en las líneas blancas de la perfección.

Hay diferencia esencial, eso no cabe duda, en el concepto de belleza de hoy y el concepto de belleza de ayer. La Venus de hoy, más elástica, forjada en el acero flexible y fino del deporte, no puede ofrecer sino escasa semejanza con la Venus de ayer; esta graciosa Venus de Botticelli, por ejemplo, cuyos largos cabellos, como retorcidas serpientes, envuelven el cuerpo gordozuelo por la inacción, blando y tierno como el de un recién nacido. ¿Cuál es más hermosa? ¿La elástica Venus moderna o la lánguida Venus de antaño?



La célebre Venus de Botticelli, encarnación de la belleza ideal femenina

Instantánea



*He aquí una magnífica instantánea sorprendida por el
más alerta de los objetivos: el instante en que una hábil
nadadora salta en prodigioso impulso*



El Hermoso
Brummell

De la "Chilian
Corporation"

Por
John Barrymore



CARTAS DE UN MEDICO A UNA JOVEN MADRE

CARTA XLV

Hoy voy a hacerte algunas observaciones sobre el régimen alimenticio que puedes observar con tu hijo de aquí en adelante.

Pronto va a cumplir año y medio; tiene ya los dientes que por su edad le corresponden y, por lo tanto, se pueden introducir algunos cambios en la composición de sus comidas.

En verdad, no participo de la opinión de los que creen que es conveniente en los niños una variedad considerable en las comidas, y me parece sumamente perjudicial la regla de conducta, adoptada por muchos padres, que acostumbra precozmente a sus hijos a los alimentos de toda clase. Cuanto más sencilla y más uniforme es la alimentación, tanto mayores serán la regularidad y el vigor con que se desarrollará el organismo, y tanto mejor podrá cumplir su misión, que no es otra, que la de constituir un instrumento adecuado para que el alma inmortal pueda llevar su finalidad terrena.

De todos modos, será sumamente conveniente dar poco a poco mayor amplitud a la alimentación seguida hasta ahora, y la proximidad de la primavera y del verano constituye para ello una ocasión adecuada por ofrecer mayores recursos, por ejemplo, espinacas, espárragos tiernos, coliflor, zanahorias, ciertas frutas, como las fresas muy maduras, etc., con las cuales, y sin dejar por esto los platos de leche, puedes recrear de vez en cuando al niño. Además de los huevos batidos con caldo, que toma ya, pueden dársele purés de patatas o de otras clases, preparados con leche, guisos ligeros de carne y huevos pasados por agua. En cambio, deben prohibirse al principio, las legumbres, el pan moreno y las pastas gruesas de sopa.

Por lo que se refiere a las patatas, se les han achacado muchos inconvenientes; pero esto es una exageración, y la prohibición de ellas, que algunos imponen hasta para niños mayores, se apoya en opiniones y observaciones más o menos erróneas. Dejando aparte el modo de ser especial que pueda ofrecer tal o cual niño, por cuya razón deba prohibirse aquel alimento, pueden, en general, permitirse las patatas harinosas solas o con carne en una forma apropiada. Hay que procurar, sin embargo, que las patatas no hiervan con la piel, sino mondadas, porque, en el primer caso, son difíciles de digerir.

Lo que te he dicho de las pastas de sopa, se refiere sólo a las gruesas, pues las finas pueden ser dadas sin reparo y no ocasionarán nunca perjuicio alguno a un niño sano.

La práctica más conveniente parece ser la de dar cinco comidas al día, por ejemplo, en la forma siguiente:

Desayuno: Leche con pan o con bizcocho, o bien sémola hervida con leche.

A media mañana: Un huevo pasado por agua y pan,



Una madre feliz que ha sabido criar a sus torros

fruta cocida o leche.

Comida: Sopa, papillas harinosas, frutas o verduras y un poco de carne tierna cuidadosamente trinchada.

Por la tarde: Leche con pan.

Por la noche: Lo mismo o una sopa de leche.

No deben permitirse las bebidas alcohólicas. No hay nada como el agua, dice un antiguo poeta griego.

También puedes introducir algunos cambios al llegar la estación calurosa, en la manera de dar baños al niño, los cuales, según me escribe tu hermano, constituyen una fiesta de familia, a la cual el papá, a pesar de todos sus negocios, rara vez deja de asistir.

Así como los baños tibios que le has dado hasta ahora, son los más adecuados a la primera edad, más adelante es conveniente aumentar la resistencia de la piel, por medio de la acción del agua fría, haciendo de esta manera que

aquella se vuelva menos susceptible a las influencias atmosféricas. Sin embargo, este resultado no debe buscarse en el empleo de un baño general frío, pues éste produce una impresión excesiva sobre la piel, que excede a la que ocasionaría un baño de mar, por razón de la quietud en que permanece el individuo en la bañera; debe substituirse el baño frío por una ablución fría de todo el cuerpo. En general, es conveniente para no impresionar mal al niño, pasar de una manera paulatina, de las abluciones tibias a las frías, moderando así un tanto la impresión que produciría un tránsito brusco. Para ello, se irá bajando sucesivamente la temperatura del agua a 28°, 25°, 22°, etc. Más tarde, finalmente, se empleará agua completamente fría, y tan sólo en invierno se tendrá la precaución de dejarla, durante la noche, cerca de la estufa.

La mejor hora para el baño, es por la mañana, cuando el niño se levanta, pues de esta manera se evita la necesidad de tener que desnudarlo y volverle a vestir.

Como el niño tiene ya el cabello crecido, no hay necesidad de mojarle la cabeza

(Continúa en la página 55)

Los
Programas
AJURIA
Y
RIALTO
presentan
las mejores
PELICULAS
Chilean Cinema Corporation

LOS árboles frondosos cimbrean sus copas seculares mostrando al sol la gama de sus verdes: el verde azulado de los abetos, el verde oscuro de los pinos, el verde esmeralda de las magnolias, el verde claro de las acacias, el verde plateado de los grandes álamos. Juega el viento entre el encaje de las hojas, arrancándolas murmullos, susurros y suspiros. En un claro de la arboleda, dormidas en lo hondo, las aguas mansas del estanque grande reflejan la luz tersas y limpias como una lámina de metal bruñido.

En la calle los autos ruedan rápidos entre nubes de polvo; los tranvías se deslizan silbando sobre los rieles, precedidos de un trémolo metálico; los automóviles pasan veloces atronando el espacio con el resoplido de las máquinas y el estridente sonar de las bocinas, mientras que por las aceras, bajo la fila de árboles, la gente marcha pausada y silenciosa en constante hormigueo.

Tras los gruesos barrotes de la verja saltan las manchas policromas de los vestiditos infantiles y las grandes manchas blancas de los almidonados delantales de las niñas. Cuando el estrépito de la calle cesa un momento y el viento se detiene sobre las hojas, se oyen alegres carcajadas, gritos de júbilo, la cadencia monótona y triste de una vieja canción:

*Yo me que-ria casar,
yo me que-ria casar,
con un mo-cito barbero,
con un mo-cito barbero...*

Acodadas sobre los hierros de un balcón, dos niñas, dos mujeres ya, conversan en voz baja. Detrás de ellas, en el rincón del gabinete, suenan lánguidas, perezosas, las notas de un piano y una voz dice:

—Adelina... María Eulalia... ¿qué hacéis ahí?

—Nada, mamá...

—¿No os molesta el sol?

—No, mamá; estamos muy bien.

Las jardineras de los tranvías siguen pasando llenas de gente; retumban los coches; los automóviles cruzan raudos. Vagos y confusos llegan del Retiro los ecos tristes de la vieja canción:

*Una tar-de de verano,
una tar-de de verano,
me saca-ron a paseo,
me saca-ron a paseo...*

Acodadas sobre los hierros, las dos amigas conversan en voz baja:

—¡Angelito!

—No me hables. Ha sido una cosa horrible. No tienes idea. Es necesario haberlo visto para comprenderlo. Conchita está todavía enferma del disgusto. Y yo... yo no puedo acordarme sin que se me salten las lágrimas.

—Pero, mujer, ¿es posible?

—¡Una criatura!

—¡Ahí tienes!

—Pero, ¿cómo fué?

—Verás. El chiquillo venía enfermo. Que si está tísico, que si no está tísico, que si el crecimiento, que si los estudios... El médico aconsejó que le enviasen al campo. Tía Lola nos escribió diciéndonos que si le podríamos tener una temporada, y nosotros, ¡figúrate tú, con el alma y la vida! Papá en persona fué a buscarle.

Era una criatura encantadora, guapísimo, muy guapo, todo lo que te diga es poco... con unos ojitos azules... ¿tú ves los de Conchita? ¡Qué más quisiera Conchita! No hay comparación. Vamos, yo no he visto en mi vida ojos más hermosos. ¡Tenían una expresión tan extraña, tan inteligente, tan triste, tan dulce!... Papá confesaba que no podía mirarlos con tranquilidad. "Me da pena—decía—me hacen pensar en Maeterlinck. Parece que miran más allá de las cosas."

Estaba muy delgado y muy pálido; pero esto, lejos

¡POBRE TITIN!

de afearle como a otros niños, le daba, por el contrario, un aspecto de elegancia y distinción muy atrayente. Ablaba poco, reía menos y no jugaba nunca. Te digo que papá tenía razón: daba pena el chiquillo.

Sin embargo, a los quince días de estar entre nosotros empezó a mejorar. Se puso un poquitin más gordo, perdió la palidez y recobró el apetito; en fin, que el chiquillo se puso desconocido. Desconocido en la parte física, ¿eh?, porque en lo moral siguió lo mismo, por no decir peor, cada vez más serio, más pensativo y más triste.

Cuidado que a casa venían niños, toda la chiquillería del pueblo; pues, nada, como si no. No había quien le hiciera jugar más allá de diez minutos. A los diez minutos de saltos y carreras dejaba a los amigos y se iba al lado de Conchita. Conchita era su locura. Por la mañana, por la tarde, por la noche, a todas horas estaba la criatura pegada a sus faldas.

—¡Jesús y qué chico más sobón!, decía riéndose mi hermana. No me lo puedo quitar de encima.

Titin entonces se ponía muy serio, y clavando en ella sus ojitos azules le decía:

—¿Te enfada?

Y era su mirada tan dulce, su acento tan mimoso, su cara tan triste, que Conchita no tenía más remedio que sentarle encima de las rodillas y consolarle.

—No, rico. Yo qué me voy a enfadar por eso.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues dame un beso para ver que no estás enfadada.

—Tómale, vida mía.

Titin se colgaba de su cuello y la besaba con locura, con apasionamiento, con rabia, de tal modo, que un día Conchita no pudo menos de decir:

—¡Caramba con el niño y qué manera tiene de besar!

—Es que está enamorado de ti—contesté yo, riendo.

El entonces se puso muy encarnado, echó a correr, se escondió y no volvimos a verle hasta la hora de cenar. A partir de aquel día se hizo cada vez menos expansivo. Huía de todos, incluso de mi hermana. Y hasta cuando mi hermana iba a buscarle se mostraba hosco, huraño, retraído... Perdió de nuevo las ganas de comer y otra vez empezó a adelgazar. Un suceso inesperado agravó la situación. El novio de Conchita, Paco Casares, ya le conoces, vino a pasar dos días con nosotros. El pobre Titin, que no estaba enterado de nada, al principio le recibió con agrado. Pero cuando se enteró, ¡madre mía del Carmen!

¡Cuando supo que era el novio de Conchita y que Conchita le quería!... ¡Menudo disgusto nos dió! No vino a comer ni a cenar. A las nueve de la noche le encontré en un rincón del jardín, debajo de unos arbustos, llorando a lágrima viva.

Por la noche tuvo una fiebre terrible, fiebre que ya no le abandonó un sólo momento. A los tres días fué preciso avisar a tía Lola, que vino como puedes figurarte, ¡desolada! Se llamó por teléfono a dos médicos de Madrid... hubo consultas... Todo inútil... Titin se moría... Si le hubieras visto en la cama con su carita pálida, el pelito pegado a las sienes, los ojos hundidos, más tristes que nunca, fijos siempre en Conchita. No hablaba, no decía nada, no hacía más que mirarla...

El último día fué horrible. No quería que nadie estuviese en la alcoba más que Conchita. A todos los demás nos echaba.

—¡Idos! ¡Idos!, gritaba frenético las manos convulsas, los dienteitos apretados...

Y luego, cambiando de expresión, mirando a mi hermana, comiéndose con los ojos:

—Tú no, Titina... tú no... —decía con acento suplicante, reteniéndola, sujetándola, atrayéndola a sí...

Y después, amoroso apasionado:

—¿Me quieres mucho. Titina, me quieres mucho?



—¿Y si yo te regalara un collar de brillantes?
—Pues me parecería de perlas.

—Mucho, rico mío, mucho.
—¿Verdad que no quieres a nadie?
A nadie, vida mía.
—Dame muchos besos, muchos besos...
Y la cabeza de Conchita caía sobre la suya y se besaban como locos... Vino el delirio y el estor. Y Titín seguía pidiendo besos. Y Conchita dándose los. Y Titín se moría. Y Conchita no quería marcharse. Fué preciso arrancarle a la fuerza... ¡Qué noche, qué noche más horrible!

Murió de madrugada. Contra todos los consejos, contra todas las advertencias. Concha se empeñó en permanecer a la cabecera de la cama y recogió el último suspiro, la última mirada de Titín.

Luego, como es natural, cayó enferma, y enferma ha estado quince días. Y gracias a que vinimos a Madrid y con el cambio de vida y las diversiones y las amigas y la visita diaria de Paco Casares, y sobre todo, los preparativos para la confección del equipo de boda, pues ya sabrás que es cosa conveniente que se case en octubre, vamos poco a poco consiguiendo que se distraiga y olvide lo ocurrido. Si no, se nos muere también. No tienes idea de lo impresionadísima que estaba...

PEDRO MATA

DOÑA BLANCA DE NAVARRA

El sabio y prudente monarca que, según el merecido juicio de propios y extraños, supo gobernar a sus súbditos con dulzura y bondad, vencer a sus enemigos, reprimir severamente el vicio y engrandecer sus Estados, haciéndose digno del título de Emperador con que se distinguió durante su vida y que le ha conservado la historia al llegar al límite de su vida, más atento al paternal cariño que a las lecciones de la experiencia, dividió la monarquía castellano-leonesa entre sus dos hijos Sancho y Fernando, dejando al primero en Castilla y en León al segundo: príncipes que si lograron mantener durante su vida la fraternal armonía que tanto les recomendó su glorioso padre, no podían impedir, que a la muerte de cualquiera de ellos, se reprodujesen las fatales turbulencias de reinados anteriores.

Rápido fué el de Sancho III, conocido por el deseado: tan deseado al decir de un cronista, por lo mucho que tardó en nacer y lo poco que tardó en morir. Sólo un año y un día ocupó el trono, desde el 21 de agosto de 1157, en que murió Alfonso VII, hasta fines del propio mes de 1158, en que le arrebató la muerte.

Sin embargo de tan escaso tiempo de ejercer la soberanía, dió claros indicios de las altas prendas que le hacían digno sucesor de su padre; engrandeciendo aquel corto reinado la derrota del rey de Navarra cuyas ambiciosas pretensiones encendieron la guerra, llevándola hasta el corazón de Castilla; el tratado de paz que se

ajustó entre ambos monarcas, aragonés y castellano, y la defensa de la plaza de Calatrava, amenazada por los almohades, defensa que dió origen a la famosa orden militar de caballería, que tantos días de gloria alcanzó en las guerras contra los infieles.

Brillante porvenir parecía reservado a Sancho III, que para coimo de ventura estaba unido a una mujer angelical, y de tan extraordinaria belleza como acrisolada virtud. Blanca era su nombre, y parecía escogido de propósito para indicar la pureza de su alma; iris de paz había sido entre dos naciones enemigas y hermanas; y hasta su muerte fué triste origen de futuras prosperidades, pues perdió la vida al darla a otro ser, que, andando el tiempo, había de ceñir la corona y cosechar nuevos laureles en los campos de batalla, venciendo a los invasores sarracenos.

El desposorio de don Sancho con doña Blanca se trató cuando menos se esperaba; pues estando los reyes de Navarra y Castilla para dar una gran batalla de poder a poder, cuando todo el teatro amenazaba los últimos rigores de Marte, ofreciendo a la vista no sólo lanzas y espadas, sino ríos de sangre; el de Marte en Himeneo, sonando ya no las cajas fúnebres, sino las apacibles voces de desposorios, con cuyo lazo se unían los ramos de la Oliva, que introdujeron en el campo los mediadores de la paz, don Alfonso Jordon (primo del Emperador, que pasaba a Santiago de Galicia) y los Obispos de Calahorra y Tarazona con el abad de Nájera. Así reforzó el autor de las memorias de las Reinas católicas el origen de aquel dichoso enlace, cuya promesa terminó, en efecto, en la concordia de Calahorra, la guerra ya declarada, y próxima a encenderse entre el emperador y el rey de Navarra, D. García. Muy niña era todavía Doña Blanca cuando tuvieron lugar estos acontecimientos (octubre de 1140), por lo cual se dilató el matrimonio hasta el de 1151, en que algunas escrituras expresan ser el año en que Don Sancho recibió por mujer a la hija del monarca navarro, al castellano rey fué tan profundo y verdadero, que al decir de muchos historiadores había de decidir de su suerte futura.

Hermosa y tan blanca, que según la inscripción funeraria de su tumba, excedía su color al de la nieve; tan candorosa y pura como tierra y caritativa, mereció tales y tan justas alabanzas que en frase de un antiguo escritor, "con ser tan grande el Rey, hijo del Emperador, le realizaba al ser marido de tal esposa, cediendo en alabanza del rey la que merecía la reina". Así es que todos los pensamientos de D. Sancho encontraban eco digno en el corazón de su regia esposa, que le devolvía su amorosa pasión, entibiada dulcemente al trasmitirla a través del fanal de su ternura.

Pero cuando más halagüeño sonreía el porvenir a los jóvenes y regios esposos, temprana muerte arrebató a D. Sancho su digna compañera, perdiendo su existencia la nieta del Cid y de Gimena Díaz al dar a luz un hijo, llamado a hacer brotar con vigor nuevo los gloriosos laureles alcanzados por sus ilustres ascendientes, el conquistador de Valencia, y los dos Alfonsos VI y VII que de su mismo nombre le precedieron.

El pesar que tan irreparable pérdida produjo en el monarca es indescriptible. Jamás volvió a estrechar el lazo del matrimonio tan a deshora roto por la muerte, con mujer alguna, y apenas transcurridos dos años, bajaba a unirse con ella eternamente.

En la cueva o capilla adyacente al panteón real de Santa María de Nájera, consérvase una curiosa urna sepulcral en la que la naciente "imaginaria" de la época, dejó marcada con vigoroso pero inexperto cincel, el tierno recuerdo de la profunda pena que a D. Sancho produjo la muerte de su tierna esposa. En aquel fúnebre monumento mandó el rey esculpir un bajorrelieve, representando a Doña Blanca sobre un lecho fúnebre y en sus últimos momentos, viéndose cerca de aquella triste escena al monarca que, entregado a su profundo dolor y no pudiendo resistir tan ruda prueba, cae desmayado en brazos de sus aúlicos. El arte en aquel siglo más que en ningún otro, era el fiel espejo donde se reflejaba el sentimiento popular y por eso en los relieves del sepulcro de Doña Blanca, labrados con tan ingenua expresión de verdad, vemos representado no sólo el dolor del rey, sino el del pueblo, que tanto ama siempre por sus virtudes, a la malograda Doña Blanca de Navarra.

(De la página 53)

CARTA DE UN MEDICO. — (Conclusión)

con agua fría durante el baño. Me parece suficiente limpiársela una o dos veces por semana, con agua. Otra cosa sería, si el cabello fuese muy corto, de manera que se secase rápidamente, pues, en este caso no habría inconveniente en extender las abluciones frías a la cabeza.

Hay muchas personas que piensan que aún en el caso de que sobrevenga un resfriado no debe interrumpirse el empleo de los baños o de las abluciones frías, pero no participo de esta opinión. Me parece mucho más acertado, en estas condiciones, suspender los baños durante algunos días y limitarse, en substitución de ellos y para favorecer la actividad de la piel, a practicar fricciones con un paño seco, algo grueso y retorcido sobre sí mismo. La experiencia enseña que de esta manera el resfriado suele desaparecer rápidamente.

Te recomiendo que procedas de un modo parecido cuando el niño muestre una aversión evidente y desacostumbrada al agua fría. En tal caso vale más suspender la aplicación de ésta durante algún tiempo, que empeñarse en continuarla a toda costa, pues aquella aversión depende muchas veces de que el niño se encuentra mal y siente una repulsión instintiva, que se debe atender para no exponerse a consecuencias desagradables.

Una
Silueta
Elegante
y Esbelta



no sólo es un signo de belleza, sino también de buena salud. La gordura excesiva indica siempre trastornos del organismo, que a la larga resultan sumamente perjudiciales. Para reducir la obesidad, sin temer efectos perjudiciales sobre el corazón, tómense las

TABLETAS PARA ADELGAZAR "KISSINGA"
que no contienen yodo ni glándula tiroidea, y están preparadas con las sales termales de Kissingen. (Alemania).

Para evitar el estreñimiento crónico, de que padecen tantas personas, cuide Ud. de que su intestino funcione correctamente, tomando las

PILDORAS LAXANTES "KISSINGA"

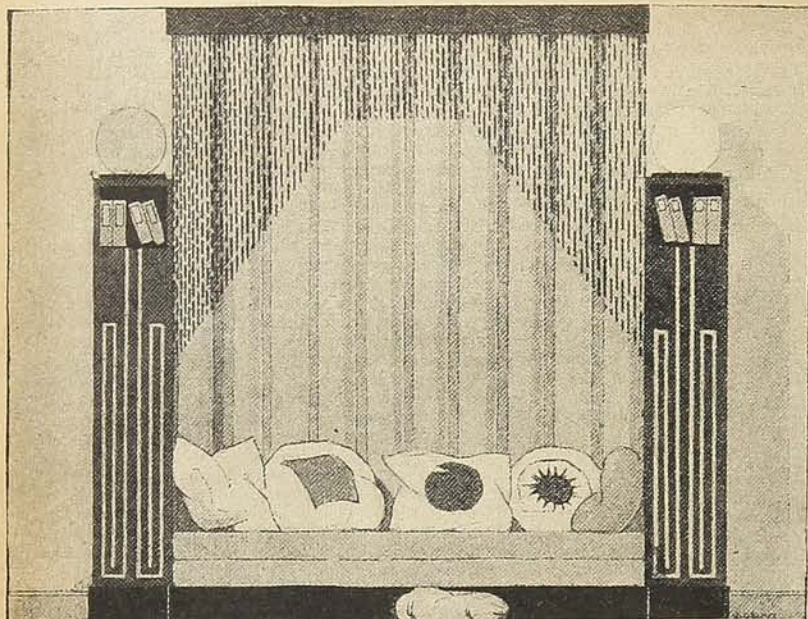
que son el laxativo más agradable para uso continuado.

Píldoras laxantes. Base: Sal therm. Kissingen, Extr. Rhey, Extr. cáscara sagrada, Corteza frangul, Sapo medio. Tabletas para adelgazar. Base: sal therm. Kissingen, Extr. Rhey, Extr. cáscara sagrada, Magnes. ust. Natr. cholein.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

M. R.

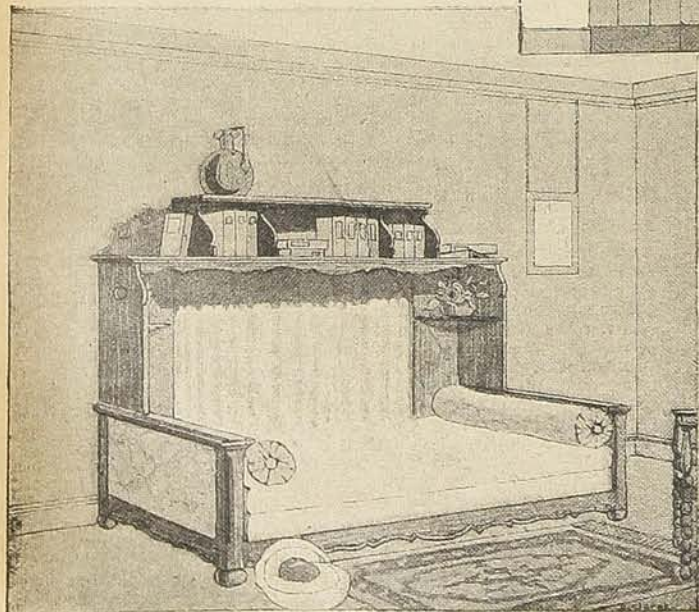
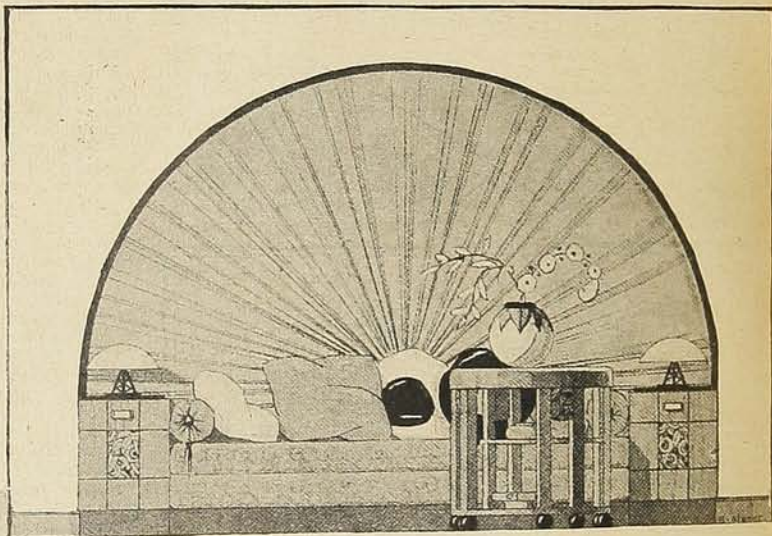
Agentes Generales: Drogueria del Pacifico, S. A. Suc. de Daube y Cia.



DIVANES

Ancho diván, terminado por dos pequeños veladores en madera gris con decoraciones rojas, verdes, oro y negro. Forro del diván de seda lila brochada en gris. El fondo, en forma de semicírculo, es de seda lisa color plata con un marco de madera negra. Cojines de colores suaves. Lámparas con pie de metal patinado y pantalla de alabastro. Mesa ratona laqueada en rojo y negro, conjunto lleno de chic.

Muy nuevo de forma, este diván tiene a los lados dos altos muebles de laca café muy oscuro, con ribetes plateados. La parte superior forma anaquelera para libros; la inferior, son puertas que abren sobre armarios. Lanza de cortina y zócalos de diván y muebles en laca negra. Cortina de terciopelo gris con rayas rojas. Forro de diván en terciopelo gris. Flecadura de perlas de madera laqueadas de gris, plata y rojo. Lámparas en forma de bolas en alabastro.



Diván, que puede hacerse, aprovechando una antigua cama, de las llamadas marquesas. Se cortan a la misma altura las cabeceras, poniendo una colchoneta forrada en tela de Jouy amarilla pálida con pequeños ramitos de flores descoloridas. La repisa se hará de madera igual que la marquesa, tendiendo el fondo con tela de Jouy. Unos cuantos libros, floreros y algún potiche completarán el conjunto muy agradable.

SEIS meses de unión. De la luna de miel no quedaban ya reflejos. El joven matrimonio "se normalizaba". El acudía al círculo y ella volvía a sus costumbres de soltera, ligeramente modificadas. Y como poseían dos automóviles resultó naturalísimo que el marido y la mujer utilizaran, por separado, los dos coches.

El esposo, delicadamente, usaba el coche pequeño. Para Fifi quedó el de conducción interior, entre cuyos cristales, blanca, rubia, grácil, tomaba más que nunca la apariencia de una frágil muñeca de porcelana.

Después del café, brotó la primera discordancia.

—¿Qué harás esta tarde?

—preguntó Aurelio.

—Saldré con mamá, ¿por qué?

—Porque si no necesitas el coche grande me lo llevaré yo. Apagó Fifi el cigarrillo y lo dejó en el cenicero.

—Sí, lo necesito. Soy yo la que va a buscar a mamá.

El marido torció el gesto.

—¿Qué lata!

Y la mujer con una sonrisa irónica:

—¿Qué pronto te has acostumbrado a andar en coche, hijo?...

Aurelio quedó un instante desconcertado. Después sus dedos se crisparon en los brazos del sillón.

Siguió un silencio penoso. Ella había comprendido lo desacertado de su frase, y a pesar de todos sus resabios de niña mal criada se sintió arrepentida. Buscaba en su imaginación el medio de remediar lo dicho, cuando él, sin brusquedad, se puso en pie, y, como le viese dispuesto a marchar, suplicó:

—¡Aurelio!

Se volvió él, glacial.

—¡Aurelio!—repitió Fifi penosamente.—¿Te has disgustado?

El, silencioso, hizo un gesto afirmativo.

Ella imploraba, con toda su ternura en las pupilas glaucas. El la rechazó con un ademán suave.

—Más vale dejarlo ahora, hijita. Hasta luego.

Y salió, por primera vez, sin besarla.

Fifi lloró toda la tarde, y fué como si aquellas lágrimas, sus primeras lágrimas de dolor verdad, le barriesen el alma de frivolidades. El marido, a su regreso, no se figuraba seguramente encontrarla en "aquel plan" de sensatez y arrepentimiento.

Pero antes de oír excusas, expuso su solución.

—Esto sólo tiene un arreglo, Josefina. Tú has herido mi

dignidad y yo pongo esta dignidad hasta por encima del amor. Sin embargo, mi amor hacia ti, y la rehabilitación de mi dignidad son compatibles.

Hizo una pausa. Fifi, trémula, escuchaba.

—Yo no me he casado contigo por tu dote, Josefina, y esto es lo que tengo que demostrarte del único modo que es posible. Yo dejo esta casa y este tren de vida que no puedo sostener con mi sueldo de capitán. Tú, si me quieres, me seguirás, y vendrás a compartir mi modestia... ¿Aceptas?

Fifi, llena de admiración entusiasta ante el gesto de su marido, se arrojó en sus brazos, llorando de gozo.

—Acepto, vida mía. Así, renunciando a todo esto, puedo demostrarte todo lo que te quiero.



Se mudaron a una casita barata que amueblaron modestamente. Pero el buen gusto y el amor de la mujercita, hicieron entre aquellas cuatro paredes humildes un suave nido pleno de atractivos.

La casa lujosa estaba cerrada, y seguía pagándose de las rentas de Fifi.

Y empezó la vida nueva, de economías y de pequeños trabajos.

Fifi dirigía a la única criada que tenían, y, estudiando en cierto libro de cocina, hacía en ella verdaderos prodigios.

La antigua muñequita frívola se adaptaba maravillosamente a la pobreza y hasta se sentía más dichosa. Brotaban en ella sentimientos nuevos, y nuevas ideas. Se avergonzaba de la vacuidad de su vida antigua, la

riqueza le parecía una inmoralidad. De sobremesa expuso una noche su proyecto.

Eran dichosos en aquella modestia "amplia". Si tenían hijos, también Aurelio iría ascendiendo, y habría lo suficiente para criarlos, educarlos y ponerlos en condiciones de ganarse la vida. Aquella fortuna que se acumulaba en el Banco no les hacía falta, ¿por qué, pues, no emplearla en una obra altruista?

El marido escuchaba, fluctuando entre la risa y el enojo. Después, conteniéndose, buscando palabras que "no le delatasen", combatió "suavemente" aquellas ideas extravagantes de su mujer.

Apenas hacía seis meses que cambiaran de vida. ¿Sabía ella si seguiría acomodándose a tal existencia? ¿No sería la novedad lo que la entusiasmaba ahora? ¿No se arrepentiría después de haber "quemado las naves"?

Por otra parte, los padres de ella lo estimarían una locura inaudita, además que tal vez, por no enemistarse con ellos, habría que reanudar la vida anterior. En definitiva, el proyecto de Fifi era una chiquillada, un absurdo.

Fifi se dió por convencida.

¿Para qué discutir? Acababa de descubrirse hasta el fondo el alma de su marido y sintió la suya invadida de cierto desencanto.

Pero las palabras hábiles de Aurelio la hicieron recordar su cercana vida pasada.

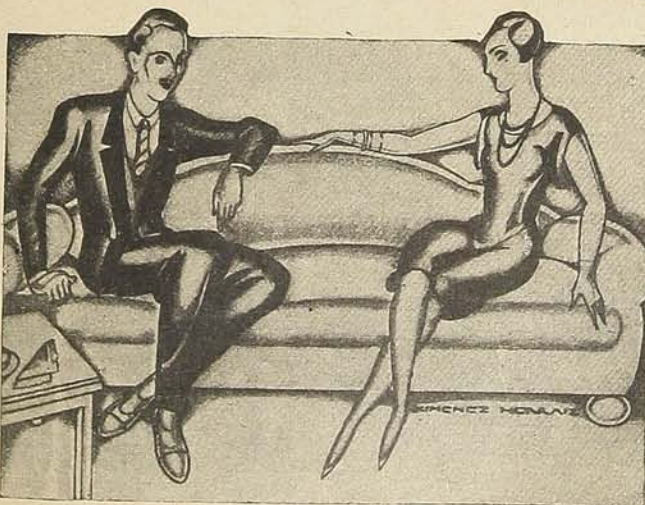
Se miró las manos, que empezaban a estropearse—seis meses guisando y sin manicura—pensó en que pronto iban a hacerle falta vestidos y zapatos, y en que los perfumes se agotaban en su tocador.

Entonces una oleada de egoísmo fué rechazando los sentimientos nobles, los sentimientos generosos, los sentimientos "extravagantes", hasta el último repliegue de su corazón, en donde quedaron medrosamente agazapados.

Volvió el matrimonio a la casa lujosa.

Se reanudó la vida conyugal, en la que no hubo más choques, gracias a la delicadeza y discreción de ambos cónyuges.

El marido siguió utilizando el coche pequeño y la esposa continuó paseando en el grande, elegante, brillante, entre cuyos cristales, que le daban una apariencia de vitrina, semejaba, más que nunca, una frágil muñeca de porcelana...

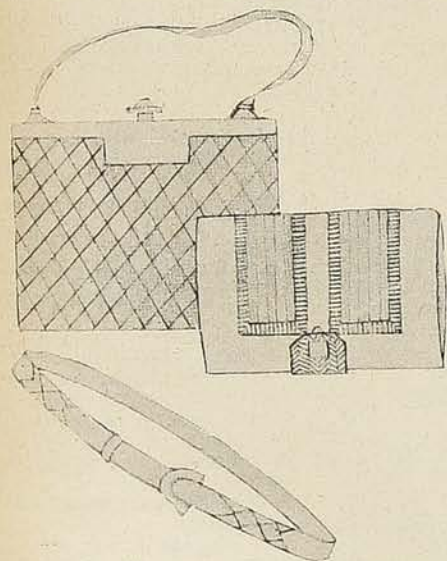


D E P A R I S



La perfección de un conjunto requiere un gran número de detalles cuidadosamente atendidos, y consecuentes con la tonalidad y el estilo del traje que ofrece el tema, base o la clave de aquel resumen de elegancia.

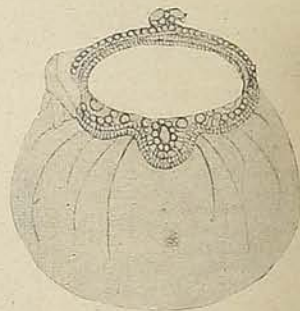
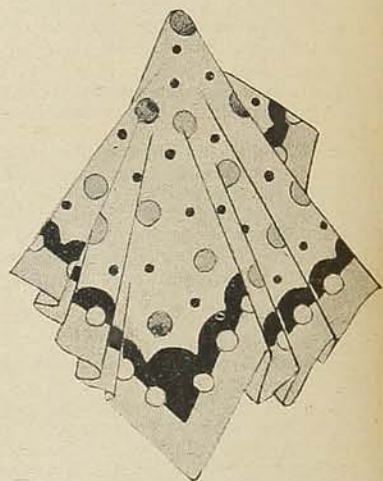
Ello determina la boga de las joyas



suntuosas por su efecto, al menos para la ocasión de la *soiree* y en armonía con la refulgencia del cristal, el *strass* y los tejidos metálicos con la actuación de collares, broches y brazaletes en placas de oro y plata, siguiendo la inspiración de prehistóricas preseas en su estilización muy actual.

Guardando siempre esa admirable afinidad que mencionamos, estos adornos últimamente descritos pretenden y consiguen realzar el encanto juvenil y sencillo del indumento deportivo en su apariencia sobria bajo la flexibilidad de un fieltro o bien subrayan la gracia ingenua de un trajecito en *foulard* o *crespón* estampado con motivos floridos en que *fichú* de *organdi* o de encajes de hilo pone su nota fresca y pulcra y cuya falda integren unos volantes plisados tal vez, en sustitución de las inserciones de forma o los motivos en pliegues para dar la amplitud a sus delanteros, según los más recientes modelitos.

Los pañuelos moteados realizan asimismo, una de las más lindas fantasías, repitiendo el color del sombrero, su aliado; el bolso y el calzado se requieren exactamente, asociados al momento que determina su elección. Para la mañana, aquel será en *box-calf*, combinado con antilope y cuero fino; o de charol con sus reflejos planos. La tarde es partidaria, por el momento, del bolso primorosamente fruncido en antilope, también preferidamente negro, en *moire* o *gross grain*, montados en boquillas de concha, de orfebrería orladas de marcasitas, perlas gruesas, *jade* o *coral*; y para la noche como las joyas cuyo valor decorativo sustituye al efectivo ventajosamente, el bolso, como los zapatos compañeros, brilla por las múltiples facetas de sus piedras de imitación.



P A R A F A C I L I T A R E L S U E Ñ O

Un prestigiado médico inglés indica que, para llamar al sueño, como vulgarmente se dice, hay que principiar por la difícil tarea de convencerse de que las preocupaciones son inútiles, pues después de todo, casi nunca se encuentra una solución conveniente cuando el cerebro está fatigado, y sucede con frecuencia que afluyen varias ideas a la vez a la imaginación y no pueden estudiarse separadamente debido a la confusión que de ellas se hace por el cansancio cerebral. En seguida es necesario pensar en algo agradable, y cuando la preocupación molesta ocupa por completo la imaginación, nunca está por demás hacer uso de algún libro interesante y agradable que nos facilite distracción.

Al mismo tiempo no hay que abusar de la lectura en la cama, pues en este caso los ojos sufrirán irritaciones innecesarias. Una vez que se ha logrado retirar la mala impresión del asunto que nos preocupa es preferible apagar la luz, cerrar los ojos y contar consecutivamente del uno adelante, la cantidad de borregos que hay en una manada imaginaria. Esta es una treta muy antigua, pero casi siempre efectiva. Al hacer esto hay que conservar los ojos con la mirada hacia abajo y con los párpados cerrados, y fijarse previamente en que el cuerpo esté completamente suelto y cómodo, pues un sólo músculo en tensión echa a perder la tentativa.

LA GRACIA DE LA AGUJA



¿Todavía se dan a las labores de aguja nuestras damas y nuestras niñas? La aguja, fino y diminuto instrumento que acompañó los sueños de nuestras abuelas. ¿Dejó ya de ser amada por las mujeres? ¡Ved aquí algunos hermosos modelos de trajes de verano, donde puede nuestra aguja hacer maravillas!

E L E G A N C I A S



1. — Este conjunto se compone de una chaqueta corta de crepe satin negro y de una falda plisada en fantasía del mismo material y terminada en dientes en el ruedo. Casaca de crepe satin blanco, con el solo adorno de una corbata blanca y negra. — 2. Este lindo modelo es de espumilla color rojo laca, trabajado con cortes y pliegues. El cuello es de una forma muy original y se cierra en el hombro con

una flor de tono más oscuro. — 3. Muy elegante traje para tarde, de encaje color arena y muselina de seda del mismo tono. La falda es más larga atrás. Hebilla de topacios. — 4. Los trajes de dos piezas son los preferidos para el verano. Este es de crepe de Chine blanco, lindamente trabajado con alforzas y puntos al aire apresillados. La falda plisada en grupos.

PARA LOS NIÑOS

LA MADRE DEL ELEFANTE

EN la Casa de Fieras de una ciudad llamada Villacaballo de Cartón, vivían un elefante chiquitín y su madre amantísima. Se llamaban *Chatito* y la *Contraria*, como alusión a sus trompas; que el uno tenía unas narices larguísimas, y la otra parecía que llevaba delante el rabo; al contrario, que los demás niños.

Eran mimados por todos los niños de Villacaballo de Cartón, que les traían constantemente pan, nueces, bellotas e higos; ellos los cogían con sus trompas suavemente, y retorciéndolas como una interrogación. Se los metían en la boca y los tragaban. Tenían los ojillos pequeños y alegres, y las orejas eran grandes como capas de ir al colegio, y los cuerpos, sobre todo el de la *Contraria*, eran casi como globos de los de verdad.

El rey Chalekoff III fué un día por la Casa de Fieras, y quedándose encantado del *Chatito*, dijo que inmediatamente se lo llevaran a su palacio, que estaba en la ciudad llamada Campanilla de Tresvacas.

Le dijeron que todavía era muy pronto para separarle de la madre, y que tal vez se muriera de pena, y el soberano contestó que esperaría medio año; pero que se lo mandaran al cabo de ese tiempo, porque lo necesitaba para que tirara de un automovilito que no le funcionaba bien.

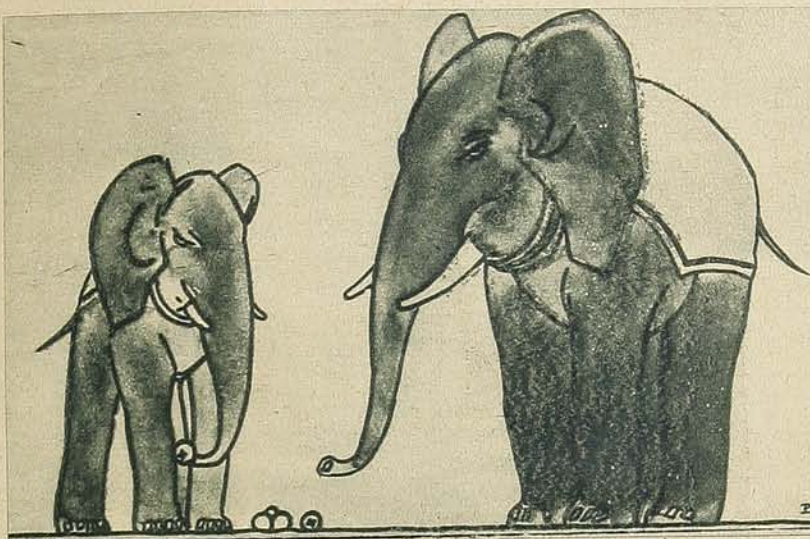
Pronto corrió la voz por entre los niños de toda la ciudad, y con lágrimas en los ojos venían a pedir a don Melocotón, que era el encargado de las fieras, que no se llevaran de allí a *Chatito*, puesto que tan buenas amistades hacían todos con él, hasta el punto de que sacaba la trompita por entre los barrotes, y jugaba a que les decía secretos, o a besarlos o a rascarles la espalda, metiendo por el cuello su fina trompa.

No se hablaba de otra cosa en los colegios a la hora del recreo. Y todos iban en bandadas, como los pajarillos, a llevar al elefante la mejor fruta de sus postres.

¡Qué gusto daba verle meterse una preciosa naranja brillante y reventar en la boca su fresco jugo! A la *Contraria* no la importaba que los chiquillos tuvieran esa preferencia por el hijo. Es-

taba encantada de lo que le querían, y se pasaba todo el tiempo acariciándole y cepillándole la piel, de pajas y de tierra, para que cuando llegaran sus amigos estuviera limpiito. Hasta le rogaba con la manga de riego de su trompa, para dejarle suavcito y lindo.

Con todas estas cosas, resultó que los niños y niñas de todos los colegios, los aprendices de zapateros, los botones de los hoteles y los repartidores de los continentes y telegramas, se reunieron en la Plaza del



Farol, en Villacaballo de Cartón, y se fueron todos a pedir a don Melocotón que no se llevaran al *Chatito*, porque tenían gran pasión por él.

Daba gusto ver tanta cabeza de niño, unas rubias y otras morenas, y tantos ojitos vivarachos, y negros, o dulces y azules, pidiendo que no se llevaran a su amigo.

Bueno, no se nos olvide que a la manifestación se unieron *Cascabel* y *Colorín*, dos monos simpáticos y alegres, saltarines y juguetones, que andaban sueltos por el Parque de las fieras, y tenían amis-

tad con los niños y con *Chatito*; como que cuando un niño echaba caramelos al elefante, el elefante llamaba, como el que llama con el brazo, a uno de los monos, y ellos se lo mon-daban... y chupaban luego el papel.

Don Melocotón oyó conmovido las razones de los niños, y se quedó pensativo. Mas al fin tuvo una idea: llevar a Chalekoff III la madre y decir que era *Chatito*, que se había puesto así de grande en seis meses.

A los niños les dio mucha pena saber lo que don Melocotón había decidido, porque sabían lo que la madre quería al hijo, pero... tuvieron que aguantarse. Demasiado hacía por ellos.

Ella es que una mañana, bien temprano, cuando los niños aún dormían y no podían presenciar la escena triste, don Melocotón llamó a los empleados; pusieron dos collares como pulseras en las manos de la elefante madre, y tirando de dos ramales la sacaron de la jaula.

Claro que ella, por si acaso era que la llevaban lejos, abrazó contra su pecho al *Chatito*, le dió cien besos, y el último fué cuando sólo se alcanzaban a besarse con las puntas de sus trompas.

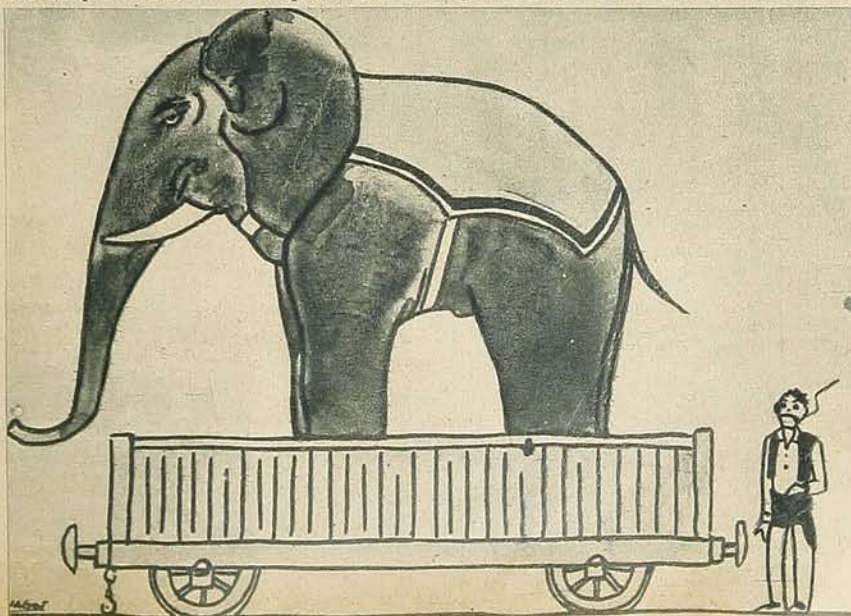
Tirando, tirando de la *Contraria*, la llevaron a la estación, la montaron en un vagón de esos que no tienen más que una plataforma, y la ataron a él las cuatro patas.

La hubieran atado también la trompa para que no la levantara y se pegara un golpe contra los túneles, pero era la hora de salir, y no hubo más remedio que dejar la serpiente gorda de sus narices meciéndose en el espacio.

Pitó la máquina del tren mercancías, y la *Contraria* notó que aquello se movía y la alejaban, la alejaban del *Chatito* de su corazón...

¡Oh, qué gran tristeza la inundó! ¡Qué gran pena llenó de lágrimas sus ojillos!... Como que eran lágrimas mucho más gordas que sus ojos menudos.

Ya llevaba corridos dos o tres kilómetros camino de Campanilla de Tresvacas, que era la estación inmediata, cuando tuvo una (Continúa en la página 64)



EL VALS DE LA BARRIENTOS

P o r J A C I N T O S O R I A N O

HABIA cantado la noche anterior, por primera vez en el regio coliseo, Rosina Storchio, y aquel día dicho se está que entre dilettanti y amateurs el tema de todas las conversaciones había sido aquel tan franco como ruidoso éxito. El coro de alabanzas era inacabable.

Aguardando fuese hora de marchar al Real estábamos en una mesa de céntrico café tres o cuatro amigos y amantes del bell canto, y entre ellos el hoy célebre doctor en Medicina X. La conversación, como ya he dicho, comentaba el triunfo de la noche anterior y hacía referencias de otras tiples celebraciones, cuando el doctor dijo de pronto, apurando el último sorbo de café:

—Yo os aseguro bajo palabra de honor, que he oído cantar, como jamás volveré a oír, a la Barrientos, y que esto fué donde menos os podéis figurar.

—¿Dónde? —interrogamos a coro.

—En la cama—dijo gravemente nuestro amigo.

La explosión de risas, de chanzonetas, de frases de doble sentido, fué formidable. Dejó el doctor que pasara y entonces:

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las ocho y media—dijimos.

—Pues, bien; tengo tiempo, o tenemos, mejor dicho. Oíd el caso, que es curioso, aunque no excepcional, y veréis si tengo razón al afirmar que he oído canto de ángeles a la Barrientos estando en mi cama. Cursaba yo por entonces el cuarto año de Medicina. Había llegado la época de vacaciones de Navidad, y para solemnizar el acontecimiento, decidimos unos cuantos condiscipulos ir aquella noche en pandilla al Real. Cantaba la Barrientos, y calculad nuestro desencanto cuando, al ir a tomar nuestros asientos de paraíso, hallamos el fatídico cartel de "No hay billetes". ¡Fracasado el intento!

Afortunadamente, lo diremos así salió a nuestro encuentro un revendedor, diciendo: "Caballeros, billetes de paraíso a diez pesetas". Nos habíamos salvado... hasta cierto punto, porque ahora que ya había billetes nos faltaban... las diez pesetas. Había que buscarlas, y así lo decidimos, conviniendo en que aquella noche nos reuniríamos en un café, no recuerdo cuál, para desde allí irnos al teatro.

Fuera tarea larga, enojosa, y que en realidad no recuerdo bien, referir los pasos, gestiones que hubo de efectuar, hasta que, por último, lograse ver en mi poder tres magníficos duros. ¡Magníficos, señores!

Cené más que aprisa y, con el aire de triunfo que deben llevar los conquistadores, salí de casa. Pero aún no había bajado la tercera parte de los noventa y tantos escalones que establecían comunicación entre la calle y mi morada, cuando de manos a boca me ha-



llé frente a frente de mi buen catedrático de Patología interna, don R...

Ya entrado en años, pero cariñoso y de buen humor, le apreciaban todos sus discípulos, y yo muy particularmente, por haber sido a él recomendado por mi padre, ex camarada suyo y antiguo amigo.

—¡Hola, muchacho! —dijo, descansando de aquella ascensión tan penosa.—¿A dónde se camina?

Respondíle conforme a sus deseos, repitiendo su pregunta:

—Y usted, don R... ¿a dónde por aquí?

—A visitar a una enferma. ¿No la conoces?

—¿Quién es?

—Una vecina tuya; una muchacha joven, casada con un escritor, con Valverde.

—¿Cómo! —exclamé.—¿El autor de esos deliciosos artículos en tanto periódico e ilustraciones, ese Valverde vive en un quinto piso?

—Hijo mío, eres muy niño y te asombras de lo que es muy corriente en España. No olvides, muchacho, que la literatura con vergüenza, suele servir para morir de hambre; ahora bien, con desparpajo... Anda —siguió, sin concluir la frase— sube conmigo y verás un caso curioso.

Ofrecíle mi brazo y de este modo llegamos al quinto piso. Llamamos a una de sus puertas y Valverde, aquel joven alto, de mirada dura, fija y brillante, y de pobre aspecto, a quien yo había encontrado tantas veces en la escalera sin presumir quién fuese, nos franqueó la entrada.

De una ojeada se abarcaba el cuadro. Triste y desmantelada

la habitación, ocupaba el testero principal una pobrísima cama, en la que, reclinada sobre unas almohadas, se hallaba la enferma. En un colchoncito colocado sobre el suelo en uno de los rincones, dos niños de blonda cabellera dormían abrazados, asomados sus brazos sonrosados por encima de la maltrecha colcha. Una mesa llena de libros, cuartillas y borradores; una cocinilla portátil en otro rincón... He ahí todo.

Al vernos levantó la enferma la cabeza y me miró con extrañeza; extrañeza de que participaba el joven, pero que duró breves instantes, pues el doctor se apresuró a decir:

—Traigo a un compañero, discípulo mío. Ustedes oirán lo que le digo, y verán cómo no hay que apurarse.

—Muchacho—esta era su frase habitual—atiende aquí. Pulso fuertemente irregular, rápido; respiración anhelosa; ojos enjutos, brillantes y rodeados de grandes ojeras; tinte violáceo en los labios; tos húmeda, espesos teñidos; dificultad para hablar... ¿Qué es esto?

Púseme colorado hasta las orejas. De veras, amigos míos. Aquel hombre joven con su mirada fija en mí y pendiente de mis labios, de una parte; la enferma, en quien se apreciaba claramente el des-

...de sus facultades intelectuales, de otra, y mi catedrático esperando mi respuesta, que podía ser acertada y ser también un disparate, eran motivos más que suficientes para mi azoramiento.

Hice de tripas corazón, como vulgarmente se dice, y...

—Yo creo que esos síntomas corresponden a la congestión pulmonar—dijo.

—¡Te pillé, muchacho; te pillé!—dijo el doctor.—Algo hay de cierto en lo que dices; pero no debiste olvidar que hay una fiebre, la palúdica larvada, que semeja la congestión sin serlo. Y este es el caso—añadió, paseando una mirada de triunfo;—una fiebre de escasa importancia, que se curará. Yo respondo de ello.

Y recetó.

Yo estaba fuertemente impresionado. Jamás lección alguna pudo grabarse en mi ánimo como aquella. No curdido todavía en las miserias de la vida, viendo a aquella mujer joven y hermosa, porque lo era, ahogarse, materialmente ahogarse, a impulsos de la violenta tos; viendo a aquel hombre en cuyo rostro se dibujaba claramente el terrible sufrimiento que experimentaba, pasear su ansiosa mirada de la enferma al médico, de éste a mí...; viendo a aquellos niños dormir con el sueño profundo de la inocencia, ajenos al dolor de sus padres; viendo al doctor riendo, hasta chancero... estaba en situación de ánimo difícilmente explicable.

—¿Y el Real?—me preguntaréis.—¿Y la Barrientos?...

Aguardad un poquito. Dispusímonos a marchar, y la enferma, con voz fatigosa y haciendo un gran esfuerzo:

—Doctor—dijo—¿de veras no me moriré? ¡Por mis hijos!

—¡Qué disparate!—replicó aquél.—Con lo que he recetado, co-sér y cantar. ¡Ánimo!

—¡Oh, no; se morirá!—dijo el joven en voz baja y con acento terrible.

—¿Por qué?—pregunté yo, violentamente.

—Porque... no tengo dinero para comprar los medicamentos... ni para comer—dijo Valverde, rompiendo en sollozos.

No se me olvidará jamás. Al ver a aquel joven de quien tan alto concepto tenía yo, asiduo lector suyo, sollozar de aquel modo, no sé cómo fué; pero vi llorar a la enferma suplicándome, vi a los niños llorar agarrados a mí; vi... No lo sé siquiera. Salí, como loco, corriendo, salvando los escalones de cuatro en cuatro; llegué a la botica, y cinco minutos después, sudoroso y jadeante, tropezaba en la puerta con el doctor, que, habiendo comprendido mi intento:

—¡Bien, muchacho!—me dijo, abrazándome.—Eso es digno de tu padre y de ti. Sube, sube pronto.

No era precisa su recomendación. Momentos después entraba como una avalancha en la pobre morada, y decía a Valverde:

—Tome, usted; las medicinas, y estos dos duros para mañana.

Valverde me miró sorprendido; cambió de color, y, al par que dos lágrimas asomaban a sus ojos, me tendió los brazos sin decir palabra. ¡Oh, con cuánta fe le abracé yo! Y al abrazarle, vi por encima de un hombre sonreírme dulce y tristemente a la enferma; y uno de los niños, a quien había despertado mi brusca entrada, mostrando unos hermosos ojos azules, me sonreía también con la



sonrisa del despertar del niño... ¡La más hermosa, la más pura que existe!

Salí de allí, entré en mi habitación y me acosté. Hallábame en un estado de excitación nerviosa, difícil de describir. Sentía una terrible opresión, ganas de llorar, al propio tiempo que un inefable placer invadía mi espíritu. Recordaba también que a aquella hora debía estar en el Real, y, preocupado con tan diversos y encontrados pensamientos, calenturiento... vi aparecer a la Barrientos. Allí estaba en un escenario espléndido y magnífico, colocado entre mi baul y la palangana.

La orquesta, una orquesta que yo no veía, empezó a tocar un aria extraña, en la que dominaba el estridente ruido de unos violines que chillaban armónicamente; pero que chillaban y chillaban hasta hacer daño, al propio tiempo que las flautas y óboes mascullaban — esa es la palabra — una salmodia rítmica dulce, cual ninguna. Oí el característico murmullo del público, precursor del silencio, y la Barrientos, deslumbradora, vistiendo soberbio traje blanco cuajado de joyas, empezó a cantar. Miré su pecho blanco, turgente, elevarse poco a poco... ¡Se veía subir la nota!

Llegó a sus labios, se agitó temblorosa un momento, vibró con modulaciones de choques de cristal y sonoridades de arpa y, trinando, siempre trinando, la vi crecer y extenderse por toda la habitación, siempre suave, siempre armónica, siem-

pre brillante... Después de aquella nota, surgió otra más potente, y luego otra, y otra, y, finalmente, las veía correr y atropellarse a través del marmóreo seno, que se dilataba, deprimía y volvía a dilatarse con vertiginosa rapidez, haciendo chispear con múltiples destellos el collar de brillantes que lo adornaba. Y aquello ya no era canto, no; allí no había palabras, ni aquellas notas podían estar fijas a pentagrama alguno, porque la Barrientos cantaba, y en su canto notaba yo las risas infantiles de los niños del quinto piso y contestaba a las risas el ronquido del pecho enfermo de la madre, y, ¡cosa rara!, hasta los sollozos de Valverde oía yo salir del pecho de la Barrientos, de aquella soberbia caja de música, y salir llenos de una armonía extraña...

La Barrientos cantaba, cantaba sin cesar. Se había entablado un duelo a muerte entre la orquesta y ella. Y cuántas más notas y más melodías arrojaban de sí las cajas de los violines, violas, violoncellos y contrabajos, y los parches de los redobles y timbales, y los revueltos tubos de los instrumentos de metal, más notas cristalinas y cada vez más poderosas y más intensamente armónicas, salían del escultural seno... No pudo terminar aquella lucha, porque un aplauso estruendoso, frenético, cubrió todo otro sonido. Entonces la Barrientos llegó hasta mí y, con voz cariñosa, me dijo:

—¿Te gusta mi canto? ¡Es el vals de la fiebre larvada!

Y me desperté. Adiós, tiple, y adiós, canto. Pura ilusión, amigos míos... De modo—dijo uno de nosotros—que la moraleja del cuento es que el dinero...

—Ni esto es cuento, ni tiene moraleja—interrumpió el doctor.—Si la hay, que la investigue quien quiera. Ahora, vámonos, que es tarde.

Y, envolviéndose en su gabán de pieles, se levantó, dando la señal de marcha. Momentos después, la mesa del café quedaba desierta...

Algunas Películas Gigantes de la Fox

Próximas a Terminarse para la Temporada de 1929

Después del éxito incontestable, en la presente temporada, de las películas "El Precio de la Gloria", "El Séptimo Cielo", "Amores de Carmen" y "Madre Mia", el público aguarda con ansiedad las nuevas producciones gigantes de la Fox Film para la temporada cinematográfica de 1929, comenzada en agosto último.

Encabeza la lista, naturalmente, el grandioso film "Amanecer", la primera producción americana de F. W. Murnau, que ha alcanzado el récord de exhibiciones en el Teatro Times Square de Nueva York, y está en vías de ser estrenado en Los Angeles. F. W. Murnau, el distinguido director alemán que dirigió la filmación de "Fausto" y "La Última Carcajada", hizo de "Amanecer" en el decir del célebre crítico teatral Robert E. Sherwood, "la más importante película en la historia de la cinematografía".

Los que buscan hechos para demostrar que el biógrafo ha atinado una finalidad en el Arte, no necesitan sino ver "Amanecer". Para Murnau, el artista, la cámara cinematográfica es un complemento, porque es en la vida real que él se inspira. Algunas escenas tomadas de la realidad son verdaderas obras dignas de grandes maestros.

En sus manos la máquina operadora toma el carácter de "personaje", para reproducir fielmente las acciones y los pensamientos de los actores. Uno de los encantos del biógrafo es la rítmica continuidad que se nota en el desarrollo de una película, que, sin interrupción, alcanza su final.

En "Amanecer", Janet Gaynor, según la opinión de muchos, trabajó mejor que en "El Séptimo Cielo" y George O'Brien, sin duda alguna, hace la mejor actuación de su carrera artística.

Murnau ha vuelto a Hollywood, en donde dará pronto comienzo a su segunda producción norteamericana "Cuatro Diablos", basada en la novela de Herman Bang. Murnau ha viajado con el circo Ringling Brothers, con el fin de estudiar los diferentes números acrobáticos, propios de una atmósfera circense. Esta película tal vez sea exhibida a principios de diciembre, lo que vale decir que en la próxima temporada ya podremos ver esta producción gigante.

En estos últimos cuatro meses, Jhon Ford, el director de "El Caballo de Hierro", ha terminado la filmación de un argumento, "Cuatro Hijos", próximo a ser estrenado en Santiago, nacido de "Grandmother Bernsle Learns Her Letters", la célebre novela de I. A. R. Wylie. La trama gira en torno de La Abuelita Bearnie, que tiene sus cuatro hijos en la guerra mundial. Bajo el punto de vista fotogénico, la acción de los alemanes en la guerra mundial tiene un papel preponderante. El Director Ford ha conseguido imprimir a los personajes una perfecta caracterización, ayudado por la actriz Margaret Mann, en el rol principal, y por James Hall, Francis X. Bushmann (hijo), George Meeker y Charles Morton, en los papeles de hijos; Earle Foxe, que parece más prusiano que los propios "extras" alemanes contratados, encarna maravillosamente el papel de Coronel Von Stommi; June Collyer tiene a su cargo el rol de una niña de Nueva York. Además actúa en este film, demostrando muchísimas cualidades artísticas el Archiduque Leopoldo de Austria.

Con esta serie de estrellas, esta película promete ser una de las más importantes de la temporada. Es considerada una de las producciones gigantes de América, que igual que "El Precio de la Gloria" y "El Séptimo Cielo", se exhibirá en los principales teatros de las grandes ciudades del mundo.

Otra película que constituirá un verdadero éxito es "El Ángel de la Calle", cuyo argumento, adaptado por Philip Klein, de una novela de Monchthon Haffe, nos muestra la vida de un circo italiano. La dirige Frank Borzage y tiene como protagonistas a Charles Farrell y Janet Gaynor, la celebrada pareja de "El Séptimo Cielo".

SI SUS DISTURBIOS DIGESTIVOS

tienen su origen en un exceso de elementos ácidos, le es indispensable un tratamiento natural, alcalino, neutralizador que contrarreste sus perniciosos efectos. La fermentación de los alimentos, las acedias, ardores, opresiones estomacales y todos los disturbios del tramo digestivo provocados por la hipercidez, se alivian con el uso de la Magnesina Bisurada. Este famoso antiácido combate rápidamente la hiperclorhidria y protege los delicados epitelios del estómago contra toda irritación, facilitando así la asimilación de los alimentos en el proceso gástrico, a la par que alivia o suprime el dolor. La Magnesina Bisurada (M. R.) se vende en todas las Farmacias.

Base: Magnesina y Busmuto.

"¿Casarme yo?", es otra de las cintas de próximo estreno. Es una graciosa comedia social, basada en una obra de Bela Zane. Su director, Ludwig Berger, es

bien conocido en los Estados Unidos, a pesar de ser ésta la primera cinta que dirigirá en América. El argumento de este film trata el caso de una flapper modernísima; que para conquistar el amor de un hombre se finge niña a la antigua.

Dolores del Río y Charles Farrell actúan como protagonistas en el film "La Bailarina Roja de Moscú" y son dirigidos por Raúl Walsh. Fue bajo esta misma dirección que la actriz mexicana creó el rol de Charmaine en "El Precio de la Gloria" y también hizo la protagonista de "Los Amores de Carmen", películas que tanta fama le dieron. "La Bailarina Roja de Moscú", dirigida por Walsh, dará a Dolores del Río una oportunidad más de poner en relieve sus estupendas dotes artísticas.

El film "The Cock-eyed World", de Laurence Stallings y Maxwell Anderson, será una continuación de "El Precio de la Gloria". Victor Mc. Laglen y Edmund Lowe, harán los papeles de Capitán Flagg y Sargento Quirt, respectivamente, y seguirán manteniendo, igual que en "El Precio de la Gloria", la rivalidad amorosa, eso sí, en esta cinta, obrarán en la vida civil y no en la militar.

Winifred Sheehan, Vice-Presidente y Gerente General de la Fox Film Corporation, contrató al brillante autor de "El Ladrón", Henry Bernstein, para que escribiera dos argumentos originales para la pantalla. También firmó contrato con Carl Mayer, el autor de los escenarios de "Amanecer" y de "Cuatro Diablos", para que continúe trabajando para la Fox Film. Berthold Viertel, Director Alemán, que colaboró en el argumento de "Los Cuatro Diablos", pronto comenzará a trabajar para la Fox.

También Mr. Sheehan adquirió en Hungría los derechos para filmar "La Princesa del Dólar", y compró los derechos para filmar "El hombre más rico del mundo", de Franz Herzog. Además ha obtenido este cinematografista la promesa del Gobierno húngaro de ayudarlo en la filmación de la cinta, parte de la cual será filmada en Hungría y el resto en los Estudios Fox de Hollywood.

Sheehan ha obtenido del Gobierno español su colaboración en una próxima película.

PARA JUGAR AL TENNIS

En Inglaterra parece que ha comenzado a tener aceptación una nueva moda de vestir para jugar al tennis. Esta consiste en sustituir la falda del traje de tennis, por unos pantalones amplios, muy masculinos, que las jugadoras británicas han ideado para tener, según dicen, mayor desenvoltura en los movimientos. Los pantalones se llevan por el momento del mismo color e igual tejido que el de la blusa, en forma camisa o del ya casi irremplazable "sweater".

Es en verdad una nueva genialidad de la moda inglesa, que si llega a imponerse, hoy se usará para el deporte, y, lo que es peor, quizá mañana para la calle.

LA MADRE DEL ELEFANTE Conclusion

preciosa idea. Su trompa ágil salió por un lado, y agarrándose de pronto fuertemente a un palo del telégrafo, no consiguió que el tren se detuviera, pero empezó a estirarse, a estirarse, a estirarse, como si fuera de goma; como las gomas de un tirador.

El tren siguió rodando los tres o cuatro kilómetros que faltaban, y la trompa de la amantísima madre se estiró también ese trayecto, aunque haciendo una fuerza tremenda en contra de la máquina.

Llegaron a la estación de Campanilla de Tresvacas, y allí estaba Chalekoff III con los Ministros y el alcalde, esperando al linco elefantino. Mas cuál no sería la sorpresa de todos, cuando, apenas había parado el tren, comenzó a rodar para atrás a una velocidad espantosa, arrastrando todos los vagones.

Como la Contraria vió que llevaba velocidad bastante, soltó la trompa, y llegó hasta Villacaballeros del Cartón otra vez.

Un campesino que lo había visto todo se lo explicó al jefe de estación, el jefe se lo telegrafió al rey, y el rey concedió que la madre y el hijo vivieran para siempre juntos, al lado de los niños.

ANTONIO ROBLES.



La primavera empieza, y si las mujeres traicionan su amor por la aguja, nunca traicionarán su pasión por las flores. Ved aquí una adorable colección de flores de jardín que da a las damas que las usen para regar sus plantas favoritas un aspecto de grandes flores olorosas.

LOS ENCAJES



1. Camisa y calzón en velo de hilo blanco. La camisa lleva dos patas de encaje que sujetan adelante un grupo de pliegues. Calzón derecho adornado sencillamente por el encaje.
2. Camisa y calzón de batista lila. La camisa recta lleva un canesú de encaje que se prolonga adelante hasta llegar al ruedo. Calzón abierto a los lados y rodeado de encaje.
3. Camisa y calzón de linón sedoso color lúcumá. El canesú de la camisa va alforzado finamente y tiene una cifra bor-

dada. Un entredós de encaje lo encuadra por la parte baja. En el calzón se repite este adorno.

4. Camisa y calzón de espumilla de seda limón. Los pliegues de la camisa van sujetos por las puntas del canesú de encaje. El mismo encaje en puntas se repite en el ruedo del calzón.
5. Camisa y calzón en espumilla de seda rosa azalea. El canesú se alarga adelante para sujetar un pliegue encontrado que enancha el faldón. Tirantes de terciopelo negro. Calzón abierto a los lados y adornado de encaje.

Lucy Ann

PARA TODAS LAS HORAS



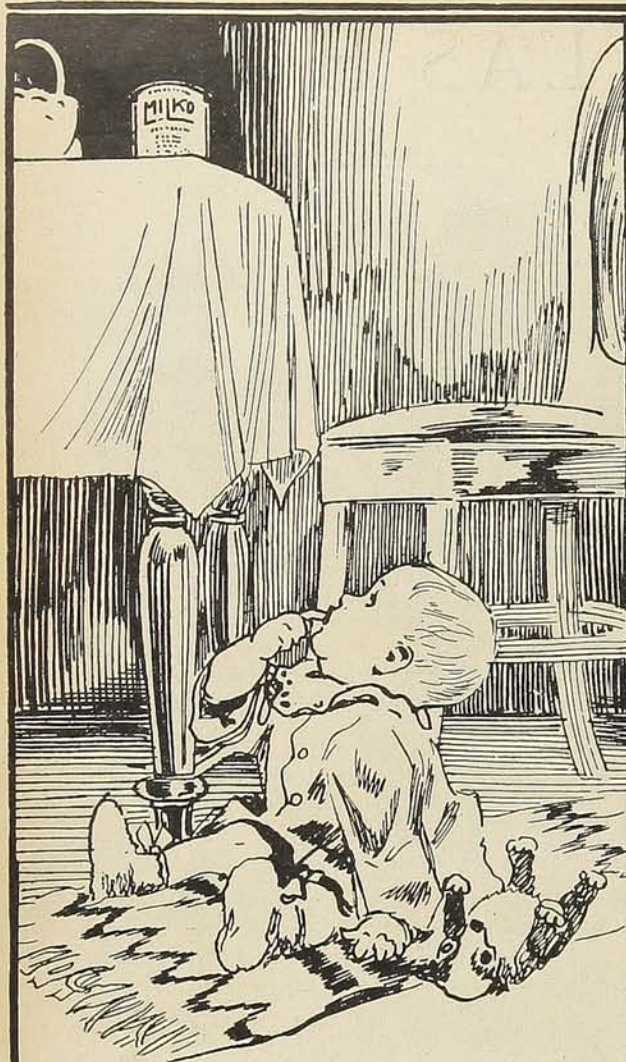
1. Traje de tarde de crepe georgette azul claro. Falda compuesta de dos vuelos finamente plisados que forman un jabot al costado. Blusa muy bonita de línea, con cuello terminado por una hebilla de strás y jabot que se continúa por el de la falda.

2. Espumilla de fantasía se ha empleado en este modelo lleno de elegancia, que prestará gran utilidad en las tardes, para ir al Club Hípico o para tomar el té en un salón de moda. Falda con volantes en forma que caen al lado. El cuerpo tiene un cuello que se anuda sobre el hombro. Puños también anudados.

3. Abrigo para la noche en raso color cáscara de huevo. Cuello chal y altos puños de piel de cisne blanco. Forro de raso acolchado del mismo color.

4. Traje de baile en tafetán blanco. Falda en for-

ma. El cuerpo se cruza en la espalda, terminándose por una gran lazada atrás. Modelo muy indicado para una jovencita.



El alimento ideal es la leche materna, pero, desgraciadamente, hay casos en los cuales la madre no puede amamantar su hijo. En tal emergencia, hay que recurrir a la lactancia artificial, y el sustituto único es

MILKO
M.R.

LA MEJOR LECHE DESECADA

En su elaboración se emplea exclusivamente leche de vacas Holstein Friesian, cuidadosamente controladas contra tuberculosis u otras enfermedades.

COMPANIA AGRICOLA SAN VICENTE
PRAT, 268 — VALPARAISO — CASILLA 957

AGENTES GENERALES:
DROGUERIA DEL PACIFICO S. A.

Valparaíso - Santiago - Concepción - Antofagasta

El Amigo de los Pajaros

Por — Amado Nervo

Todas las tardes, al oscurecer, llega al Luxemburgo un viejecito enlutado, frágil, tembloroso, de ancha calva, en el ojal de cuya levita roja la Legión de Honor. Los transeúntes le miran curiosamente, sobre todo los que acostumbran divagar por la sombrías avenidas del Parque, y le conocen. Es el amigo de los pájaros, de los gorrones—esa plebe del aire, como les llamó Buffon,—de los tordos y otras avecillas que anidan en los matorros y altas ramas de los árboles. Lleva en las manos sendos migajones, y aun no ha entrado al parque cuando ya las avecillas empiezan a removerse, a garrulear, a descender de sus flexibles y hojosas atalayas. Le tratan de tiempo atrás los pájaros adultos, y los polluelos saben, por hereditario instinto, que aquel viejecito los ama. El ha mantenido algunas generaciones de pajaritos, reemplazando en el Luxemburgo al Padre Celestial que, según el Sermón de la Montaña, alimenta a las aves del cielo, que no tienen graneros. Es un delegado de la Providencia. Y en trasponiendo los umbrales de la gran puerta de hierro que se abre sobre la calle del Luxemburgo, las aladas turbas con inenarrable gritería se precipitan a su encuentro, lo sitian, lo acosan, lo entontecen con su escandaloso aleteo; un pájaro se encarama al sombrero de copa, con mengua de la seda cuidadosamente peinada; otro hace percha en su nariz afilada y grande; éste salta sobre sus hombros; aquél, aleteando vivamente, préndese con el pico a una arruga de su manga.

Y en cada dedo de cada mano hay un pájaro, y en cada mano un tembloroso racimo de alas. Al menor movimiento del viejecito siguen repentinos cambios de posición de las avecillas. El proveedor de éstas arroja al aire sus migajas y los gorrones las atrapan al vuelo, y rondan desesperados de su lentitud en los disparos, hasta que, incapaces de aguardar, invaden las reservas que el Proveedor mantiene sobre las palmas de las manos, y con una desvergüenza incomparable hunden en ellas los cortos y corvos picos, los sacuden, y desparraman infinidad de briznas de pan que los compañeros tímidos, los mal armados para la lucha por la vida, comen en el suelo, palpitantes y medrosos, saltando sin cesar, o chillando desesperadamente cuando algún tordo rapaz, de instintos de usurpador, tras agresión injustificada, les arrebatara el pan de la boca—digo del pico.

Suele el viejecito desertar del Luxemburgo, ya porque está enfermo, ya porque quizá, enemigo de los privilegios, se encamina al Jardín de las Tullerías o a otros, donde también hay hambrientos que le aguardan, y es de ver la ansiedad de los pájaros cuando, llegada la hora, aquella providencia senil, vestida de negro, mas para ellos luminosa, no aparece.

Yo no soy como el virir del sultán Mahmoud, de quien el Robertson nos cuenta en inglés—a ver si así lo aprendemos—que sabía el lenguaje de los pájaros: *the language of the birds*; pero no estimo que sea menester aguzar mucho el entendimiento para comprender lo que en sus inquietos cuchicheos en las cimas de los árboles se dicen las aves desamparadas.

Gorrión hay que ha leído los cuentos de Perrault, y que a una gorrióna de su familia pregunta:

—Ana, hermana Ana, ¿qué ves? (pongo por caso que Ana es el nombre de la gorrióna).

Otro, enviado por los caciques de vigía a la más alta rama de un castaño, haciendo subir y bajar de ella, atisba para ver de comunicar al viejecito.

¿Será aquel que viene allá lejos con un paraguas bajo el brazo? No, porque marcha de prisa, y a los setenta años, aunque se va de prisa hacia la muerte, por una aparente contradicción se va despacio por la vida.

—¿Estará enfermo?

—¿Estará enfermo?—repite la turba vocinglera.

—¿Habrá muerto?—insinúa un tordo negro como un ataúd.

—¿Habrá muerto!—chilla la turba consternada.

—¡Tenemos hambre!—plan los polluelos, espantados ante la perspectiva de acostarse sin cenar.

Y los papás poltroneros, acostumbrados a no ganarse el pan con el sudor de su rostro, gracias al migajón de todos los días, se revuelven malhumorados, pensando que habrá que bajar a las enarenadas callejuelas en busca de un insecto trasnochador o de los restos de alguna golosina, caídos de la mano de un niño; que esa inmensa cosa luminosa que los hombres llaman el sol se ha hundido ya, y que hace frío.

Y yo a mi vez me alejo pensando: ¿Qué harán los pajaritos el día en que se muera ese viejo?

(De la página 22)

UNA CHARLA CON RAMON NOVARRO

sino una novedad que sólo puede satisfacer al público durante muy poco tiempo; mientras que los que hablan el inglés y poseen cualidades "fonogénicas" ven en tal novedad un paso hacia adelante, que les permitirá aprovechar valiosas facultades que resultaban inútiles en la pantalla muda.

De acuerdo con nuestros cálculos, Ramón Novarro es optimista respecto del porvenir de las cintas parlantes. Cree que persistirán; pero que, claro está, el público tendrá que pasar por un proceso de adaptación.

B. F. C.

Pronóstico benigno.—P.—¿Sería ridículo que siga amando a un hombre que me engañó o más bien que fingió amarme? Tengo diecisiete años. Soy muy simpática, aunque no bonita. Por ahora, aunque tengo candidatos no me interesan. Hace seis meses que dicho señor me dió calabazas y todavía no puedo olvidarlo. Espero de su amabilidad un buen consejo que seguiré fielmente.

R.—Un clavo saca otro clavo. Usted no ha olvidado porque no ha habido otro que la interese, pero ya vendrá, ¡ya vendrá!, y verá usted con qué facilidad olvida un corazón de diecisiete años. Mi pronóstico, es pues, benigno.

Peligroso.—P.—Hace siete meses conocí a un joven, con el cual comencé a pololear inmediatamente. Lo vi durante dos meses y se fué de Chile. Nos escribimos muy seguido, y en el verano vendrá durante algunos días para casarse conmigo.

¿Debo aceptarle el irme a un país extraño donde a nadie conozco ni aún a él mismo, puesto que lo he visto tan poco y por cartas no se puede conocer a las personas? Tengo dieciocho años y soy hija única.—Lufaracy.

R.—Es muy arriesgado. Por lo demás, usted no nos dice si el joven es chileno. Si lo fuera el asunto sería de fácil solución, porque se podría averiguar algo entre sus parientes y amigos. Pero un matrimonio como el que usted desea efectuar, es peligrosísimo. Si a usted no le va mal en la aventura, sería un milagro.

Carácter violento.—P.—Tengo dieciocho años y él veinte. Nos conocemos desde hace tiempo. El es un buen muchacho, de intachable conducta y de regia familia. Pero tiene un carácter violento. Tenemos muchos disgustos y naturalmente muchas reconciliaciones. Me aconsejan que no siga adelante, porque como recién empieza a estu-

consultorio sentimental

diar una carrera puedo perder mi juventud esperándolo. ¿Qué hago? Déme una opinión y le juro que la seguiré fielmente.

R.—Espere, y desconfíe desde luego del carácter violento. En el matrimonio, es más de tomar en cuenta el carácter que la bondad. Si uno de los dos cónyuges tiene mal carácter, no hay felicidad posible en el matrimonio. Por lo que toca a esperar, nada le pasará a usted si guarda algunos años. Es muy joven. Eso sí, espere sin ilusiones, sin intimidar, sin compromiso. Es la única manera fácil y cómoda para usted de esperar.

Timida.—P.—Soy una chiquilla de diecisiete años. De pequeña conocí a un chico, el cual se ausentó de esta ciudad. El es ya un joven y yo una señorita. Al volvernos a ver hemos quedado locamente enamorados tanto el uno como el otro. Me prometió escribirme apenas se fuera, a lo cual yo me negué, no por falta de ganas, sino por miedo de que me pillen. ¿Le escribo o no?

R.—Yo creo que puede escribirle, en forma sencilla, no cartas de amor, sino de amistad y no demasiado seguido. Consiga usted que sus padres la autoricen para una correspondencia en este sentido y no creo que se opongan.

P.—Tengo 21 años. Me gusta un señor de 33 a 34 años. Escéptico como todos los solteros. Su carácter terco e imperioso me atrae.

Vivimos en distinto pueblo. Desde que nos dejamos de ver no sé nada de él. ¿Quiere Ud. aconsejarme sobre el modo de atraerlo?

R.—No se ha descubierto todavía la manera infalible de hacerse amar. Le digo que si fuera así, sería una dicha. ¡Cuánta solterona menos, agriada de la vida, "resentida" para siempre, detestadora del género humano, y esgrimidora de sus virtudes como azote con puntas de clavo!

Señorita aventurera.—P. Quedaría eternamente agradecida si me hiciera Ud. el favor de publicar en su interesantísima Sección el artículo que doy a continuación. Le prometo que si me va bien, en el próximo viaje que haga a esa mi primera visita será para Ud. para darle mis más sinceros agradecimientos. Deseando haya pasado unas regias fiestas primaverales, lo saluda cariñosamente. Pimpolla. "Desearía tener correspondencia con un joven de mi edad o mayor y de muy buena voluntad. Tengo 19 años, solterita, modesta aparte, muy simpática, de un cuerpo envidiable, bonitas piernas y de ojos grandes que dicen mucho. Pongo algunos de mis atractivos por si hay alguien que quiera escribirme tenga una idea de cómo es mi persona: Soy Chillaneja, de familia muy honorable y me encantan las aventuras. Dirección Nene C.

R.—¿Qué aventuras? Si tiene Ud. esos ojos que dicen tanto y esas piernas tan lindas no creo que faltan candidatos para las aventuras que desea correr. ¿Policiales, políticas, económicas, donjuanescas, matrimoniales? Pues cuando venga a Santiago no deje Ud. de visitar al vegestorio engolosinado con tanto dato tentador acerca de su persona. ¡Pero si me desilusiona Ud.!! En fin, ahí va su carta, y ya tiene algún desocupado mozuelo una tentadora aventura que emprender.

El Dolor de Cabeza y los Milagros

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

Los milagros no existen para la Ciencia, pero si existe un milagroso remedio, de efectos sorprendentes para quitar instantáneamente el dolor de cabeza más agudo. Ese remedio es la renombrada FENALGINA.

El dolor de cabeza aniquila al que lo sufre. Quitael ánimo para todo. No deja trabajar. No deja comer. No deja dormir. Y sin embargo, es tan sencillo hacerlo desaparecer! Tómense una o dos tabletas de FENALGINA en cuanto le empiece a doler la cabeza. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita.

ES INOFENSIVA.

Pueden tomarla hasta los niños pequeños.

NO ACEPTE SUSTITUTOS.

EXIJA SIEMPRE QUE LE DEN

PHENÂLGIN
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amonizada.
Se vende también en sobresitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Unico distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

Fuerte como los pinos



Contra las inclemencias del tiempo, que amenazan desde la más fuerte salud al organismo más débil, atacándolo en forma de TOS, GRIPPE, CATARRO, BRONQUITIS, ASMA o bien, desarrollando una TUBERCULOSIS incipiente

—que son las más peligrosas enfermedades propias de esta época del año—; para curar y prevenir estas enfermedades tome usted el infalible, científico y admirable remedio,

JARABE
Resyl M.R.

Se presenta también en comprimidos forma muy práctica para las personas ocupadas.

Guillermo León, Santiago.— La dirección de la revista, la dirección artística, no admite colaboraciones. Agradecemos de todos modos el envío que nos hace.

Coqueta, San Felipe.— Haga usted la suscripción por intermedio de la librería de la Casa Francesa, Estado esquina Huérfanos.

Si, se usa mucho que los hermanitos vayan vestidos de la misma forma, en nuestra revista puede usted encontrar modelos de esa clase.

En los dibujos de las espumillas lo que más se ve son las pintas. Hágaselo de tafetán, con el cuerpo liso y la falda de vuelos, si es usted rubia el lila le quedará muy bien. No tiene usted más remedio que mandarlo lavar en seco, supongo que ahí no habría un establecimiento que se encargue de un trabajo semejante, puede usted enviarlo entonces a Santiago, al Chic, Ahumada 7, donde se lo lavarán en seco dejándolo como nuevo. No le costará más de dieciocho a veinte pesos. Si el vestido está nuevo vale la pena hacerlo. Con esas manchas usted no lo puede usar. Nada da más mala idea de una mujer como el desaseo en su persona o en lo que lleva puesto.

Para el traje de crêpe satin lleve el calzado de charol. La forma de zapatilla reina se usa mucho.

Me parece bien el abanico de plumas, los otros con lentejuelas son muy bonitos, pero no se usan.

Mil gracias por sus saludos. Mis deseos de que se divierta mucho.

Lola, Antofagasta.— Para las manos húmedas use los lavados frecuentes con agua muy fría, dándose luego una fricción con la siguiente solución:

Agua de verbena, 150 gramos. Agua de Colonia, 150 gramos. Tanino, 0,25



P O R M E R L I N A

centilitros. Después se pone polvos borricados (100 gramos de ácido bórico pulverizado por cada 100 gramos de polvos de arroz finos).

Ricardo Cortéz es húngaro y es casado con Alma Rubens. Dolores del Río está actualmente viajando por Europa. Se divorció, sí. Su última película "Venganza, no se ha estrenado aún en Chile.

Desgraciado, Santiago.— Recorra a un callista, en las peluquerías buenas del centro los hay excelentes. Y no se deje ni se fie de remedios caseros, esas cosas, sobre todo a su edad, pueden traerle malas consecuencias.

Marcela, Santiago.— Actualmente está en el sur, haciendo una gira con su esposa. En cuanto llegue — le es muy fácil saberlo por los diarios— vaya a verlo al Hotel Savoy donde se hospeda. No veo por qué no la va a recibir. Es un hombre muy fino que no tendrá inconveniente en ponerle su firma en el álbum que usted está formando.

Morenita, Santiago.— Ponga en la noche en una bolsita de tejido fino, bien cerrada, dos kilos de afrecho y dos cucharadas grandes de bicarbonato. Cóloquela en un lavatorio y agregue agua hasta cubrirlo. En la mañana exprima el afrecho hasta que el agua quede completamente blanca. Esta agua la agrega a la del baño. Si quiere usted, o mejor dicho, si puede usted hacer el gasto diario, antes de echar el agua de afrecho y bicarbonato al baño, le agrega 200 gramos de agua de Colonia, 10 de esencia de tomillo, 10 de esencia de romero, 40 de benjuí, 100 de agua de lavanda y 100 de agua de rosas. En esta forma el baño le queda exquisitamente perfumado, le suaviza la piel y se la blanquea. Pero si usted no puede hacer este gasto, ponga solamente el afrecho y el bicarbonato que dan resultados más o menos parecidos.

Aficionada.— Buscaremos manera de complacerla. Por lo que toca al pollerín que usted desea, no será posible encontrarlo, pero procuraremos dar con él en alguna parte para publicarlo y así complacer a usted.

Neumático Puentealtino.— No necesita usted libro. Como Santiago se está pavimentando totalmente, todos los días hay videntes en el tránsito. Lo que le hace falta a usted es practicar un poco con un chauffeur de aquí. No le faltará un amigo de buena voluntad. En una semana se aprende usted los reglamentos, y es sabido que la práctica, en

todo género de materias, es superior a la teoría.

Mercedes Rojas Collins.— Dirijase personalmente a la Empresa "Zig-Zag" (Administración) y si existen los números que desea, se le venderán. Si usted no reside en Santiago, seguramente contará con algún amigo que pueda hacerle ese encargo.

Apocryphal Chilean Man.— No veo para qué elige usted un pseudónimo tan complicado. Si sus padres murieron y no tiene usted posibilidades de herencia, no vale la pena que procure usted con tanto empeño, mas, si está usted seguro de ello, comprobar su legitimidad. Cualquiera carabinero le puede indicar con más detalles y tiempo que nosotros los minuciosos datos que usted desea para tomar parte en dicho cuerpo. Hay Atlas diversos. Cualquiera es bueno y su precio depende de su tamaño y del costo de su edición.

Héctor P.— En el comercio se venden fajas, seguramente mucho más cómodas que su cinturón. Procure enflaquecer. No coma en exceso, evite mezclar en sus comidas los líquidos con los sólidos y échese a andar unos 20 minutos después de cada una de ellas.

El mejor modo de librarse de los barillos, comúnmente llamados puntos negros, consiste en expulsarlos exprimiendo fuertemente la piel entre los dedos en las partes donde se encuentra el huesped citado. Friccione todas las noches con la solución a base de alcohol y alcanfor que aparece en este mismo número. Si sus pueras o barrillos fuesen muchos, puede usted hacerse hacer masaje facial en la peluquería, no hay remedio mejor.

Ruth Mireya.— Friccione todas las noches con la solución siguiente:

500 cm. cub. alcohol; 65 gr. alcanfor; 65 gr. sal amoníaco; 150 gr. sal marina; 1,5 litro agua hirviendo.

En seguida aplíquese esta mezcla: Agua de rosas, 100; Glicerina, 25; Tanino, 0,75.

En la mañana lávese con un poco de agua de Vichy y vuelve a aplicarse la mezcla ya anotada.

La revista cuenta con una Sección de Modas perfectamente atendida. Si es un poquito gorda, no use los trajes excesivamente cortos y procure que las telas empleadas en ellos sean pesadas, esto da esbeltez a las siluetas. Si elige para el verano trajes a rayas, que éstas no ciñan jamás su cuerpo en forma horizontal porque aplastan su silueta. Huya de los colores excesivamente claros y vista con sencillez.

Una fea.— Puede usted encontrar los polvos "Dermophile Stérilisé de Leclerc" en la Casa Potin y en la Ville de Nice de Santiago. Es de advertir que los hay de dos clases, perfumados, y éstos puede obtenerlos en las dos casas, no perfumados, que los hallará solamente donde Potin. Estos últimos tienen sobre los otros la ventaja de poderse perfumar con la esencia preferida.

V. de Vartiny.— Los chicos que aparecen en el N.º 26 de esta revista, no son los niños chilenos que usted cree, sino una reproducción de dos hermosas fotografías de niños alemanes.

FRASES DE BENAVENTE

Cuando decimos: ¡Qué antipático es Fulano!, casi siempre sería más acertado decir: "¡Qué antipáticos le somos!"

—Educar a los hijos suele ser, por lo general, reprenderles todo aquello que molesta a los padres. Por eso hay tantos buenos hijos que son hombres insupportables. Es que sólo les han enseñado a ser hijos.

JARABE DE HEMOSTYL

del Dr. ROUSSEL
M.R.

TONICO
NUTRITIVO

Form.
Sangre hemolol
Glucosa Soda
Cort. Casc. Nor.



EL
más
PODEROSO
y AGRADABLE
de los RECONSTITUYENTES
para curar la

ANEMIA, DEBILIDAD
para el desarrollo de los Niños, para las
Personas Débiles y Convalecientes
De venta en todas las Farmacias.

TRES TRAJES PARA EL DEPORTE



1.—Traje de cuatro piezas, muy práctico para deportes o para viaje. Se compone de un pull-over y un paletó sin mangas de jersey de lana verde con adornos de jersey más oscuro. La pollera y el abrigo son de lana mezclada verde y gris.—2. Falda de paño azul marino con pull-over de jersey de fantasía. Chaqueta de lana encostillada azul claro con sesgos del género de la falda. Echarpe al cuello.—3. Falda y abrigo de lanilla de fantasía con adorno de dos tonos. El pull-over es blanco y lleva por adorno las mismas incrustaciones que el abrigo y la falda.

P Y J A M A S



1. Pyjama en espumilla de seda color marfil. La chaqueta, cruzada adelante, está encuadrada por un galón de seda del mismo color, bordado de azul y oro. Dicho galón se encuentra en la parte baja de los pantalones.— 2. Pyjama para la cama de crepón imprimido bordeado de crepón de un sólo color. La chaqueta está formada por dos rectángulos sujetos al talle por un estrecha cintura.— 3. Pyjama para la casa en espumilla color naranja. El pantalón liso se abotona en los tobillos. La chaqueta no lleva mangas, va ribeteada de seda imprimida y tiene debajo una blusa de la misma tela imprimida.— 4. Pyjama para la casa en raso gris. Pantalón largo y recto. La chaqueta es de forma anamita, bastante larga y fruncida arriba en un pequeño cuello. Bordado negro, azul y oro. Corbata de terciopelo negro.— 5. Pyjama para la cama de linón rosa con ribetes de linón azul. El escote redondo se completa con una lazada.— 6. Pyjama en tусor natural, con adornos de raso cereza. La chaqueta, sujeta por una cintura, se cierra con cuatro botones de galalithe cereza.

Un caso muy grave

EDUARDO ZAMACOIS

Por

LA palidez extrema del señor Llatores, la expresión des-
vaída de sus ojos y la actitud irresoluta con que man-
teníase parado en medio del despacho, impresionaron
inmediatamente los altos dones de observación del "Maestro
Fernández", verdadero "pozo de ciencia" en cuestiones de de-
recho penal. Desde detrás de su ancha mesa de trabajo, cu-
bierta de legajos y de graves libros de consulta, don Mauri-
cio Fernández, "Gran Cruz de Isabel la Católica" y ex dipu-
tado a Cortes, tuvo para el recién llegado un ademán afec-
tuoso. Lo que hacía pocas veces, pues a los cincuenta años
la barriga comenzaba a
pesarle, se puso de pie.

—¡Adelante, mi querido
don Pedro! — exclamó —
venga esa mano y siéntese.
¿Qué le sucede a us-
ted?... ¡Porque eso se
echa de ver en seguida: a
usted le ocurre algo!...

—Sí, señor, y muy gra-
ve...

—¡Bah!... Por grave
que sea el lance, nunca
tendrá la importancia que
usted le atribuye.
Ya sabe usted que
la farmacopea del
abogado es ilimi-
tada: nosotros pa-
ra todo tenemos
remedio.

No bien habló
así, el señor Lla-
tores se sintió ali-
viado y buscó aco-
modo en una bu-
taca, al otro lado
de la mesa. Don
Mauricio sonrió,
complacido del ful-
fulminante efecto
reparador de sus
palabras. Era un
nombre alto, de
nariz ganchu d a,
de faz amarilla, con los
cabellos peinados hacia
atrás y esos carrillos fofos
y cansados, peculiares a las
personas especializadas en
el estudio de los instru-
mentos de viento.

—Aquí, donde usted me
ve—empezó a decir el se-
ñor Llatores—estoy casi
deshonrado. Hay un tal
Peñalba... don Braulio
Peñalba... ¡usted le co-
noce!...

—¿El anticuario?

—El mismo: el anticuario de la Carrera de San Jeró-
nimo.

—De nombre le conozco mucho.

—Pues ése: me acusa de ladrón. Peor aún: me acusa de
carterista... ¿lo oye usted?... de carterista... y lo incon-
cebible, lo que me vuelve loco, es que parece asistirle la ra-
zón. Y necesito que usted me defienda ante los tribunales, o
que, oficiando "de hombre bueno", visite a mi contrario y le
decida a retirar la demanda que tiene presentada contra mí.

Hubo un silencio que don Mauricio utilizó en tomarse y
retocarse con aire meditabundo la carnosa nariz.

—Dice usted—murmuró—que el señor Peñalba le acusa
de carterista?...

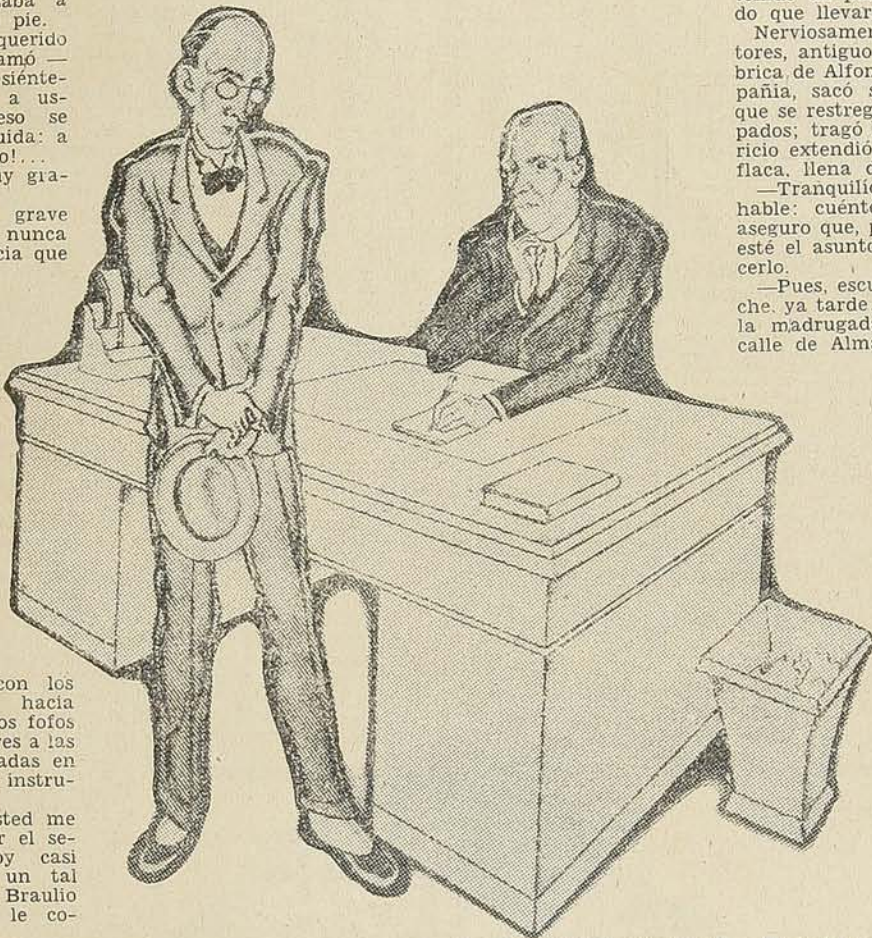
—Perfectamente.

—¡No lo comprendo!... Usted no es un kleptómano...

El interpelado no contestó, pero la súbita oleada de ira
que arreboló y desconcertó sus facciones fué tan terrible, que
el "Maestro" se apresuró a rectificar:

—Ya lo dije: usted no es un kleptómano... de ahí mi
confusión, mi perplejidad...

Lanzó una breve risa y adoptó en su sillón la actitud có-
moda del hombre que se dispone a escuchar y a reflexionar.



—Cuénteme el hecho—susurró—pero circunstanciadamen-
te; no omita detalles...

A su interlocutor, temperamento ingénuo y vehemente,
se le humedecieron los ojos. La voz se le nubló.

—¡Si supiese usted cuánto sufro!...

—Lo comprendo.

—Hace dos semanas que no duermo, ni como... que ¡no
vivo!... A no ser por mi esposa y por mis hijos, a quienes
mi deshonra afecta tanto como a mí, creo que me habría sui-
cidado... ¡Yo, ladrón... cuando, gracias a Dios, siempre he

tenido un pedazo de pan honra-
do que llevarme a la boca!...

Nerviosamente, el afligido Lla-
tores, antiguo contable de la Fá-
brica de Alfombras Ripoll y Com-
pañía, sacó su pañuelo, con el
que se restregó la boca y los párp-
ados; tragó saliva... Don Mau-
ricio extendió hacia él una mano
flaca, llena de indulgencia.

—Tranquilícese — exclamó — y
hable: cuéntemelo todo. Yo le
aseguro que, por enmarañado que
esté el asunto, hemos de esclare-
cerlo.

—Pues, escuche usted: una no-
che, ya tarde... serían las dos de
la madrugada... iba yo por la
calle de Almagro en dirección a
mi hogar. Yo, como usted sabe,
vivo en Cham-
berí.

El "Maestro"
abrió los ojos, que
para mejor con-
centrar el pensa-
miento tenía ce-
rrados, y esbozó
un ademán apro-
bativo. Don Pedro
continuó:

—Trazada entre
hoteles ricos, la
calle de Almagro
es una de las más
recoletas y silen-
ciosas de Madrid.
¡Usted la conoce!...
Apro v e c h a r d o
aquella soledad me
aproximé a un ár-
bol, a satisfacer
una necesidad fi-
sica. Comprendo
que hice mal, pero,
desde que estuve
enfermo de la ori-
na, los médicos me

han prohibido contenerme... En éstas vi a un individuo que,
avanzando lentamente en dirección contraria a la mía, se
acercaba haciendo esos. No reparé en su cara, aunque sí en
su traje, y no me pareció mal vestido.

—"Un borracho"—pensé.

Y como en su porte creí advertir cierta distinción, añadí
para mí coletó:

—"¿Quién sabe si será de los infelices que beben para ol-
vidar un dolor!..."

En éstas me aparté del árbol, precisamente cuando el
transeunte, dando un audaz traspiés,ladeaba su rumbo y se
precipitaba sobre mí. Chocamos y, para no caer, instintiva-
mente me puse las dos manos sobre los hombros. El encon-
tónazo le hizo sacudir un poco su modorra.

—"Usted perdóne, caballero"—articuló con lengua estro-
pajesa.

—"No hay de qué"—respondí secamente.

Se enderezó y, apartándose un poco, agregó:

—"Como la calle está tan mal alumbrada... usted per-
done..."

No le contesté y seguí mi camino. Mas no había andado
seis pasos cuando la idea de que acababan de robarme me
estremeció.

—“Ese hombre—pensé—no es un borracho, sino un ladrón...”

Inmediatamente comencé a palparle, la americana, que, como para acrecentar la verosimilitud de mi sospecha, llevaba sin abotonar, y en el acto reconocí que me faltaba la cartera. ¡No quise saber más!... Di media vuelta y, con un furioso arranque de jabalí, eché a correr detrás del presunto atracador, quien, demostrando inocencia—esto fué lo que yo supuse—continuaba su ruta en zig zag. Solo tardé segundos en darle alcance, y agarrándole por los cabezones empecé a zarandearle. Yo soy naturalmente violento, y además tengo mucha fuerza, de modo que entre mis garras el individuo, que era parvo y flaquito, semejava un pellejo.

Don Mauricio interrumpió al narrador con esta pregunta, a cuya respuesta otorgaba, sin duda, capital trascendencia:

—¿Llegó usted a pegarle?...

—¿Que si llegué a pegarle?... ¡Le di dos puñetazos que, a no tenerle sujeto con una mano, le hubieran tirado al suelo hecho una pelota!... —“¡Suelta la cartera, canalla—le grité—o mueres aquí mismo!” Con el susto, la borrachera se le disipó; sus ojos parpadearon y se llenaron de luz. Desgraciadamente para mí, el cuitado no intentó defenderse.

—Sí, señor—balbuceó—ahí va la cartera... pero no me maltrate... no es preciso...”

Su mansedumbre no me desarmó, antes creo que duplicó mi ira, y de un puntapié le derribé en tierra patas arriba.

Satisfecho de haberme tomado la justicia por mi mismo, regresé a mi casa, en donde referí a mi mujer lo sucedido. ¡Figúrese usted, don Mauricio de mi alma, cuál sería mi tribulación, cuando oigo que mi conyuge, pálida como una muerta, empieza a gritar:

—“¿Pero qué has hecho?... ¡Dios mío!... ¡Te has vuelto loco?... Si hoy has salido a la calle sin cartera... ¡Si tu carte-

ra, cuando esta tarde cambiaste de traje, te la dejaste olvidada aquí!...”

¡No quiera usted saber el efecto que me produjo esta revelación!... Me registro y... ¡efectivamente!... veo que la cartera que yo llevaba en el bolsillo no era mía. El caballero a quien momentos antes agredí bárbaramente en la calle de Almagro, creyendo habérselas con un facineroso, me había donado la suya para salvarse. De este modo, en un abrir y cerrar de ojos, yo, de robado, pasaba a ser ladrón. ¡Qué vergüenza, qué espanto!... Para mí mayor ignominia, la cartera, en la que había veinte mil pesetas, no contenía cédula, pasaporte, tarjetas ni documento alguno que me señalase el nombre de su propietario. Mi esposa lloraba.

—“¿Qué vas a hacer?”—decía.

A mí la cabeza me daba vueltas. Comprendía que un serio peligro me amagaba. Yo, sean cuales fueren los motivos que me impulsaron a arremeter contra un ciudadano pacífico, me había conducido como un atracador; éste es el calificativo que merezco: ¿no le parece a usted?...

El Maestro Fernández, que no cesaba de acariciarse la nariz de arriba abajo, como acometido de repentino deseo de afinársela, asintió con la cabeza.

—Mi mujer—continuó diciendo el señor Llatores—me aconsejó enviar un comunicado a los periódicos explicando lo ocurrido. Estimé su dictamen discretísimo; era el único modo de ponerme al abrigo de sospechas calumniosas. “¿Pero, y si a estas horas—reflexionaba yo—mi víctima ha ido al Juzgado de Guardia a contar su desventura, y la policía anda buscándome?...” Mis temores, desgraciadamente, hallaron confirmación.

Don Mauricio dió un respingo.

—¿Le detuvieron a usted?—exclamó.

—Sí, señor.

—¡Luego dicen que la policía española es mala! ¡Mentira! ¡Una de las mejores del mundo!...

—Estaba amaneciendo cuando se apersonaron en mi domicilio dos agentes de “la secreta”, los cuales, sin preámbulos, después de llamarme “buena pieza”, me amarraron todo con cordo.

—¿Qué bárbaros!...

—Hicieron bien, don Mauricio, hicieron bien; pues, de lo contrario, hubiese acabado con ellos. Creían habérselas con un atracador y como a tal me trataron. ¡Repito que hicieron bien!...

—Pero—interrumpió el abogado—¿cómo pudieron acertar con usted tan pronto? ¿Acaso el señor Peñalba le conocía a usted?

—No; pero me siguió.

—¡Ah!...

—Después de la agresión, en vez de huir, caminé detrás de mí, a distancia, y así descubrí mi domicilio. He estado preso cuarenta y ocho horas, y merced a mis jefes, los señores Ripoll y Compañía, he salido en libertad bajo fianza. ¿Qué hacer ahora?... Todo me condena. El hecho, sobre todo, de ser considerable la cantidad de dinero que el señor Peñalba llevaba consigo la noche de autos empeora notablemente mi situación. ¡Estoy deshonrado!... Yo creo que voy a tener que pegarme un tiro.

Continuaron hablando y, al cabo, cediendo a los apremiantes ruegos del señor Llatores, consintió don Mauricio en hacerse cargo del asunto. Caminando despacio, el ilustre letrado acompañó a su cliente hasta la puerta del despacho.

—¿Cree usted que este pleito no dejará mancha ninguna en mi buen nombre?—repitió Llatores.—¡Séame usted franco!... ¡Es indispensable que mi inocencia resplandezca!...

Cauto, a fuer de leguleyo experto, el Maestro Fernández contestó evasivo:

—Ya lo veremos; yo creo que sí... aunque comprendo que todas las circunstancias que rodean el hecho le son a usted adversas. ¡Lástima que la declaración que pensaba usted remitir a los periódicos no hubiese aparecido antes de ser usted detenido... porque ahora llega tarde!...

Y concluyó:

—El caso de usted es grave...

¡Gravisimo!...

Curvado bajo estas palabras aplastadoras, el desdichado señor Llatores, temblándole las piernas, salió de la estancia.

NERVIOS EN TENSION

El insomnio es una de las formas manifestadas de la debilidad nerviosa. Inútil es intentar una reacción definitiva con medicaciones calmantes de efectos momentáneos. Para combatir el insomnio, en su origen, es indispensable la Fitina, célebre especialidad recetada por la mayoría de los médicos especialistas. La Fitina, fósforo orgánico asimilable extraído de semillas de plantas, el elemento vital del cerebro y de los nervios, corrige el insomnio nervioso e infunde nuevas energías morales al recobrar el cerebro su potencia y lucidez. Su médico puede confirmarlo.

FITINA

REINTEGRA LA VITALIDAD. En se-
llos, cápsulas y comprimidos.

Fabricantes: SOCIEDAD PARA LA
INDUSTRIA QUIMICA EN BASILEA
(Suiza)

Pida folletos a los agentes especiales:
EMILIO HAAS & Cia., Ltda.
Santiago — Castilla, 2058

Fitina, M. R., a base de fósforo orgánico vegetal.

no
más canas
ni cabellos con
colores disparejos

LA TINTURA SIMILAX

Base: Parafeniendaminosulfonico

de la Société **Inecto**, de París, es la única, **siendo absolutamente inofensiva**, que consigue hacer desaparecer las **canas** 15 minutos y dar al cabello un **color natural**, desde el rubio más rubio hasta el negro azabache.

No provoca dolores de cabeza.
Su aplicación es fácil y rápidos sus efectos.

Dá un color natural, uniforme e inalterable.

No mancha la ropa ni los sombreros.

No pone los cabellos tiesos, no los parte ni les quita su brillo.

Resiste a la ondulación permanente, al agua salada, al sol a la lluvia, a los champús y al sudor.

SOBRE TODO es absolutamente INOFENSIVA

UNICOS
CONCESIONARIOS

Salazar y Ney

La Peluquería Mayo, PORTAL FERNANDEZ CONCHA

tiene un especialista en la aplicación de esta tintura, que se puede consultar gratuitamente. Trabaja también a domicilio.

INA. E. BONNET

EL ARTE DE LA ELEGANCIA

Accesorios de la toilette chic



Bajo el nombre de accesorios de la toilette se comprenden todos los efectos de indumentaria femenina, como calzado, écharpes, guantes, etc., que tienen grandísima importancia en el conjunto armónico de la silueta de la mujer.

El calzado cambia de formas y de materiales en su confección según la moda de las diversas épocas; pero siempre toda dama elegante presta al calzado un cuidado especial. El pie bonito es una de las principales bellezas que puede ostentar la mujer, pero no basta eso sólo, sino el saber calzarlo. Aparte los caprichos de la moda, como líneas generales, el calzado de calle debe ser severo, con más o menos tacón, según los imperativos de la higiene y la elegancia se atiende. Para casa, las lindas zapatillas y los zapatitos de seda. Para baile y *soirée*, todos los encantos y todas las elegancias hasta la fastuosidad.

Se han llevado, se llevan y se seguirán llevando, con ligeros cambios, zapatos que son verdaderas joyas. Zapatos de pieles carísimas, de terciopelo, de brocado de oro, de sedas bordadas, de hebillas preciosas, y hasta primorosamente velados de raso y de encaje.

La media es el complemento del pie bien calzado. Una media elegante ha de ser siempre de buena calidad, en hilo o seda, bordada o calada, según la moda, pero de color que armonice con el de la toilette. Cuando las mujeres tienen las piernas gruesas y cortas, deben preferir las medias oscuras. A las delgadas les convienen las de colores claros.

La liga destinada a sujetar la media, por íntima que sea para nosotras, no requiere menos cuidados, puesto que la estética debe reinar siempre en todo, aún para nosotras mismas. Las ligas deben hacerse de seda, sobrias en adornos y elegantes, y de color que armonice con las cintas del traje o con el de las medias y que favorezca la encarnación.

La liga en torno de la pierna no favorece la circulación, pero son precisas para cuando no se lleva corsé, y prestan mayor belleza al semidesnudo de la intimidad. Las norteamericanas acostumbran a llevar cada una de distinto color, por la extendida superstición de que así se encuentra pronto marido. Algunas damas llevan en sus ligas preciosos broches artísticos y hasta piedras preciosas de valor.

Otro accesorio muy necesario a la toilette es el pañuelo,

de uso relativamente moderno, puesto que los pueblos primitivos no conocían este refinamiento.

Las romanas los usaban para librarse del sol y para limpiarse el sudor del rostro, o bien alrededor del cuello, de donde proceden los nombres de *sudarium*, *solare* y *focale* que se les daban.

Los pañuelos hacen valer mucho la belleza de la mano cuando son delicados y finos. Enrique III de Francia llevaba siempre dos pañuelos perfumados, uno en la mano, de cuya belleza se envanecía con justicia, y otro en la cintura. Este uso duró largo tiempo; después se ha combinado con frecuencia el modo de llevarlos, pero siempre se han hecho en telas riquísimas, con preferencia batista, seda y Holanda blanca, rodeados de encajes, y hasta completamente hechos de ellos, de modo que más podían considerarse como adornos o juguetes que como prendas que pueden servir de algo. A veces la moda ha prestado sus favores a pañuelos de algodón y de seda en colores, pero ha sido efímero su reinado. Las damas elegantes no se resignan al pañuelo vulgar.

Más importancia aún que éste tiene el guante, el cual, inventado para

preservar las manos, vino después a hacerse accesorio de la toilette. Lo que hemos dicho en capítulos anteriores respecto al cuidado y belleza de las manos nos revela la importancia de los guantes.

La moda les hace cambiar a su antojo. Antiguamente se hacían en cabritilla finísima, que se llamaba *piel de pollo*, y más que puestos se llevaban en la mano y en la cintura, adornados de bordados y piedras. Después se les ha hecho de otras clases de pieles, de algodón, hilo y seda, variando las formas: ya largos o cortos, cerrados o con botones, con dedos o sin ellos, recibiendo estos últimos el nombre de mitones.

Se ha tenido también la costumbre de llevar uno abrochado y otro suelto, vueltos y hasta el ponérselos por la calle.

El observar escrupulosamente estas modas es ridículo, pues fácilmente se cae en la afectación, en el amaneramiento y en la falta de espontaneidad, que tanto hemos recomendado para que la personalidad se acuse fuerte e independiente.

Canosos

NO PIERDAN SU TIEMPO EN
ENSAYOS CUANDO TIENEN A LA
MANO

LA TINTURA FRANCOIS

INSTANTANEA

(M. R.)

La única que devuelve en algunos minutos y con una sola aplicación el color natural de la juventud, su negro, castaño oscuro, castaño o castaño claro, y que ha probado sus buenos resultados desde 20 años que se vende en todas las Farmacias, Autorizada por la Dirección General de Sanidad, Decreto N.º 2505.

El guante es una de las prendas que exige más cuidado; no se puede consentir un guante que siente mal o que no esté en perfecto estado de conservación y de limpieza. Después de limpio una vez, el guante no puede quedar bien ya. Se necesita que sea siempre nuevo y perfumado. Saber llevar bien el guante es el mejor signo de distinción.

El perrito lo consideran algunas damas como un accesorio más de la *toilette* y exageran sus cuidados; es muy digna de elogio la piedad para con las bestias, pero al extremo de tenerlas constantemente en nuestro gabinete, en nuestra sociedad, tratándolas como a nuestros semejantes, en vez de elevarlas hasta nosotras descendemos nosotras hasta ellas.

Esas damas que mandan preparar a sus cocineras pechugas de gallina para sus perritos caprichosos y obligan al esposo a llevarlo en el bolsillo del gabán cuando ellas los sacan de entre sus vestidos; que los llevan en el auto con preciosas mantas bordadas y anteojos hechos por el óptico; que les ponen collares de piedras preciosas, blondas, camisas y todos los cuidados del confort, más que elegantes son ridículas. Desde luego que no hay mal alguno en amar a un perrito, y hasta, ya que los tenemos, existe el deber de cuidarlos, de velar por ellos, de hacerles la vida grata, como a todos los seres que nos rodean; pero es lamentable que las damas pasen de la sensibilidad a la sensiblería y hagan esos gastos con un perro, cuando tantos niños infelices padecen hambre y miseria. Al animal hay que cuidarlo y tratarlo como tal; pero el amor de las canófilas llega a tal extremo, que indigna ver los mausoleos levantados en el cementerio de Asnières, cerca de París, a la memoria de sus perritos, cuando tal vez las que tales ternuras emplean fueran malas y crueles con sus semejantes.

Los epitafios que revelan dolor de esposas o madres son ridículos sobre la tumba de un perro. Uno de ellos confiesa que el galguito que allí yace fué "el sólo amor" de su dueña.

A trueque de disgustar a alguna lectora con esta sinceridad, aconsejaremos a las que tengan la debilidad de amar demasiado a sus perritos que los dejen en casa y no los lleven a visitas, en las que siempre son molestos.

En la calle, con su cadanita, atraen el ridículo sobre la que los lleva, y en el interior de la casa y de la familia los animales causan mil molestias que no debemos imponer a los que nos rodean. Ver besar el hocico de un perro a una mujer, como hay muchas, es siempre un espectáculo repugnante. Los perritos, los gatos, el loro, los pajaritos, todos los animales domésticos, se han de cuidar sin exageraciones de un amor que resulta grotesco.

Sin embargo, la etiqueta tiene su ritual en el uso de los guantes y no puede violarse sin pasar por ignorantes o faltas de distinción. Para ceremonias se imponen los guantes blancos, de cabritilla o piel fina.

Para salir de día el vestido de color oscuro y que haga juego con el traje o los accesorios de la *toilette*.

El guante oscuro tiene la ventaja de hacer más pequeña la mano, y los que tienen brillo favorecen más la armonía de las líneas que los mates.

Debajo de los guantes no debe llevarse más sortija que la de alianza, y es un vicio de mujer inculta o advenediza el colocar las sortijas sobre ellos.

RESPUESTA A LA PREGUNTA "¿QUE ES AMOR?"

Y pues nada de lo dicho se llama con razón. pregunto, corazón mío, ¿no me dirás qué es amor?

Amor es un dulce afecto del alma para con Dios, que termina en caridad comenzando en dilección.

Si deseas padecer por quien tanto padeció, y en padecer te alegras, y en la cruz, esto es amor.

Si en este mundo apetece vivir en humillación, y que todos te desprecien por Jesús, esto es amor.

Si no apetece alabanzas, y cuando le dan loor le refiere confundido a su amado, esto es amor.

Si en medio de adversidades persevera el corazón con serenidad, con gozo y con paz, esto es amor.

Si a su voluntad en todo contradice con tesón, posponiéndola a la ajena por obediencia, es amor.

SANTA TERESA DE JESUS.

Si cuando está meditando no apega su corazón a los consuelos ajenos al orar, esto es amor.

Si las dulzuras que advierte cuando está en contemplación, sabiendo no merecerlas, las renuncia, esto es amor.

Si conoce su bajeza y la grandeza de Dios, y despreciándose a sí, a Dios exalta, es amor.

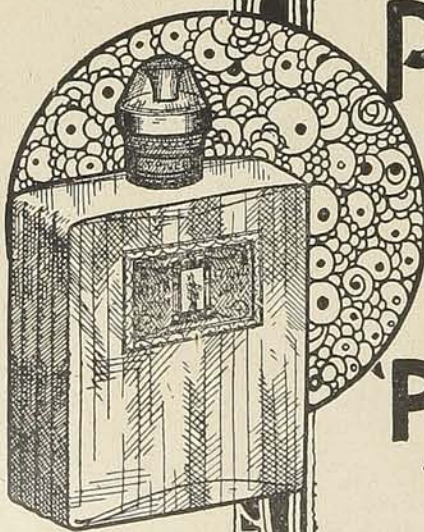
Si se ve igualmente alegre en gozo, que en aflicción, y ni penas, ni contentos la entibian, esto es amor.

Si se mira traspasada de agudísimo dolor al contemplar a su amado ofendido, esto es amor.

Si desea eficientemente que cuantas almas crió la divina Omnipotencia se salven, esto es amor.

Y en fin, si cuanto produce su pensar, su obrar, su voz, quiere que sea en obsequio de su amado, esto es amor.

Su cabello
crecerá
más bello y
más hermoso
si usted usa
el
Tricófero de BARRY

PARFUMERIE
L.T. PIVER
M.R.

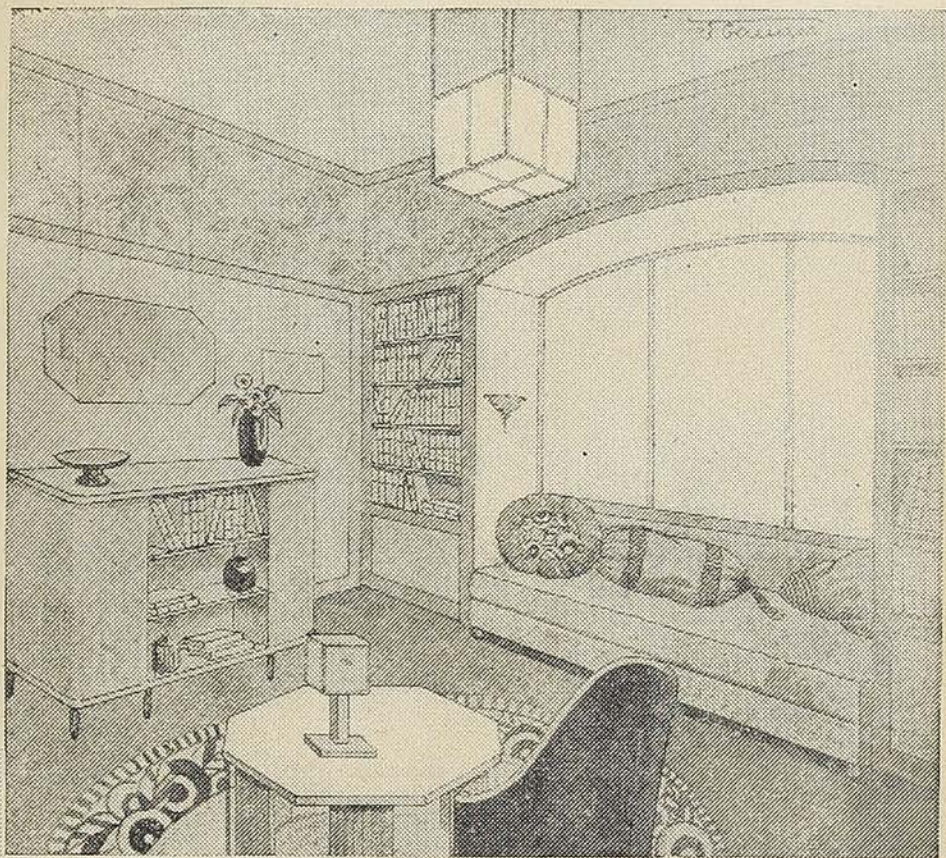
PARIS

LOTION
POMPEIA

NUEVA PRESENTACION
MISMO PRECIO

RINCONES DE ESCRITORIOS

Conjunto gris y azulino. Azulina la gran alfombra de un sólo tono que cubre enteramente el piso y sobre la cual está puesto un centro redondo en que se encuentran los colores blancos, negro, azulino y verde vivo. Azulinos son también los sillones tapizados en terciopelo, azulino es el diván colocado en el vano de la gran ventana. Azulina es la guarda que empapela la parte alta de las paredes. El gris se halla en los muebles laqueados, en el resto de la empapeladura, en los cojines que mullen el diván. Nada más encantador y reposante que la unión de los dos tonos en la armonía de líneas de este rincón de escritorio.

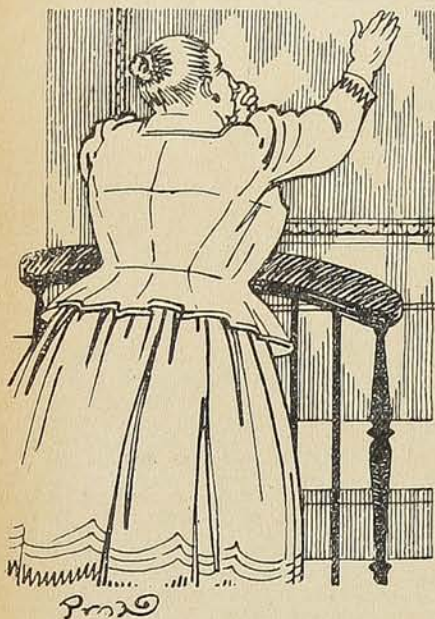


Conjunto verde y plata. Las paredes tienen un friso plata, separado del resto de la empapeladura—en que encuentran los dos colores—por tiras de un verde liso. Cortinas de terciopelo verde, igual al que viste los dos pequeños divanes colocados a cada lado de la ventana. Verdes también los sillones. El piso, muy moderno, es de losetas blancas y negras. Sobre ellas va colocada una alfombra de centro verde, naranja, negra y blanca. Muebles de madera clara, encerada solamente. Las bibliotecas que encuadran los divanes y que tienen en lo alto jardineras, están pintadas al laqué en gris, cuadrículadas por líneas verdes. El encanto de esta pieza se completa por los libros, bibelots y las flores.

TESTIGO DE CARGO

Como la discusión médica de los peritos comenzase a fastidiar al presidente, este decidió dar un golpe definitivo haciendo llamar al testigo número veintitrés.

El veintitrés, una vieja enorme, hizo su entrada remolcada por un ujier y se acercó lentamente al estrado. A hurtadillas dirigió al acusado una mirada de



lástima, tosío, se ruborizó, tapóse la cara con el pañuelo y levantó la mano derecha como para contener una repentina hemorragia nasal.

—Lo juro—suspiró, a instancias del presidente.

Y después se extendió por unos instantes en vanas consideraciones sobre su estado civil.

—Usted, señora, ha conocido al doctor—dijo el presidente—y además sabe ya cuáles son los cargos que hoy pesan sobre él: se le acusa de homicidio por imprudencia. No oculte usted nada de lo que pueda iluminar a la justicia. Veo en el proceso que ha estado usted algún tiempo a su servicio. ¿Es cierto?

—Sí, señor presidente.

—Pues bien, díganos cómo se portaba con usted.

—¡Caramba, señor presidente! Se portaba como todos: incomodaba mucho y a veces no se le podía aguantar; se enfadaba hasta de que le hablasen! ¡Hay que ver lo nervioso que era!

—Esto es muy importante, pero hay un punto esencial sobre el cual llamo la atención de usted. ¿Notó si el doctor tenía la mano firme? Algunas veces, cuando cogía alguna cosa, ¿no le temblaba?

—Ya lo creo, señor presidente; ni siquiera podía sostener algo con ella. Se le ponía alguna cosa en la mano y ¡crac! al suelo y rota.

—Ya ven ustedes, señores jurados: el acusado era incapaz de hacer la menor operación. Otra pregunta, señora: ¿El doctor era cuidadoso?

—Eso sí que no, señor presidente.

—Todo esto es muy grave, señores; esta declaración corrobora plenamente

por G. de Pawlowsky



el informe de nuestros médicos forenses. La última pregunta, señora: ¿usted recuerda los motivos que la obligaron a dejar al doctor?

—¡Caramba, señor presidente! Hace muchísimo tiempo para que yo me acuerda con exactitud. Además, usted ya sabe que a nosotras, las nodrizas, se nos toma y se nos deja, según hacemos o no falta. Sus padres me despidieron tan pronto como se le detestó y desde entonces no he visto al querido bebé hasta hoy que le veo aquí.

¿POR DONDE DESGASTA USTED EL CALZADO?

Dime cómo pisas y te diré quién eres. Este podía ser el lema de un zapatero remendón establecido durante muchos años en un barrio céntrico de París y que al retirarse ha publicado unas memorias, producto de sus observaciones, en su larga práctica de poner tapas y medias suelas.

Opina el modesto industrial que por el calzado se puede conocer exactamente el temperamento, las inclinaciones y hasta la sangre de las personas. Las que tienen alma delicada, gusto refinado un origen aristocrático, aunque se hallen en la pobreza, instintivamente se cuidan de que el calzado sea lo mejor de su indumentaria, y se sacrifican, se resignan a llevar un traje viejo o un sombrero deformado con tal de lucir un bonito y nuevo zapato.

Muchas mujeres que han resistido la tentación de las alhajas, la seducción de los vestidos lujosos, el encanto de la vida de molición, no pudieron pasar por la humillación de llavar las botas rotas.

Lo más curioso de las memorias del remendón es su conocimiento del carácter de los clientes por la manera de desgastar el calzado.

Las personas que usan el tacón por la parte posterior son de carácter voluble y de afectos inseguros. Su paso no será firme y estarán expuestas a muchos accidentes. Las que desgastan el tacón por la parte de fuera son gente enérgica, de paso sólido y no están expuestas a resbalar ridículamente por cosas pequeñas. Los que así caminan tienen alma dominadora y fuerte, y están llenos de fe en sí mismos.

Los que comen los tacones por la parte de dentro son un poco sencillos y bastante tímidos. Son espíritus pusilánimes, inseguros de sí y fácilmente sugestionables.

Pasando de los tacones a las plantas, lo que usan la suela por fuera y hacia la punta del pie son irascibles y tienen una susceptibilidad enfermiza que las hacen sufrir por

futilidades. En cambio, los que gastan las suelas por dentro hacia la punta son ecuanímes y calmosos. Tienen una insensibilidad desconcertante que les pone a salvo de cualquiera emoción por fuerte que sea. Son avaros y de un egoísmo seco e incapaces de hacer el menor bien a sus semejantes.

Los que desgastan el calzado por las puntas, son artistas, soñadores, poetas. Pincan como miran: hacia lo alto, y esto les hace tropezar con frecuencia.

Por último, los que desgastan el calzado uniformemente son seres normales y de gran aplomo.

LA PRIMAVERA es la estación privilegiada de la naturaleza, en la que todo organismo demuestra una superactividad intensiva, un resurgimiento efectivo que afecta a todos los Seres Vivientes y el HOMBRE no es menos sensible a su influencia.

Pero esta mayor intensidad de la vida suele venir acompañada con determinados trastornos que, en el HOMBRE, toman generalmente la forma de erupciones cutáneas: acné, eczemas, furúnculos, etc.

Para prevenir o combatir estos accidentes, urge depurar la sangre y activar el funcionamiento de todos los órganos, en una palabra: eliminar las toxinas del organismo.

Esto se obtiene tomando diariamente los afamados

CRISTALES YODADOS PROOT

poderosos eliminadores de todas las toxinas del cuerpo.

Base: Sal de Karlsbad yodada

TODAVIA MISTINGUETT

MONTMARTRE, Place Blanche, el "Moulin Rouge"... He aquí una de las encrucijadas del mundo: todos los colores, todos los sonidos del mundo... En la escena, a veces, como ahora, la revista es blanca, de piel. Su color moral es siempre verde. La Revista del "Moulin Rouge" es, ahora, blanca porque no figura en ella ninguna *vedette* negra, ningún cuadro de bailarines negros. Hasta el jazz-band es blanco: femenino y blanco. La revista es blanca, nerviosa y fina como las piernas de Mistinguett. Pero en la sala, pero en el *promenoir* y en el vestíbulo, pero en el bar y en el *dancing* subterráneo hallará usted, turista amigo, todos los colores y todos los rumores del mundo.

Ningún *music-hall* de Nueva York o de Londres le gana al "Moulin" en cosmopolitismo, en policromía y polifonía. Este molino muele las diferencias, tritura las oposiciones entre los hombres y hace de ellos una masa humana que sazona y eleva la levadura de la son-risa.

Conmovedor, alentador espectáculo, que suelen desdeñar los pensadores y los políticos encargados de rehacer el mundo... El mundo nuevo ha de concebirse como una gran distracción, como una gran risa universal que aparte a las naciones del juego monstruoso de la guerra. Mister Kellogg no vino al "Moulin". ¡Qué inconsecuencia!

Sentado en la terraza de un "petit café", junto a la puertecita privada del "Moulin Rouge", hago estas reflexiones. A mi lado, esperando la hora del espectáculo, una mujer vestida de cintura arriba de hombre, consume, trivialmente, feminamente, un café con leche con muy poco café. Es pequeña, es fea. Nadie le hace caso. De pronto comienzan a llegar las *girls*. El molino vierte sobre la acera un polvo luminoso. En la Place Blanche, a las ocho de la noche, es de día. Un día artificial, eléctrico, más seguro que el otro. Llegan las *girls*. Todas son altas (se han puesto de moda las mujeres altas). Todas son finas. Todas son rubias. Todas son de Ultramar o de Ultramar: inglesas, escocesas, irlandesas, yanquis.

Yo soy un enamorado de las *girls*. Un enamorado platónico. Una *girl* suelta me deja frío. Dos *girls*, tres *girls*, cuatro *girls* en la calle no acaban de convencerme. Para que mi pasión por estas blondas y ágiles muchachas se manifieste es necesario que yo esté sentado en una butaca del *music-hall* y ellas en el escenario. Entonces, igualadas las *girls*, standi-rizadas las *girls* por las mallas, las plumas y los compases del "número" que representan, yo querría llevármelas a mi casa todas juntas, en un mismo paquete. En la calle cada *girl* tiene un vestido distinto, una marcha distinta: un carácter. Algunas llegan solas, a pie. Otras en racimo, en *tari*. Estas *girls* independientes me aburren. Prefiero a la mujercita fea y semivestida de hombre que apura su taza de café con leche.

Quedan los *boys*, los muchachos de la revista. ¿Pero son todos *boys*? ¿No habrá entre ellos alguna *girl* disfrazada de *boy*?

Pasan algunos hombres mal trajeados, mal afeitados y algunas mujeres lánguidas y pálidas, de cabellos grises. Son los tramoyistas y las *habilleuses*. Pasa todo el personal de la revista: los *metteurs en scène*, los músicos, los electricistas, las *vedettes*... Y dan ganas de no entrar. De tal modo carecen de interés y de gracia los muñecos de la revista, humanizados,

confundidos, un instante, con el vulgo que estaciona frente al teatro.

He hecho mal en sentarme junto a la puertecita privada del "Moulin Rouge". Temo ver aparecer de un momento a otro, deslizándose de su automóvil, las piernas célebres de Mistinguett. Piernas famosas, de juventud perenne; piernas de *avant guerre*; piernas del pasado siglo que conservan el campeonato de las piernas lindas... Pero, ¿y la cara de Mistinguett?

En una *vedette* de *music-hall* la cara es lo de menos. Nunca fué bella la de Mistinguett. Tenía, en cambio, malicia—una malicia de *gravroche*, de pilluelo de París—y de su boca, grande y bien dentada, salían canciones tan picantes como de la de Mayol, boca en forma de corazón.

Decididamente, entré en el "Moulin". Para comparar a la Mistinguett de 1899, de 1904, con la de 1928. ¡La misma!

No pasan los lustros, ni las guerras por Mistinguett. Sus lindas piernas deben de ser de amianto. Y un *fard* magnífico suprime de su rostro las señales del tiempo. Mistinguett, como aconsejaba Lloyd George en 1917, ha tirado a un pozo los relojes y los almanaques. Tiene quince años, veinte, treinta: los que exija su *role*. Es una duquesa o una *pieurreuse*, es la Du Barry marchando al patíbulo o la vendedora de bigaros o cacahuets de Mont-matre. Su voz tiene las mismas inflexiones *canailles*. No hay motivo alguno visible para que Mistinguett no represente revistas en 1958. Es la Ninon de Lenclos del *music-hall*.

Como Colette—la Ninon de la literatura—Mistinguett adora los animales. El mejor número de su revista—*Paris qui tourne*—es el que representa unos perros. Los actores y las actrices salen conduciendo hermosos ejemplares de exposición canina. Los que están bien son los perros...

Mistinguett tiene en su casa, según dicen, un gorila y un leopardo de veras. Los que saca en la revista son de imitación. Con su leopardo al cuello o su gorila en brazos, ¿no es Mistinguett la expresión más justa del espíritu femenino de nuestra época? ¿Eva fatigada de Adán y buscando, entre los pobladores zoológicos del Paraíso, un ser más digno de su ternura que el "antipático" Adán?... Estas son, al menos, las ideas feministas que corren... en los *music-halls*.

ALBERTO INSUA.



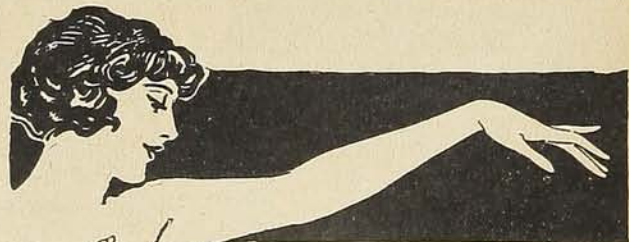
La Mistinguett con su juguete favorito

EL ANUNCIO ILUSTRADO

El país del anuncio ilustrado es la América del Norte. Los yanquis son unos enamorados de la publicidad gráfica, ya que prácticamente ha quedado demostrado que es muchísimo más eficaz.

En las revistas más bien confeccionadas y de más circulación se encontrarán pocos anuncios sin ilustración alguna. Todo texto va acompañado por lo menos de un clisé.

En nuestra patria son muchos, muchísimos, los anuncios que van sin ilustración alguna y están confeccionados con tan sólo el material tipográfico de la imprenta. Unicamente las casas de más importancia empiezan a emplear el anuncio ilustrado, sin duda aleccionadas por resultados anteriores o influenciadas por técnicos en materia publicitaria.



La Crema de Perlas de Barry... os embellecerá

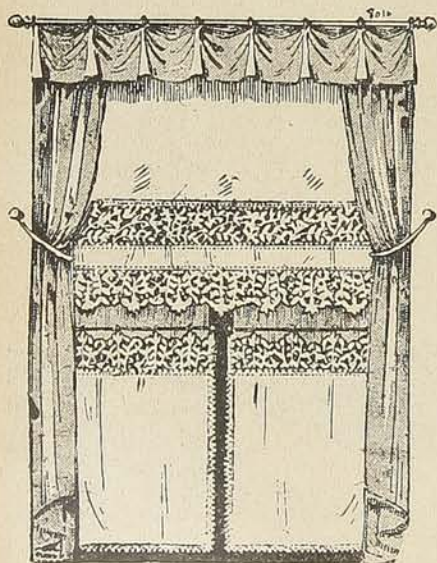
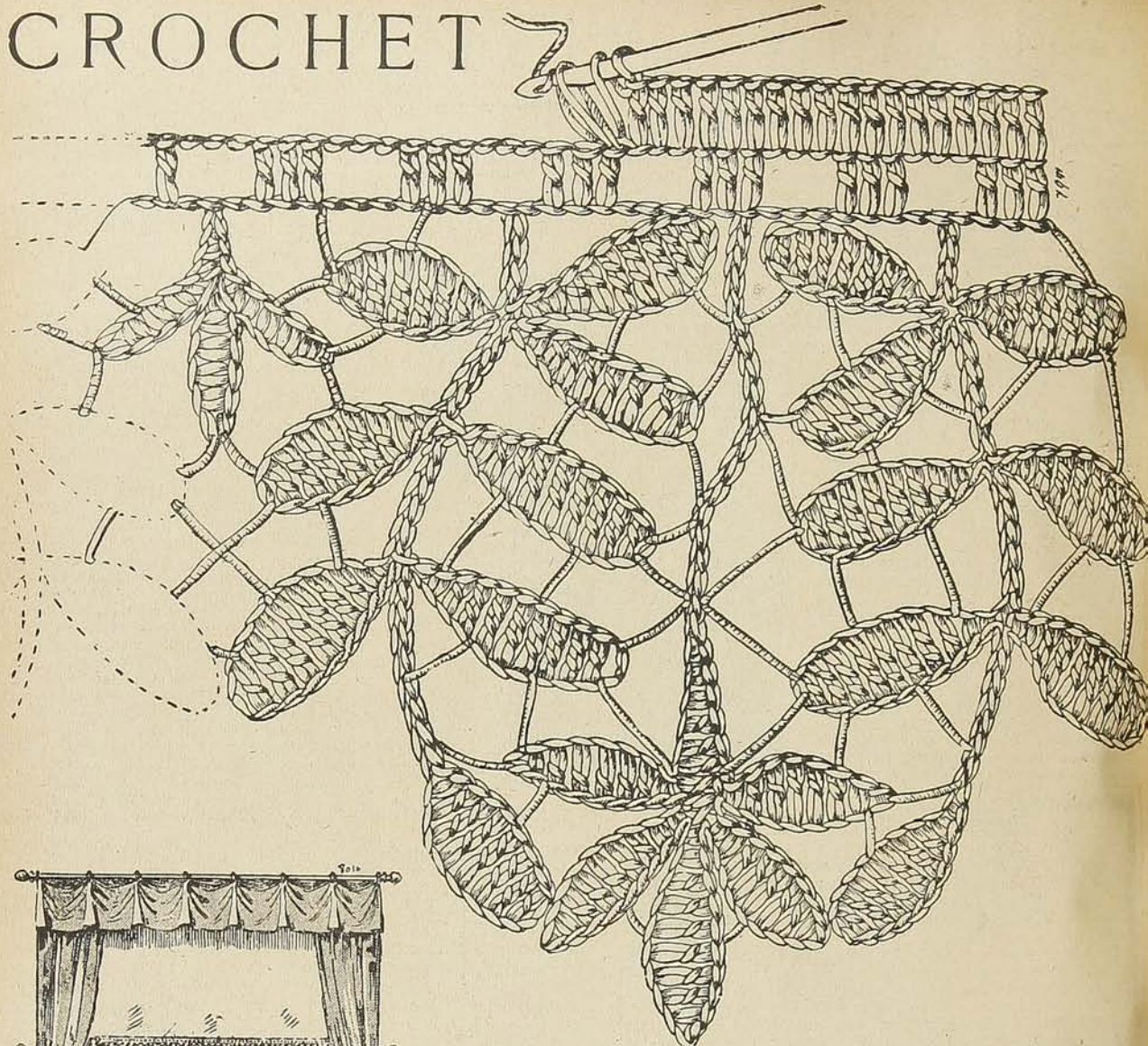
Al aplicárosela, vuestro rostro, cuello y brazos, adquirirán una blancura y tersura tales que os mejorarán notablemente y os harán aparecer mucho más joven.

M. R.

Refrescante, perfumada, y ni se nota ni se cae

Agentes generales: DROGUERIA del PACIFICO S. A., Valparaíso.

CROCHET



(Continuación de la página 12)
MANIQUES

¿Qué, qué hacen las tribus negras con los maniques? Según, según; en más de una ocasión, comérselos, devorarlos con delicia...

Pero parece ser que el caso no es de los más frecuentes; lo más probable será que los conviertan en dioses. Después de todo, adorar un maniquí de cera, no siempre es más absurdo que adorar a una mujer de carne... y es menos costoso.

VIDA Y MUERTE DE UN MANIQUÍ

Entre las ventajas que el maniquí de cera

ofrece sobre el de carne, no puede contarse, ¡ay!, la de la inmortalidad.

El maniquí de cera enferma, envejece y muere, como todo el mundo. Sus enfermedades, cuyos síntomas principales consisten en la caída de cejas y pestañas, y en la palidez de las mejillas y de los labios, suelen ser fácilmente curables, y para ello siempre se encuentra un buen médico entre el alto personal del almacén.

Sin hablar de la muerte natural—provocada por una caída, en la cual el maniquí se rompe la cabeza—y las manos—la vejez es también cosa grave; ya no bastan para remozarlo los toquecitos del médico aficiona-

do; se hace preciso mandar el maniquí enfermo a un sanatorio, o sea a su fábrica natal; y como el viaje entraña muchos gastos y también muchos riesgos para tan delicado viajero, lo más práctico es sustituirlo por otro.

Para visillos y stores es justamente la muestra que damos, fácil de hacer y rápida, lucida y nueva. Ahora que se usan tanto los visillos y los stores en color oro, se podría hacer el juego en batista de hilo de ese color, buscando un hilo mercerizado del mismo tono para hacer el tejido.

La muestra está hecha en el tamaño en que debe quedar. Puede también aprovecharse para guarda de cortinas de galería, que, como son por lo general en grueso género de hilo, necesitarían un encaje hecho en hilo muy grueso, o mejor aún, en cáñamo hilado de color ocre.

Y el viejo maniquí va a parar a algún "rastreo", en espera de que Ramón Gómez de la Serna se lo lleve; le dé albergue en el cafarnaum de su cuarto, lo mime, lo consuele, lo cante y le dé, con su pluma, la verdadera inmortalidad.

M A G D A D O N A T O

(Continuación de la página 5)

RONALD COLMAN Y LILY DAMITA NOS CUENTAN SU VIDA Y SUS COMIENZOS

—¿Sólo eso mío se ha exhibido por allá?

—También "El fiacre N.º 13" — agrega Tito Davison, que me acompaña.

—¡Pero eso es antidiluviano! Tengo cintas mucho mejores hechas en Alemania, y que según he sabido se darán pronto por estas tierras americanas.

Y así en efecto, constituyendo esto la última noticia sensacional de Hollywood. Sam Goldwyn, pagando una suma enorme, consiguió traer a Lily Damita a Hollywood. Pero entre tanto, uno de los magnates de la industria, Joseph P. Kennedy, que es dueño y señor en tres organizaciones poderosas, "Pathé-de-Mille", "First National" y "F. B. O.". Compró en Alemania las seis últimas cintas de la estrella francesa para exhibirlas por los Estados Unidos cuando Sam Goldwyn esté lanzando la propaganda de la actual cinta. Goldwyn ofreció a Kennedy el doble de lo que los films le costaron, pero Kennedy contestó que no los vendía ni por un millón.

Lily Damita lleva una carrera extraordinaria. Ya se sabe, — aunque ella no lo sabía, y de nuestros labios oyó la pri-

mera noticia, — que una vez terminada esta cinta, Goldwyn la ascenderá a estrella buscándole un "leading-man".

—¡No nos abrazaremos más...! — le dice compungida a Ronald Colman.

Y no deja de ser curiosa esta extraña profesión del cine, que convierte a las personas en ídolos, y que hace por ejemplo que el productor Sam Goldwyn haya andado por Europa buscando la muchacha más hermosa para traérsela y aparejarla a Ronald Colman. Ahora la compañera trabajará sola, y será necesario una nueva búsqueda para buscarle otra "leading-woman" al actor inglés.

—Feliz usted que le buscan bellezas para que vengan a besarlo...

Llegamos andando a la puerta del "set": el personal vuelve del lunch. Hay movimiento inusitado, y por las calles del estudio pasan docenas de nobles franceses y mosqueteros: son colaboradores que están haciendo ensayos para el próximo film de Douglas Fairbanks.

El asistente director llama a la pareja. Mr. Brenon va a comenzar una escena. Es tarde ya, y nosotros no ayunamos porque no somos estrellas, aunque las estamos viendo... Nos despedimos.

—Vengan pronto, cuando haya una escena emocionante. Yo les telefonaré el día que me dé el primer beso con Ronald...

—¡Lily tiene muchas ganas de jugar con fuego—nos grita él desde lejos—¡y a lo mejor se quema...!

CARLOS F. BORCOSQUE.

VIAJES DE TRES MINUTOS

Una visita al jardín de Alah.

Parece cosa extraña en verdad entrar en el jardín de Alah en ferrocarril. Un pitazo de la locomotora anuncia el paso de El Kantara la estrecha abertura de la gran barrena roquiza de los Montes Atlás, que limitan el desierto de Sahara. Entonces nos hieren los rayos cegadores de un sol ardiente y penetramos en pleno desierto.

Rugiendo por sobre el dorado mar de arenas, el tren penetra a poco en un espacio verde, cubierto de elevadas palmeras. Es el oasis de Kiskra, el Jardín de Alah, donde la línea férrea tiene su terminación. En lo ade-

lante el que quiera seguir viaje tiene que hacerlo a lomos de camellos.

Por calles exornadas de esbeltas palmeras y alineadas a ambos lados con paredes de ladrillos secados al sol, discurren silenciosamente árabes de piel tostada vistiendo amplios albornoces blancos y tocadas las cabezas de turbantes, guiando por el ronzal a lentos camellos. Pasan también mujeres de ojos endrinos, llevando pesados fardos, con ajorcas de metal en sus piernas morenas y desnudas, en tanto que los mercaderes perezosamente sentados a la puerta de sus tenderetes sorben con deleite su café negrísimo.

A un extremo de la población se encuentra una pequeña puerta en una elevada muralla blanca. Es la entrada del verdadero Jardín de Alah. Dentro el aire está refrescado por una lujuriente vegetación tropical, millares de flores embalsaman el ambiente. Al final de una avenida de árboles se distingue la fachada de un edificio blanco, en tanto que al extremo de una calle lateral se halla la salida de este delicioso pensil con miriadas de cañadas y fuentes, a través de la cual se pasa de nuevo al cálido desierto, con sus olas de ardientes arenas que llegan hasta donde alcanza la vista y aún mucho más allá.



ANTES

DESPUES

\$ 20.-

Rodillo para el semblante.

UNA SILUETA FINA
Es Elegante

EL AUTO-MASAJE CON EL

HEWA SAUG-ROLLER

ELIMINA OBESIDAD, DIABETES, REUMATISMO, GOTA
Y ARTERIOSCLEROSIS.

FÁBRICA DE ARTICULOS DE GOMA
DE JULIO HEERWAGEN

SANTO DOMINGO, N.º 2048

CASILLA 3665 - TELEF. 88915



COLORAMA
CASILLA 3665

ESTA REVISTA

"PARA TODOS"

lo mismo que

Zig-Zag
Sucesos
Los Sports
Don Fausto
El Peneca
Familia

Impresas por la SOC. IMPRENTA
Y LITOGRAFIA UNIVERSO,
SANTIAGO. (Departamento Empresa
"Zig-Zag"), son un exponente del tra-
bajo que hace

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

Y ASI COMO PREDOMINA EN
ESTOS TRABAJOS EDITORIALES,
ASI PREDOMINA EN PRECIO, CA-
LIDAD Y ATENCION CON SUS
DEPARTAMENTOS DE LITOGRA-
FIA, TRABAJOS TIPOGRAFICOS
COMERCIALES, TRABAJOS EN-
CUADERNADOS, FABRICA DE PA-
PELERIA Y CUANTA COSA IMAGI-
NABLE SE HACE EN LA IN-
DUSTRIA IMPRENTERA.

(Continuación de la página 7)

AMOR Y VANIDAD

lo que evita el golpe, replica con un contundente uppercut que levanta en vilo al inglés y le derrumba ruidosamente sobre la alfombra.

El árbitro cuenta al caído los diez fatídicos segundos y estalla una tempestad de aplausos y vítores, a la que Adrián responde con una sonrisa de indiferencia.

Toda la mañana ha estado muy nervioso, yendo de una parte a otra, entrando aquí y deteniéndose allá.

En el hotel, los camareros, los vecinos de habitación, todos cuantos le conocen, aunque sólo sea de vista, han intentado felicitarlo. El ha esquivado las felicitaciones con un gesto de desdén. Ahora, después de comer, cuando fuma y toma el té en su habitación, su espíritu se halla en una disposición mucho menos indulgente todavía. Si ahora tratara alguien de felicitarle, él le respondería con una brusquedad.

Su primer fracaso y su último triunfo le han revelado una verdad amarga y tremenda. Si quiere tener amigos, si quiere tener afectos, es preciso que se exponga a morir de un puñetazo o que trate de cometer un crimen con los puños.

Esto, que meses antes tenía para él muy poca importancia, ahora, conocerlo ya de los más puros secretos del afecto y de la admiración, le repugna.

A Norma, sobre todo, la detesta. ¿Qué espíritu del mal, qué monstruosa aberración inspira el corazón de esa mujer cuyo amor está en relación y proporción directa con la ferocidad? ¿Qué amor puede ser el que desea el mal del ser amado?

Adrián ha aprendido mucho en una noche. En su oscuro magín el amor ha abierto cauces de luz. Adrián comprende que Norma no le ha amado nunca, que su cariño no ha sido otra cosa que una bárbara y morbosa vanidad. El amor no está en Norma: el amor está...

También la noche pasada ha tenido un dulce recuerdo. Por asociación de ideas, de la evocación de esta Norma que le desea con el rostro ensangrentado y el cuerpo tullido a golpes, pasa a la de otro ser que lloraba y maldecía de su fuerza cada vez que una pendencia, tan frecuentes entre los jóvenes de su pueblo natal, se lo devolvía con algún chichón o cualquier insignificante rasguño.

Esa mujer es María Antonia, y Adrián ha experimentado una turbadora emoción y una dulce gratitud al recordarla. Esa mujer es la que le amó siempre y le seguirá amando ahora. Esa mujer es la que él quiere, esa mujer es la que necesita su corazón...

Todo lo tiene preparado. Antes de que llegue la noche emprenderá el regreso a su país. Pero antes de emprender el regreso quiere permitirse el placer de hacer justicia, de dar a cada cual lo que merece.

Sabe que Norma ha de llegar y espera. Minutos después, una doncella le pasa la tarjeta de Norma Albeniz.

Ha llegado el momento. Adrián la coge y escribe en el reverso:

"No vuelvas a ocuparte de mí: es inútil. Tan grande como en otro tiempo fué mi amor hacia ti, es ahora mi indiferencia.—ADRIÁN".

Después coge un papel y escribe: "María Antonia: Salgo hoy mismo para España y voy dispuesto a corresponder a tu inmovible amor, a tu impaciente espera. Tuyo, ADRIÁN".

Anota después la dirección de María Antonieta y entrega la tarjeta y el papel a la doncella.

—Esto es un cablegrama que me harán el favor de poner en el acto. La tarjeta devuélvela a quien la ha traído.

Y aquella misma noche, en un gigantesco transatlántico, emprende el regreso a su inolvidable país, a su querida montaña, donde un fiel y tembloroso corazón le aguarda palpitante de alegría.

C E L O S

Mientras como negros reptiles me devoran los celos, déjame reír de mi propio dolor.

Veo tus ojos grises acariciando a mi rival, hambriento de tus labios de púrpura. ¡Mi corazón va a estallar!

Río, oyendo la charla fútil de una jovencueta y mi mano oprime el pomo de nácar del revólver.

Como de un lejano mundo llegan a mí tus palabras... Miro en tu cuello un collar de gotas sangrientas y las magnolias de los altos jarrones convertidas en adelfas...

—En un éxtasis hondo sueño verte inmóvil sobre un túmulo...

Llegas a mi lado y oigo tu voz cálida: —Te imaginas que después de ti podría yo amar a otro hombre? ¿No es que bromeo con ese imbécil?

FRILAN TURCIO.

SANTIAGO
Ahumada, 32

VALPARAISO
Tomas Ramos, 147

CONCEPCION
Castellón esq. Freire.

M A R G O T

Margot es una linda muchacha de alma muy simple, buena por temperamento, dulce en sus maneras, que lleva en sus ojos claros, en su mata de pelo de oro, en su cuerpo exquisitamente fino, en el matiz delicado de sus mejillas, en la armonía de su conjunto, todo el atractivo, todo el encanto de esos divinos seres que hacen de tiempo en tiempo su aparición meteórica sobre la tierra.

Margot ha nacido en Flandes, en la Flandes occidental, cerca de esas elegantes y bellas playas — Nieuport, Ostende, Blankenberghe, — en el Mar del Norte, allá en la poética "villa" vivía su padre de aristocrática ascendencia, sujeto por azares de fortuna a una modesta posición.

De muy niña llevóla a Londres para educarla en un convento católico, regido por monjas irlandesas. En la sensibilidad blandísima de esta criatura, imaginativa y soñadora, fuese grabando lenta y firmemente, durante sus años de colegio, el amor por todo lo extraordinario, y su espíritu romántico se nutría con avidez de leyendas milagrosas, de historias de santas y de toda la infinita poesía de dolor y de redención del Calvario.

Las severas profesoras inglesas querían a Margot por su dulzura y por sus virtudes. Tanto la amaron, que el día de ser reintegrada a su patria se recuerda como una fecha triste en el convento. Nuestra niña tenía entonces quince años. Su padre, que había ido a Londres para recogerla, fué testigo de aquellas escenas de dolor. La hija no quería abandonar la vida del claustro; ella, que aún no conocía nada del mundo, renunciaba a sus favores, a cambio de que le dejaran la paz de los amplios salones, el silencio del templo, donde oraba a coro entre sombras, la alegría infantil de sus juegos inocentes en el huerto melancólico.

Llegaban los instantes de partir, y no salía de los brazos de sus monjas. Lloraba, lloraba siempre, cuando, ya marchando por las allées de los jardines que rodeaban el colegio, tornaba la mirada en un último adiós; lloraba sobre la cubierta del vapor que la condujo a Ostende, y su pesar crecía a medida que se alejaba de su querida Inglaterra, donde un mundo de recuerdos se ocultaba en las tinieblas de un convento.

Su vida en la poética "villa" flamenca fué una honda tragedia para su alma de niña. La maledicencia y la murmuración giraron en torno de ella, que ignoraba el sentido de cuanto veía y cuanto escuchaba.

Un día, en el coro de amigas de pueblos próximos que la visitaban, supo algo que la llenó de espanto. Habían transcurrido dos años desde su regreso de Londres, y durante este tiempo pudo notar que un hombre, joven todavía, pero casado y empleado a las órdenes de su padre en instituciones que éste regía, iba frecuentemente a su casa; no diera ella importancia a esas visitas, achacándolas a las relaciones del destino; mas ahora una de las amigas descubría brutal y cruelmente el secreto.

Aquel hombre era, cómo decirlo — la chica no se atrevía, — ¿el novio?; no, el... amante de Ivonne, la hermana Mayor de Margot.

Sonrieron, maliciosas, las muchachas al oír la revelación, y subrayaron con un leve gesto de burla el sonrojo de la colegiala.

¡Cómo ella podía ignorarlo!...

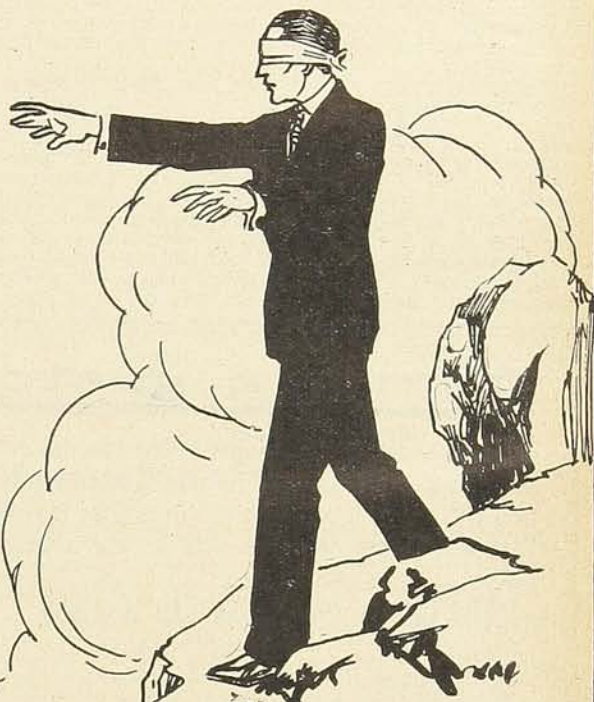
Decididamente, Margot era una hipócrita. Tal fué el impío comentario que hicieron las amigas al abandonar aquel día la "villa" entre risas y burlas crueles, tendiendo a satirizar la caída de una familia aristocrática que siempre había conservado el tono, aun en medio de sus adversidades.

La primogénita, a quien se le imputaban las ilícitas relaciones, viviera siempre en la soledad de aquella casa y criara un carácter agrio y difícil. El alma simple e ingenua de la santa protagonista de nuestra historia temblara de estupor y de miedo al oír la revelación del secreto.

Como desde aquel instante se dedicara a seguir los pasos de su hermana, no tardó ella misma en comprobar la verdad de todo. ¡Lo que sus ojos inocentes habían sorprendido!...

Desde entonces la vida se le hacía imposible en aquel medio. Su padre, vencido por achaques e infortunios, era impotente para dominar tan abominable situación. No tenía madre desde muy niña.

Al fin, resuelta a salvarse, a redimirse de aquel ambiente de miserias y de murmuraciones, se decidió a ir a la capital en busca de trabajo. En Bruselas contaban sus padres con parientes de muy brillante posición; mas ella se prometía, llena de dignidad, no mendigar a las puertas de sus palacios. Poseyendo varios idiomas y dominando la Contabilidad, se ganaría la vida honrada e independiente. En efecto: apenas llegada a la gran población belga, encontró un puesto en el bureau de una casa bancaria. La pobre creatura trabajaba con exceso para sus débiles fuerzas. A la salida de su oficina, en la "rue Royale", se hurtaba con paso ligero a la mirada de los transeúntes indiscretos. Los días festivos invertía sus ocios en acudir a los ejercicios religio-



Sus nervios debilitados tienen su salud al borde del abismo.

TONIFIQUE SUS NERVIOS PARA RECONSTITUIR SU SALUD, TOMANDO

"PROMONTA"

(en tabletas y en polvo)

Preparado orgánico a base de sustancias del sistema nervioso central, vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

Indicado en los casos de:

- Anemia
- Debilidad
- Decaimiento
- Insuficiencia orgánica
- Nerviosidad
- Neurastenia

Promonta es recomendado por eminentes médicos del extranjero y del país.

De venta en todas las boticas.

esos de la iglesia más próxima, y más tarde se encerraba en su cuarto de la "pensión", donde saboreaba en silencio las páginas de sus libros predilectos: las obras de Santa Teresa. Cuando ya sus ojos se rendían de fatiga y se resistían a continuar la lectura, abría, soñando los días de colegiala, el viejo estuche de su violín, que todavía conservaba del tiempo de sus estudios en el convento, y ensayaba trozos de música religiosa.

Pero Margot no tuvo energías para soportar aquella vida de trabajos, de soledad y de nostalgia. Un inmenso abatimiento conmeza a grabar en su rostro divino la huella trágica de la tuberculosis. Jamás pena alguna embelleció tanto un ser humano; su alma se refinaba en el dolor, y su cuerpo adquiría el poético encanto de una interesante languidez. A la postre, rendida, extenuada, no pudo ya cumplir con sus obligaciones. Falta de recursos, no podía tampoco atender a su salud. Informados sus parientes ricos, llegaron en su generosidad a sostener a Margot en un espléndido sanatorio, situado en las proximidades de la capital, muy cerca del Bois de la Cambre. Fué allí donde visitando

frecuentemente a un amigo que padecía la traidora enfermedad, hemos conocido a Margot. Muchas tardes, en días festivos, seducidos por la dulzura de aquella alma delicada, y sentados en deliciosos rincones del espléndido parque, en la "Maison de Santé", la pobre colegiala nos ha roto lentamente, en diferentes causeries, el secreto de su historia sencilla y amarga.

—En España — le dije un día — se pondría usted buena. ¿Le gustaría ir a España?

—¡Oh, sí — me dijo, iluminándose su rostro de una extraña alegría; y posando sus ojos tristes en el libro de Las moradas, que tenía abierto sobre sus rodillas, añadió: — Me gustaría ir a Avila, la tierra de Santa Teresa, antes de morir.

—¿Por qué morir? — repuse, y luego me atreví a sondear su espíritu: — ¿No ha amado usted nunca? ¿Ningún hombre inspiró a usted una pasión?

—He amado a todos — me dijo con gesto de angelical suavidad, — porque todos son criaturas del Señor.

Me sonreía yo ligeramente, y ella empalmó mi sonrisa con estas frases:

—¿Es usted perfectamente católico?

—¿Perfectamente? — repetí interrogándome a mi mismo, y no dije más.

—¿No cree usted que todos los hombres tienen un alma?

—Todos. ¡Quién sabe!...

Hizo ella entonces un tan grande y precipitado esfuerzo por responder enseguida, que un golpe de tos muy seca y muy fuerte le privó de la palabra por unos instantes.

—¿Cómo puede usted decir una enfermedad semejante!

— Exclamó al fin, limpiándose los labios con un pañuelo de fina batista. Se incorporó luego difícilmente, levantóse febril, y recogiendo de una mesa varios libros y cuadernos, extrajo uno: — Si quiere usted aprovechar su tiempo — me dijo, volviendo a sentarse, — escúcheme. Voy a leerle una lección interesante, que guardo con mis apuntes de Religión y Moral de mis tiempos en el convento...

—¡Pobre Margot! — pensé y me dispuse a oír.

—Lección VI — exclamó después de pasar varias páginas donde se veían manchas de tinta azul. — "El hombre es un compuesto de cuerpo y alma. En cuanto al cuerpo, es un animal casi semejante a los demás seres del mismo género, con los mismos órganos y necesidades, diferenciándose únicamente de ellos por el raciocinio..." "Alma: es una sustancia espiritual e inmortal creada por Dios a su imagen y semejanza. Decimos que es sustancia porque tiene naturaleza y existencia propias, y decimos que es espiritual porque carece "de partes". "Prueba de que el alma es espiritual e inmortal. Es inmortal porque..."

Mientras ella leía y leía, llena de fe, yo me perdí en la reflexión de la distancia que me fué preciso recorrer para olvidarme de mi pequeño mundo de siete años. Sólo en este minuto he vuelto a sumergirme completamente en aquel mar de inocencias. Torné la vista a los árboles del parque que habían perdido sus hojas, en un otoño prematuro del Norte y advertí cómo llegaba hasta el silencio de aquel recinto el rumor de carruajes, autos y tranvías, de las gentes que iban y venían al Bois...

Reanudada mi atención, Margot leía la última prueba de la inmortalidad del alma:

"Porque siendo espíritu carece de partes, y lo que carece de partes es incorruptible, y lo que es incorruptible no puede morir" — exclamó victoriosa.

La fatiga había enrojecido sus mejillas; por su frente corrían gotas de sudor, que pegaba las hebras de su mata de pelo de oro desceñida; sus ojos me miraron suplicantes, enmarcados en las rojas aureolas de sus profundas ojeras y su boca pudo articular estas palabras:

—¿Se convence usted ahora de que todos tenemos un alma inmortal?

Y al observar cómo la cruel enfermedad amagaba aquel tesoro de belleza y de bondad, le dije con una infinita melancolía:

—Si, sí, Margot; la muerte no existe... Es un sueño, un sueño...

VICTORIANO GARCIA MARTI

Comer a gusto

es lo que desean todos los enfermos del estómago e hígado. Las **Píldoras Norton** harán que Ud. tenga la satisfacción de comer lo que le agrade, sin temor a las consecuencias.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

Base: Extr. flores manzanilla.

M. R.

PIPPERMINT J. L.



JOSE LAPLACE

TALCAHUANO.

EL NIÑO DE LA BOLA

Por

PEDRO A. DE ALARCON

Tal fué el sublime arranque de humildad con que, sacando del bolsillo el primoroso puñal indio que aquella tarde había llevado a la procesión, lo desnudó, alzólo a la altura de su cara, contempló su luciente hoja y lista empuñadura, lo besó y luego lo colocó a los pies del Niño Jesús...

Sin la fe ciega que don Trinidad Muley tenía ya en la redención del joven, hubiera temblado por su vida, como temblaron las mujeres, al verlo levantar el puñal, y no habría estorbado, como estorbó, que se precipitasen en la sala... Y también fué necesaria en seguida toda la autoridad del sacerdote para impedir que estallasen en gritos de santo alborozo al contemplar aquella solemne abdicación de la mayor soberbia que jamás cupo en corazón humano.

— ¡Callad! ¡Callad!... — les decía al oído el autor de tan prodigiosa obra. — ¡Callad!... ¡Dejadle!... ¡Dios está con él! ¡No despertemos al demonio del orgullo, que ya duerme y pronto habrá muerto en el corazón de mi buen hijo!

Manuel consideró lo que había hecho, y su grave rostro expresó una reflexiva y triste complacencia; pero no en modo alguno aquella devoción activa, directa, personal, que suponían las buenas mujeres, y cuyos resplandores de triunfo y esperanza habría querido hallar don Trinidad Muley en los ojos del león vencido...

— ¡Eso no es fe! ¡Eso no es más que caridad! — dijo el indócto padre de almas, dando crédito, como siempre, a su leal corazón. — ¡Mi obra puede quedar incompleta! ¡Mal haya los hombres que han secado las fuentes de la alegría en un espíritu tan bueno! ¡Mientras Manuel no crea, no tendrá dicha propia, y sólo gozará en ver que los demás son venturosos!

El hijo de don Rodrigo sacó en esto el reloj y miró la hora. Pero debió hallarlo parado, pues en seguida abrió un balcón que daba a Oriente y dominaba toda la vega, y consultó la posición de los astros...

Corrió entonces a la puerta del salón, y, sin abrirla, dió dos palmadas como llamando...

— ¡Dejadme a mí!... — murmuró don Trinidad, haciendo señas a las mujeres para que se alejasen.

Y penetró en el vasto aposento.

— ¡Quieres algo? — preguntó dulcemente a Manuel.

Fuese modestia, fuese cansancio, fuese aquel pueril resentimiento que los amputados guardan algunas horas al operador que en realidad les ha salvado la vida, nuestro joven esquivó la mirada del sacerdote, y dijo rápidamente:

— Que venga Basilia.

Don Trinidad se retiró sin enojo alguno.

Basilia entró a los pocos momentos.

— ¿Está ahí el arriero de Málaga? — le preguntó Manuel con la sequedad de quien desea pronta y breve contestación.

— Abajo está... — respondió temblando el ama.

— Pues dígame que cargue todo mi equipaje y ensille mi caballo. Son las tres y media... Partiré a las cinco. Que entren por estos cofres... Pero ¡que no me hable nadie! Ruegue usted a don Trinidad, de parte mía, que tome algo y se acueste. Necesito estar solo.

Y, dicho esto, se salió al balcón que acababa de abrir, donde permaneció, vuelto de espaldas al aposento, mientras que Basilia y Polonia, llorando silenciosamente, sacaban los baúles, y mientras que don Trinidad y la señá María Josefa lloraban también en el próximo corredor y tiraban desde allí besos de agradecimiento a la imagen del Niño Jesús.

Al cabo de una hora comenzó a clarear el día...

Manuel se quitó entonces del balcón, y, cogiendo una silla, sentóse en medio de la ya solitaria estancia, y siguió mirando al cielo, con la resignada perspectiva del héroe condenado a muerte que ve nacer la última luz de su existencia.

Así estuvo mucho tiempo, sumido en un éxtasis de dulce dolor, que iba hermozeando cada vez más su noble rostro... La fiera había llegado a tener cara de hombre... El hombre no tardó en tener cara de ángel. Díjese que su alma había entrado en coloquio con lo infinito.

Ya era enteramente de día... Ya habían dado las cinco, y las cinco y media... Ya estaban listas las cargas y ensillado el caballo... ¡Y nadie se atrevía a decirse, nadie se atrevía a interrumpir aquel inefable arrobamiento en que el joven parecía gozar anticipadamente la recompensa de su abnegación, el premio de su sacrificio!

Salió al fin, el sol, y su primer rayo penetró en la sala, bañando de fúlgida luz la plácida figura de Manuel Venegas...

— Soledad... — gritó entonces el loro en el balcón, donde lo habían dejado olvidado...

Manuel se estremeció convulsivamente al oír aquel nombre con que aquel pájaro americano saludaba todos los días, hacía muchos años la salida del sol, y un mundo de recuerdos y de fallidas esperanzas reapareció ante sus ojos, haciéndolo volver del cielo a la tierra, de la eternidad del tiempo, del olvido a la realidad... Pero, faltar ya de soberbia para luchar con su enemiga suerte, una mortal



AGUA BLANCA "CASANOVAS"

PARA EXTIRPAR LAS

Pecas, Paños, Barros,
Manchas, Granos, Puntos Negros, Manchas de
Viruela, Etc.

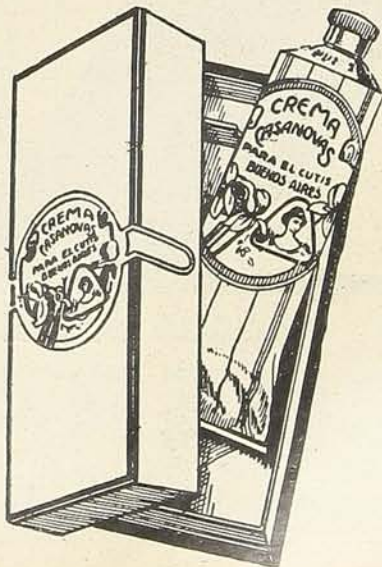
Hay certificados de distinguidos médicos que acreditan su indiscutible bondad

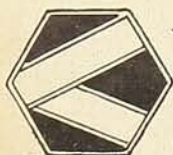
Precio: \$ 12 m/c el frasco
\$ 6 m/c el tubo

De venta en las principales Farmacias y donde los Agentes Generales para Chile:

Droguería del Pacífico S. A.

VALPARAISO - SANTIAGO
CONCEPCION Y ANTOFAGASTA





El ángulo Schering
sello de garantía

Contra las afecciones de los RIÑONES, VEJIGA Y VIAS URINARIAS

UROTROPINA Schering

En frasco de 50 tabletas de 1/2 gramo



congoja oprimió su corazón, un desfallecimiento nunca sentido aniquiló todo su ser; extendió los brazos como quien se ahoga (y aún pareció que efectivamente pedía auxilio), hasta que, por último, estalló en amargos sollozos, seguidos de copiosísimo llanto...

Y roto por primera vez en toda su vida el dique de las lágrimas, desbordáronse éstas con tal ímpetu, que pronto bañaron su faz, sus manos y su agitado pecho...

Al principio fueron ardiente lava;... luego, benéfica sangría y salvador desahogo de su corazón... y, al fin, blando rocío que bañaba del cielo a templar la sed de su alma sin ventura.

Don Trinidad corrió a él y lo envolvió piadosamente en su manto, diciéndole:

—¡Llora, llora, hijo mío! ¡Llora cuanto quieras! ¡Llora en los brazos de tu padre!

Manuel se colgó del cuello del sacerdote, y le llenó la cara de besos, diciéndole entre dulces gemidos:

—¡Perdón! ¡Perdón!...

—¡Perdóname tú a mí! — sollozaba don Trinidad.

Y las mujeres lloraban también desatadamente, comenzando a invadir la sala, y el mismo arriero (que había entrado por el loro) se daba de puñetazos en la cabeza, diciendo con profunda emoción:

—¡Qué lástima de hombre! ¡Maldita sea la primera mujer!

—¡Padre mío! ¡La adoro! — exclamaba entre tanto Manuel, incomunicado con los espectadores por el manto de don Trinidad.

—¡Y yo a ti! — le respondió el párroco, besándole reiteradas veces. — ¿Quieres que me vaya contigo?

—¡No!... ¡No!... Me iré yo solo...

—Pues bien: sé muy bueno; haz muchas limosnas, y verás qué feliz eres... Toma... — añadió luego en voz baja. — Aquí tienes esto... Llévate tu caudal... En todas partes hay pobres...

—No, padre... — le respondió Manuel. — Guarde usted eso, y haga lo que le dije... en esos papeles se explica todo.

—Está confesándose... — interpretaron las mujeres retirándose al corredor. — Pero tú vivirás... tú me escribirás esta vez... — murmuró don Trinidad.

—No es cierto?

—Sí, señor... ¡Yo viviré cuanto me sea posible! — contestó el joven, enjugándose las lágrimas.

Y abrazando por última vez al cura, se levantó y dijo:

—¡Vamos!

Entonces se le acercó Polonia, con las puntas del delantal sobre los ojos.

—¡Perdón, Polonia! — exclamó el joven, abrazándola.

—Anda con Dios, hijo mío... — respondió la anciana. — ¡Ya estás curado, y puedes ser dichoso! ¡Tu enfermedad consistía en no haber llorado nunca!

—Señor... ¡Buen viaje! — le dijo Basilla, besándole la mano...

—¡Venga usted también, señá María Josefa! — gritó al mismo tiempo don Trinidad. — Pero no suelte usted al niño...

—¡Hoy hay perdón para todos!

—¡Oh!... ¡No! — pronunció Manuel retrocediendo.

—¡Manuel, castigate! — exclamó el sacerdote. — ¡Cuanto más te humilles hoy, más dichoso serás mañana con el recuerdo de este día! ¡Arranca de tu corazón, ahora que estás blando, las raíces de tu soberbia, a fin de que nunca retoñen! ¡No te lles en la conciencia ningún veneno, hoy que la has lavado con tus lágrimas!

—¡Manuel! — dijo la señá María Josefa. — ¡Yo hubiera sido muy dichosa en llamarme tu madre! ¡Harto lo sabe el señor cura!

Manuel se quitó el reloj y se lo entregó al niño, colgando de su cuello la larga cadena de oro de que pendía, y pronunció estas palabras:

—¡Perdono a tu madre!... ¡Dios te haga más feliz que a Manuel Venegas!

Y volvió la espalda y se apartó algunos pasos, como mandando irse a la madre y al hijo de Soledad.

La pobre abuela se alejó hecha un mar de lágrimas, mientras que el niño iba dando besos al reloj y sonriendo como un ángel.

Más caras, pero...

¿Más caras que otras?... pero ¿si se trata de vuestro encanto, de vuestra salud? ¿Acaso no sabéis que un producto mediocre puede constituir un peligro verdadero para vuestra epidermis, resultando muy cara la aparente modicidad de su precio? ¿Y qué diferencia enorme existe entre un Agua de Colonia cualquiera y el producto absolutamente perfecto que son las AGUAS DE COLONIA CHERAMY?

Deliciosamente frescas, tonifican los tejidos, activan la circulación de la sangre, difunden en todo el organismo una impresión de juventud y salud. Tanto más accesibles salen sus precios cuanto que, al tenerlo todo en cuenta, son al mismo tiempo perfumes verdaderos de olores encantadores... "JOLI SOIR" (Hermosa tarde), - "OFFRANDE" (Ofrenda), - "CAPPI" - "FAUSTA" - "ROSA" - "JAZMIN" - "HELECHO", etc.

Aguas de Colonia

CHERAMY

el Perfumista Parisiense

M.R.

R.COLLIÈRE, Representante Casilla 2285 - Las Rosas 1352 - SANTIAGO de CHILE



a los perfumes
JOLI SOIR
OFFRANDE
FAUSTA.CAPPI
ROSE.JASMIN
FOUGÈRE.etc...

Don Trinidad siguió a Manuel al promedio de la sala, y señalando al Niño Jesús, que refulgia a la luz del sol, con tan rica presencia como adornaba su figura, preguntó en son de ruego:

—¿Y a Este? ¿Qué le dices por despedida?

—A Este le pediría que resucitase, levantando la losa de mi corazón, si tal milagro fuera posible! — contestó Manuel melancólicamente.

—¡Dios querrá! — dijo el sacerdote, alzando los ojos al cielo. — Las raíces de tu antigua fe están vivas, y ya ha comenzado a correr por ellas la savia de la regeneración. Las máximas que tu padre y yo sembramos en tu alma de niño han vuelto a germinar bajo los auspicios de esta efigie del Redentor del mundo... Debes, pues, agradecimiento al Amigo de tu niñez; y, aunque hoy no veas en su dulce imagen más que una sombra, un retrato, un recuerdo del cariño que le tuviste, y que El no ha dejado de tenerte; aunque todavía no haya penetrado en tu nublada razón la nueva luz que ya ilumina las más altas cumbres de tu espíritu... ¡Bésalo, Manuel!... ¡Nada pierdes con besarlo! ¡Bésalo, y verás cómo toda la soberbia que te queda en el cerebro se desbarata en lágrimas, del propio modo que se ha desbaratado lo que tenías en el corazón! ¡Verás cómo al poner tus labios sobre los descalzos pies del Niño, en cuya divinidad creían tu padre y tu madre, conoces que estás haciendo una cosa muy santa, y vuelves a llorar de dicha! ¡Qué te cuesta el probar? ¡Por qué no te atreves? ¡No te dice ese miedo que el acto de sumisión que te propongo es de maravillosas consecuencias? Ven... mira... ¡Yo te daré el ejemplo, como cuando eres chico!... Yo lo besaré antes que tú... ¡Así se hace!... ¡Así! Y luego se dice (llorando como lloro yo): "¡Bendito seas, Jesús crucificado! ¡Bendita sea tu Santísima Madre! ¡Bendito tu Padre Celestial, que te envió a la tierra a redimirnos!"

Manuel cerró los ojos, y cayó de rodillas como una torre que se desplomara...

De rodillas estaban también las dos ancianas y el malagueño, y con fervientes oraciones daban gracias a Dios, al ver que el joven se abrazaba a los pies del Niño de la Bola y los cubría de besos y de lágrimas...

De rodillas, en fin, estaba don Trinidad Muley, a quien de seguro hubieran abrazado gustosos en aquel momento hasta los incrédulos más empedernidos... ¡porque la verdad es que en todo aquello no había nada malo para nadie ni para nada, y si mucho bueno para todos y para todo, o nosotros no sabemos lo que es bueno ni lo que es malo en esta miserable vida!

No intentaremos describir los últimos minutos que Manuel Venegas permaneció todavía en su casa, ni los renovados tristísimos adioses que allí se dieron aquellos seres de tan sencillo y tierno corazón... Terminiemos afligir demasiado a nuestros lectores, que, pues todavía no han soltado esta verdadera historia en que se rinde culto a la pobreza o humildad de espíritu, seguramente tienen la dicha de pensar y sentir como don Trinidad Muley. Preferimos, pues, salir a la plaza, y confundirnos con la generalidad del público en cuya compañía podremos ver más tranquilamente la solemne marcha de Manuel Venegas y los dramáticos lances que acontecieron con este motivo.

VI

MARCHA TRIUNFAL

Hacia una mañana hermosísima, sobre todo para los felices mortales que no tuvieran hijos sus ojos en la negrura de pasiones propias o ajenas, sino que hubiesen preferido salir al campo a esparcir su vista y su alma por el sublime templo de la Naturaleza, por la pintada tierra, llena de prodigios, por la rutilante bóveda del cielo y por el claro espejo de una conciencia suficientemente limpia para poder reflejar las misteriosas luces de lo infinito...

No estaban de este humor aquel funesto lunes, 6 de abril de 1840, las muchas personas que acudían a la Plaza Mayor de la ciudad a enterarse de los adelantos que el dolor y la ira habían hecho durante la noche en el corazón de Manuel Venegas y Antonio Arregui. Ni necesito decir que el grupo en que más excitados, por cuenta ajena, se hallaban los ánimos era el formado, según costumbre, a la puerta de la botica; ¡terrible aduana, por donde tenía que pasar el Niño de la Bola al marcharse del pueblo!

Vitriolo estaba más acerbo y feroz que nunca; sin poder callarse, aunque no dejaban de aconsejárselo sus discípulos, y si por acaso interrumpía sus discursos, era para decir a los que iban a comprar medicinas:

—¡No hay de esa!... o ¡Vuelva usted más tarde!; o ¡Dígame al enfermo que se muera; que esto que le han mandado no sirve para nada!

Ello es que no se apartaba del mencionado grupo, donde ya había tronado largamente contra la imbecilidad de Manuel, "cuya casa — dijo — había llenado de santos y de viejas el cura de Santa María, a fin de separarle del camino de la decencia y del honor y hacerle faltar a sus famosos juramentos"

Luego añadió:

—Según mis informes, a las tres de la madrugada lo llevaban ya de vencida, y el cutido estaba rezando el Confiteor a los pies del Niño Jesús, después de haberle regalado una porción de joyas, a ruegos de don Trinidad, que es una hormiguita para su iglesia... ¡Pobre Manuel! ¡Si su animoso padre levantara la cabeza!

El auditorio se miró, como dudando de la congruencia de aquella invocación, y Vitriolo, que se dio cuenta de ello, dobló la hoja y pasó a otro asunto.

—¡En cuanto al marido de Soledad — exclamó con enfático tono, — hay que reconocer que es un valiente! ¡Ya vieron ustedes lo que hizo ayer! ¡Ir, sin quitarse las espuelas, a la ermita de Santa Luparia en busca del célebre matón, a quien don Trinidad Muley había escondido en una especie de escaparaté! Yo no dudo de que cuando sepa, como ya lo sabrá a estas horas, que su madre política y su hijo han pasado la noche en casa del amante de su mujer, vendrá a pedir satisfacción a éste, y echará por tierra todas las artemasías del fanatismo y la cobardía.

Muchas personas se apartaron muy disgustadas de aquel enérgico, y fueron en busca de otros corrillos donde se cometasen más piadosamente las maravillosas y ya publicadas escenas ocurridas aquella noche en la antigua Casa del Chantre. Pero Vitriolo no se desconcertó, sino que, riéndose de los que le dejaban, continuó hablando de esta manera:

—¡Por supuesto que Antonio Arregui irá de todos modos esta tarde a la rifa a recoger el guante de su rival! Así lo juré ayer, cuando se enteró de que el hijo de don Rodrigo tuvo antenoche el atrevimiento de ir a llamar a la puerta de su casa, estando él en la Sierra... ¡Lo sé de buena tinta! Por consiguiente, si el Niño de la Bola, el de las amenazas de hace ocho años, se marcha del pueblo sin acudir a la palestra, tanto peor para su honra y fama. Verdad es que puede que ignore todavía nuestro pobre paisano — y se le haría un gran favor en contárselo — que Antonio Arregui fué ayer tarde a buscarle, en son de desafío, a la capilla de Santa Luparia... En fin;... ¡honor es de este pueblo que el asunto no se haga tablas de la manera indecorosa que se propone Muley! ¡Qué dirían los riojanos si el héroe de la ciudad huiese de uno de ellos? ¡Dirían que los andaluces no tenemos sangre en las venas!... Y todo, ¿por qué? Porque los curas han sorbido los sesos a una especie de salvaje medio loco y cargado de millores, con la intención de sacarle el dinero. ¡Digo a ustedes que me abochorno de tan groseras supercherías!

—¡Y yo me abochorno de que usted vista el uniforme de persona humana! — exclamó el Capitán, que había llegado momentos antes. — ¡Usted es un bicho!

Vitriolo se echó a reír.

—¡No se ria usted! — añadió el veterano, temblando de cólera. — ¡Mire usted que hoy venga resuelto a aplastarlo si no deja de corromper el aire con sus viles calumnias!

—¡Amenazas y todo! — replicó el boticario despreciativamente. — ¿Lo han comprado también a usted? ¿Le ha tocado alguna joya de las regaladas al Niño de madera? Pues ¡me alegraré de que la disfrute!

Y le volvió la espalda, asustado de lo que acababa de decir.

—¡Lo que me ha tocado va a verlo ahora mismo! — rugió el Capitán. — ¡Tome usted en nombre del Ejército!

Y arrimó al insolente materialista un soberano puntapié en la parte más vil de su materia animal...

El pobre ateo se llevó las manos a la parte contusa y huyó diciendo:

—¡Ah! ¡Lo de siempre! ¡El militarismo, el cesarismo, la fuerza bruta, el brazo secular de la tiranía!

—No ha habido tal brazo, mi buen Papaveris... — dijo Paco Antúnez, negándole el auxilio que fué a pedirle. — ¡La caricia ha sido con el pie, y de las buenas!

Y se alejó de él desdeñosamente.

Este lance, que hizo reír mucho a cuantos lo presenciaron, fué como la señal y comienzo de la gran derrota que había de sufrir vitriolo aquella inolvidable mañana a la vista de todos sus discípulos.

Decimoslo, porque en tal momento comenzaron a salir de casa de Manuel las famosas cargas de equipaje, precedidas del arriero de Málaga, el cual estaba contentísimo, creyéndose ya camino de las Indias.

La emoción del público al ver aquella prueba material de que Manuel se iba, de que don Trinidad había triunfado, de que la fiera perdonaba... fué grandísima, al par que noble y jubilosa, con muy escasas excepciones.

—¡Manuel se va! — decían unos. — ¡Don Trinidad no tiene precio! ¡Eso es lo que se llama un buen cristiano!

—¡Manuel se va! — exclamaban otros. — ¡La verdad es que este desenlace tiene algo de prodigio!

INSTITUTO DE BELLEZA

UNICO EN SU GENERO EN SUD AMERICA Y DE FAMA MUNDIAL

Señora Elva de Tagle, inventora del famoso tratamiento Bizzornini para la extracción radical del vello.

Mi tratamiento Bizzornini no se vende fuera del establecimiento, si alguien le ofrece algún preparado con ese nombre, tiene que ser una falsificación que puede ser muy perjudicial para usted.

Mi tratamiento Bizzornini está registrado con el N.º 11,978, desde el año 1914. Todo pedido debe hacerse directamente al establecimiento. Pida prospecto gratis.

SAN ANTONIO N.º 265.
CASILLA 2165 — SANTIAGO

NOTA.—Vendo preparaciones para embellecer. Regalo un frasco de esencia a cada compradora.

— ¡Los Venegas fueron siempre así — expuso el viejo buñolero de la plaza. — ¡Parece que poseen el don particular de entusiasmar al pueblo! La mañana de hoy me recuerda aquella otra en que don Rodrigo salvó los papeles de don Elías del incendio que nadie quería apagar... ¡Todos aplaudimos entonces sin saber por qué... y ya está pasando ahora lo mismo!... ¡Miren ustedes! La gente llora... los chicos ballan de contento... las mujeres se asoman a los balcones... Voy a avisar a la mía...

— ¡Lástima de dinero que sale de la ciudad — decían al mismo tiempo los de otro corralillo, aludiendo a las tres voluminosas cargas. — ¡Cuidado que ahí caben onzas!

En un interín, Vitriolo, olvidado de su pericance, como se olvida el general de sus heridas hasta que concluye la batalla, acercábase desesperado y medio convulso al triunfante arriero, y le preguntaba con indecible angustia:

— ¿A qué hora se marcha su amo de usted? ¿Tardará todavía algo? ¿Habrá tiempo de hablarle cuatro palabras?

— ¡Qué ha de haber, hombre! — respondió el malagueño con descompasados gritos. — ¡Lo que hay en este pueblo es un cura que vale más que Dios!

Y quitándose el calañés, y tremolándolo por alto, exclamó en medio de la plaza, con un fervor y un gracejo indescriptibles:

— ¡Caballeros!... ¡Viva don Trinidad Muley!

— ¡Viva! — respondieron calurosamente más de mil voces.

Y tampoco faltó quien convidara en el acto a aguardiente y buñuelos al señor Frasquito Cataduras, en pago de la "justicia que acababa de hacer en uno de los hijos ilustres de tan calumniada ciudad".

Desde aquel instante la batalla estaba completamente perdida para Vitriolo. Todo el público era de nuestro amigo el cura, aplaudía su obra, respiraba la grata atmósfera del bien, daba su sanción a la pacífica retirada de Manuel Venegas.

Y tal fué el momento en que el infortunado amante de Soledad apareció a caballo en la puerta de la que tan pocas horas había sido su casa.

Un murmullo de honda conmiseración lanzó la apiñada muchedumbre.

Manuel avanzaba rígido, cárdeno, silencioso, mirando al cielo, por no mirar al mundo, y acompañado de don Trinidad Muley, quien marchaba a pie a su derecha, y le dirigía de vez en cuando alguna palabra consoladora.

Era, exactísimamente, el luctuoso cuadro de un reo marchando al patíbulo.

El gentío empezó a saludarlo con cierta cortedad, según que iba pasando por delante de cada grupo; pero al cabo de unos momentos se descubrieron todos de golpe, como cuando se está en presencia de un rey.

Ocurrió entonces un incidente en que repararon muy pocos. La célebre Volanta trató de acercarse a Manuel Venegas por el lado opuesto al que iba don Trinidad, y aún se vió en sus manos un papel, que pudo suponerse una petición de limosna. Pero el sacerdote, que lo observó, puso con rapidez a aquel lado, y miró y habló a la indigna vieja con tal furia, que la hizo huir y esconderse entre la apiñada muchedumbre.

Manuel no advirtió nada, sino que prosiguió su marcha triunfal, mudo, inmóvil, indiferente, clavado en el caballo, como el cadáver del Cid, y ganando, como él, aquella batalla póstuma en que no asistía su espíritu.

De este modo pasaba ya por delante de la puerta de la botica, no sin profundo dolor de Vitriolo, que iba a encerrarse en ella con su derrota, cuando se notó gran agitación al otro lado de la plaza, y vióse que Antonio Arregui, livido de furor, corría primero hacia la casa en que Venegas había vivido, y luego en seguimiento de él, indicado que le hubo alguna persona de mal corazón que aquel finete era el enemigo a quien buscaba.

Pero don Trinidad estaba en todo; y abandonando a Manuel, volvió al encuentro del indignado Arregui, al cual — justo es decirlo — detenían aquella vez otras muchas personas bien intencionadas, de cuyas manos iba deshaciéndose a duras penas.

Pocas palabras bastaron a don Trinidad para explicar a Antonio cómo y por qué su suegra y su hijo habían pasado la noche en casa del indiano, y pocas también para convencerle de lo extemporáneo, y hasta sacrilego, del paso que quería dar, provocando a un hombre arrepentido y valeroso, que huía ya del combate, por creerlo injusto, criminal y temerario, y se marchaba para siempre de su patria.

Arregui quedó absorto al hacerse cargo de aquellas inopinadas novedades; y como tenía mucho y excelente corazón, y don Trinidad era el gran hombre que ya conocemos, y el mudable público echaba aquel día todo su peso en el patibulo del bien, ocurrió una cosa que de otro modo hubiera sido incomprensible...

Pero digamos antes qué le había pasado entre tanto a Manuel Venegas.

Tan luego como don Trinidad se apartó de él, corrió a reemplazarlo Vitriolo, el cual tuvo la audacia de coger la brida y parar el caballo, mientras que alargaba la otra mano al Niño de la Bola y le decía a media voz:

— ¡Buen viaje, vecino! ¡No quería usted conocer a don Antonio Arregui? Pues ¡ahí detrás lo tiene luchando con el señor cura, que no puede ya sujetarlo! ¡Parece que el riojano viene de mano armada contra usted!

El aborrecido nombre del marido de Soledad despertó a Manuel de su estupor y le hizo oír las demás palabras de Vitriolo. Volvió, pues rápidamente el caballo, y preguntó, echando fuego por los ojos:

— ¿Cuál? ¿Cuál es?

Y se encontró con don Trinidad Muley, que tornaba ya en su busca, diciendo con majestuoso acento:

— ¡Hijo mío, completa tu obra!... Acuérdate de lo que hemos hablado... Aquí tienes a don Antonio Arregui... Te suplico que le pidas perdón...

Arregui estaba dos o tres pasos más atrás, altivo, digno, dispuesto a todo, bien que admirando aquella noble, hermosa y dolorida figura, que veía por vez primera, y compadeciendo acaso tan inmediato infortunio.

Manuel contempló amargamente al esposo de Soledad, y vaciló algunos instantes entre los dos tremendos abismos que volvía a presentarle la desventura.

Reinó, pues en la plaza un hondo silencio, preñado de horrores. Los segundos parecían siglos.

— ¡Piensa en mí! ¡Piensa en quién eres! ¡Piensa en don Rodrigo Venegas! ¡Piensa en el Niño Jesús! — murmuró don Trinidad, levantando hacia el joven las manos en ademán de plegaria.

Manuel tembló de pies a cabeza, como si, al renunciar a su última y suprema arrogancia, renunciase también a la vida, y, quitándose respetuosamente el sombrero, saludó al hombre a quien había jurado matar.

Arregui se descubrió casi al mismo tiempo, respondiendo hidalgo y afectuosamente a aquel saludo.

Una salva de aplausos estalló entonces entre el gentío, mientras que mil y mil voces ensordecían el aire gritando:

— ¡Viva Manuel Venegas!

— ¡Viva Antonio Arregui!

— ¡Viva don Trinidad Muley!

— ¡Viva el Niño Jesús!

Manuel había metido espuelas, entre tanto, y desaparecido como una exhalación, sin que la Volanta, que corría detrás de él, consiguiera darle alcance, ni detenerlo con sus descompasados gritos.

E P I L O G O

I

LLEGADA DE DESAIX A MARENGO

De buena gana hubiéramos terminado esta obra en el capítulo anterior. Nada habría perdido en ello la dignidad del género humano en cuanto pueden representarla personajes tan perfectos y oscuros como Manuel Venegas y la Dolorosa, y mucho nos lo hubieran agradecido nuestros lectores predilectos, que, si no son los más sabidos y leídos, tampoco son los de peor alma.

Pero hoy no tenemos la libertad discrecional del novelista; hoy somos esclavos de unos hechos desgraciadamente reales y positivos, y, por tanto, nos vemos en la dura obligación de referir aquí el trágico suceso que llenó de luto la ciudad aquel inolvidable día y que sobrepuso a los deseos del mismo Vitriolo y a las aficiones románticas de la forastera.

No creáis, sin embargo, que la indicada catástrofe contradijo en el fondo, ya que sí en apariencia, el saludable concepto final que, a nuestro juicio, se desprende de lo que llevamos narrado hasta ahora. Antes bien, le sirvió de comprobación inmediata, demostrando cuán en lo cierto estuvo don Trinidad Muley al decir a Manuel Venegas, luego que se enteró de que había perdido la fe religiosa (cuya restauración por el sentimiento apenas se había iniciado después en su pobre alma): "¡Ya serás del último que llegue!". Esto es: ya no tendrás para ti más autoridad el bien que el mal; ya no servirá de límite a tu soberbio albedrío el angosto cauce de la obediencia; ya caerás en todos los abismos que te atraigan.

Pero dejémoslos nosotros de estas filosofías o teologías, cuyo esclarecimiento no nos incumbe, y reduciéndonos al humilde oficio de narradores de hechos consumados, volvamos a aquella plaza de la ciudad moruna, de donde acaba de salir para su voluntario destierro nuestro inculto y apasionado protagonista.

Poquísima gente quedaba ya en ella. Antonio Arregui cuya austeridad de carácter conocemos, no había tardado en alejarse de aquel sitio, rehuyendo conversaciones ociosas o dañinas.

Don Trinidad había hecho lo propio, anunciando que iba a meterse a la cama, pues con tantas fatigas y emociones, aumentadas por el dolor de ver partir para siempre a su adorado Manuel, sentíase muy mal, y creía que estaba amenazado de un tabardillo. El septuagenario Capitán le dió el brazo y se marchó con él, jurando no volver más a la puerta de la botica. Y con todo esto, se disolvió el concurso, y cada cual tornó a sus quehaceres ordinarios, despidiéndose, empero, unos de otros, "hasta la tarde, en la rifa", no obstante el escaso interés que ya les ofrecía la fiesta.

En cuanto a Vitriolo, cualquiera habría dicho que una especie de vértigo lo dominaba, pues no hacía más que dar vueltas y vueltas en la trasbotica, mirando al suelo, como si invocase al infierno, mientras que sus labios proferían imprecaciones tan espantosas y repugnantes contra Soledad, contra Antonio, contra Manuel, contra el Capitán y contra el cura, que, de todos sus discípulos, solamente uno le seguía fiel y le acompañaba. Los demás se habían marchado tras del ideólogo Paco Antúnez, proclamando que no quería servir de juguete a viles pasiones; que ellos eran incrédulos, pero no criminales, y que harto claro veían que el desalmado farmacéutico, más que adversario de la fe de Dios, era enemigo de la especie humana, y muy particularmente de aquellos individuos que se interponían entre él y la Dolorosa, contra la cual continuaba sintiendo todos los furores del amor y la desesperación.



LEGANTE en todas sus líneas y curvas, largo y bajo, hermosamente expresivo...; de gran potencia y velocidad incansable...; motor tan suave, como es posible exigir en la pieza de maquinaria más soberbia...; seguridad completa y control sin esfuerzos aún en la carrera más alta..., hacen que el Lincoln sea en definitiva el mejor automóvil que es posible construir por la ingeniería automovilística moderna.



LINCOLN MOTOR COMPANY

DIVISION DE "FORD MOTOR COMPANY"

SANTIAGO DE CHILE



CINZANO

VERMOUTH MR.